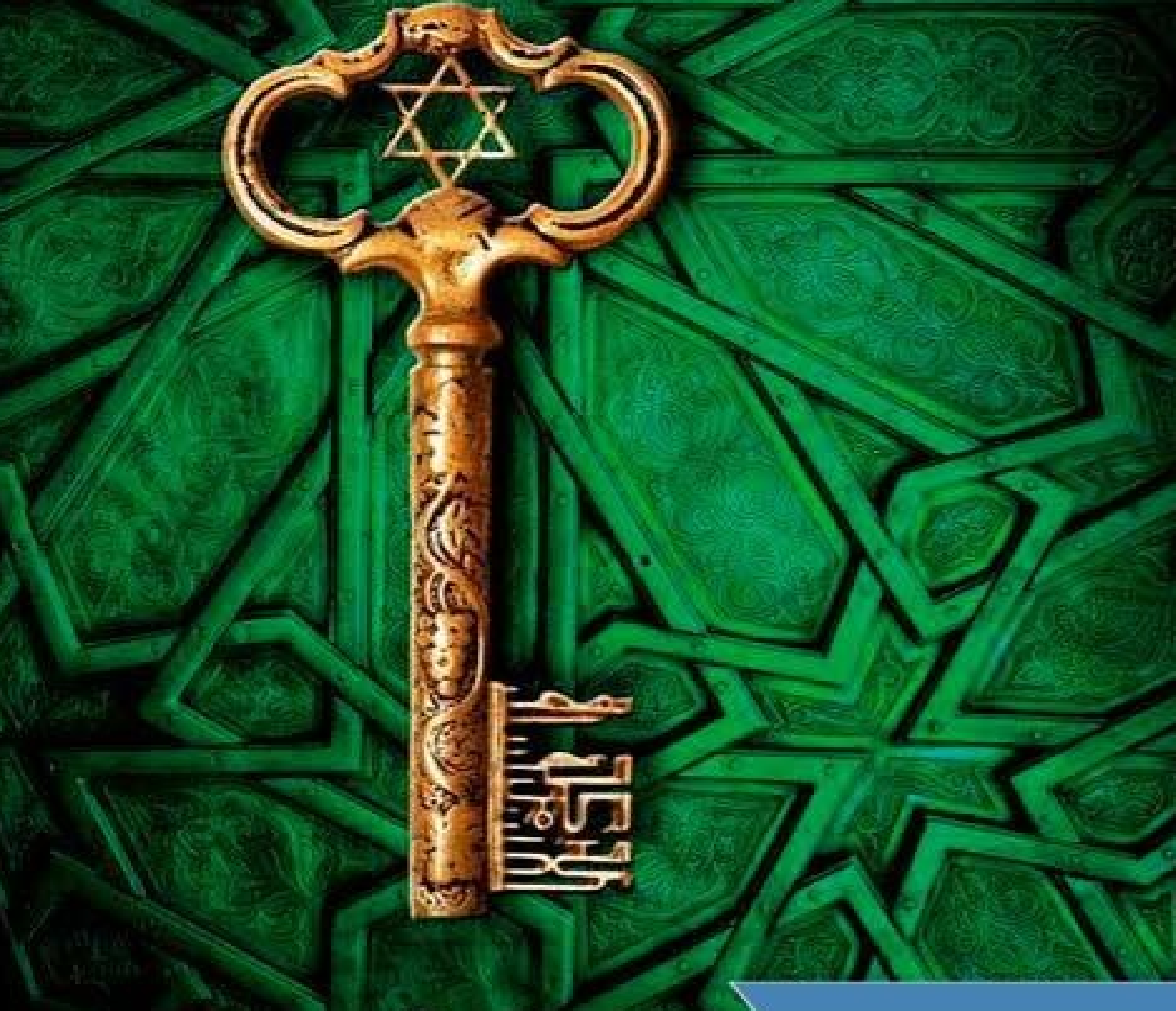
PEPE MEL

LA LLAVE SEFARDÍ

Una llave y la promesa del regreso a Sefarad de la familia del rabino Samuel Ha Levi viajan durante generaciones portando una historia oculta.



En 1492 los Reyes Católicos junto con la Inquisición obligaron a los judíos a elegir entre la conversión al catolicismo o la expulsión de la península. La llave de la sinagoga de Toledo, (como otras tantas que muchas familias judías se llevaron al ser expulsados porque tenían la esperanza de regresar), y el deseo de regresar a Sefarad, nombre que la comunidad judía daba a España, serán la pesada carga que la familia de Samuel Ha Levi soporte en el trascurrir del tiempo y sus diferentes generaciones. Una historia que ha permanecido oculta y que viaja desde la Sevilla del arcediano Ferrán Martínez, la Santa Inquisición, el Madrid de Velázquez, la Alemania nazi y el holocausto judío, Jerusalén y el problema palestino, hasta la actualidad. Un excitante y largo camino que recorrerán la llave y sus diferentes portadores a través de esta bellísima historia con un desenlace sorprendente.

Pepe Mel

La llave sefardí

ePub r1.0
Titivillus 01.08.2020

Título original: *La llave sefardí*
Pepe Mel, 2018

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A Rosa, mi compañera de viaje, por todas esas tardes de paciente lectura con el brillo en los ojos de su fe en mí.

A Rosa García Perea, mi editora, que alentó este proyecto y permitió que viera la luz.

A José Joaquín, Eduardo y Esperanza por que su opinión siempre fue importante.

NOTA DEL AUTOR

El 11 de marzo del 2004 yo estaba en Santi Petri. En aquellos días era el entrenador del Club Deportivo Alavés. Habíamos jugado contra el Cádiz en el Ramón de Carranza el domingo anterior y, como jugábamos días después en Algeciras, el equipo se quedó concentrado allí.

Entrenamos aquel jueves por la mañana y al llegar al hotel nos dieron la noticia. Es difícil explicar la suerte de pensamientos y sensaciones que recorrieron por mi cabeza, pero la sangre se me quedó helada en el cuerpo. Alberto Garmendia, mi entrenador de porteros, fue el primero que lo notó:

—¿Qué te pasa, Pepe? —me preguntó preocupado.

Recuerdo dejarle con la pregunta sin contestar y salir corriendo hacia mi habitación.

Mi hija Iris diariamente se encontraba en Atocha a esas horas para asistir a clase.

Hablé con Rosa, mi esposa, y tranquilizó mis nervios: Iris aquel día no había estado en la estación.

Todos habíamos vuelto a nacer.

Fueron unos días difíciles para mí, no dejaba de pensar en las 191 familias rotas, los sueños perdidos. Los familiares de esos padres, madres, hijos o amigos que murieron y ya nunca más disfrutarían de su presencia.

Y todo eso, ¿por qué?

Todavía recuerdo el momento en el que el autobús del Alavés (equipo vasco de fútbol) entró en Algeciras. El Gobierno seguía diciendo que el atentado era obra de la banda terrorista ETA. La gente nos recibió con gritos de «asesinos».

Oscar Téllez, uno de mis jugadores, no quería jugar. Llorando me decía que él era madrileño y que la tragedia también le había rozado.

Impactado me deja todavía el recuerdo del árbitro madrileño roto en un incontrolable llanto durante el minuto de silencio.

Años después cayó en mis manos el magnífico libro de Lawrence Wright La torre elevada y en mi cabeza empezó a surgir este libro.

Es una novela, sin más, pero en ella están reflejados el cuidado y la preocupación que toda sociedad debe tener por cualquier forma de fanatismo.

La vida es maravillosa para vivirla con intensidad y… sin miedo.

Sevilla, 28 de febrero de 2018

PREFACIO

No le importaba trabajar en domingo. La crisis estaba golpeando fuerte a su gremio y Julián necesitaba el dinero. Un hijo de veinte y una niña de dieciocho eran un continuo golpeo a su cuenta corriente, y desde que la burbuja del ladrillo había explotado, solo las chapuzas esporádicas le sacaban de apuros.

La mañana era soleada en aquel festivo día de abril. A pesar de lo tempranero de la hora, grupos de jóvenes se recogían entre risas después de una larga noche de juerga.

Dejó tras de sí el palacio de Oriente y subió la empinada cuesta que le llevaba hasta la Plaza de Ramales. Siempre le había gustado aquella parte de Madrid, enigmática y romántica.

Miró con asombro el edificio, el esbelto torreón que le daba aquel aire distinguido y la escasa policromía que todavía llenaba las dos pinturas murales.

Se detuvo y leyó el papel donde le habían escrito la dirección:

Casa palacio en la plaza de Ramales, esquina calle Amnistía.

Sí, no cabía duda, tenía que ser aquel.

Como si le estuvieran esperando, un hombre mayor y de movimientos torpes le abrió la puerta. El anciano, blanco y casi de piel transparente, se hizo a un lado sin mediar palabra.

Julián pasó al interior oscuro de la casa.

—Por aquí, por favor —creyó escuchar débilmente.

El anciano giró uno de esos interruptores antiguos de la luz y una exigua bombilla dejó entrever una raquítica escalera de madera vieja.

Julián miraba todo entre asombrado y el olfato profesional que le indicaba que allí tendría trabajo para toda una vida.

—Tenga cuidado al final, el último escalón está roto.

El anciano con una agilidad inesperada, dio un pequeño salto para aterrizar en el suelo mojado del sótano. Una nueva bombilla, esta mucho más potente, mostró a Julián una repleta bodega.

—Como usted podrá ver, el problema es evidente.

Más que ver, Julián había podido sentirlo en sus pies, pues el agua que cubría el suelo empapaba ya sus sucios zapatos.

—Esta casa necesita una buena reforma, amigo —dijo Julián con cierta esperanza de trabajo duradero.

—La última que se le hizo data del 1920. —El anciano se quedó pensativo —. De momento arregle usted esta fuga.



Llevaba varias horas de aquel domingo de abril trabajando en silencio, casi a oscuras. Le gustaba hacer las cosas bien y algo le decía que, si aquel enigmático cliente quedaba contento, podría tener mucho más trabajo. La casa lo pedía a gritos.

Encontrar la fuga había sido relativamente fácil y reconducir el agua con materiales nuevos le estaba llevando toda la mañana, pero estaba viendo el final.

Cogió el cubo y la fregona y empezó a secar el suelo. Necesitaba saber que ya no se perdía ni gota.

El suelo brillaba húmedo pero sin agua. Satisfecho, empezó a recoger todas sus herramientas. Miró su reloj de pulsera: eran las tres de la tarde. El estómago le rugía con fuerza.

«Con el dinero de esta chapuza tendré para seguir tirando», pensó mientras cerraba satisfecho la caja.

—¿Qué diablos? —dijo girándose raudo cuando notó que un hililllo mojaba otra vez sus suelas.

Del otro lado de la pared llegaba hasta el centro de la habitación un finísimo curso de agua.

Llegó hasta la pared húmeda y llena de botellas. El agua salía de aquel muro, antiguo y desgastado. Apartó con cuidado cada una de aquellas frías botellas, retiró la estantería y con una pequeña linterna localizó el lugar por donde el agua filtraba.

El moho dejaba claro que el agua llevaba tiempo saliendo por allí. Raspó con la mano la piedra húmeda y esta se desmenuzó. Se agachó y empezó a romper el muro. No necesitó nada más que sus manos desnudas para hacer un pequeño agujero. Un grueso chorro de agua fría se precipitó hacia fuera. Cuando, poco a poco, el caudal del agua fue disminuyendo, hasta casi desaparecer, Julián enfoco el haz de luz de su linterna por aquel agujero.

No podía ver bien por lo que rompió más. Con la fuerza de sus pies consiguió la suficiente abertura como para introducir la linterna y casi su cabeza.

Era una estancia grande, oscura y húmeda. Rompió un poco más y sin dudarlo se adentró en ella.

Paseó el foco de luz por las cuatro paredes, entre el asombro y la incredulidad. No entendía muy bien lo que estaba viendo, pero una cosa tenía por segura: hacía mucho tiempo que allí no había estado nadie.

Se encaminó hacia el centro de la sala, y chocó con algo metálico que, al caer al suelo, rompió el silencio con estrépito. Enfoco el punto de luz y descubrió la inconfundible forma de un candelabro judío. El reflejo hizo que se le escapara un sonido de asombro: ¡era de oro!

Letras hebreas dibujaban las paredes y una gran estrella de David presidía el frontal. Sin embargo nada atrajo más la atención de Julián que lo que había en el centro: era sin duda una sepultura, y descansaba pétrea y hermosa.

Escuchaba el sonido fuerte de su corazón cuando se aproximaba a la tumba. Él no era un hombre de muchos estudios, pero sabía que lo que estaba admirando era importante, lo presentía.

Se fijó en el brillo de lo que parecía ser una extraña abertura. Tenía forma de Z y llevaba escrita debajo la palabra *zajor*.

No tenía sentido para él.

Se levantó y rodeó la sepultura. La tapa era la figura de un hombre que agarraba con ambas manos una espada. La luz de la linterna le descubrió unas palabras en perfecto castellano. Se llevó las manos a la boca y sintió que las piernas le fallaban. Sobre la tapa del sepulcro y bajo la escultura del hombre vestido con una capa con la cruz de Santiago en el pecho, se podía leer su nombre.

Julián leyó y su voz traspaso el tiempo de aquellos muros.

—¡¡Diego Velázquez!!

PRIMERA PARTE

Toledoth, 1361

El invierno estaba siendo duro y frío. La nieve dejaba un manto de quietud y calma que hacía que la oscuridad de la tarde fuera impenetrable. Nevaba, llevaba nevando más de una semana y Toledoth era una ciudad vacía, las calles no tenían vida, lo que hacía de la urbe algo incorpóreo y oscuro.

Sin embargo, el frío que tenía paralizado en la pena a Samuel Ha Leví era el que llenaba su viejo y cansado corazón de tristeza. Amaba aquella ciudad, era su casa y todos sus recuerdos estaban en ella. No imaginaba una vida en otro sitio. Se había propuesto no dejarse vencer por la tristeza que aquella opresión en el pecho golpeaba su alma. Sin poder contenerlas, dos gruesas y sentidas lágrimas rodaron por sus helados carrillos. Había muchas formas horribles de morir, pero para Samuel Ha Leví estaba sufriendo la peor de todas: morir en vida.

Su corazón y su alma le habían abandonado poco a poco, primero con la muerte de su querida esposa Iza y luego con la fría y desconcertante decisión del rey Pedro.

Bajaba despacio por la calle del Ángel. La nieve le dificultaba el paso y con las manos cerraba el cuello de su grueso abrigo. El crujido de la nieve al romperse bajo sus pies era el único ruido que quebraba el silencio de la noche. Ninguna luz iluminaba sus pasos. Era una noche sin luna, una noche de muerte, una noche sin esperanza. Todo por lo que había vivido y luchado quedaba atrás, no había esperanza para él, y su pueblo sería errante, un pueblo sin tierra.

La falta de luz no impedía a Samuel llevar el rumbo firme para llegar a su destino. Eran tantas las veces que había seguido aquel camino que, aunque su

mente y sus pensamientos estuvieran perdidos y lejos de allí, su cuerpo se dejaba llevar.

Olió el Tajo, aquel olor inconfundible que le hacía sentirse en casa y que le llenó los sentidos. A pesar del creciente frío y de la humedad se paró para dejar que fluyera por sus poros. Podía intuirlo en la oscuridad: allí estaba, su oratorio, la ilusión y el duro trabajo de una vida. Respiró hondo y se pidió fuerzas a sí mismo. Él era Samuel Ha Leví, tesorero y administrador del rey Pedro I. A ojos del reino había caído en desgracia, pero no dejaría que aquello marcara el final de una vida llena de trabajo y amor a Dios. Todo su esfuerzo era para Él, y ante sí tenía su más grande y amada obra: su sinagoga.

¡Qué orgullo y qué alegría! Recordaba el momento en el que el rey cristiano le concedía el permiso para construir en tierra católica una sinagoga para el pueblo errante de Israel. Aquel fue el momento en el que sintió a Sefarad como su hogar. Sus raíces estaban en aquella tierra. El rey premiaba a su pueblo con el levantamiento de la ley que prohibía construir este tipo de templos, como agradecimiento a la judería toledana por su fidelidad y colaboración en la reconstrucción de Toledoth.

A pesar de la oscuridad y de tener los ojos cerrados por el dolor, podía ver en su interior y con toda su magnificencia el edificio que había sido toda su vida.

Samuel se acerco a la puerta y, con la lentitud que le obligaba el peso que llevaba en el corazón, sacó una gruesa llave y se dispuso a abrir el templo de sus sueños. Lo primero que llegó a sus sentidos —como siempre— fue su olor, aquel olor que él identificaba con la paz, una paz rota de golpe y con dolor por el mismo hombre al que había servido con fidelidad durante toda su vida.

La tenue luz de la llama perpetua o *ner tamid* como siempre estaba encendida ante el arca. Bajó la cabeza en señal de respeto, pero ninguna oración salió de sus labios. El arca brillaba radiante y llenaba con su presencia la sala de oración. Sintió el poder que salía de ella y su contenido, la Torá, con sus cinco libros de Moisés. Era antiquísima, escrita en hebreo arcaico y sobre viejo pergamino. Había viajado desde Egipto hacía muchos años y su familia la había donado a la primera judería de Toledoth. Samuel sabía que estaba orientada hacia Jerusalén y con la devoción de su fe se acercó a la gran mesa sobre la plataforma elevada o *bimah*. donde cada oficio religioso leía la Torá ante la congregación. Posó una pequeña caricia sobre el pequeño atril de lectura desde donde presidía y animaba cada servicio como rabino de la judería de Toledoth. Levantó la cabeza y dirigió su mirada hacia los asientos

de los hombres. Suspiró y elevó los ojos hacia la celosía que de forma discreta resguardaba a las mujeres de su pueblo. Por vez primera sonrió. Aquella tradición no la entendía el pueblo cristiano y sin embargo, en una de sus muchas discusiones con el rey, le había asegurado que ellos respetaban a sus mujeres por encima de todo.

El *menorah* permanecía apagado ante la falta de culto. Los siete brazos, quizás como señal de futuro, permanecían en silencio, ninguna luz salía de ellos.

Allí había sido feliz. Los acontecimientos más importantes de su familia se habían celebrado en la sinagoga a la que sus vecinos llamaban por su nombre: su unión ante los ojos de Dios con su querida Iza y la llegada a la Ley de su hijo Samuel. Samuel era el primogénito que tanto había deseado y con el que tantas horas había pasado en aquella sinagoga.

A su corazón llegó el recuerdo de su candidez e ilusión la primera vez que pisó el suelo sagrado de la casa de Dios.

—¿Para qué es este recinto, padre?

—Para la lectura de la ley y la enseñanza de los mandamientos. Piensa, Samuel, que las sinagogas ocuparon el lugar tan difícil de llenar que dejó la destrucción del templo.

—Pero, padre, si esta es la casa de Dios y aquí es donde nos habla, ¿por qué algunas noches hay gente durmiendo en sus bancos? ¿Acaso no tienen respeto?

Samuel recordaba la cara de incredulidad de su hijo y como su corazón de padre se llenaba de ternura y orgullo hacia él.

—Todo lo contrario, hijo mío, la sinagoga también sirve de centro comunal, e incluso es la mejor posada para todos nuestros hermanos viajeros.



Samuel Ha Leví movió tristemente la cabeza. Habían pasado más de quince años desde aquella escueta conversación entre padre e hijo y desde entonces Samuel había sido testigo del crecimiento de una persona noble, orgullosa y, lo más importante de todo, buena de corazón.

No entendía nada. ¿Por qué había caído en desgracia? ¿Qué quedaban de aquellos paseos por Toledoth con su amigo Pedro I de Castilla? Se encontraban en el arco pequeño de la cerca que, situada entre Santo Tomé y la

puerta del Cambrón, respiraba el ambiente de la alegría del pueblo hebreo. El rey era respetado y querido entre todos sus hermanos de fe y él como tesorero del gobernante cristiano le recibía frente a los muros del jardín de la sinagoga, que sin aquel permiso regio jamás hubieran podido construir.

—Sois un pueblo curioso —dijo cierta vez con una media sonrisa el monarca—. ¿Y tú me quieres hacer creer que la judería de Toledoth escribió una misiva al Sanedrín de Jerusalén pidiéndole que no condenase al reo llamado Jesús el Nazareno?

—Señor, también se dice con mala intención que mi pueblo ayudó a los musulmanes a tomar Toledoth en contra del rey visigodo.

Pedro I de Castilla rio con ganas y golpeando la espalda de Samuel. Vociferó con aquel sonido ronco que le caracterizaba:

—De eso tenemos pruebas, amigo mío, pero de la carta mandada a Jerusalén, solo vuestra palabra interesada.



Solían caminar como dos amigos por la pendiente que baja hacia el río Tajo, allá por la parte más al sur de la ciudad. Paseando por la aljama hablaban de la tesorería del reino.

De nuevo las lágrimas inundaron los cansados ojos del rabino. La Iglesia les acusaba de deicidio y no había dudado en emplear todas las argucias posibles para conseguir su conversión. Ahora, ante la falta de resultados, vertía una nueva acusación mucho más peligrosa si cabe, pues contaba con la furia del pueblo inculto y llano: la propagación de la peste negra. Pedro I, que necesitaba de todos para luchar contra su rival y hermano Enrique de Trastámara, no dudó en apoyar la furia popular, y ahora él, como cabeza visible de la judería, había caído en desgracia y sabía que era hombre muerto. Era cuestión de tiempo, y no le quedaba mucho.

Recorrió el pequeño pasillo que separaba la sinagoga de su palacete particular. No necesitó buscar mucho más, su hijo Samuel abrió la puerta y como siempre con una sonrisa clara recibió a su padre. Era alto, flaco pero fuerte y paseaba con esa indolencia que da la juventud, sus dieciocho años de edad. El pelo negro azabache, al igual que el de su querida Iza, caía lacio y brillante por sus hombros. Samuel Ha Leví abrazó con fuerza a su único hijo, sabía que era la última vez que podría hacerlo.

—¿Qué pasa, padre? —preguntó el joven Samuel intentando salir del fuerte abrazo de su emocionado padre.

—Escucha, hijo —dijo el rabino sin soltar a su hijo, más que nada como precaución para que este no viera las lágrimas amargas de su rostro—, tienes que marcharte urgentemente de Toledoth.

—¿Tú no vienes, padre?

—No, hijo, yo no puedo irme.

—¿Qué ocurre? No me iré a ningún lado sin saber qué pasa.

Samuel sabía que aquel día era el último de la tranquila adolescencia de su hijo. Cuando hablara con él, su amado Samuel se convertiría en un hombre, y por lo tanto como tal decidió tratarle.

Se soltó de los finos brazos del joven y le miró a los ojos, aquellos ojos verdes que le recordaban tanto a su madre y que ahora reflejaban, como si fueran un espejo, todo el miedo que él sentía.

—Hijo mío, el rey Pedro se va a ver obligado a prenderme y si tú estás conmigo correrás mi misma suerte. Es mi amigo, por lo que, si tú no estás cuando vengan los soldados, te dejarán marchar sin daño. Pero también es un gobernante listo y, si permaneces a mi lado todos los buitres que le obligan a actuar, también le forzarán contra ti.

—Yo me quedo contigo, padre —murmuró casi sin voz el joven Samuel, mientras apretaba a su derrotado padre contra su pecho—. El rey Pedro te debe muchas cosas y no dejará que nos hagan daño.

Samuel Ha Leví apartó de forma suave a su único hijo y le miró directamente a los ojos.

—Escucha, Samuel, nuestra familia desciende de David, y nuestra historia es grande y rica. Siempre hemos resurgido de los problemas, y ahora tú debes seguir adelante. Recuerda el amor de tu madre y lo que este viejo te enseñó. —Samuel quiso interrumpir a su padre, pero este puso de forma brusca un dedo sobre su boca—. Honra tu fe y sé un hombre de bien.

El rabino Samuel Ha Leví sacó de un pequeño bolso dorado una curiosa llave. Brillaba, elegante por su poderosa aleación de oro puro y hueca por dentro. Su peso liviano hacía de ella un resplandeciente amuleto. Samuel Ha Leví la besó con dulzura y se la tendió a su joven descendiente. Este alargó la mano y por vez primera observó el extremo luminoso de la llave. Una palabra de luz corpórea estaba escrita en los caracteres hebreos más hermosos que Samuel había visto en su vida. Destacaban allí donde la hermosa llave se juntaba con la cerradura. De forma casi inconsciente el joven leyó:

—*Zajor*.

Samuel miró a su padre y con la mirada le pidió consuelo.

—Sí, hijo mío, *zajor*, recordar. Esa palabra te rememorará el compromiso que aquí y ahora contraes conmigo. Esta es la llave de la sinagoga de Toledoth, construida por tu familia en la tierra de Sefarad. —Samuel volvió a abrazar a su primogénito—. Ahora, hijo, en este sitio sagrado prométeme que lucharás por devolver esta nuestra casa, la casa de Dios, a nuestro pueblo.

El joven Samuel sentía cómo corrían gruesas lágrimas por su rostro. El corazón se le partía poco a poco viendo el dolor reflejado en el anciano rostro del hombre que le había enseñado todo lo que era. Con voz quebrada por el llanto, bajó la vista al suelo y susurro:

—Daré la vida en ello, padre mío.

El ruido de caballos en el exterior rompió en mil pedazos el abrazo de padre e hijo. Samuel Ha Leví besó la frente de su vástago y le empujó hacia la puerta del palacete.

—Vete, hijo mío. No te preocupes por mí, llevas mi viejo corazón contigo. Marcha a Sevilla y en la judería pregunta por el rabino. Explícale la situación y dile quién eres.

Samuel se precipito por la puerta y, cuando oyó como golpeaban la de la sinagoga, cuya llave bailaba en su cuello, apretó el paso. Presuroso recorrió la casa sin pararse y llegó a los viejos establos. Ensilló veloz el primer caballo que encontró —nunca había sido buen jinete ni se había preocupado de serlo — y como palabra que lleva el viento partió sin mirar atrás.

El caballo corría furioso, molesto por el inapropiado jinete que le fustigaba sin descanso. El dolor y las lágrimas no dejaban a Samuel pensar, pero poco a poco algo en su interior le decía que estaba obrando mal. Él era joven, y fuerte, y acababa de salir huyendo cuando su anciano padre más le necesitaba. ¿Qué clase de hijo era? Puso el caballo al trote y, a pesar de la noche cerrada y la humedad del río Tajo, paró el grueso percherón a su orilla. Su padre le había mandado una misión, era cierto, pero ¿no decía la ley de Dios que había que honrar a tu padre y a tu madre? Y ahora que por primera vez en su corta vida le necesitaba, salía huyendo como un cobarde. Recogió dentro de su puño la vieja llave, que brillante e impasible bailaba sobre su cuello, y como la primera vez leyó «*zajor*», como decía aquella bella palabra, él recordaría, pero antes su deber como hijo le impulsaba a volver. La noche estaba dejando paso a una débil luz que desde el oriente anunciaba un nuevo día. Eso quería decir que llevaba casi toda la noche huyendo como un cobarde. Montó raudo sobre el caballo y espoleó al equino en dirección a la capital del reino de Pedro I de Castilla.

Tras un trayecto, que a Samuel le pareció eterno, llegó a la calle del Ángel. Un remolino de gente se agrupaba a la puerta de la sinagoga, pero nadie se paraba, agachaban la cabeza y seguían su camino. Samuel se bajó del caballo y, con paso firme pero despacio, muy despacio, llegó hasta el muro central de la fachada oeste del templo. Levantó la vista a la pequeña balconada desde la que colgaba, con una gruesa cuerda en el cuello, su padre.

Samuel se precipitó hacia delante justo cuando el dolor le impedía que sonido alguno saliera de su garganta. Sin embargo unos brazos fuertes y amigos le retuvieron con vigor.

—No malgastes tu vida, Samuel, ya nada puedes hacer por tu padre. Los soldados te buscan, muchacho, su sed de sangre judía no está aplacada.

Samuel respiró hondo y poco a poco fue acompasando su respiración a los latidos de su destrozado corazón. Giró lentamente la cabeza y, con los ojos nublados por la poca esperanza, miró a aquel que con una fuerza casi inhumana todavía le sujetaba. Reconoció al gaón que ayudaba a su padre en el culto. Las fuerzas le fallaron y se dejó caer en los brazos del hombre.

Poco a poco Samuel fue levantando la cabeza, se puso recto y sacó los hombros con fuerza. Le tendió la mano al sorprendido gaón. Este la estrechó con pena, pero maravillado por la fuerza mental del joven Samuel. Como había predicho su padre, el niño había muerto y había nacido el hombre. Se bajó despacio la capucha del abrigo y con ello cubrió su rostro. Beso en la frente al amigo de la casa de Leví, montó en el caballo y susurró: «*Zajor*» mientras agarraba con fuerza la dorada llave.

El caballo partió veloz y ni una sola vez el joven Ha Leví giró la cabeza. Su destino le esperaba en Sevilla.

Madrid, 1622

Aquella algarabía de gente le recordaba a la calle Gorgoja, sitio que le vio nacer un 6 de junio de 1599 en su Sevilla del alma. Con una sonrisa entrecortada en los labios recordó los paseos silenciosos de los que, junto a su padre Juan Rodríguez de Silva, disfrutaba por el puerto fluvial más importante del mundo, el primero en el que las relaciones entre el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo hacían feliz, pero sobre todo, muy ricos a unos pocos privilegiados: el puerto de Indias.

El puerto de Indias se extendía por toda la ladera del río Guadalquivir. Era el eje de la vida de la ciudad de Sevilla, que crecía en número de habitantes y

se convertía en cosmopolita.

Acababa de retratar al conde de Olivares y, orgulloso y con la bolsa llena de ducados, se dirigió al encuentro de su fiel amigo Samuel.

Samuel, al igual que él, era nativo de Sevilla. Desde aquel lejano día en el que pasara el examen de maestro pintor de imaginería a manos del maestro Francisco Pacheco, le tenía a su lado. Samuel le ayudó a poner la tienda oficial y pública, así como a elegir sus aprendices para de esa forma ejercer como pintor. Algo que valoraba más que su vida. Y como aquella vez, hacía tantos años repitió orgulloso:

—Diego Velázquez, maestro pintor al óleo.



Venía del protocolo que el conde de Olivares había hecho de su retrato y recordaba cómo todos los allí presentes maravillados resaltaban los trazos que dejaban perfilado el carácter de un gran hombre.

Llegaba al convento de San Felipe y el ruido de la gente le sacó de sus pensamientos. El desnivel de la calle y el atrio creaba un espacio lleno de entrantes o pequeñas cavidades en el muro que los más avispados dedicaban al comercio de baratijas. Un tumulto le llamó la atención. Recorrió el mentidero de la villa —así le llamaban al sitio por los continuos rumores, cotillees y sobre todo embustes que circulaban por Madrid—. A grandes zancadas y con la mirada intentó encontrar a Samuel. Aquella era la peor hora del día, pues la gente elegía la tarde para las reuniones y el paseo. Sin embargo una palabra le hizo cambiar la expresión del rostro y acelerar aún más el paso entre la gente.

—¿Acaso me estás llamando embustero, judío de mierda? —Velázquez vio cómo un hombre fuerte, sucio y sin duda con ganas de bronca tenía cogido por el cuello a su amigo Samuel.

—Dios me libre, señor. Yo solo digo que si Diego Velázquez gana ese concurso celebrado por nuestro señor Felipe será porque es el mejor pintor que ha dado este reino en muchos años.

Un sonoro puñetazo se estampó contra el estómago de Samuel. Antes de que cayera, la otra mano del fornido sujeto le golpeó el rostro y llevó a este contra el duro suelo del convento de San Felipe.

—Ese Velázquez es amigo y protector de judíos como tú y más le valdría cuidarse de tales relaciones.

El furioso hombre levantó el brazo para descargar otro tremendo golpe sobre el indefenso y aturdido Samuel, pero notó cómo la base dura de un grueso bastón se apoyó sobre su pecho. Diego de Velázquez miró a los ojos del hombre y una mueca por sonrisa se dibujó en su cara. Bajó el bastón lentamente, se interpuso entre el herido y su atacante y con ambas manos sujetando la vara espero la posible reacción de su contrincante. Este fijó su atención en Diego y le observó de arriba abajo. Un relampagueo en sus pupilas dio a entender al pintor que su atacante había comprendido con quién se enfrentaba. Diego venía de casa del conde, por lo que lucía sus mejores ropas. Una capa verde con ribetes de oro zurcido resaltaba su estatura, aunque sobre todo lo que indicaba el nivel del poseedor de aquella vara de pelea era la fabulosa y cara valona francesa, prenda más sencilla de cuello plano y sin almidón pero de seda y plata.

El fornido hombre evaluó despacio y dejó su furiosa mirada en los ojos de Diego. Poco a poco su sonrisa se ensanchó dejando al descubierto una boca con pocos dientes, podridos y sucios.

—Bien —dijo relajando la postura y sin dejar de sonreír—, muy bien, pero tú, sucio judío —señaló con un dedo mugriento a Samuel—, mira bien por dónde andas a partir de ahora.

La gente empezó a seguir su camino algo desilusionada por el fin de fiesta y Diego alargó su mano para ayudar a su amigo.

—¡Cómo estaré, Dios mío, si esa rata de retrete me llama a mí sucio!

Diego recompuso el aspecto de su amigo y miró el feo aspecto que presentaba el ojo ya casi cerrado por el golpe. Samuel se palpó el pecho y un suspiro de alivio salió de su maltrecha boca al notar su amuleto pegado a él. Hizo ademán de sacarlo fuera de su jubón pero Diego se lo impidió.

—Te he dicho muchas veces que no saques en público esa llave. Su brillo delata su valor y, aunque para ti sea familiar y sentimental, para los demás es solo oro y ducados.

Diego Velázquez, pintor del rey Felipe IV, pasó la mano con afecto por el hombro de Samuel. Los dos amigos, uno judío practicante y el otro cristiano viejo, salieron del convento de San Felipe en dirección a la plaza mayor, donde en pocas horas empezaba el mayor espectáculo que los habitantes de la villa y corte de Madrid podían presenciar: la fiesta de toros y cañas.

Sevilla, 1391

Llevaba treinta años en Sevilla y habían pasado muchas cosas. Las continuas guerras entre Pedro I y Enrique II acabaron con el segundo como vencedor. Aquello fue lo peor que le podía haber pasado a los judíos toledanos, pues habían tomado partido de forma clara por Pedro. La ira y la venganza del vencedor fue dura y cruel. Hubo asedios, saqueos, matanzas de inocentes y toda la crueldad que germina en el odio contenido de aquellos que esperan fría su oportunidad.

Samuel había llorado de forma inconsolable cuando los correos que le llegaban decían que más de 1200 judíos de la aljama toledana —aquella que había sido su casa— habían muerto a manos asesinas de las mesnadas de Enrique de Trastámara. Samuel respiró algo tranquilo cuando una de esas misivas le explicaba que la judería más rica —la Alcaná— se había librado de la barbarie gracias al grosor de sus muros.

Había pasado el tiempo y el hermano vencedor abrumó y castigó con tributos a los judíos de Toledoth.

Pero la vida de Samuel había seguido, siempre con su amuleto al cuello, y el recuerdo que cada noche le traía de aquella promesa. Promesa repetida hasta la saciedad a su hijo Samuel. El niño de trece años miraba a su padre con ojos joviales y luego reposaba la mirada sobre la llave dorada, que con su tierna mano agarraba, mientras su padre le hacía repetir:

—*Zajor.*

Pero hoy era día de fiesta, igual que lo fue cuando a los ochos días de edad Samuel fue circuncidado según el pacto establecido en tiempos inmemorables entre Ha-Shem y el padre Abraham.

Hoy Samuel cumplía trece años y la sinagoga sevillana estaba engalanada para la ocasión. Hoy su hijo sería miembro con todo derecho de la comunidad que le había acogido a él hacía treinta años.

Bar Mitsvá, la mayoría de edad que marcaban por vez primera los *tefillin* llevados sobre el brazo izquierdo como símbolo, al igual que en la frente. Su mujer Sara había llorado toda la mañana y, aunque ella decía que era de alegría, Samuel sabía que el llanto era debido al niño que perdía.

Con motivo de la fiesta, la casa de Samuel y la sinagoga habían sido engalanadas con hierbas, ramas de árboles, flores y perfumes.

—Padre, ¿por qué se han de poner hierbas secas en mi fiesta? —dijo algo preocupado el niño cuando vio a su madre, que junto a otras mujeres esparcían estas por toda la casa.

—Veras, hijo, tu fiesta es muy importante para todos nosotros y por eso queremos que recuerdes que la Torá fue entregada en un monte desértico rodeado de hierbas secas.

—Pero, padre, ¿y el perfume? —El joven Samuel arrugo el entrecejo—. Yo no quiero oler como las niñas.

Samuel rio. Cogió a su hijo por el hombro, alborotó su pelo y se arrodilló junto a él.

—Hijo mío, según los más sabios del Talmud, los perfumes recuerdan que cada palabra que salía de la boca de Dios llenaba de perfume el mundo.



Veía a su joven hijo junto al rabino. En el atril reposaba el libro de los profetas que Samuel leería cuando llegara su turno. Después vendrían las festividades y la entrega de regalos. Samuel esperaba, algo nervioso por ver la reacción que tendría su hijo cuando viera la joven yegua que le esperaba en el establo de su casa.

Samuel estaba inquieto y feliz. Miraba a su alrededor con la mezcla que da el nerviosismo y la ilusión de su día más esperado. No sabía descifrar el bello rostro de su madre, reía o lloraba dependiendo de la persona que se acercara a ella. Samuel la miraba con amor filial, pues, a pesar de ser un día inmensamente feliz para él, sabía que su madre tenía sentimientos encontrados en la distancia, que van desde el amor a la tristeza. Había escuchado durante la noche hablar a sus padres y, aunque no se sintió cómodo y varias veces amagó con marcharse del estrecho pasillo que iba de su habitación a la de sus progenitores, saber que hablaban de su día le mantuvo quieto y expectante. Su padre era feliz, había esperado ese día con anhelo. Besando la frente de Sara le repetía orgulloso:

—Samuel cumplirá el destino de mi familia. El recuperara nuestra casa y el hogar de mis padres.

Sara, hermosa y con su larga y negra melena por encima del pecho, solo repetía una y otra vez:

—Mi niño, es solo un niño.

Ahora su padre, orgulloso y feliz, recibía a todos los invitados a la ceremonia. La sinagoga sevillana se iba llenando de amigos y vecinos. Todos dejaban un presente que Samuel estaba ansioso por ver. Las mujeres lucían llamativos vestidos. Se acercaban a Samuel y le deseaban fe y prosperidad. Los hombres se juntaban alrededor de la gran mesa, montada en uno de las habitaciones adyacentes al gran salón donde el rabino daría paso a la ceremonia. Platos característicos y llenos de significado esperaban a ser degustados. Pero los que más habían llamado la atención de Samuel eran un pescado grande, sin cocer, adornado con hojas de lechuga, símbolo judío de la fertilidad; y un plato lleno de harina decorado con ricas joyas, piezas de plata y una copa grande de aceite. Todos ellos símbolo de riqueza y abundancia.

El rabino, serio pero con un guiño de complicidad con Samuel, empezó a llamar a todos alrededor del atril donde ya descansaba la Tora.

—Querido Samuel, has alcanzado la edad de la madurez. Yo, de forma legal y delante de todo tu pueblo, te obligo a observar todos los mandamientos de la ley de Dios. —El rabino le sonrió de forma imperceptible a través de su barba blanca—. Empiezas a participar en la vida religiosa de la comunidad como un adulto.

Samuel se volvió por indicación del rabino hacia todos los presentes y lo que vio le hizo estremecer de miedo. La puerta de la sinagoga se había abierto despacio y sin ruido, y por ella apareció un hombre al que Samuel conocía bien. Su padre le llamaba Abecasis, y cada vez que aparecía por casa su madre se ponía muy nerviosa y su padre al poco partía de viaje, Abecasis en su casa era sinónimo de problemas entre su padre y su madre. El alto y fornido Abecasis era un reconocido activista de la aljama sevillana. Su tez era morena, su rostro redondeado por el grosor de su cuello y sus brazos robustos como fuertes árboles frutales. Pero lo que más miedo daba siempre al joven Samuel eran aquellos ojos negros azabache que te penetraban y parecían leer todo tu pensamiento.

—Te recibimos con alegría. —El rabino seguía dirigiendo la ceremonia.

Pero a Samuel había dejado de interesarle, otros dos hombres se habían unido a su padre y Abecasis. Su madre, con la cabeza agachada, asentía ante las palabras que el aguerrido judío le dedicaba. Su padre levantó el rostro de Sara con ambas manos y como era su costumbre y con todo el amor que profesaba a su madre, depositó un tierno beso en su frente.

El rabino se había callado ante la falta de atención y toda la congregación miraba temerosa la escena. Samuel, despacio y con la mejor de sus sonrisas, se acercó a su sorprendido hijo. No dijo palabra y le abrazó con dureza

conteniendo las lágrimas. Poco a poco se apartó de él. Como siempre que tenía algo importante que decir, separó con un gesto el pelo rizado que caía por su frente.

—Debes perdonarnos, Samuel, pero tenemos que partir. En pocos días estaré de vuelta y juntos disfrutaremos de tus regalos. Cuida de tu madre, ahora eres el hombre de la casa.

Abecasis descansó su gran mano sobre el hombro de Samuel y este le vio sonreír por vez primera en su vida.

—Bienvenido, Samuel, un bonito *Bar Mitsvá*. Tu padre tiene grandes planes para ti, y yo espero mucho de ellos.

Sara se acercó a Samuel y lo abrazó con suavidad mientras miraba a su marido.

—Marchaos y que el Dios de Israel acompañe vuestro viaje.

Samuel vio partir a los hombres y, aunque la ceremonia continuaba ya nada le importaba, sabía que algo importante sucedía, tan importante que obligaba a su padre a dejar atrás la alegría de aquel día.

Samuel se dirigió hacia los cinco libros de Moisés sintiendo sobre su pecho cómo oscilaba la llave toledana, que su padre le había pasado por su cuello antes de partir.

—*Zajor*, hijo mío —fueron las ultimas palabras que pronunció antes de salir a la oscuridad de la noche.



El viaje hasta Carmona era largo y pesado, por lo que no debían demorarse, y mucho menos llevando el miedo en sus corazones que les empujaba hacia allí.

La noche era fría y húmeda, por lo que el contacto con los caballos era agradable y lo único que impedía que el cuerpo, entumecido por el violento movimiento de la velocidad, se congelara del todo. El camino bordeaba el cauce del río Guadalquivir, por lo que la mente de Samuel se transportó a aquella otra orilla de otro río querido por él y que hacía más de treinta años que no veía: el Tajo. Fue la noche en la que decidió que no sería un cobarde y que jamás huiría de los enemigos de su familia y de su pueblo, la noche que le trajo la noticia de que tendría que dejar atrás su casa, su ciudad y a la persona que le había enseñado todo. Ahora de nuevo corría a lomos de un caballo y

salía de su casa, pero el motivo era otro. La reunión que debía tener era precisamente para garantizar que nunca ningún judío tuviera que salir corriendo en mitad de la noche dejando atrás su casa por miedo a perder su vida, su libertad.

Mientras pasaban por senderos y huertas y en la noche oían el gruñido de los perros, Samuel pensaba en todo lo que le esperaba en Carmona. Las predicaciones del arcediano de Écija, Ferrán Martínez, estaban llevando la situación de las juderías andaluzas al extremo del pánico. Las turbas poco a poco se tomaban más libertades contra ellos sin que nadie les parara los pies. La excusa era la de siempre: los judíos no querían aceptar el bautismo. Y todo había empeorado cuando en una revuelta dentro de la aljama de Córdoba el rabino Abravanel, jefe de una de las familias más aristocráticas y privilegiadas, soltó una frase que Ferrán Martínez aceptó como declaración de guerra.

—Es curioso, arcediano, que celebréis la circuncisión de Jesús y condenéis la práctica de ese rito entre los judíos como desafío religioso casi personal.

Aquella frase lapidaria a ojos del cura de Écija se empeoró cuando fue vitoreada y aplaudida por tintoreros, guarnicioneros, sastres, zapateros, joyeros, comerciantes en paños y tenderos allí reunidos, y que a ojos de la iglesia vivían de forma desahogada y libertina. Muchos de ellos eran terratenientes, aunque algunas legislaciones les prohibiesen poseer tierras.

Si todo aquello no había estallado ya era gracias a un aliado inesperado e insospechado por todos: el arzobispo de Sevilla. Sin embargo la peor de las noticias les llegaba aquella noche llena de agobios y prisas: el arzobispo se estaba muriendo y Samuel necesitaba hablar con su imprevisto amigo.

Llevaba el corazón acelerado, la vista puesta en el horizonte y estaba deseando llegar a la reunión que el arzobispo sevillano le había propuesto en su palacete de Carmona. El mensaje hablaba de la gravedad extrema del sacerdote, de ahí la importancia de darse prisa en el encuentro. La misiva era del propio arzobispo e instaba a Samuel a venir presto a una conversación con él. Llevaban fustigando a los cansados caballos durante más de tres horas cuando un claro oscuro de sombras nocturnas empezó a dejar ver la grandiosa muralla de la villa de Carmona. El palacete les miraba pétreo y altivo desde lo alto del promontorio. Una pequeña luz les indicaba el camino de subida. Entraron en el pequeño patio donde dos monjes les esperaban para hacerse cargo de sus caballos y, sin apenas mediar saludo, otro monje grueso y pesado

les guio hacia la estancia donde el viejo arzobispo de Sevilla esperaba sereno su encuentro con Dios.

Samuel, con un gesto de la mano, indicó a sus acompañantes que le esperaran fuera. Él descubrió su cabeza del gorro de viaje y entró en el cuarto del enfermo.

El olor era nauseabundo, la mugre y la suciedad rallaban ya lo extremo. «Ni a mis caballos permitiría vivir así en los establos», pensó Samuel. El grueso sacerdote, que leyó en los ojos el pensamiento del judío, le susurro casi al oído:

—El médico ha dicho que no limpiemos nada. Los restos de vómitos y sangrías hace esta estancia inhumana.

Grupos de moscas cubrían las bilis del moribundo. Las sábanas empapadas de sudor y de excrementos apenas dejaban ver al ser humano que sufría entre ellas. Algo en el interior de Samuel golpeó su alma y su corazón al ver a su amigo en esa situación. De forma violenta se giró y agarró de la sotana al grueso sacerdote.

—Me importa poco lo que haya dicho vuestro matarife. A este hombre le quedan horas de vida y no voy a consentir que se presente ante su Dios de esta guisa.

—Pero, señor, el médico…

Samuel cortó la queja del cura zarandeando a este y empujándole hasta el rincón de la habitación.

—Vaya a la cocina y traiga toda el agua caliente que pueda, que le ayuden mis amigos si hace falta, pero no dejaré que el arzobispo muera como un puerco revolcado en su mierda.

Samuel abrió la ventana y agradeció el golpe violento de aire frío, pero puro, que sacudió su rostro. Abecasis, que había oído los gritos de Samuel, comprendió la situación —o más bien la olió— y, ayudado de los dos monjes que les habían recibido en el patio, empezó a limpiar la habitación. Quemaron las sabanas y la ropa transpirada e inmunda del enfermo. Con sumo cuidado ante la alta fiebre del arzobispo.

Y el grueso monje —que miraba al judío con cierto temor pero con creciente agrado— y Samuel limpiaron y asearon al doliente. Los paños de agua tibia empezaron a hacer estragos en el arzobispo, pues de forma gradual y entre susurros incomprensibles fue abriendo los ojos.

El sacerdote estaba incorporado en la cama y la cabeza reposaba en el pecho de Samuel, pues este le pasaba un trozo de tela por la frente. Una sonrisa de reconocimiento se disparó en el decrépito rostro del cura.

—Samuel, amigo mío, habéis llegado a tiempo de despedirme de vos y de advertiros —las pocas fuerzas del sacerdote hacía que su voz apenas fuera imperceptible, por lo que Samuel tuvo que acercarse más—. Me muero y el arcediano de Écija no pierde el tiempo. Ya ha movido los hilos suficientes para cuando yo falte ocuparse de su asunto favorito.

—No penséis ahora en eso, amigo mío. Voy a enviaros un médico de verdad y saldréis de esta. Lo que importa es vuestra salud.

Samuel arropó a su viejo amigo al notar cómo el pulso de este se diluía entre sus dedos. El arzobispo apenas si tenía carne en su cuerpo, era un manojo de huesos acompañados de venas azules que se transparentaban en la blancura de su piel.

—Escucha, Samuel, la primera medida que va a impulsar el arcediano cuando sea la máxima autoridad en la diócesis será la inmediata destrucción de todas las sinagogas. Lleva tiempo pidiéndomelo y, como yo no acepto sus peticiones, en los últimos meses ha sido mi mayor enemigo.

—Pero hay muchos cristianos amigos nuestros que no permitirán tal aberración y estarán a nuestro lado.

—No, Samuel, no. —El arzobispo movió de un lado a otro la cabeza e intentó incorporarse, lo que le provocó una tos violenta llena de sangre—. Debes llevarte a toda tu familia lejos de ese lunático. Cuando la noticia de mi muerte llegue a sus oídos, nada se interpondrá en su camino. —Tosió con fuerza y un hilillo de sangre oscura resbaló por su barbilla—. Nada —llego a susurrar.

Abecasis miró a Samuel a los ojos y con un gesto cómplice demostró su total acuerdo con el moribundo.

El dolor de Samuel era doble: por un lado un hombre bueno se apagaba lentamente ante sus ojos —un hombre que le había ayudado a él y a todos los de su religión— y por otro volvía a vivir la misma situación que había dejado atrás en Toledoth.

—No os dejaré a vos ni a mi familia. Una vez ya lo hice y la persona que más quería en el mundo murió sin mi ayuda. —Samuel miró a Abecasis apretando su mandíbula con furia contenida—. Esta vez los estaré esperando.

—Hijo mío, yo ya he puesto mi alma pecadora en manos de mi Dios. Lo único que te pido es que le hables de mí al tuyo. —Una sonrisa se intuyó en el anciano mientras se agarraba a los fuertes brazos de Samuel—. Si te quedas en Sevilla no estarás a salvo, ni tú ni los tuyos. Una huida hacia delante a veces es inteligente. No lo mires como una cobardía, sino como una

responsabilidad. ¿De qué le va a servir a tu joven hijo un padre muerto o preso?

Samuel abrazó al viejo.

—Gracias, amigo, por tu aviso. Como siempre has hecho un gran servicio a tus amigos y vecinos. Esta península, gracias a gente como tú, ha sido un crisol de tres culturas distintas, pero amigas. Tres dioses que hablan de amor no se pueden pelear, y ese mensaje no podemos dejar que se muera. —Samuel besó la huesuda mano del arzobispo y, tras él, Abecasis le imitó—. Estarás en las oraciones de toda la aljama de Sevilla.

Con casi su último aliento, el arzobispo sevillano, mientras la sangre le seguía bajando por la barbilla, cada vez más oscura y sólida, susurró:

—Que el Dios de Abraham te acompañe, amigo.

Londres, 1623

Era principios de marzo. Era extraño, pero en Londres el sol brillaba con fuerza. La población disfrutaba con el respiro que la naturaleza les daba, después de un fuerte y ventoso invierno. El caballo resoplaba ante el incansable ardor de su jinete y el esfuerzo que este le instaba a hacer desde hacía más de dos horas. Carlos Estuardo era alto y fibroso, sus proporciones eran elegantes y su porte regio. Rubio con graciosos bucles que caían sueltos por su cuello, llevaba el pecho al descubierto y disfrutaba con la poca brisa que llegaba hasta él.

Carlos Estuardo era un joven jovial al que le gustaba disfrutar de la vida. Pero la preocupación le había hecho perderse con su caballo Sedon y, sin rumbo, ni destino, pensar en todo aquello que le tenía con el humor cambiado.

Ser el único hijo varón con vida de Jacobo I de Inglaterra tenía su deuda con el trono, que debía de ser pagada pronto, porque Carlos Estuardo era príncipe de Gales, y el príncipe tenía que casarse. Inglaterra y España llevaban largo tiempo hablando para que las dos coronas se unieran mediante el matrimonio de Carlos de Inglaterra y la infanta María, hermana menor de Felipe IV rey de España.

Carlos había decidido hablar con su mejor amigo, aquel con el que había compartido toda su infancia, y que además disfrutaba de la condición de favorito de su padre. George Villiers era libertino y aventurero. Eran esas las cualidades que Carlos buscaba para que George se uniera a la locura que había inundado su cabeza.

Sedon paró justo en el momento en que Carlos desmontó ante la puerta del futuro duque de Buckingham. George, descamisado, con una jarra de vino en la mano y con las calzas a medio poner, recibió a Carlos con una sonrisa en la boca.

—Alteza, qué alegría veros por esta casa. —Carlos dio un prolongado y sonoro sorbo de vino y dejó que un pequeño y rojo surco recorriera deprisa su torso desnudo.

—Déjate de sandeces, amigo, no aguanto mucho más esta situación. Necesito saber si voy a contar con vuestra ayuda o no.

George vio la intranquilidad en aquellos ojos claros que tantas veces le habían sonreído y pudo leer el desánimo que le transmitían.

—Sabes que ese es un camino de peligros y dificultades. —George se dejó caer en el pequeño sillón que marcaba el paso hacia su aposento—. Esa no será una aventura como otra cualquiera.

—Lo sé, amigo, lo sé, pero algo me dice que con mi presencia en la corte española todo será mucho más sencillo.

—Eres un hombre orgulloso, Carlos.

—No, soy un hombre desesperado por tantos y tantos años de negociaciones sin final.

George cambió la sonrisa que hasta ese momento había mantenido frente a su amigo por un gesto de disgusto.

—Te fías en exceso de ese español enjuto y maloliente.

Carlos, que caminaba por el pequeño recibidor con las manos en la espalda, detuvo su nervioso movimiento.

—Gondomar ha sido leal y buen amigo de mi padre durante su estancia en Londres y no tengo por qué dudar de él.

—Gondomar es español y eso lo reduce todo —escupió con odio George, que levantó las manos en un gesto de impotencia.

—Estoy cansado, amigo, de esperar a que me comuniquen quién va a ser mi esposa, y futura reina de Inglaterra.

George se levantó y abrazó a su real amigo.

—Te he mostrado muchas veces mi oposición a España y por lo tanto mi rechazo a un matrimonio real con una infanta española, pero tienes en mí todo el apoyo. —Separó a Carlos y sonriendo le miró a los ojos—. Será divertido. ¡Qué gran aventura! Pero tendremos que convencer al rey.

A Carlos se le iluminó la cara y una sonrisa reflejó su cambió de humor.

—Iremos mañana, estará solo y sin nadie que estropee nuestro destino. Le contaremos nuestros planes. Iremos a España por tierra y de incógnito.

—Si yo fuera Jacobo I de Inglaterra jamás dejaría a mi hijo hacer semejante locura —dijo George con una risita nerviosa—, y mucho menos si va acompañado de un tipo como yo.

—Vamos, amigo —protestó el príncipe—, te menosprecias. Eres el mejor acompañante que podía tener.

En ese momento, la pequeña puerta de madera que daba a la alcoba se abrió de golpe y una muchacha desnuda apareció en el umbral.

—Geo, ven a la cama, me estoy aburriendo. —El pelo lacio y rubio cubría a duras penas sus pechos, mientras su pubis frondoso y húmedo parecía llamar al futuro duque de Buckingham. La muchacha sin pudor alguno miró al príncipe a los ojos y lentamente con ambas manos llevó su melena hacía la espalda, dejando que el inoportuno visitante contemplara su belleza en toda su desnudez. Después de un momento que pareció eterno y sin apartar la mirada del príncipe de Gales, se giró y se adentró en la alcoba mientras susurraba—: Geo, no tardes…, amor.

George se encogió de hombros y alargó la jarra de vino a su amigo. Su voz sonó nerviosa y entrecortada:

—Nos vemos mañana. Alteza.

—No faltes… Geo —gritó el príncipe con una sonora carcajada mientras veía cómo se cerraba la puerta detrás de su amigo.

Sevilla, 1391

El silencio llenaba el corazón de todos los allí presentes. El muerto había sido una persona muy querida en vida y todo el pueblo sevillano quería presentarle sus respetos. La iglesia, humilde y sencilla, albergaba el cuerpo sin vida del anciano arzobispo de Sevilla. Era recogida y pequeña. Hasta en la muerte aquel cura de pueblo —como a él le gustaba que le llamaran— era sencillo en su fe. Unos pocos bancos de madera recogían a los fieles que, de forma silenciosa y ordenada, iban llegando al templo. En el centro del altar un pequeño crucifijo marcaba el lugar donde el arzobispo de Sevilla recibiría por ultima vez la visita y el cariño de sus feligreses.

El cuerpo sin vida reposaba sobre un discreto ataúd de madera corriente y el conjunto de huesos en lo que la enfermedad había convertido su cuerpo a duras penas lo rellenaba.

Sin embargo hasta en la muerte su tierna sonrisa, la sonrisa sincera que le había hecho ganarse el amor de la gente, reflejaba la bondad de su alma.

Abecasis se acercó a Samuel y posó lentamente la mano sobre el hombro de su amigo. Samuel levantó la cabeza y dejó escapar las lágrimas que llenaban su corazón. Abecasis hizo un gesto en dirección a la multitud, que poco a poco se acercaba a la sencilla capilla del centro de Sevilla.

Samuel sintió la mirada de la gente, gente manejada en el odio y no en el amor que había predicado su finado amigo.

«¿Por qué?», pensó. Porque los buenos cristianos, el ejemplo para todas las culturas y religiones, desaparecían de su camino, y solo quedaba odio e incomprensión como las hojas en otoño.

Samuel se levantó del reclinatorio desde el que había pedido al Dios de todos por el alma del amigo que le había dejado. Recordaba que el arzobispo sevillano le había enseñado cómo cuando ambos rezaban, uno a Abraham, y otro a Jesús, en verdad lo hacían al mismo Dios, un Dios de amor y perdón.

Samuel cogió una pequeña vela y se acercó hacia el cuerpo de su amigo. Le miró por última vez y le dio las gracias, por su amistad, por su cariño y por hacerle ver que sí era posible el amor entre los pueblos y distintos credos.

Abecasis volvió a tocarle en el hombro. El nerviosismo del enorme guerrero era ya evidente. La tensión entre la gente se palpaba y aquel gesto de Samuel había centrado todas las miradas en él.

Recorrieron lentamente el estrecho pasillo que les llevaba hasta la salida del humilde templo. Poco a poco la gente se apartaba para dejarles salir, pero también de forma lenta y paulatina fueron creciendo los murmullos y comentarios.

—¡Marchaos, judíos!

Abecasis llevó su mano hacia la larga daga que portaba y apretó el paso. Samuel hizo el gesto de mirar quién les increpaba, pero la mano gruesa y fuerte de su amigo le llevó hacia la salida.

Dejaron atrás la calle de la Gorgoja y vieron cómo la multitud se arremolinaba cerca de la iglesia de San Pedro, pero otra mucho más numerosa y ruidosa les llevaba hacía el río Guadalquivir. El gentío desembocaba de todas las callejuelas al puerto fluvial más importante del mundo, el Puerto de Indias, y se extendía como hormigas alrededor de su reina. Samuel intentó llegar a la entrada de la calle del Puerco, pero como si todos tuvieran una sola voluntad se vieron forzados a seguir camino del rio.

Aquello no le gustaba nada a Samuel y, de forma refleja y como hacía cada vez que una preocupación ocupaba su mente, hizo ademán de buscar la llave que llevaba cerca de su corazón. Entonces recordó que su joven hijo era

ahora el portador de la promesa hecha y en silencio, mientras seguía el camino que Abecasis abría, rezó.

La gente se iba parando, el olor al agua sucia y estancada marcaba la escasa distancia que les separaba del Guadalquivir y el silencio se fue adueñando de la oscura noche. Abecasis le señaló al frente y Samuel apreció como sobre un viejo tocón. Con los brazos cruzados esperaba pacientemente un oscuro sacerdote. Aun teniendo la capucha sucia de la túnica sobre la cabeza, se distinguía el pelo grasiento que no dejaba ver sus ojos. El fraile era delgado y alto, y como una sombra silenciosa sobrecogía a todo aquel que se le quedaba mirando. Lentamente sacó las manos del hábito y en su delgadez se pudo apreciar las venas gruesas y azules. El silencio y la expectación se podían palpar y Abecasis interrogó con la mirada a Samuel.

—Ferrán Martínez, arcediano de Écija —susurró Samuel mientras escrutaba con temor al mayor enemigo de su pueblo. Él se sentía fruto de aquella tierra, Sefarad, y hombres como aquel querían negar a su hijo la felicidad y el derecho de vivir en paz.

El arcediano levantó los brazos y dejó caer la capucha que mantenía tapado su rostro. El pelo lacio y grasiento cayó casi hasta sus hombros, pero el sacerdote no apartó el que dejaba casi oculto el de su rostro.

—Hijos de Jesús, hermanos en la fe —gritó con una voz seca y profunda que rasgaba el silencio impuesto en la noche—. La muerte nos rodea en cada casa que habitamos, por cada calle que andamos y en cada rostro que miramos. Dios nos avisa de que algo esta mal, la enfermedad nos visita y el mal es nuestro vecino. ¿Cómo podemos consentir que el pueblo asesino de Cristo viva feliz e impune en las aljamas?

No quieren reconocer su error, desprecian el bautismo y nos propagan la peste.

Un rumor que subía lentamente empezó a extenderse por todo el río y rompía la quietud de la noche. La gente nerviosa asentía con la cabeza y hablaba con el vecino. Todos habían sufrido con la peste alguna pérdida personal y que el pueblo judío matara a Jesús era una blasfemia, pero que fuera el culpable de la terrible plaga que mataba a sus mujeres e hijos inocentes no se podía consentir.

—Sí, hermanos, ¡si! Dios nos recuerda que somos pasivos ante el mal que habita entre nosotros. ¿A qué esperamos para acabar con él? —El fraile levantó las manos hacia el cielo oscuro y la luz tenue de las velas que iluminaban su silueta hacían de él un mensajero de malos presagios.

—¡Muerte a los judíos! —Un grito unánime rasgó el aire como una flecha hasta llegar a los oídos de Abecasis y Samuel. Como si de un dardo envenenado se tratara, paralizaba sus sentidos.

—Marchemos, Samuel, Avisemos a la aljama. Va a ser una noche muy larga y difícil. Samuel intentaba ver los ojos de aquel ser que tanto les odiaba, pero aquella cortina de grasa se lo impedía. El nudo que se le había formado en el estómago hacía rato que se apoderaba de su corazón y la visión de su mujer y su hijo le llevó al recuerdo de aquel cuerpo colgado en Toledoth. Nada cambiaba, todo seguía igual, eran gente sin tierra.

Madrid, 1623

El calor era sofocante y muy diferente al que ellos conocían en su Londres natal. El viaje estaba siendo muy movido, pero estaba teniendo éxito. Habían logrado hacer creer a todos los cortesanos que los tres, Jacobo I, Carlos y George, se iban a reunir en unos días en New Market. En realidad y tras convencer con mucho esfuerzo al rey, Carlos y George cabalgaron sin descanso hasta New Hall, casa de George en Essex. Utilizando barbas postizas y lógicamente con identidad falsa, llegan a Gravesend y cruzan en barca el río Támesis. En una noche de locura y aguantando la tormenta más cruda y ventosa que recordaban, de madrugada zarpan hacia Francia.

Eran felices. La aventura y el riesgo les llevaba a un estado de adrenalina constante, y casi sin descanso al despuntar el alba llegan al puerto franco de Boulogne. Dos días y cuatro caballos después llegan a París. Saben que deben de salir de Francia lo antes posible, no quieren problemas con Luis XIII.

De la frontera hasta Madrid el viaje había sido cauteloso y lento. Pobreza, pobreza extrema era lo que recibían sus ojos, una pobreza que manchaba, todavía más, lo difícil e incómodo que resultaba atravesar España.

El polvo del camino impregnaba hasta sus huesos y la boca seca era un tormento. Necesitaban un descanso y también preparar su entrada en Madrid, donde sin demora alguna deberían pasar por la embajada inglesa para que el rey de Inglaterra tuviera la feliz noticia de la llegada de los dos jóvenes.

El camino se curvaba y justo debajo de un gran olmo, y aprovechando la densa sombra que su centenario cuerpo dejaba, una pequeña casetilla, pues ni por casa se la podía tomar, rompió la monotonía del seco paisaje. En la puerta un gran águila imperial muerta y disecada ofrecía sus alas abiertas, como resguardo al caminante, y presentando una extraña y cálida entrada al interior.

Los dos viajeros acostumbraron poco a poco sus ojos a la oscuridad de dentro y su cuerpo agradeció el frescor que aquella sucia taberna les proporcionaba.

Samuel llevaba varios minutos sentado y con una jarra de vino aguado sobre la mesa. El viaje a Italia como siempre le había parecido cansado pero alucinante. Duras semanas de trayecto, con el cargamento que su amigo y mentor Diego Velázquez esperaba ansioso en su taller madrileño.

Velázquez seguía su trabajo en el alcázar al servicio del rey, en su obrador, lugar que le enamoraba y hacía de él un hombre extraordinario y especial. Había elegido aquel taller desde su llegada de Italia y su vida pasaba entre las cuatro paredes que formaban el obrador en la Galería del Cierzo. Samuel sonrió recordando las horas y días que su ilustre amigo sevillano dejaba pasar observando la Sierra de Guadarrama.

—¡Mira, Samuel, qué gama de colores! Dios nos da solo a unos pocos privilegiados la oportunidad de diseccionar tanta belleza.

Luego Samuel recordaba en cada lienzo aquella luz y sobre todo aquel azul que solo Diego Velázquez sabía sacar de cada cielo de Madrid.

Solo una cosa incomodaba a Diego y era la ligereza con que su majestad Felipe IV usaba la llave del obrador y pasaba su tiempo viendo al maestro pintar desde una silla. Entraba, se sentaba, miraba con ojos de admiración y reconocimiento y, pasadas tres o cuatro horas y sin mediar palabra, se marchaba en silencio.

Eran frecuentes aquellos viajes para Samuel. La técnica y sobre todo el estilo de Diego Velázquez habían sufrido variaciones importantes desde sus primeros cuadros en Sevilla, y de una forma más marcada a raíz de su viaje a Italia. Los primeros viajes se centraban en la compra de «mantelillo» tejido en el que los hilos se entrecruzan. Diego era pintor de bodegones, pero de forma lenta y estudiada se había convertido en un formidable retratista.

¡Venecia! La alegre y luminosa Venecia. ¡Cómo ansiaba Samuel el momento de la partida y cómo la emoción iba dejando paso a la preocupación de llegar a Madrid con las telas que su maestro esperaba con ansia! Solo cuando a lo lejos intuía la taberna del Águila se permitía el descanso de una buena jarra de vino.

Samuel sonrió pensando cómo disfrutaba el pintor sevillano del momento de la preparación de cada trabajo. Él llegaba con el mantelillo desde Venecia y Diego pasaba la mano con amor y dedicación para aprobar su textura. El lienzo lo escogía y preparaba con su famosa imprimación de tono ocre, conseguido con el pigmento «tierra de Sevilla».

Samuel les vio entrar. Eran extranjeros, no tenía ninguna duda. Eran dos y de porte distinguido, a pesar de la suciedad de sus ropas y el polvo del camino.

El más alto de los dos sonreía alegre y su rostro relajado parecía indicar que disfrutaba de todo lo que le rodeaba.

Era rubio y el pelo le hacía unos graciosos bucles al caer despreocupado por sus hombros. El compañero era de estatura mediana y sus ojos lo miraban todo con cierta curiosidad. Llevaba el pelo corto y su color era de un rojizo, sin duda, pensó Samuel, Diego Velázquez hubiera pagado por conseguir tener aquel pelo en una de sus espátulas.

El Águila era una taberna pequeña, un buen exponente de lo que los madrileños llamaban «bodegones de puntapié». Eran pequeñas casetas muy simples donde se preparaban algunos platos de consumición rápida. Por lo tanto su interior era pequeño e incómodo.

En aquel momento de las tres escuetas mesas que poseía El Águila, una la ocupaba Samuel, otra estaba vacía y la tercera la llenaban con su bullicio y algarabía cuatro de oficio cierto, para Samuel «hombres de armas».

El más ruidoso de todos era enjuto, bajo y completamente calvo. Vestía con calzas verdes y una larga capa color albero. Pero lo que más llamaba la atención era una espada brillante que debía de ser incomoda de llevar por su longitud. Colgada de su tahalí del cinturón parecía una parte más del delgado cuerpo de su dueño.

El hombre calló al darse cuenta de la entrada de los dos extranjeros y como un imán clavó la mirada en la espada que portaba el más alto y rubio. Samuel también dirigió sus ojos hacía el arma. Una joya adornaba la empuñadura remarcando en ella un escudo que nadie pudo reconocer. Empuñadura y vaina destacaban por su metal precioso y dos brillantes piedras engastadas. En comparación de aquel arma todas las que había en El Águila eran ordinarias y mucho más sencillas, construidas en acero vulgar y por única decoración pequeños grabados en la cazoleta.

El otro extranjero portaba una espada más vista y frecuente con un pequeño dibujo geométrico labrado, aunque Samuel pudo ver cómo los cuatro comensales evaluaban la tersura bruñida del buen acero.

—Roldán, ¿qué opinas? ¿Son más putas las mujeres francesas o la inglesas? —El que hablaba se levantó con la mano puesta en la brillante espada y haciendo un gesto apenas visible a su compañero de mesa. Esbozó una abierta sonrisa y mostró una boca carente de dentadura, por lo que la lengua recorría de continuo el borde de sus pequeños y supurantes labios.

El calvo se sonrío y llevó su capa, en un gesto estudiado, hacía el lado opuesto a su arma.

—Observando mucho, me da, amigos, que las mujeres inglesas son más putas y disfrutan más con la verga dentro.

Con pasos lentos y la mano derecha sobre la empuñadura de la espada, el llamado Roldan se acercó a los extranjeros.

Samuel había vivido muchas veces aquel tipo de situaciones y sabía el desenlace final. Aquellos cuatro hombres eran gente de fortuna, vendían su arma al mejor postor y en aquellos dos extranjeros habían visto una presa fácil. Si los dos extraños caían en el error de contestar a las ofensas, los cuatro despiadados mercenarios tendrían vía libre para actuar.

El extraño pelirrojo se apoyó en la escueta madera que servía de barra y miró de arriba abajo a los dos hombres que les observaban. Inglaterra no era diferente a España, un ladrón camorrista era igual en todas partes. Miró a Carlos y vio el temor reflejado en sus ojos. Les había costado mucho llegar hasta allí como para ahora estropearlo todo en una reyerta de taberna. Pero su parte de bravucón y pendenciero se adelantó y tomó ventaja en su cabeza.

—Las inglesas sin duda son buenas amantes, pero hasta mi país ha llegado la fama de vuestra madre…, señor —contestó George sonriendo y con una pequeña reverencia.

Todo fue muy rápido y no por esperado menos sorprendente. El extranjero rubio y más alto de los dos desenvainó su espada con una rapidez endiablada y colocó la punta de esta sobre el llamado Roldán. Con los ojos abiertos de par en par este dejó caer el acero al suelo.



Samuel cabalgaba en silencio, y solo muy de vez en cuando se permitía el rápido gesto de mirar a sus dos acompañantes. La reyerta había acabado rápido, los dos ingleses. Ahora sabía que sus dos compañeros de viaje eran de ese peculiar país, habían dado muestra de pericia y habilidad con la espada, y él no dudó en echar una pequeña mano con aquel jarro de vino en la cabeza de uno de los cuatro matarifes. Esa firme decisión y valentía le valían ahora la compañía de los extraños viajeros camino de la villa de Madrid.

El polvoriento camino y el calor abrasador del sol hicieron que rememorara otro difícil viaje para él.



Llevaba a su pequeño Samuel en brazos y la sed quemaba su garganta. Se sentía morir de sed… y de pena. Había enterrado a su preciosa Ana en el camino. No fue capaz de encontrar ayuda, ni cura para su agonía. Recordaba cómo su frente quemaba y sus delirios le hacían maldecir entre vómito y vómito. Llegaron a un pequeño riachuelo y creyó que la providencia se apiadaba de ellos, pero la fortuna se reía en sus cansadas y abotargadas caras. Un olor fétido y repugnante les avisaba de que el agua, que mansa y oscura les observaba, no era recomendable. Bajó a su querida Ana del cansado asno, que ya a duras penas se mantenía en pie. La tendió en el suelo y dio gracias a Dios por el bendito favor de que el pequeño Samuel siguiera dormido. Ya no recordaba cuándo había sido la última vez que había visto a su hijo comer. Ana se revolvía inquieta en su tormentoso y febril sueño y él estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano y de cordura para no tirarse con ansia al agua y llenar su garganta de aquel líquido.

El silencio le avisó. Ningún trino, ningún arrullo. Nada, de repente el silencio. El yermo y amarillento campo había dejado de latir en un segundo. Se volvió a tiempo para ver cómo dos hombres llegaban hasta su cansado asno y con un gesto amenazante para él y su familia se lo llevaban. No movió ni un músculo, no valía la pena, ni el cansado y huesudo asno ni lo que llevaban sus alforjas mejorarían su situación. Llevó la mano a su pecho y notó el colgante cerca de él. En esa llave estaba la historia de su familia. Dejó caer la cabeza entre sus manos y lloró. Lloró de impotencia, lloró de pena y amargura, y lloró por Ana. Había sido una compañera fiel, su amiga. Le animaba a hacer ese viaje, ya nada había para ellos en Sevilla y buscaban mejor fortuna en Madrid. Pero Ana enfermó y nadie les quiso ayudar, él ofreció su trabajo, pero la miseria era algo común en el largo camino y ahora la desesperación le volvía loco.

Alargó la mano y la acomodó a la de su compañera. La realidad estalló en sus sentidos. No hacía nada esa mano, ese cuerpo que él tanto amaba quemaba de fiebre, hambre dolor y sed. Pero ahora estaba fría y sin vida. Se arrodilló y despacio depositó un tierno beso en los fríos y agrietados labios de Ana. Samuel seguía dormido. Dios le daba un pequeño respiro. Apoyó la cabeza sobre el inerte pecho de su compañera y el llanto le dejó dormido.

Tuvo sueños turbulentos. La sed le ahogaba y era incapaz de articular palabra. Sobre todas las cosas era incapaz de gritar cuando una mano le arrancaba la dorada llave del pecho.

Recordaba haberse despertado sobresaltado, pero no tenía ningún recuerdo nítido de cómo y de qué forma había enterrado al amor de su vida en aquel desolado paraje. De alguna forma había recogido a su hijo y había salido de nuevo al camino. Oía un murmullo lejano, pero él era un autómata, caminaba y nada más. En algún momento de aquel camino el llanto fuerte y desesperado de su pequeño hijo le despertó. Aquello fue superior a sus fuerzas. Su retoño lloraba de hambre y sed, y él no podía aliviar esas urgencias. No podía aguantarlo más, prefería acabar con aquel suplicio. Su hijo era un ángel inocente. Acabaría con todo y, cuando se presentara ante Dios, le pediría que le explicara por qué hacía cosas tan bellas y descargaba luego sobre su conciencia aquel horrendo acto.

Buscó con la mirada una piedra, desesperado. El llanto cada vez era más fuerte y le taladraba el corazón. Aquella le serviría. Maldijo al Dios que le obligaba a matar a su propio hijo y con lágrimas de rabia e infinito amor en los ojos se dispuso a descargar el golpe.



Despertó, salió de la oscuridad profunda e intentó moverse. Le dolía todo. Lentamente abrió los ojos y, aunque de forma borrosa al principio, vio cómo un hombre sostenía en sus brazos a su hijo y este tranquilo y rítmicamente mamaba algo de sus manos.

Se puso en pie y lentamente se acercó. El hombre levantó la vista y una sonrisa clara se dibujó bajo su escueto bigote.

—Es miel. —Su voz sonó fuerte y tranquila—. De momento servirá, pero este campeón necesita leche y buenas gachas.

Samuel miró agradecido y emocionado la escena. Su hijo chupaba del dedo de aquel hombre después de que este lo hubiera metido en un gran tarro lleno de dulce miel.

—Verá, yo… —El hombre hizo un gesto con la mano y Samuel se calló.

—No te expliques, buen hombre. He visto lo suficiente para apreciar la desesperación en tus ojos. Será un honor para mí que este pequeño y tú compartáis camino y comida conmigo hasta Madrid.

Samuel llevó su mano al pecho en un gesto ya familiar y dio gracias al Dios de Abraham, mientras murmuró:

—*Zajor*.

El hombre depositó al niño dormido y satisfecho en brazos del padre mientras tendía la mano.

—Mi nombre es Velázquez, Diego Velázquez.



Habían pasado varios años de todo aquello y tanto él como su hijo adoraban al maestro pintor que les había salvado de la locura de aquel camino.

—Habladnos de Madrid. —El que le sacaba de sus recuerdos era el más bajo de los dos amigos. Samuel miraba su pelo corto y rojizo, y se maravillaba de que el fuerte sol no hubiera quemado todavía su tez blanca como la leche. Hablaba bien el castellano con un acento fuerte y rasposo, que se pronunciaba más cuando se esforzaba en acentuar la palabra.

—Nos han recomendado que vivamos las fiestas que alberga una famosa plaza de la capital.

Samuel sonrió y giro la cabeza hacia George Villiers, futuro duque de Buckingham.

Sevilla, 1391

Samuel y Abecasis llegaban a La Buhaira, el luminoso alcázar construido por Yusuf allá por el año 1171. Rondaban por las afueras de la puerta Yahwar. Una gran huerta rodeaba una laguna disecada que solo un tenue camino de agua que llegaba desde los caños de Carmona alimentaba. Aquel arrabal era el sitio que había elegido para despedir a su familia. Era algo necesario. La experiencia de hechos parecidos le dictaba sus actos.

Un grueso muro construido con piedra, cal y fina arena le separaba de las dos personas que más quería en su vida. Ellos no eran conscientes de la gravedad de la situación, pero él sí. Todo le recordaba a Toledoth y Toledoth era para él tristeza, abandono y pena.

Viñas y árboles frutales aparecieron ante sus ojos llorosos. Se detuvo, no podía dejar que la última imagen que su hijo tuviera de él fuera de desaliento. Respiró hondo y notó la mano fuerte y recia de su compañero sobre su hombro. Abecasis había perdido a su mujer y a su hija en una situación parecida, por lo que no hacía falta que le explicara el vacío que ahora sentía.

Sara se sentaba inquieta bajo un frondoso y cargado naranjo. La observó un momento y dejó que sus pupilas se llenaran con su belleza. El pelo y los ojos fue lo que atrajo su atención el día que la vio por vez primera, y ahora casi después de treinta años el tiempo había sido su aliado.

Un murmullo le sacó de su pequeño sueño. Se extendía entre el grupo de gente que había decidido seguir su consejo y abandonar la ciudad de la que se sentían hijos.

No les quedaba mucho tiempo. Su visita al barrio de Catalanes para encontrarse con el alguacil mayor don Alvar Pérez de Guzmán había transcurrido sin ninguna posibilidad de ayuda. Su viejo amigo le confirmaba lo que él ya temía: el alguacil mayor no disponía de bastantes alguaciles para reprimir un alboroto popular. Alvar Pérez felicitaba a Samuel por la previsión de alejar a su familia de Sevilla, por lo menos de momento.

—Vente con nosotros, tu hijo necesita a su padre. —Sara rogaba más con la mirada que con la voz entrecortada.

—Se fuerte, cariño, nuestro hijo debe ver en ti la fortaleza que necesitará para hacerse un buen hombre. —Samuel olía el pelo de su esposa y aquella conocida tranquilidad le llenaba los poros de su cuerpo—. Si huimos ahora no podremos volver nunca a nuestra casa.

—Nuestro hogar está allí donde estemos los tres juntos, y tu hijo y yo te necesitamos.

—Solo serán unos días, amor. —Sus brazos llevaron a Sara contra su pecho—. Te lo prometo y jamás tendremos que separarnos más. —Samuel dio un tierno y suave beso en los labios a Sara y sacó fuerzas de su corazón para separarse de ella. Se acercó lentamente hasta su hijo y acariciando su rostro con suavidad le sonrió. Se agachó y miró al muchacho a los ojos. Veía miedo en ellos, era normal.

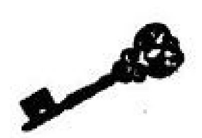
—Durante unos días tú serás el hombre de la familia. Cuida de tu madre y sé fuerte por ella. —Alargó la mano y con dulzura sujetó la llave entre sus manos—. Recuerda lo que representa y la promesa que te ata a ella. ¡Ojalá tú seas el final de su viaje! Pero si no fuera así, solo tu hijo podrá liberarte.

Padre e hijo se fundieron en un abrazo que solo después de un tiempo Abecasis rompió con la realidad que golpeaba a todos:

—No deben demorase más. Lo siento, amigo.

Samuel abrazó a Sara y quiso decirle algo más a su hijo, pero este no le dejó continuar. Agarró la llave que orgullosa colgaba de su cuello y se adelanto:

—Estarás orgulloso de mí, padre… *Zajor*.



La Judería tenía vida propia. Era un enjambre de ruidos, movimiento, olores y colores cotidianos que mantenían el orgullo de la aljama sevillana, municipio administrativo de todos los judíos en la ciudad. Era un sitio marcado por el comercio y la artesanía. Los gremios ocupaban grandes extensiones de la ciudad: guarnicioneros, sastres, zapateros, joyeros y sobre todo comerciantes en paños.

Elías era un *lamdan*, una persona instruida y experta del Talmud. Ya no era un niño y su salud no era la más adecuada para viajar y cambiar de forma radical ahora su vida. Elías quería a Samuel como a aquel hijo que su querida Raquel nunca le dio. Habían discutido por la mañana ante la insistencia de su joven amigo para dejar la ciudad. Muchos años sostenían ya sus piernas. Vivencias parecidas marcaban su viejo corazón y nada ni nadie haría que saliera huyendo y dejara la casa donde había pasado toda su vida y su amada Raquel había dejado la suya.

Elías era el *morenu* honorífico de la aljama y como doctor era convocado de forma especial a la lectura de la Torá. Venía de la sinagoga y como siempre su lento paseo le llevó hasta la catedral cristiana. Le maravillaba aquella construcción que de forma sencilla y natural hacía pensar al que la viera por vez primera que siempre había estado allí, que su sombra bella y estética se remontaba al principio de los tiempos. Rodeó el alcázar y algo no le gustó. No sabía muy bien qué era, no podía decir lo que en su fuero interno le hacía aumentar el ritmo de sus cansados pasos. Él hacía ese mismo camino todos los días y sin embargo algo en el aire le decía que aquel no iba a ser un día más. Se paró, se detuvo pegado a la pared del alcázar y entonces lo entendió. El ruido, el griterío del comercio, la gente con su alegría cotidiana, los niños corriendo y jugando, todo aquello faltaba e indicaba que aquel seis de junio no era un día como otro cualquiera. Aumentó el ritmo de sus pasos y

llegó a la aljama. La judería de Sevilla estaba silenciosa. Solo sus pasos rompían el pétreo silencio y eso le ponía más nervioso aún.

La imagen familiar de su casa apareció ante él. Una torre recia y cubierta de celosías marcaba el final de la calle. Dos grandes naranjos a cada lado rompían de verde y naranja la monotonía del pulcro color blanco de sus muros, y de ellos una fuente adosada. Se paró un momento y se embriagó con el ruido del agua al caer del caño.

Se acercó hasta la gran puerta de madera, ornamentada con grabados de motivos florales, e instintivamente y como de costumbre alargó su temblorosa mano hacia La Mezuza.

¡Qué día de dicha y gozo aquel en el que el *sofer stam* grabó a mano los rollos de la Torá!

Ahora recitó despacio y con voz entrecortada por el inicio de un tenue llanto las dos plegarias del Deuteronomio.

Subió lentamente la cabeza hacia la parte derecha del pórtico de entrada y lleno de orgullo leyó: «El que cuida las puertas de Israel».

Entró en la casa y dejó que el frescor de las plantas levantara su animo. El patio de su casa, lleno de yeserías, era uno de sus sitios favoritos. Por la tarde al frescor de la sombra le gustaba leer pegado a aquella estatua que representaba a David justo antes de lanzar su honda. Aquel gesto era lo único que rompía la religiosidad de su vida.

Pasó despacio al interior de la casa y fue directo hasta los anchos escalones que brillantes marcaban el camino hacia el sótano. Necesitaba su baño litúrgico o *miqva*, aquel baño se lo daba como preparación de algún suceso importante. Sus sentidos le decían que ese seis de junio sería uno de ellos. Necesitaba la purificación espiritual del lavado y luego peinar sus blancos cabellos mientras hablaba con Dios.

Dejó de lado los enfoscados hidráulicos que descansaban en estancias cercanas y se desvistió.

El agua purificaba su mente más que su cuerpo, ya que, como le solía pasar últimamente, el calor del líquido le adormecía y le relajaba en exceso. Volvía a revivir la discusión con Samuel. Él era viejo y rabino, su vida estaba marcada desde hacía mucho tiempo por la responsabilidad y no saldría huyendo como un colegial asustado. Sabía que su amigo tenía razón: la situación era difícil y tensa, la peste había complicado todo. Como siempre ellos eran el enemigo más fácil y su inculpación lo más sencillo. Gotas de sudor corrían por su rostro ajado por los años y poco a poco un duermevela se adueñó de sus cansados sentidos.

No podría decir cuánto tiempo estuvo así. De repente, un fuerte ruido procedente del exterior le sobresaltó. Subió los escalones del hermoso baño y de forma apresurada empezó a vestirse. Un nuevo golpe y el ruido de voces le llenó de miedo. Alguien había entrado en la casa. Él estaba solo. Desde la muerte de su mujer, gustaba que la gente que le servía se marchara al caer la tarde. La soledad era el mejor amigo de un viejo rabino que quería discutir con Dios.

Nuevos ruidos, cerámica rota, risas. Él, con todo el valor que pudo encontrar, subió los escalones que le separaban de todo lo que temió desde que había empezado aquel día caluroso de verano.

Madrid, 1622

Era día de cañas y toros en la villa y corte. Era día de fiesta en la Plaza Mayor de Madrid. Todo estaba engalanado y la alegría se contagiaba como si un reguero de luz fuera impregnando cada esquina. El sol y el calor se habían querido sumar a la dicha que el pueblo madrileño tenía por un nuevo y ampuloso evento.

La Plaza Mayor se había levantado no hacía más de tres años. Aunque se le daba tal nombre, su estructura no era cerrada. Seis calles llegaban hasta su centro y lo más llamativo eran sus tres arcos. Todo era espléndido y ostentoso para el ilustre visitante de la villa, el príncipe de Gales. El balcón de la Casa de la Panadería se guardo para él y su color dorado brillaba llamativo con cada rayo solar. Un biombo separaba al Estuardo de la infanta doña María y, aunque el espectáculo centraba su atención, el heredero de la corona inglesa no podía dejar de imaginar la belleza que podía encerrar aquel misterioso cancel.

Los dos ilustres visitantes se alojaban en casa del conde duque de Olivares, pues allí les había guiado Samuel. Por eso, cuando todo se descubrió y fue pública la visita real.

Y tanto el príncipe como el duque quisieron que su nuevo amigo les acompañara en el balcón de la Casa de Panadería. Se acomodó sencillo y sin llamar la atención. Al fondo, el maestro le había dicho que no quitara ojo a tan ilustres señores y eso hacía.

A Samuel en un principio le había extrañado que el joven rey Felipe IV no acompañara a sus invitados, pero cuando sonaron las trompetas y la gente levantó un clamor de vítores, todo lo aclaró. El rey montaba un bello corcel

blanco y encabezaba el primer grupo de caballeros y nobles. Empezaban las cañas moriscas, así llamadas por su origen, deporte de fuerza corporal y habilidad al caballo. Fiesta entre caballeros y nobles que tenía su mejor y más defensor de la fiesta en el mismísimo rey. Los participantes empezaron a dividirse en cuadrillas, ricamente vestidas, unos de moro otros de cristiano, y todos y a la vez saludaron a la gradería. El premio era lo de menos, pero todos querían lucir la famosa bandeja de plata.

Samuel miró al príncipe y lo que vio le llenó de inquietud. No sabía de costumbres inglesas ni quería saberlas, pero lo que sí tenía claro era una cosa: en Castilla y en España, cuando se ponía un biombo entre hombre y mujer era por algo. Doña María tapaba su rostro con un escueto velo, y desde donde él se encontraba podía ver la intensidad de aquellos ojos negros. El príncipe, sin duda ayudado por su amigo George, separaba el biombo y hablaba de forma directa con la infanta de España.

El griterío saco a Samuel de su estupor y miró atento lo que acontecía en la arena. Las cuadrillas se habían dividido ya de forma equitativa como mandaba el reglamento, juntando a los más hábiles con los menos diestros. Seis cuadrillas formaban dando vueltas a la plaza con el acompañamiento de músicos.

Cada cuadrilla fue a un rincón de la plaza y por parejas empezó el juego. Cada dúo realizaba diferentes destrezas ecuestres ante los «¡oh!» del emocionado público. Tanta emoción ponía el público en sus gritos que la exclamación ahogada de Samuel quedó tapada. Carlos Estuardo, príncipe de Gales, cogía de la mano a la infanta casadera de España.

George reía divertido por el atrevimiento de su amigo y el ayudante del famoso maestro, pintor de cámara del rey Felipe IV, hizo el gesto que acostumbraba cuando algo le ponía nervioso: acarició la brillante llave que colgaba de su cuello.



La cuadrilla del rey se movía junta y entrenada. Se dirigía a la que tenía enfrente. A la voz del monarca lanzaron sus cañas. Los atacados replicaron de la misma forma, evitando el encuentro de los proyectiles, empuñando en la diestra su adarga como escudo protector, mientras hábilmente y con la izquierda manejaban las riendas de su corcel. Las cañas chocaban entre sí en

el aire y otras se rompían en cientos de pedazos pequeños al encontrar las adargas defensoras.

Samuel miró lleno de preocupación a George, mientras este divertido y entusiasmado aplaudía y gritaba. El príncipe apareció de detrás del biombo oliendo un pañuelo blanco con el sello real y una sonrisa enamorada en la cara. El heredero inglés reparó en la presencia del judío y espetó:

—¿Ganó su majestad en el juego de las cañas?

Samuel tragó saliva y soltó una frase que había escuchado en el ultimo festejo, que había terminado en verdadera pelea y una violenta riña con cañas sustituidas por espadas.

—Esperemos que las cañas no se vuelvan lanzas.

Sevilla, 1391

Elías vio a tres jóvenes casi imberbes destrozando lo que todavía quedaba en pie en el salón de su casa. Libros rotos se esparcían por el suelo, miles de pequeños trozos de cerámica salpicaban cada rincón y los sillones y los cojines destripados se encontraban tirados por el pavimento. Elías miró el viejo dintel que paciente había guardado la integridad de su mansión. El cargadero que, trabajado en la más noble de las maderas y adornado a base de motivos florales de tímpanos, era su orgullo. Dio un silencioso paso mientras sus tres asaltantes reían y destrozaban toda su vida. Levantó la voz y leyó la leyenda que en hebreo rezaba: «Gracias te doy, oh mi Dios, porque aquí está la puerta hasta Yahveh».

La frase resonó en el súbito silencio de la noche y, como si todo alrededor esperara un fatal desenlace, el tiempo pareció detenerse.

El más alto de los tres hombres se giró y con un gesto de la mano detuvo el movimiento agresivo de los otros dos. Era alto y fuerte, moreno, con un pelo rizado que caía sobre sus ojos oscuros y que hacía que, junto a sus gruesas cejas, su rostro fuera un mensaje de dureza inquietante.

Gonzalo era cristiano viejo y toda su vida la había pasado junto a sus dos hermanos, su padre y su madre en la cercana villa de Coria del Río. Nada había tenido en contra de los judíos; es más, su padre le había educado en el amor al prójimo. Su progenitor siempre había sido un buen hombre, trabajador y cumplidor con Dios, pero la gran sequía que cubría dura e impenitente el sur de la península le había llevado a él y a toda la familia a la más dura de las miserias. Su madre, humilde y trabajadora junto a su padre

entre naranjos, le animó para que de forma excepcional acudiera a Sevilla. Allí, según le habían informado, cambistas y prestamistas de la Judería podrían prestar a la familia el dinero suficiente para pasar aquella mala racha.

Y llegaron a Sevilla, los cinco, con el miedo y las dudas del que se adentra en tierra desconocida, del que sabe que se pondrá en manos de la buena o mala fortuna.

La casa era estrecha y con una pequeña puerta de madera fina. Él había entrado con su padre, mientras su madre y sus hermanos esperaban cerca de la catedral. Todo había sido muy rápido. Tras aquella inmensa mesa de madera gruesa y sucia, el judío le había dado a don Gonzalo una bolsa que este contó y recontó hasta estar tranquilo y conforme. Recordaba que su padre había empleado varias veces una palabra rara para él, y que, cuando volvían todos juntos a casa y sus padres silenciosos caminaban cogidos de la mano, él preguntó, no pudiendo esperar más:

—Padre, ¿qué es usura?

No podrá olvidar jamás la cara llena de pavor que su querida madre reflejó en la mirada. Su padre estaba temiendo el momento de explicarle a su mujer lo que aquel judío prestamista le había obligado a aceptar.

La noche se llenó de llanto y gritos. Sus hermanos dormían, pero él vio por vez primera cómo su padre, con los ojos llenos de lágrimas, le explicaba a su madre que el préstamo era con prenda de la casa y los naranjos.

La sequía persistió y agravó el problema. Ni los ruegos ni las promesas hechas sirvieron para ablandar el alma negociante del hebreo.

Sus padres se consumían poco a poco y todo lo que quedaba de su niñez a los quince años acabó de un plumazo.

La segunda y última vez que vio llorar a su padre, la persona que le había dado la vida yacía muerta. Su madre no pudo soportar el ver cómo la justicia del rey le quitaba su casa y sus naranjos. Para Tomás de Aquino la condena de la usura tenía carácter de dogma, pero el rey cristiano no debía estar de acuerdo y protegió al judío.

Su progenitor nunca había dado muestras de persona miedosa, pero con la muerte de su querida esposa cometió el acto de mayor cobardía que Gonzalo podía pensar: fue a la puerta del usurero, la aljama de testigo, y sin pensar que dejaba tres hijos desvalidos y sin techo, segó sus venas hasta la muerte.

Tres días, con sus respectivas noches, vagaron Gonzalo y sus dos pequeños hermanos por las estrechas calles sevillanas. Fueron apaleados y comieron los restos que los perros ni tan siquiera querían. Despacio, el germen del miedo y el odio fue llenando sus corazones.

Una noche, mientras dormían entre basura, un hombre alto, delgado, de pelo grasiento y lacio se acercó a Gonzalo. Sin quitarse la sucia capucha que le cubría el rostro, se agachó y acarició su rostro con una mano fría llena de venas gruesas y azules. Sacó queso y pan, les dio de comer y llenó sus oídos con palabras de amor y odio. Gonzalo cogió a sus dos hermanos de la mano y siguió a aquel hombre. Solo cuando entraban en una oscura casa cercana a la catedral, Gonzalo preguntó el nombre a su benefactor. El hombre, sin descubrir su rostro, bajó la mirada y con voz casi inaudible susurró:

—Tú serás mi adalid, mi espada, la mano ejecutora del Señor. Nada os faltará, ni a ti ni a tus hermanos. Yo cubriré vuestras necesidades terrenales y vosotros os ocuparéis de las que manda Dios.

Gonzalo sintió un pequeño escalofrío, algo que todavía le pasaba cada vez que se encontraba en presencia del arcediano de Écija Ferrán Martínez.

—¿Por qué venís a perturbar la paz de mi casa? —Elías intentaba que su voz sonara serena y tranquila, a pesar de que su viejo corazón latía con fuerza y desbocado por el miedo.

Gonzalo dio un paso atrás. Su mirada, paciente y llena de odio, guio al hebreo hacia la presencia inquietante de los otros dos muchachos. La naturaleza es algunas veces demasiado caprichosa, y este había sido el caso. Si Gonzalo representaba la fortaleza y el vigor, sus dos hermanos parecían salidos de una madriguera oscura; flacos hasta la médula, blancos de piel como si el sol no saliera para ellos, cabellos largos hasta los hombros y una prominente nariz que apenas si dejaba adivinar sus rasgados ojos.

Pero no fue nada de eso lo que casi derritió de puro pavor al judío. Si del más grande de los tres había apreciado odio en la mirada, algo a lo que él estaba ya acostumbrado, los otros dos trasmitían un halo de locura en cada gesto, y sus ojos le devoraban inyectados en sangre.

Elías dio un paso hacía atrás, tropezó con los restos de la barbarie esparcida por el suelo y cayó. Uno a cada lado, arrodillados junto a él, esa era la situación y no sabía a quién mirar. Entonces un agudo dolor taladró su bajo vientre. Intentó levantar la mirada, retorcerse ante aquel espasmo, pero uno de sus dos atacantes le sujetaba firmemente, mientras el otro retorcía entre carcajadas sus testículos.

—Esto es lo que sintió mi padre desde que entro en contacto con vosotros, agarrado por los huevos.

El aliento de aquella boca desdentada sobre él y la baba al gotear sobre su rostro fue lo último que sus sentidos recogieron antes de perder el conocimiento ante el inmenso dolor.

Madrid, 1623

Samuel caminaba despacio. Miraba constantemente a un lado y otro. No le gustaba la noche Las tinieblas de la urbe madrileña eran silenciosas, peligrosas y muy traicioneras. La iluminación era muy escasa, solo los santos y las vírgenes se permitían la iluminación de algún que otro farolillo, mientras reposaban en sus hornacinas.

La oscuridad era el amparo para las fechorías y andar a esas horas de la noche por la Villa de Madrid era todo un desafío. Apretó el paso. Una ligera sonrisa asomó en sus labios, recordando la triste pero divertida historia que el maestro Diego Velázquez le contó mientras iban camino de casa en una noche como aquella.

—Samuel, ¿sabes la historia del pobre padre Jacinto?

El pintor miraba a su amigo mientras con la mano le apremiaba a caminar más aprisa.

—No, don Diego, pero no creo que este sea el mejor momento para que la escuche.

Samuel se apretujó contra la oscura pared al escuchar desde una de las pequeñas ventanas el famoso grito de «agua va». Al instante un intenso olor a despojos y orines rodeó a los dos viandantes.

Diego Velázquez, que había seguido el gesto de Samuel, respiró hondo y continuó camino sin mirar atrás.

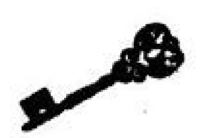
—Escucha, amigo Samuel, la historia que vas a oír es el ejemplo del sinsentido al que nos tienen obligados. La noche en esta ciudad no es para la gente de bien, por eso procura en el futuro no abusar mucho de ella.

—Pues bien —continuó Diego Velázquez mientras caminaba sin mirar atrás— el pobre Jacinto había sido llamado por la familia de un enfermo moribundo, y ya con ganas de reunirse con Dios Nuestro Señor. El cura estaba cenando cuando la urgencia le sacó de su mesa, y entre la rapidez con que llevo la comida a su estómago, y la prisa con que caminaba por la oscuridad de la calle, el caso es que antes de llegar para dar la extremaunción su inmenso buche le indicó que buscara en plena vía pública un lugar para evacuar la carga. La calle era estrecha y solo el pequeño espacio que dibujaba un pequeño soportal le podía ocultar del paso. Pero ¡ay, amigo Samuel! Aquel debía ser el día en el que la Parca tenía anotada la fecha y la hora de nuestro necesitado Jacinto —Velázquez sonrío moviendo la cabeza— pues ya es mala ventura que, justo cuando el clérigo estaba en posición comprometida, pasara

el prometido de la dama frente a la casa de ella y no entendiera aquella actitud, harto extraña.

—¡Dios mío! ¿Y qué paso? —apremió Samuel al narrador.

—Pues verás, Samuel —prosiguió el maestro pintor—, pensó que era otro pretendiente y, sin mediar gesto o palabra alguna, le mató allí mismo.



Samuel respiró tranquilo cuando el gran portón de entrada le dio paso al interior de la casa de su valedor. Se limpió los zapatos y sacudió el calzón de paño. Iba a ver a doña Juana y le gustaba estar presentable.

Esposa de Diego Velázquez, Juana era hija de don Francisco Pacheco, el que fuera maestro del ahora pintor de cámara del rey Felipe IV. Como siempre que entraba en aquella santa casa, el olor a guiso embriagó sus sentidos. Doña Juana era una buena esposa y, por como trataba a su pequeño, Samuel la adoraba y respetaba. Pero si algo se le daba bien a la esposa del templista era la cocina. Samuel siguió el camino que el olor fuerte del perejil y hierbabuena le marcaba hasta la cocina.

Doña Juana Pacheco, era una mujer vivaracha y alegre. La sevillana tenía la piel aceitunada y pelo largo y negro. Lo más llamativo de la esposa del insigne Diego Velázquez eran aquellos grandes ojos negros como el carbón, llenos de vida y alegría.

Samuel atravesó el zaguán y llegó al pequeño estrado que el pintor tenía para recibir a las visitas. La voz clara y alegre de doña Juana se juntaba al intenso olor del guiso y su estómago protestó para recordarle que aún no había cenado.

—Hola, Samuel —saludó la cocinera—, ¿todavía no llegó don Diego?

—No, doña Juana. El rey le mandó llamar y no quiso que yo le esperara.

Juana hizo un gesto de desagrado y llevó un enorme tenedor de madera a su boca.

—No acabo de entenderos bien a los hombres, Samuel. He escuchado mil y una vez cómo Diego te aconseja a ti que no andes por esas letrinas que tenemos por calles cuando anochece.

—¿Acaso él se cree inmune a todo? —dijo con cierto aire de asombro e ironía.

—No se preocupe, doña Juana, seguro que su majestad hará que le acompañen hasta la casa. —Ante la preocupación marcada en el rostro de la bella sevillana, Samuel decidió cambiar el tercio—: Eso huele muy bien, y como dice un amigo de la venta del gato, si huele bien mejor sabrá.

La chimenea permanecía apagada, por lo que Samuel se aproximó al brasero que en la cocina la dueña tenía como calientapiés. Estaba preocupado, aunque no quería que doña Juana se lo notara. La tardanza de su marido le inquietaba.

—Se da buena maña con esas perdices —dijo Samuel señalando la parrilla. Juana se volvió con media sonrisa en su boca, mientras pelaba y limpiaba cada perdiz antes de colocarlas al fuego.

—Ven, ayuda a hacer la cena, así harás algo de provecho mientras hablamos.

Samuel se fijó en cómo la cocinera golpeaba cada pechuga a medio hacer, y una a una las pasaba por vino, especias y un buen puñado de sal.

Mientras él se ocupaba de esos menesteres, Juana empezó a hacer una masa encerada de harina con huevos, agua, sal y manteca. Sus manos eran la de una cocinera experta y los movimientos fluían en uno solo: enrollar la harina como si de hojaldre se tratara, recoger las puntas y cortar.



El ruido de la gran puerta sacó a Samuel del embrujo en el que le tenía atrapado la pericia de doña Juana. Esta rápidamente se limpió las manos y con un sonoro suspiro dejó descansar todo su agarrotado cuerpo.

—Diego, ¿eres tú?

Samuel salió de la cocina al encuentro del maestro.

Diego Velázquez se quitó el sombrero y con un gesto indicó a Samuel que esperara. Doña Juana llegó con media sonrisa en el rostro y rasgos de la preocupación que había sentido.

El pintor abrazó a su mujer y besó su frente.

—Lo siento, Juana, el rey me entretuvo en palacio y hablando a los dos se nos fue el santo al cielo.

—Si su majestad os admira y os quiere tanto, no debía desprotegeros de ese modo y exponeros de esa forma a la noche.

—¡¡Uhhmm, qué bien huele!! Estoy muerto de hambre. —Diego intentó terminar con aquella conversación—. Mientras Samuel y yo preparamos material para mañana, acaba el manjar que estés cocinando.

Doña Juana besó tiernamente los labios de su marido y con el empiece de una tonadilla en su boca entró en la cocina.

Diego Velázquez la siguió con una sonrisa y, cuando su esposa salió de la habitación, se giró con el rostro serio a Samuel.

—¡Amigo Samuel, tengo un gran problema!

Sevilla, 1391

El caballo se levantó sobre sus manos delanteras. Nervioso, podía oler la sangre y, aunque había estado en más de una batalla, su instinto animal le decía que allí había odio y saña. Abecasis tranquilizó al jamelgo con suaves palabras, pero él también estaba inquieto y algo en su interior le preparaba para lo peor.

El barrio judío tenía dos puertas y Samuel y Abecasis se habían encontrado el mismo tumulto en ambas.

Samuel miró a su amigo y, dirigiendo su gesto hacía la entrada, espoleó su caballo encabritado.

El ruido de gritos y llanto apagaba el sonido sordo de los cascos de sus caballos. Sin mirar atrás se dirigieron al centro de la aljama. Recorrieron el camino que marca la muralla del alcázar, haciendo caso omiso al vandalismo de la plebe, que, amparada en su número, saqueaba las tiendas y apaleaba a mujeres, niños y cualquier judío que saliera a su paso.

Samuel retenía el llanto de sus ojos, mientras rezaba al Dios de Abraham para que todo fuera un sueño.

La casa de Elías apareció cuando el caballo dobló con seguridad la pequeña plaza. Desmontaron indecisos y todavía nerviosos. No sabían qué podían encontrar. El silencio se apoderó de todo, era opresivo y dañino. Después de tanto grito y de tanto llanto, la quietud que rodeaba la casa no parecía real. A lo lejos se podían oír todavía los disturbios de una masa de gente, que sembraba la destrucción por odio y puro placer.

Samuel se acercó a la entrada de la casa. La puerta estaba abierta.

Abecasis se llevó la mano a los labios, pidiendo silencio, y luego a la oreja, indicando a Samuel que escuchara. Un ruido inequívoco venía de dentro de la casa.

Alguien estaba rompiendo todo en mil pedazos.

Samuel cerró tras él la puerta sin hacer ruido. Quien fuera que estuviera allí no quería que se escapara. Abecasis hizo un gesto afirmativo con su cabeza. Sacaron sus grandes cuchillos y se adentraron en la casa.

Madrid, 1623

Diego Velázquez entró rápidamente en la estancia contigua, haciendo un ademán a Samuel para que le acompañara.

Aquella habitación siempre había maravillado a Samuel, pues contenía múltiples tapices de diferente tamaño —28 tenía la casa en total— que daban color y calor al lugar. El pintor sevillano fue directo al lugar predilecto de su acogedora casa, llenó el pequeño brasero de cobre con hierbas aromáticas y se acomodó con rostro preocupado.

Samuel sintió el pellizco, reconocible, de cada vez que entraba en la que el maestro llamaba «pieza de batalla». Le maravillaban los numerosos libros que entre tapiz y tapiz la decoraban. Y recordaba día tras día a su pequeño Samuel, que nunca entrara en la habitación sin el permiso de doña Juana.

Doña Juana y don Diego eran buenos y cariñosos con su hijo, y eso era algo que él nunca recompensaría bastante.

—Estoy en un pequeño dilema, amigo Samuel —dijo el pintor mientras nervioso estiraba su arrugado calzón—. El judío conocía lo suficiente a Diego como para interrumpir. Sabía que todo llevaba el cauce que la mente privilegiada de su benefactor imponía.

—La infanta me ha pedido un favor.

—Pero eso no es ningún problema, don Diego.

Diego Velázquez se quitó el jubón de jerguilla verdosa, guarnecida con puntas y pasamanos de plata. Samuel se fijo por vez primera en la vestimenta del pintor. Por lo general llevaba un jubón de paño, pero aquel era elegante y fino. Sin duda alguna su visita al palacio había sido importante, y no de trabajo.

—¿Aunque ese favor pueda dejar en entredicho su honor y el de su majestad el rey?

Samuel fue a contestar, pero la mano en alto de don Diego lo impidió.

—Y tú eres el que me has metido en todo este lío.

—¿Yo? Pero…

—La infanta quiere ver al inglés, en un sitio seguro y… a solas.

—Muy bien, pero yo…

—El príncipe de Gales, que sabe que estáis conmigo, ha propuesto que ese encuentro sea en mi casa —el rostro de Velázquez era una mezcla entre la furia y la indignación—. Aquí con mi esposa presente y haciéndonos correr a todos un riego innecesario —concluyó.

—Vale, pero no entiendo qué tengo yo que…

—El inglés dice que solo se fía si es en esta casa, y estáis vos. —Samuel no podía por menos de tener una sensación rara. Por una parte estaba preocupado por el problema que podía acarrear a la casa, si todo salía a la luz; por otra parte, estaba orgulloso de que un grande de la realeza se apoyara en él.

—Y ese encuentro —Samuel bajó la voz, como si el peligro ya rondara por los muros de la estancia—, ¿cuándo será?

—No tardando mucho, Samuel, en lo que queda de noche. —Velázquez se levantó y volvió a sacudir su calzón. El olor de las hierbas se esparció por toda la pieza—. Y los muros de palacio tienen oídos finos.

—¡A cenar, caballeros! —Doña Juana entró, y con ella multitud de los olores que despertaban las ganas de la buena mesa. La seriedad y un leve gesto en el rostro de don Diego dejaba bien a las claras que doña Juana debía quedar, de momento, al margen de la nueva.

Se levantaron prestos para seguir a la cocinera, pero el destino es caprichoso y dispone a su manera.

Dos golpes rítmicos y enérgicos sonaron en la puerta.

La persona que llamaba llevaba prisa por entrar, y estaba muy segura de ser recibida.

Samuel miró al maestro y en el reflejo de sus ojos vio la súplica de ayuda.

Doña Juana no podía enterarse de nada, pero ¿sería eso posible en su misma casa?

Sevilla, 1391

Abecasis se quitó el largo manto que le cubría y se lo enrolló a lo largo de su brazo izquierdo. La experiencia le decía que aquella sería la mejor defensa que podría mostrar ante un ataque. Samuel iba delante. Él había estado en aquella casa innumerables veces, la última no hacía mucho junto a su hijo. Elías era el mejor rabino para preparar el Bar Mitsvá.

El viejo rabino estaba en el suelo. Su querido amigo tenía los ojos inertes, con la mirada perdida, sin vida. Un pequeño sendero marcaba la ruta que la sangre había hecho, cuando tenía fuerza y vida, desde su boca hasta el cuello.

Abecasis agarró a Samuel por el brazo. Las tenazas que eran sus fuertes manos le inmovilizaron. Era un hombre de lucha, y sabía que los sentimientos y los impulsos eran malos consejeros a la hora de tomar decisiones.

—Son tres.

Señaló a la siguiente estancia, donde la luz de un gran ventanal dejaba ver una curiosa estampa. Uno de los tres asaltantes, en pie, iba tirando uno a uno los numerosos libros que el rabino Elías había ido recopilando a lo largo de su larga vida. Estaba buscando dinero, era lo más evidente, pero lo curioso del caso era que los otros dos —idénticos como gotas de agua—, sentados en el suelo, se dedicaban a romper una por una todas las hojas de los libros y pergaminos.

—Parece que no os gusta mucho la cultura.

Samuel había conseguido soltarse de las garras de su amigo y, con Abecasis detrás, se colocó en el ancho de la puerta.

El asaltante, que estaba en pie, fuerte y vigoroso, sonrió dejando al aire una boca exenta casi de dentadura.

—No, si lo que dice son falsedades. —Gonzalo dio varios pasos hacia delante y con su mano derecha palpó confiado la empuñadura de su largo puñal.

—Niega la verdad suprema —siguió hablando mientras buscaba la mejor posición, para la inevitable confrontación que se aproximaba— y amamanta a los cerdos judíos, usureros y asesinos de Cristo.

Abecasis sabía que Samuel centraba su atención en el hombre que hablaba, por lo que no dejaba de estar alerta a cualquier movimiento de los otros dos. Sin embargo estaba maravillado, como si no estuvieran allí, como si nada pudiera distraerles ni pasarles. Los dos hermanos —por que sin duda lo eran— seguían rompiendo años de historia.

—¡¡Vaya, qué original!! Eres igual de obtuso que esa masa de ganado de ahí fuera.

Samuel avanzó unos pasos. Dos metros escasos separaban a ambos.

—Tú no tienes suficiente cerebro. O eres un sucio y burdo ladrón, o haces esto por mandato de alguien.

Samuel giró la cabeza hacia el suelo. Un rápido movimiento había llamado su atención.

—Nuestro ángel protector.

Los dos hermanos se habían puesto en pie y uno de ellos escupió la frase. Un leve murmullo, como el siseo de una serpiente.

Los dos idénticos, flacos, de extremidades largas, blancos de tez como la luna llena, los cabellos largos hasta casi la cintura y una gran nariz que apenas si dejaba ver sus diminutos ojos.

—El arcediano Ferrán Martínez —susurró el otro, mientras ambos se abalanzaban sobre Abecasis.

Madrid, 1623

I

Marta era camarera de la infanta. Llevaba el tiempo suficiente en palacio, todos la conocían. Pasaba de habitación en habitación sin dar explicaciones a nadie. Los soldados que estaban de guardia a diario la saludaban e incluso a más de uno tuvo que frenar en su intento de ir un poco más allá. Porque la joven camarera llegaría intacta al sagrado matrimonio, solo su esposo y ante la aprobación de la Iglesia rompería su mote: la Virgencita.

Y es que Marta era una ferviente católica. Su fe en Nuestro Señor Jesús era apasionada e intransigente.

Con todo eso, no fue difícil para don Mariano, confesor de la guardia de palacio, captarla para la santa causa de Dios nuestro señor, y de esa forma, y casi sin que la joven camarera fuera consciente del hecho, empezó a espiar para la Santa Inquisición.

El cura siempre había querido hacer méritos con el Santo Oficio. La codicia le llevaba a soñar con los más de 250 000 maravedíes que ganaría cuando llegara a ser inquisidor. Para ello también se preparaba como jurista.

Para la Santa Inquisición era de suma importancia tener dominado todo lo que ocurría en palacio, de ahí que toda la información que Marta le pudiera pasar al cura fuera bien recibida.

Hasta la fecha, las pequeñas denuncias que Marta había podido hacer no iban más allá de «cuitas de servicio», como decía el consultor.

El consultor de la inquisición de Madrid era compañero de taberna de don Mariano, y ambos se beneficiaban de su mutua amistad.

El consultor de la Santa Inquisición tenía una responsabilidad más allá de la religiosa. Era un jurista experto, y como tal, asesoraba al tribunal en cuestiones de casuística procesal.

Contaba con tres secretarios de suma importancia en todo el proceso, dos notarios y el escribano, que ayudaban al consultor a presentar todo al procurador fiscal.

Pues bien, aquella tarde, Marta, la camarera de la infanta María, hermana de su majestad Felipe IV, se presentó nerviosa y alterada ante el viejo

confesor.

—Tranquila, Marta, ya sabes que solo Dios está escuchando. Confía en mí, hija mía.

Don Mariano nunca había percibido tanto miedo y nerviosismo en la joven. Esta dudaba y no parecía muy segura de actuar del mejor modo.

—¿Algún joven intentó propasarse? —Intentaba tranquilizar a la muchacha, pero él se vanagloriaba de conocer a las personas y algo le decía que la noticia que Marta tenía guardada era relevante. Ya sabes que el anonimato de tu denuncia será total, no debes preocuparte por posibles represalias.

Marta seguía con la cabeza agachada e indecisa. Retorcía sus manos con tal fuerza que las largas uñas de sus dedos le empezaban a dejar pequeñas marcas rojizas.

—¿Algún suceso de brujería entre tus compañeras?

La camarera de la infanta María de Austria se santiguó y rápidamente negó con la cabeza, mientras contestó:

—¡¡No, por Dios!! Que la Virgen María nos ampare y cuide de semejante mal.

Llegaba el momento, el cura lo percibía en los gestos de la joven. Y era algo importante, lo intuía. Le dio tiempo para respirar. No era bueno atosigar a alguien que necesitaba contar algo, pero la duda le atenazaba el corazón ante la incertidumbre de no saber si hacía lo correcto.

—Es su alteza, María Ana.

Estalló la bomba. El estómago del sacerdote se agitó ante la sensación de poder. La información era poder y el arma que ejecutaría su poder sería el Santo Oficio.

—Esta tarde, mientras recogía la ropa de cama de la infanta —la joven camarera miró al cura con ojos aguados y a punto de romper en llanto— escuché algo que no debía.

—Tranquila, hija mía, eso es un accidente que le puede ocurrir a cualquiera —mintió el cura de forma sibilina.

Marta cayó de rodillas delante de don Mariano y agarró entre sus jóvenes manos las del sacerdote.

—La infanta está a punto de cometer una grave equivocación, pero estamos a tiempo de poder remediarlo, padre.

—«¡Oh, Dios mío, esto es mejor de lo que yo creía!», pensó el cura. Si era capaz de pillar a la hermana del rey en un grave renuncio, la casa real estaría en deuda con él.

Pero lo que era todavía mucho mejor para conseguir lo que tanto anhelaba, si el hecho era de tal magnitud que superaba el radio de acción de un pobre cura, la que le abrazaría en su seno sería la Santa Inquisición.

—Bien, tranquila, Marta, empieza por el principio. —Don Mariano se dejó caer en el viejo sillón de su humilde pieza, pero se cuidó mucho de invitar a sentarse a la muchacha. La solemnidad del momento merecía que aquella joven contara su historia de rodillas.

—Verá, padre, como le decía, esta tarde escuché a su alteza real hablar…

II

Doña Juana permaneció quieta delante de la gran puerta. Los golpes volvieron a sonar otra vez, rítmicos y con fuerza. Diego se volvió a su esposa, le besó en la frente, la agarró por los hombros y la miró a los ojos.

—Juana, te suplico que subas a los aposentos y me dejes solo. Ya habrá momento de explicaciones.

Juana Pacheco, sevillana de pro, no se había casado con el maestro pintor más importante del país siendo una ingenua. Su día a día era una constante aventura. La genialidad de su marido le hacía subir en el barco que surcaba el tormentoso océano, que es la vida de un gran artista.

Pero si Diego Velázquez pensaba que no iba a pagar ningún peaje, estaba muy equivocado. Sin tan siquiera mirar a su esposo, y con el rostro más serio que pudo encontrar, Juana salió de allí. Diego vio partir a su mujer con preocupación, pero, ante nuevos golpes en la puerta, volvió a la urgente realidad.

Samuel, al principio dudoso, decidió abrir de forma rápida. Cuanto más tiempo tardara, más alboroto, y por lo tanto el ruido podría llamar la atención de alguien.

Abrió el portón y una persona con capucha dio un paso hacia delante. Sin mediar palabra ni esperar invitación, María de Austria, hija del difunto rey Felipe III y hermana de Felipe IV, rey de España, entró en la casa de Diego Velázquez, maestro pintor.

El traje brilló ante la leve luz de la estancia. La oscuridad de la calle acompañada por aquella capucha de pelo negro dio paso a la claridad, resaltando la presencia real: traje verde claro y gola grisácea veteada en plata. Pero si algo llamó la atención de Samuel fue el esmero del peinado y el detalle minucioso de cada rizo.

María de Austria no era una mujer bella. Los ojos negros, saltones, parecían jugar con su pálido rostro, y los labios casi sin color pedían a gritos el leve toque del color carmín. Pero la presencia de la infanta de España y la gracia y agilidad con la que se movía lo llenaba todo.

Con naturalidad la infanta se había quitado los guantes y, esbozando una leve sonrisa, alargó la mano hacia el dueño de la casa.

—Bienvenida a mi hogar, alteza. Espero que todo esté de su agrado.

—Huele muy bien, don Diego. Espero no haber interrumpido vuestra cena.

Samuel, que hasta ese momento no se había percatado del hambre que tenía, se llevó la mano al estómago, intentando de esa forma que el angustioso sonido de sus tripas no alarmara a la hermana del rey.

—Mi esposa, cuando se enteró de que ibais a honrarnos con vuestra presencia, quiso de forma rápida prepararos la mejor de las viandas.

—Espero que nadie más sepa de mi presencia aquí, don Diego. Me pondríais en una complicada situación.

La respuesta había salido rápida y cortante, como solo la gente acostumbrada a mandar logra soltar con naturalidad. Velázquez, que sabía lo que se estaba jugando en el envite, bajó la cabeza y respondió de la forma más sumisa que pudo conseguir:

—Por supuesto, alteza. Solo mi fiel Samuel y a petición del príncipe de Gales.

María de Austria, hija y hermana de reyes, con poder casi ilimitado, y por supuesto futura esposa de rey, adelantó un paso hasta casi rozar con su aliento el rostro demudado del pintor.

—Ese caballero nunca estuvo aquí en este día y en esta hora. —La infanta giró la cabeza y miró a uno y otro.

—Por supuesto, señora.

Dos grandes golpes rompieron la escena, pero Diego Velázquez siguió con la cabeza abajo.

La situación le incomodaba y el futuro, más.

—La puerta —dijo la infanta de España mirando a Samuel.

Samuel se encaminó hacia la entrada, mientras a media voz dijo:

—Debe ser el que nunca estuvo aquí.

III

La mañana anterior había sido extraña y larga para el príncipe de Gales. El conde duque de Olivares había previsto, sin duda alguna con el permiso del rey, que la familia real al completo saliera de paseo. Eso, en un principio, era algo acostumbrado y, por lo tanto, nada inusual. El Paseo del Prado era el mejor sitio para que todo el pueblo de Madrid pudiera ver a su rey. Se dispuso el mejor de los coches de caballos y, como muestra de que aquel día no era uno cualquiera, guardias y gente curiosa llenaban el recorrido por donde debía de pasar la comitiva real.

Carlos se moría de ganas por tener su espacio, con la que ya consideraba su futura esposa; sin embargo, le habían ocultado en un coche cubierto. Vio pasar varias veces al coche de la familia real y, cuando hizo ademán de bajar, se encontró con la puerta cerrada.

—Lleva una banda azul, señor.

—¿Cómo dice? —Carlos se giró hacia la persona que le hablaba, el conde Gondomar, antiguo embajador en Londres.

—Digo que la infanta María lleva una banda azul, para que su alteza la reconozca.

—¡Dios mío, qué absurdo protocolo! —Carlos notaba cómo en su interior ese afán de proteger y ocultar a la infanta no hacía más que aumentar su deseo de hacerla suya.

El paseo había terminado, pero la puerta seguía sin abrirse. Recordaba haber mirado a George y, justo cuando ambos iban a protestar de forma airada, alguien golpeó en el carruaje.

El conde Gondomar miró fuera y sonrió.

—Amigo George, es hora de que usted y yo tomemos un poco de limonada. —El Conde se había puesto en pie dentro del coche e invitaba al inglés a seguirle fuera.

El futuro duque de Buckingham miró a su amigo y este con un gesto le invitó a salir.

Anhelaba la llegada de María y la espera se le hacía ya dolorosa.

Cuando la puerta se abrió, lo primero que golpeó sus sentidos fue el tibio olor a jazmín. Todavía lo tenía dentro de él, desde el día de toros y cañas.

Extendió la mano y ayudó a la infanta a subir al coche. La mano iba enguantada, pero a Carlos le pareció el tacto de un ángel.

Sin embargo todo duró tan solo un minúsculo instante, pues detrás de María, y con gesto impasible, se acomodó frente a él y al lado de su hermana Felipe IV, rey de España.

Felipe susurró algo a María que Carlos no pudo comprender. Él no hablaba castellano, así que esperaba que el monarca español hablara su lengua.

La infanta María empezó a hablar, despacio y mirando a Carlos directamente a los ojos. Sus formas no mostraban recato alguno.

Carlos miró al rey, que también lo observaba a él, y en su rostro vio una sonrisa. Mientras, con uno de sus guantes hizo una señal para que la infanta empezara a hablar.

—Su majestad el rey de España no domina bien vuestro idioma —empezó diciendo la infanta— por lo que ruega que le disculpéis.

—No importa, doña María, y mucho menos si voy a tener una intérprete tan bella como su alteza.

Felipe miró a su hermana y esta tradujo la respuesta del inglés, omitiendo la última parte, por supuesto.

—Ha tenido su alteza mucha prisa en conocer a la que el pueblo español le ofrece por esposa, amigo Carlos.

Doña María miró al rey, pero este, sin nublar un ápice la sonrisa de su cara, conminó a su hermana a que tradujera sus palabras. El heredero del reino de Inglaterra escuchó embelesado cómo María traducía las palabras del rey español.

—Mi padre, Jacobo I, está entusiasmado con la idea de unir nuestros pueblos a través de este matrimonio.

—¿Y sabe vuestro padre que para aceptar dicha boda tendréis que convertiros al catolicismo?

Tradujo la infanta mientras rogaba a Dios que el gesto de Carlos no cambiara en exceso al escuchar sus palabras.

Había asentido por el reino, asustada, cuando le comunicaron que existía alguna posibilidad de que tuviera que casarse con el inglés. Todos creían que el hecho de que el príncipe hiciera ese largo viaje para casarse significaba que abandonaba la Iglesia de Inglaterra, algo que en España se veía como una gran victoria. Pero ahora, cuando le había visto y conocía el largo viaje que había acometido solo para conocerla, sabía que podría llegar a ser feliz con aquel hombre.

—Lo siento, mi señora, soy fiel a mi credo, a mi país y a mi casa. —Alargó la mano y rozó la de María, mientras el rey se movía inquieto ante el cambio de tono en la voz de Carlos—. Pero lucharé por vos.

María, volviendo a omitir la última frase, tradujo sus palabras. Esta vez sí, el gesto del rey se tornó sombrío, y recordó las palabras del conde duque de

Olivares.

—Si no es su voluntad la de la conversión, debemos dejar que todo el peso de la decisión caiga sobre Roma. La dispensa papal se hará esperar y España no sería la responsable de un matrimonio que no desea.

Felipe IV se levantó del asiento y alargó su mano hasta estrechar la del príncipe de Gales. Entonces susurró a su hermana:

—Dile que le pida a su padre Jacobo que, para superar la segura oposición papal, afirme de forma pública que es el papa la autoridad suprema en la tierra, y que su poder en esta, solo está por debajo de Nuestro Señor Jesucristo.

Y sin esperar contestación se bajó del coche.

María de Austria, que veía romperse en mil pedazos sus ilusiones, tomó una rápida decisión. Lo que le dijo al inglés fue lo siguiente:

—Le espero esta tarde en el huerto tapiado que hay dentro de la Casa de Campo.

Y dejó tras de sí, al cerrar la puerta, impregnado por todo el habitáculo el dulce aroma a jazmín.

IV

—No lo puedo entender. Por un lado están contentos con nuestra visita —George dio un largo trago a la jarra de barro que contenía el preciado caldo— y abren las cárceles para los innumerables presos ingleses, acusados de piratería, que tienen aquí encerrados. Pero, por otro lado, nos matan de aburrimiento, con el estricto protocolo que no nos deja mover un dedo en libertad.

—No te quejes, has estado en el famoso espectáculo de cañas y toros —sonrió mientras bebía Carlos, sabiendo lo que opinaba su amigo de tal barbarie.

—¡Dios mío, prefiero mil veces eso a lo que he tenido que sufrir hoy, mientras tú estabas en la embajada! —George se dejó caer en un sillón.

—Hoy he asistido a una muestra de piedad católica. Primero el conde duque ha dado de comer de su propia mano a un grupo de desarrapados, llenos de mugre. Pero, por si no había tenido bastante, o no había quedado clara la santidad de los españoles, después vino lo peor.

Carlos miraba a su amigo divertido, pues este hacía gestos del mayor de los ascos mientras hablaba.

—He tenido que presenciar con espanto una procesión llena de gente.

—Bueno, eso no es tan grave —interrumpió el príncipe—. En Inglaterra también las hay, no seas tan quejica.

—Ya, pero en esta los numerosos monjes llevaban cilicios, cadenas y cruces. La escena era dramática, y cuando le he preguntado a Olivares qué era lo que algunos llevaban en la boca, ¿a que no sabes qué me contestó todo orgulloso?

—Un bocadillo de tortilla de patata —contestó divertido por las caras de George.

—¡Huesos de muerto! ¡Llevaban huesos de muerto en la boca!

—¡Aggg, qué asco! Este es un pueblo bárbaro y atrasado.

Los amigos se miraron en silencio. Llevaban ya varios días en Madrid y nada era como habían esperado.

El romanticismo de la aventura se había evaporado.

—Por eso no entiendo que quieras ir a esa extraña cita. Te vas a exponer en demasía, y no creo que lo merezca.

—Necesito oler una vez más ese jazmín —respondió embelesado y con la mirada perdida.

V

Su estancia en Madrid, además de demasiado larga, ya se estaba tornando en obsesión. No quería desesperar, pero el protocolo de la corte española le maniataba. No iba a desaprovechar la oportunidad de hablar con la infanta en persona de nuevo, aunque suponía que esta no estaría sola.

Llegó hasta el muro, que era alto y liso. No imaginaba la forma de poder escalarlo, y mucho menos sin hacer el suficiente ruido para llamar la atención. Empezó a seguir el perímetro del muro y, cuando pensaba que tendría que dejarse despellejadas las rodillas y las palmas de las manos en una escalada desafortunada, la vio.

Una pequeña puerta estaba abierta, y el espectáculo que se presentó a sus ojos fue bello, sensual y lleno de colores.

El jardín era hermoso. Los iris predominaban con el verde del césped recién cortado. Varias jaulas enormes albergaban el colorido salvaje de cientos de pájaros. Entre ellos, María Ana de Austria posaba medio tumbada revelando su gracia a un lienzo.

Carlos conocía a ese hombre, era el maestro de pintores don Diego Velázquez. Había hablado con él en la fiesta de la Plaza Mayor. Era el jefe del simpático Samuel.

—Alteza.

—Maestro pintor.

Carlos observó la pintura y quedó maravillado. Vio la proximidad de los gestos en cada pincelada. Observando el retrato podía hasta casi oler aquel jazmín que le volvía loco.

—Es maravilloso, en mi país no tenemos un maestro como usted.

—Gracias, alteza.

María se había puesto en pie y, mientras sacudía su capa, inquirió al inglés.

—¿Todavía le da el día para otra aventura?

—¿Le parece a la infanta poca adrenalina el estar aquí y ahora? He venido desde las islas para hablar dos palabras con mi futura esposa y solo encuentro trabas.

María agarro a Velázquez por el brazo. Este agachó sonrojado la cabeza, indeciso. Se sabía un juguete de la infanta.

—Don Diego es buen amigo de mi casa y esta tarde le he pedido un favor al que amablemente a accedido. Espero que su alteza no lo vea mal.

—Estoy a su entera disposición, doña María.

—Bien —siguió la infanta—, por no sé qué causas del destino, su alteza real el príncipe de Gales ha conocido y confía en Samuel, fiel ayudante del maestro pintor.

—Verdad —contestó Carlos.

María se acercó dando dos pasos hasta casi poder rozar al príncipe.

—Bien, pues esta noche os espero en su casa. Estaremos solo los dos, y también el maestro y Samuel.

Carlos aspiró su olor. El cabello casi le rozaba el rostro. Sencillamente estaba perdiendo el juicio.

—Entonces no estaremos solos —respondió al fin.

—Diego y su criado nos recibirán en la casa, luego nos dejarán solos. —Esto último lo dijo mirando al pintor.

Estaba cayendo la tarde. El aire empezaba a ser fresco, o eso le pareció a Carlos Estuardo. Se tapó con la gruesa capa, se caló el sombrero y, antes de dar media vuelta para dejar el huerto, contestó:

—Hasta la noche.

La infanta partió sin tan siquiera despedirse de don Diego.

Un mal presentimiento le atenazaba el estómago. El rey confía en él, es su amigo. Y Olivares, si el conde duque se enteraba de esa cita en su casa…

Se santiguó. Él no era de rezar, pero seguramente era el mejor momento para pedir ayuda divina.

La infanta de España era católica, el príncipe de Inglaterra protestante. España llevaba años retrasando el compromiso de boda que se dio en 1611. España solo deseaba bloquear por vía diplomática y militar a Inglaterra. El papa de Roma y el nuncio en Madrid tampoco aceptaban ese compromiso, si Inglaterra no volvía al seno de la Iglesia católica.

Y con todo eso él va a acoger en su casa a la pareja en la que están puestos todos los ojos de la diplomacia europea.

«¡¡Dios mío, yo salí de Sevilla para ser pintor!!», se dijo.

Sevilla, 1391

I

Abecasis sintió el primer golpe en la boca del estómago, fuerte y seco. No esperaba tanta fuerza de un ser tan delgado y de apariencia frágil. El judío era un hombre acostumbrado a las peleas de calle y sabía que, cuando eran dos los atacantes, cada golpe que descargaba uno significaba la llegada rauda del otro, más fuerte y violento que el anterior. Se dobló todo lo que pudo mientras intentaba sacar su acero, pero el segundo atacante se había subido ya a su espalda y, como si de un fiero felino se tratara, pasaba sus largas uñas por el rostro de Abecasis. Surcos de sangre dibujaban la cara del judío y comprendió que allí no era necesaria su espada, sino su destreza y su agilidad. Su agresor buscaba los ojos. Si conseguía encontrarlos en su furioso ataque, estaría perdido. Llevó el brazo hacia su espalda y agarró el largo cabello de su adversario. Giró sobre sí mismo y, con toda la fuerza que pudo reunir, lo lanzó contra la pared.

Sin embargo, a la vez, y sin momento de respiro, una quemazón abrasiva y dolorosa traspasó su pierna, casi a la altura de sus genitales. El otro atacante, parecido como dos gotas de agua al anterior, sonreía. Portaba en su mano un fino y alargado estilete, embadurnado ya con su sangre.

—Has tenido suerte, perro judío —siseó como un reptil—, pero acabaré con tu polla impura como trofeo.

Abecasis se colocó en posición defensiva, mientras con el rabillo del ojo percibía cómo su otro agresor se levantaba y se colocaba en el otro ángulo.

Samuel recibió el primer impacto en el hombro derecho. Su furia hacia el atacante de su amigo Elías no le dejó pensar con frialdad. La vista del viejo rabino muerto en el suelo nublaba su atención. Entonces, cometió el mayor de los errores en una confrontación: dejar que los sentimientos dominen los actos.

Gonzalo nunca había sido habilidoso con la espada y tampoco, a pesar de lo fuerte que era, se manejaba bien con los puños. Era torpe y pesado. La lentitud de sus movimientos le hacía ser predecible y por lo tanto muy vulnerable. Por ese motivo, y teniendo que sobrevivir en las calles a lo largo

de los años, había adquirido la habilidad del cuchillo. Eran muchos los hombres que habían pasado por su filo. Su *modus operandi* era siempre el mismo: el primer impacto lejano y certero. La cuchillada tenía el objetivo de sajar el nervio del brazo. Este quedaba inerte y por lo tanto su oponente casi inútil para la lucha. Gonzalo no fallaba nunca, su habilidad y puntería con un cuchillo era especial.

Samuel despertó tarde de su furia interior. Se miró su hombro derecho asombrado y, mientras notaba cómo perdía toda la fuerza, observó que una mancha de sangre se hacía cada vez más grande alrededor del mango de un fino y flexible cuchillo.

Gonzalo agarró seguro el mango del gran machete, con el que remataba a sus adversarios como a él le gustaba, mirándoles a los ojos mientras la vida se les escapaba.

Sonrió y seguro de sí mismo avanzó con pasos decididos.

La luz del día se reflejó en la ancha hoja y los dientes de sierra parecieron relamerse ante el inminente contacto con la carne.

Sin embargo Gonzalo no tenía previsto un detalle importante. No conocía a Samuel, por lo tanto el hecho de que el judío fuera zurdo solo lo descubrió cuando este descargó con toda la fuerza de su brazo dominante, el izquierdo, el ancho de su gruesa espada en el cráneo.

Gonzalo estaba fuertemente mareado. Sus piernas apenas le mantenían derecho y en pie, y la sangre caía ya abundante por su cuello. Evaluó la situación y no tardó mucho en comprender que su posición era de inferioridad. Su fino y ágil cuchillo descansaba dentro del hombro del judío. Había hecho su trabajo pero en el hombro equivocado, y su gran machete de poco le servía ante la larga espada de su oponente.

Pensó en lanzar con fuerza el machete. Estaba seguro de que impactaría en su rival, pero quedaría desarmado y, si el impacto no era definitivo, su muerte sería segura. La vida le había enseñado cuándo era momento de abandonar. Siempre que había tomado esa decisión, una segunda oportunidad se le presentaba en mejores condiciones, y en esa nunca fallaba.

Sonrió, mientras giraba de forma que la puerta de salida de la estancia quedaba limpia en su camino.

—Nos volveremos a ver, judío, y cuando eso suceda, estaré mirando como la vida se escapa de tu cuerpo.

Gonzalo salió por la puerta sin tan siquiera mirar a sus hermanos. Ni una sola vez pensó en ayudarles. Sabía que les sería de mucha más ayuda manteniéndose vivo.

Abecasis sangraba de forma abundante por la incisión en la pierna. Conocía lo suficiente de heridas y peleas para saber que, si no acababa con aquello lo más rápidamente posible, en pocos minutos estaría incapacitado para seguir la lucha.

Giró la cabeza de un lado a otro. La imagen de los dos gemelos era desafiante y terrorífica. Ambos llevaban un hábito oscuro. El pelo lacio les caía suelto y mugriento a lo largo de su cuerpo. Los ojos de reptil brillaban inyectados en sangre, apenas abiertos, en una fina línea. Sus uñas eran largas, duras y fuertes. Las profundas heridas en el rostro de Abecasis daban muestras de ello.

Se giró hacia el que tenía el estilete en la mano. La herida de su pierna le recordó que tuviera cuidado, pero también que era la amenaza más importante de las dos. Sacó su daga y, con un rápido movimiento, paró la embestida del nuevo ataque. Con toda la fuerza que encontró en su brazo, descargó un puñetazo brutal en el rostro de su peligroso agresor.

Se dio la vuelta con toda la velocidad que le permitió la herida, y dispuesto a recibir al otro gemelo en un nuevo ataque de serpiente, atacar y replegar.

Pero Samuel tenía agarrado a aquel ser inmundo con la daga en su garganta.

Y el odio profundo se reflejó cristalino en sus ojos de reptil. Le observaba y reía en su siseo repugnante, la voz fina y casi escupiendo cada palabra, en una especie de danza en la que cada sílaba recordaba el sonido de la serpiente al acercarse a su víctima.

—¡Je, je, je! Vosotros no lo sabéis aún, pero estáis muertos.

II

La mañana era hermosa. La suave brisa que llegaba desde el río refrescaba el ambiente y, a pesar de que tras aquellos recios muros se debatía sobre la vida y la muerte, nada dejaba entrever que la ciudad de Sevilla había escrito páginas oscuras.

El silencio de la sala era opresivo y, aunque los presentes no eran muchos, todos, judíos o cristianos, se jugaban algo en el envite.

De la horda violenta que había seguido las indicaciones del arcediano de Écija, algunos habían sido presos, muchos castigados a azotes, y ahora todos, incluido el propio sacerdote, se jugaban seguir en libertad.

El sonido de los pasos al rozar la solería pulimentada sacó a los presentes del duermevela de los pensamientos. Todos sabían que nada había acabado, que todo se seguiría jugando, y que de la firmeza o no del tribunal dependería el futuro de la Judería sevillana.

Parecía que tuviera estudiado su personaje, y disfrutaba de él. Miró a ambos lados de la sala y ralentizó el gesto cuando sus ojos se cruzaron con el banco donde estaba sentada la delegación judía.

No había elegido su mejor traje. Trasmitir humildad y desapego era importante, y además toda la capital hispalense relacionaba al arcediano con su hábito negro y la capucha puesta. La dejó caer hacía atrás y, antes de empezar su diatriba, dejó que sus ojos inexpresivos y carentes de cualquier emoción se acostumbraran a la abundante luz que entraba por los ventanales.

Empezó a hablar con despreocupación, sin alterar su voz y sin mirar directamente al tribunal.

«A fin de cuentas, ¿qué poder tenía el tribunal sobre él?», pensó.



—Su majestad el rey es menor de edad. —Ferrán Martínez miró hacia la persona que sentada detrás de la mesa le miraba con el ceño serio—. Estoy seguro de que si entendiera la situación aprobaría nuestro comportamiento.

—La regencia del país no es tema de debate, ni creo que sea de vuestro entender, arcediano. —El alguacil mayor de Sevilla, don Alvar Pérez de Guzmán, cortó de raíz la exposición del clérigo—. Ya en el pasado el rey Enrique II de Castilla os mandó una carta pidiéndoos que no incitarais al pueblo contra los judíos y os abstuvierais de reclamar ningún tipo de jurisdicción sobre ellos. Sin embargo no habéis cambiado ni un ápice vuestro comportamiento.

—Mi querido alguacil mayor —la sonrisa del arcediano era evidente y se ensanchó todavía más al mirar hacia su derecha en dirección a Samuel—, seguiré predicando como Dios me ha dado a entender. No olvidéis algo muy importante —volvió a mirar al sitio donde entre el escaso público estaba sentado Samuel junto a Abecasis—, todo lo que este humilde arcediano ha hecho es con la autorización del arzobispo y en beneficio de la Iglesia, y por su puesto de nuestro rey.

—Con vuestro consentimiento, señor aguacil mayor —al otro extremo de la sala intervino un enjuto sacerdote, hábito negro, carente de pelo y relleno de carnes— es mi obligación como representante del cabildo catedralicio recordar a este tribunal que no tiene ninguna jurisdicción sobre el arcediano.

Don Alvar Pérez suspiró incómodo e indefenso. Aquel sacerdote decía la verdad. Lo sentía en el alma por su amigo Samuel, pero no sería aquel tribunal donde el judío encontraría justicia.

Por si todo aquello no fuera suficiente, tenía en su poder una carta de la reina Leonor —que tenía como confesor al arcediano— pidiendo el favor hacia el sacerdote y todos aquellos que actuaron junto a él.

En la intimidad de su estancia privada no se atrevía a levantar la vista y mirar a su amigo judío. Habían pasado pocos días del pogromo en Sevilla. Las secuelas eran evidentes, incluso en su amigo que llevaba el brazo derecho en cabestrillo, pero estaba atado de pies y manos.

—Don Alvar ¿sabéis cómo llaman a los seguidores de ese lunático?

El alguacil mayor afirmó con la cabeza, en un minúsculo movimiento lleno de vergüenza.

—Os ruego que lo digáis en alto. Lo que es ignominioso no es el nombre sino sus actos.

—Matadores de judíos —contestó levantando a duras penas la mirada.

—Y les dejáis en libertad, especialmente a los dos que yo personalmente os traje.

—No puedo hacer nada, amigo Samuel.

—Contra el arcediano a lo mejor no, pero os ruego que no pongáis en libertad a los gemelos. Doy fe de que son culpables de, al menos, la muerte de una persona.

Don Alvar Pérez de Guzmán llenó la copa de vino y se sentó dejando caer sus hombros, la cabeza gacha y la mirada perdida.

—No entendéis nada, amigo. La carta de la reina regente y, por lo tanto, de su majestad, es clara. Me pide que abogue por la seguridad del pueblo judío de Sevilla, pero en prueba de buena voluntad deje libres a todos los presos.

—¿Sois consciente de lo que esa decisión va a acarrear? —Samuel se dirigió hacia la puerta. Fuera le esperaba su fiel Abecasis—. Nos abandonáis a nuestra suerte, no tenéis forma de asegurar nuestras vidas. ¿Sabéis lo que el cabildo catedralicio va a hacer en menos de un día?

El alguacil mayor seguía con la mirada baja e impotente.

—Os ruego que me contestéis, Alvar Pérez —dijo Samuel levantando la voz mientras se plantaba ante su amigo en dos zancadas.

Alvar levantó la vista y con los ojos entrecerrados contestó:

—Ante la muerte del arzobispo, va a nombrar al arcediano Ferrán Martínez vicario general.

Samuel, vuelto de espaldas y con la mano ya en el pomo de la puerta, contestó antes de dar un sonoro portazo.

—Nuestra sentencia de muerte.

El alguacil mayor de Sevilla, don Alvar Pérez de Guzmán, dejó que una lágrima rodara por su mejilla. Estaba seguro de que aquella había sido la última vez que vería a su amigo.

Madrid, 1623

I

Aquel olor a jazmín nublaba sus sentidos. Sentía dentro de su pecho sensaciones extrañas. Jamás la boca del estómago se le había oprimido de ese modo ante la presencia de una mujer.

Estaban de pie, uno frente al otro. Llevó despacio la yema de sus dedos hacia la suavidad de aquel rostro y vio enrojecer de placer a la infanta. Besó los labios entre abiertos y carnosos.

—No pensé que podría besaros nunca. —Carlos susurraba dejando que la pasión le llevara.

—Vos habéis cruzado un mar y atravesado países para estar aquí, ahora. —La infanta de España le miró a los ojos—. Yo tan solo he desafiado a la noche.

—Sois una mujer valiente. —El príncipe de Cales soltó la mano de la infanta e hizo una pequeña reverencia—. Una vez decidido este encuentro he intentado dar con un presente digno para tal mujer.

El príncipe le entrego una pequeña bolsa de piel burdeos, atada con un dorado cordel. Un escudo en plata mostraba el artesano platero que había trabajado la pieza. Con una amplia sonrisa la infanta de España exclamó:

—¡Don Francisco Álvarez! Es buen amigo de la casa real.

Francisco Álvarez tenía su casa-taller en la calle Luzón, en el llamado Callejón de los Plateros. Madrid se mostraba espléndida. La visión desde la calle Mayor hasta la de Platerías era extraordinaria, con los múltiples escaparates.

La infanta María no dejó de mirar a los ojos a su galán inglés. Sus ojos negros y saltones estaban llenos de vida. Con el mayor de los cuidados extrajo un delicado collar. Su color era de un grana intenso y estaba engarzado en plata. Era elegante y bello. Cada piedra tenía diferente tamaño y marcaba en relieve distintas flores. Solo una sobresalía de entre todas las demás: unos iris de intenso color morado que de forma majestuosa marcaban el corazón y el centro del collar.

—Es bello y elegante. —María alargó el collar a Carlos y giró, ofreciendo su cuello mientras apartaba el pelo.

Carlos colocó con toda la delicadeza de la que fue capaz el presente en el cuello real. Terminando con el cierre, sus labios se posaron sobre los hombros al descubierto de María.

—Vuestra belleza hace insignificante su brillo.

II

Samuel llamó a la puerta. En verdad no esperaba respuesta pues conocía a doña Juana y sabía de su carácter, pero tras la gruesa madera hoyó una especie de gruñido.

—Perdón, doña Juana, soy yo, Samuel.

La puerta se abrió pasados unos minutos. Juana apareció cubierta con un sencillo manto, el pelo recogido en un moño, el rostro serio y sus grandes ojos sin brillo.

Samuel bajó la vista al suelo. No se atrevía a cruzar aquella mirada.

—Veréis, señora…

—El calzones de tu señor don Diego quiere que prepare esta habitación para nuestros ilustres invitados. —Doña Juana dijo aquellas palabras con tal sorna y dolor que Samuel tan solo pudo subir y bajar la cabeza sin decir palabra alguna.

—Está bien, Samuel, yo dormiré con vuestro hijo esta noche, pero dile al pintor que vaya pensando dónde va a dormir él lo que le reste de vida.

Samuel sintió el portazo y con media sonrisa fue en busca de su jefe y amigo. Doña Juana era todo un carácter. Los próximos días serían difíciles para el maestro, pero si algo había aprendido en aquella casa era que Juana amaba a don Diego con toda su alma.

El maestro paseaba con las manos a la espalda. Parecía como si contara los pasos de aquel pasillo. Solo cuando vio llegar a Samuel se frenó de golpe y levantó la barbilla.

—Dormirá con mi hijo Samuel. —El pintor no preguntó nada más. No hacía falta, conocía a su esposa mejor que nadie.

—Siento que tengas que pasar la noche fuera, amigo. —Don Diego posó su mano sobre el hombro del judío—. Ya es suficiente mi duermevela para que este desaguisado no se nos vaya de las manos. —Con la mirada indicó la puerta cerrada de la estancia, de la que no salía sonido alguno.

—No os preocupéis por mí, don Diego, pasaré la noche en la posada del alguacil.

La posada del alguacil Antonio de Rivero se encontraba en la calle de Alcalá. Era una de las más famosas de Madrid, dedicada especialmente al alojamiento y dotada de servicio de cuadras y espacio para dejar coches y carretas. Entre sus clientes siempre había numerosos sacerdotes y clérigos, pues estaba cercano al convento de las monjas de Vallecas.

Solo un poco más allá estaba la entrada a Madrid. Alcalá era una carretera llena de mesones, posadas, alquileres de mulas y carruajes.

Samuel entró dispuesto a saborear el «vino precioso», llamado así por tener mayor precio, y de todos ellos el que más gustaba al judío era el de San Martín.

Llevaba ya un buen rato sentado en el banco de madera corrido —todo en aquella posada era ajeno a la comodidad y el lujo— y la excitación de un principio poco a poco dio paso a la intranquilidad.

Había terminado ya con dos «picheles» llenos de vino y se disponía a solicitar el tercero, allí en los tablones donde se encontraban las barricas, cuando el movimiento que se produjo en la esquina más alejada llamó su atención.

Antonio Rivero, alguacil del pueblo de Madrid, ya estaba sentado con un fraile cuando él entró en la posada. Las sombras de la noche y la poca iluminación del local no permitieron a Samuel reconocer las facciones del sacerdote. Fue acabando su segundo pichel de vino cuando cayó en la cuenta de quién era aquel sombrío cura.

Habían tenido innumerables encuentros en la corte del rey Felipe y siempre sentía cómo su mirada se posaba sobre él, como si el más fino de los aceros toledanos atravesara su cuerpo.

Todo el mundo sabía que Mariano Trujillo, además de confesor de la guardia de palacio, era hombre de la Santa Inquisición. Solo una cosa superaba su ambición por hacer carrera, y esta era su odio a los judíos.

Que el confesor de palacio estuviera con el alguacil de Madrid, justo cuando en la casa de su señor Diego Velázquez transcurría tan comprometida cita, podía ser una coincidencia, pero que a don Antonio Rivero y a Mariano Trujillo se les uniera Rogelio Diez puso a Samuel muy nervioso.

Rogelio Diez era consultor del Santo Oficio y su trabajo como jurista experto era llevar la casuística procesal.

Samuel dejó intacto el tercer pichel de vino de San Martín sobre el roído tablón que sostenía la barrica de madera.

«Piensa mal y acertarás». Era su refrán favorito.

El judío salió al frío de la noche. Su carrera le perdió entre la gente de la calle Alcalá, pero en su corazón el miedo le agarrotaba las piernas.

III

Diego Velázquez paseaba sus nervios por la estancia. Definitivamente su frío era más espiritual que terrenal. Había avivado el fuego de la gran chimenea que presidía el salón, pero nada parecía calmar su helado ánimo.

Se acercó al brasero de cobre que debajo de la mesa servía a doña Juana de calientapiés. Depositó un puñado de hierbas aromáticas dentro. Le gustaba aquel olor, sin duda era una de las pocas costumbres que había llevado desde su Sevilla natal a la capital.

Se encontraba en el cuarto bajo de la vivienda. La pareja ya hacía rato que había marchado a la habitación, para su vergüenza, y esperaba que no, para su desgracia.

Se sentó ante la gran mesa central que dominaba el recibidor y miró el magnífico bargueño. Había sido uno de los regalos que el conde duque de Olivares había tenido a bien darle tras pintar el primer retrato de su majestad Felipe IV. Sacó una pequeña llave del bolsillo y abrió el bargueño. Numerosos y desiguales cajoncitos aparecieron tras la tapa. El mueble estaba hecho en Granada y recordaba al pintor su triunfo en la corte madrileña.

Ahora estaba jugándose todo su prestigio y su estabilidad por el antojo y el calentón de dos caprichosos inconscientes.

No se lo perdonaría. Si algo saliera mal, Juana no se lo perdonaría. Conocía a su esposa, y ella sabía al igual que él que todos en la corte estaban en manos de los devaneos de la familia real.

Pero no le perdonaría que, en vez de contárselo y afrontar juntos el problema, la hubiera mantenido en la ignorancia.

Juana seguía encerrada en la pequeña pieza donde dormía el pequeño Samuel. Hasta en eso Juana había dado muestras de un gran corazón. Desde el primer día acogió al niño como propio.

Abrió el gran cajón central y sacó la medalla de oro que le había concedido el papa durante uno de sus viajes a Italia.

Él había conseguido todo aquello con su esfuerzo y su constancia, y no era justo que ahora lo estuviera apostando todo al capricho ajeno.

No olvidaba nunca que él era hijo de la calle de la Gorgoja, un humilde sevillano. Sus padres trabajaron duro para salir adelante y lucharon por él desde el mismo día que fue bautizado en la iglesia de San Pedro.

Recordaba como si fuera ayer aquel 1 de diciembre, con tan solo 11 años, cuando, asustado y emocionado, comenzó a trabajar como aprendiz en el taller de Francisco Pacheco, en la Alameda de Hércules.

Preparaba los lienzos, elaboraba los finos barnices y ponía todo su esmero en aprender la construcción de bastidores.

Sonrió. Por vez primera se permitió relajarse y serenar el ánimo. Abrió otro de los decorados cajones del bargueño y sacó un papel doblado y algo arrugado.

Lo desdobló con cariño y recordó con emoción cómo orgulloso había guardado aquel contrato que su padre y don Francisco Pacheco habían firmado para avalar su trabajo y su aprendizaje:

> *… Para que en todo este dicho tiempo el dicho mi hijo os sirva en la dicha vuestra casa y en todo lo demás que le dijéredes e mandáredes que le sea honesto y posible de hacer, y vos le enseñéis el dicho vuestro arte bien y cumplidamente según y como vos los sabéis sin encubrirle dél cosa alguna, no quedando por el dicho mi hijo de lo deprender e no quedando por vos de se lo enseñar y en todo el dicho tiempo le hayáis de dar de comer e beber e vestir e calzar, casa e cama en que esté duerma sano y enfermo y curarle de las enfermedades que tuviere como no pasen de quince días, por que si más fuere yo lo tengo de curar a mi costa, y en fin del dicho tiempo le hayáis de dar un vestido que se entiende calzón, ropilla e ferreruelo de paño de la tierra e medias e zapatos e dos camisas con sus cuellos e un jubón y un…*

—Don Diego, señor.

El pintor se giró raudo y asustado, no había sentido que nadie entrara en la casa.

—¡Por Dios, Samuel, me habéis asustado!

—Lo siento, no era mi intención.

—No importa, estaba divagando con recuerdos de la niñez. —Dobló la hoja y volvió a colocar todo dentro del bargueño—. ¿Qué te preocupa, amigo mío?

Samuel dudó. No estaba seguro, pero algo le decía que todos en esa casa estaban corriendo un peligro inmediato. Él amaba aquella casa y a la familia Velázquez, no podía olvidar todo el cariño que su hijo Samuel recibía.

—No sé, don Diego, pero, estando en la posada, he presenciado una escena cuanto menos curiosa y extraña.

—Explicaos.

—El alguacil estaba sentado en un rincón con don Mariano.

—¿El confesor de palacio? —inquirió el pintor.

—Él mismo —respondió Samuel—. Ambos estaban en un dialogo extraño, hablaban casi en susurros, muy pegados el uno al otro. No sé cómo explicároslo, don Diego, era algo sospechoso.

Samuel miró a los ojos del maestro e intentó que este viera en el reflejo de los suyos toda la inquietud que sentía.

—Pero mi intranquilidad fue a más rápidamente —el judío doblaba sus manos nervioso— cuando se unió a ellos el consultor don Rogelio Diez.

—Todo el mundo sabe de la amistad del consultor con el confesor de palacio y de sus numerosas visitas a las tabernas de Madrid. —Diego hizo un gesto a Samuel para que tomara asiento.

—Señor, perdonad mi atrevimiento. Los hijos de Abraham nos hemos visto forzados a educarnos en la desconfianza y esta nos lleva a estar alerta. —Samuel se inclinó hacia el maestro pintor con toda la ansiedad que pudo reunir. Cada minuto que pasaba más seguro estaba de que su intuición era acertada.

—¿No veis una coincidencia muy extraña esa reunión, justo cuando en esta casa va a tener lugar tan excepcional encuentro? —Samuel bajó la mirada avergonzado.

—¿No pensaréis que…?

Dos sonoros golpes acabaron con la conversación. El pintor y su ayudante se pusieron en pie rápidamente. Ambos podían notar el golpear de su corazón en el pecho.

Nuevamente dos sonoros golpes rompieron el silencio de la noche. No había duda, alguien llamaba a la puerta.

Una voz ronca y profunda les sacó de la duda y aumentó su nerviosismo:

—Abran a la Santa Inquisición.

Diego Velázquez se santiguó y Samuel empezó a pensar con rapidez. Por desgracia no se había equivocado.

De forma inconsciente se llevó la mano derecha al pecho, agarró el tesoro de su familia y besó la brillante llave que orgullosa lucía junto a su corazón.

No sabía muy bien por qué, pero de forma inconsciente susurró:

—*Zajor*.

Sevilla, 1391

I

Los peores presagios se habían cumplido: el arcediano Ferrán Martínez era ahora la máxima autoridad del arzobispado sevillano. Sus argumentos seguían siendo los mismos: que en materia eclesiástica no estaba sujeto al rey y que nadie podía exigirle más que respetara la ley de Dios.

Tenía el respaldo del pueblo de Sevilla.

Samuel leía los informes de todo lo acontecido en la aljama sevillana y la incredulidad daba paso a un profundo furor. No entendía cómo nadie podía usar a su antojo y beneficio un mensaje lleno de amor, como el que predicaba Jesús de Nazaret, para matar.

La Judería había sido asaltada y casi un millar de judíos habían perdido la vida.

El populacho había impedido la huida de los hebreos, ocupando las dos puertas del barrio judío.

Hombres, mujeres y niños fueron degollados sin piedad.

Los culpables habían salido de las mazmorras con unos simples azotes.

Incluidos los asesinos de su amigo el rabí Elías.

Pero los matadores de judíos no estaban satisfechos.

Dos de las tres sinagogas estaban siendo expropiadas y convertidas en iglesias; de hecho una de ellas ya tenía hasta nombre coloquial: La Blanca.

Habían acudido a la justicia del rey demandando protección, pero este no podía ofrecer ninguna garantía para su seguridad.

Algo tenían que hacer. Solo estando juntos podrían salir adelante. Pero no podían ampararse solo en la ley cristiana, tampoco en la de Dios, fuera el Dios cristiano o el hebreo.

Era momento de espadas.

Era momento de hombres.

Samuel empezó a prepararse para recibir la visita de su buen amigo Abecasis. El Activista de la Aljama, así le llamaban cuando él le conoció.

Recordaba la primera vez que le vio, con la sorpresa de encontrarse aquella montaña llena de músculos. La tez morena y el grosor de su cuello

enmarcaban lo redondeado de su rostro casi juvenil.

Había escuchado hablar de él en la sinagoga, era el valedor de todos. La gente hablaba de aquel joven hebreo que como David luchaba contra el Goliat cristiano. Pero los rabinos no querían gente de armas que pudiera dar motivos a los cristianos a ningún tipo de represalia contra la aljama.

Le costó convencer a aquel joven impetuoso que guerreaba por su cuenta.

La vida le había castigado duro con la pérdida de sus seres queridos. Desde ese momento había sido su compañero, su amigo.

Habían solucionado juntos muchos problemas, y todavía recordaba la entereza con la que un más joven Abecasis había salido adelante tras la pérdida de su mujer y su pequeña hija.

La peste había sido implacable para todos.

II

Podía verle por la estrecha ventana introducirse en una aljama vacía, sin alma y todavía con olor a sangre. No había sido nada difícil, y encontrar la casa de Samuel, mucho menos.

Le observaba con atención. Estaba preparando las armas entre pergaminos sobre una mesa. Difícil y extraña mezcla.

No tenía mucho tiempo para actuar, estaba seguro de que Samuel estaba esperando a su compañero.

Gonzalo fue lentamente hasta llegar a la puerta. Un ruido le hizo parar: la madera había crujido bajo sus pies.

Demasiado ruido. Dio marcha atrás y volvió a mirar la casa. Tenía que encontrar otro camino.

Sonrió. Era verano.

Una de las ventanas estaba entreabierta.

Samuel había oído la madera crujir. Él conocía de sobra aquel sonido, llevaba viviendo muchos años en aquella casa.

Llegó hasta la puerta y se asomó. Miró a derecha e izquierda, pero no vio nada digno de atención. Con el ceño fruncido, entró de nuevo en la casa.

Guardó los pergaminos en un gran arcón que tenía en el salón y se dispuso a seguir limpiando sus armas.

El asesino vio al judío de espaldas a él y avanzó por el estrecho pasillo. Samuel estaba alerta, sabía que algún movimiento se iba a producir. Había oído el ruido, ya familiar para él, de la madera crujir.

Eso solo tenía un significado: alguien merodeaba en su casa, y no con muy buenas intenciones.

Se giró raudo y vio a uno de los dos gemelos ante él. Colocó rápido su largo cuchillo en la garganta de su asaltante.

—¿Crees que soy idiota? No soy tan fácil de matar.

Samuel avanzaba llevando a la salida a su asaltante, que le miraba a los ojos mientras caminaba hacia atrás.

—Dile al arcediano del demonio que venga él en persona. —El judío, llevado por la rabia, apretó un poco más el filo y notó cómo este se introducía, levemente y despacio, en el cuello de su oponente.

—Que no mande matones baratos.

Cruzaron dos estancias. Samuel, siempre andando hacia delante y con su daga en la garganta del merodeador. Este caminaba hacia atrás y siempre con los ojos fijos en el judío.

Justo cuando cruzaba el último pasillo, y antes de que llegaran a la puerta de entrada, Gonzalo salió por detrás de Samuel y le clavó el puñal en la espalda.

Comprendió todo demasiado tarde.

Le habían matado.

El gemelo se arrodilló ante el cuerpo extendido de Samuel. Sacó una pequeña daga y se la clavó repetidamente en el estómago.

Se levantó lentamente y con una reptil sonrisa en su cara limpió la daga en las ropas del judío. Se puso en pie, escupió al suelo mirando con desprecio el cuerpo inerte de su enemigo y siguió la carrera de su hermano mayor por las calles de Sevilla.

III

Abecasis caminaba despacio. La mañana era fresca y apacible. Solo el doloroso e irreal silencio de la aljama sevillana hacía daño al ánimo.

Debían tomar decisiones y él lo tenía claro: la comunidad judía debía formar su propio ejército y defender sus intereses.

Nada podían esperar de la justicia del rey cristiano, y nada de sus alguaciles, solo buenas palabras.

El fornido soldado echó la vista atrás. El recuerdo era confuso. Lo recordaba todo entre brumas, solo la imagen de Samuel calmaba su espíritu.

La espiral de acontecimientos que le habían llevado a matar por los caminos de Carmona o Utrera eran de un dolor inhumano para él.

Todavía por las mañanas podía oler en los poros de su propia piel el aroma de su esposa. El amor que había sentido —y que no morirá jamás— por su fiel Eloísa le llevaba a la locura. Ella había moldeado su forma de ser, día a día, beso a beso, y con la ternura de una entregada amante.

Desde la pubertad había dado muestras de ser un joven violento y de mal carácter. Continuamente era castigado por el rabino de la comunidad y la gente estaba empezando a rechazar su compañía.

Eloísa lo cambio todo.

El tiempo se nublaba en su cabeza, las brumas de los años y el dolor no le dejaban recordar con nitidez.

Pero fueron casi dos años de felicidad.

Ella le daba calma, le relajaba y, lo más importante de todo, le hacía sentirse importante y tranquilo consigo mismo. Durante ese tiempo fue un hombre digno de la aljama, buen trabajador y hombre con temor a Dios. Recordaba cada shabat como una gran fiesta.

Eloísa encendía las velas en el hogar y recitaba la bendición especial. Él la miraba lleno de amor y pasión por ella. Luego él efectuaba la santificación con el vino, y mientras entregaba su corazón a Dios, le daba gracias por tenerla a su lado.

Dios les había bendecido y su esposa estaba ya de más de siete meses. En su hogar reinaba la calma, la fe y el amor.

Sin embargo ahora la llegada de cada shabat era dolorosa para él. Todo era un duelo y el fresco recuerdo le golpeaba el alma.

Él no había notado nada. Como cada viernes habían vuelto de la sinagoga.

Eloísa había encendido las dos velas como siempre y la mesa estaba preparada para la fiesta.

Recordaba estar sonriéndole mientras recitaba:

> *Todo aquel que enciende regularmente las luces del shabat será bendecido con hijos estudiosos de la Torá.*
>
> *Bendito seas Tú, Señor, Dios nuestro, rey del Universo, que nos has santificado con tus mandamientos y nos has ordenado encender las luces del shabat.*

En la mesa como siempre tenían los dos panes cubiertos con el paño especial para el shabat, en memoria de la doble porción de maná que recibían los israelitas en el desierto del Sinaí los viernes por la tarde.

Retiró los dos paños y, antes de coger el pan, como cabeza de familia, dio las gracias a Dios porque muy pronto serían uno más. Cogió la copa de vino y empezó a recitar el *kidush*:

> *Bendito seas. Señor, Dios nuestro, rey del Universo, creador del fruto de la vid. Bendito seas. Señor, Dios nuestro, rey del Universo, que nos santificaste con tus mandamientos, te complaciste en nosotros y con amor y agrado nos has legado el santo sábado en memoria de la obra de la Creación, pues este es el primero de los días de santa convocación, en recuerdo del éxodo de Egipto; y tu sábado santo nos lo has legado con amor agrado. Bendito seas Tú, Eterno, santificador del shabat.*

Abecasis retenía aquel sabor en su boca, el de haber bebido el vino santo, y esos escasos segundos fueron los últimos de su dicha en la tierra.

Dejo la copa en la mesa antes de pasarla a Eloísa y se preparó para el lavado ritual de sus manos.

Su esposa cayó desmayada al suelo.

A partir de ahí todo se vuelve a oscurecer en su memoria. Recuerda haber salido rápido a por el médico, pensando que el bebé llegaba, y que sus nervios eran los lógicos de alguien que va a ser padre por vez primera.

Todo había sido demasiado rápido, en solo cinco días su mundo cambio.

El médico Salomón, sabio judío reconocido en la aljama, decidió salvar su bebe y tras más de dos horas de sufrimiento y rogar a Dios, su hija —pues era hembra— vino al mundo muerta.

Pero nada era normal, no le dejaban entrar y abrazar a su esposa. Necesitaba besar a Eloísa, decirle que no importaba, que eran jóvenes, que se querían.

Los dos ayudantes de Salomón salían con trapos cubriendo sus rostros y esquivaban su mirada. Su inquietud y su nerviosismo le llevaron a desobedecer al viejo médico.

Entró en la habitación.

El impacto perdurara en él mientras viva. La mujer más bella de la tierra, con aquella sonrisa abierta y fresca, yacía entre espasmos en la cama cubierta de sangre. Sangre del parto, eso no le importó, pero sus ojos se abrieron llenos de terror.

Salomón, que había oído la llegada del joven esposo, agarró a Abecasis y con la fuerza de la necesidad le llevó fuera.

—Desnudaos —fue todo lo que el anciano dijo.

Abecasis, como si de un autómata se tratara, dejó su pecho al descubierto. Salomón palpo sus axilas, miró con sumo esmero cuello e ingles y, cuando se sintió satisfecho, respiró hondo.

—Las próximas horas serán duras y decisivas.

—¿Para mi esposa? —La ansiedad pedía respuestas.

El médico miró al joven mientras se lavaba las manos en la jofaina de cobre.

—Para ambos. —Salomón se volvió y, mientras se secaba las manos, miró a los ojos de joven judío—. Su esposa tiene la peste negra. Es cuestión de horas saber si no solo ella está contagiada en esta casa. Ahora me marcho rápido, hay que alertar a la aljama. —El médico posó su mano en el brazo del joven—. Son horas decisivas e importantes, viviremos momentos muy duros.

Durante tres largos e intensos días lavó con agua fresca los ganglios inflamados de su joven mujer. Pasaba el paño despacio por cada mancha oscura que cubría su piel. Limpió supuraciones y cubrió con gruesas mantas su cuerpo con cada escalofrío.

Eloísa murió al cuarto día.

No recuperó la consciencia, se fue sin que pudiera decirle lo mucho que la amaba.

¿Por qué Dios le dejo a él? ¿Por qué la enfermedad bubónica no le llevó con su esposa?

La peste negra mató a muchas personas, judías y cristianas. No reparó en credos, edad o clase social.

Sin embargo, su odio se fue haciendo más y más fuerte con cada día.

Los cristianos culpaban a los judíos de aquel terrible mal que se había llevado a su Eloísa. Eso era lo mismo que decir que, tanto el como los suyos, habían matado a su mujer y a su hija.

No lo soportó más y salió a los campos. Reunió a un grupo de desesperados y asaltó los caminos.

Y de esa guisa le encontró Samuel.

Le convenció y le dio un nuevo objetivo por el que seguir viviendo. No fue fácil, pero aquel insistente toledano persistió. El pueblo de David le rogaba que volviera a su seno, que se unieran. Sentirse necesitado, valorado y tener un futuro le hizo salir de aquel letargo de sangre y muerte.

Ahora Samuel era su mejor amigo, y su familia era la suya.

IV

Lo primero que hizo fue parar su caminar y sus pensamientos de golpe. La preocupación recorrió todo su cuerpo.

Uno de los malvados gemelos salía corriendo de la casa de su amigo Samuel.

Tan solo eran doscientos metros, pero le parecieron una eternidad.

La puerta estaba abierta.

Sacó su daga y, pegado a la pared, protegiendo siempre su espalda, entró en la primera de las estancias.

Nada, no vio a nadie. El silencio era total.

—¡Samuel! —gritó—. Amigo, ¿estás en casa?

Agudizó el oído, había creído escuchar un quejido.

El sonido volvió de nuevo y esta vez más nítido: alguien se quejaba en susurros. Olvidó toda precaución y se adentró en el pasillo.

Un inmenso charco de sangre inundaba todo y sobre él su amigo se lamentaba débilmente.

Se precipitó sobre él, con las lágrimas ya cubriendo y nublando su vista.

—Samuel, tranquilo. —Abecasis quería taponar la vías por donde la sangre y la vida se le escapaban a su amigo, pero no era posible, tenía el cuerpo cosido a puñaladas.

—Me han matado —susurró Samuel—. Me muero, amigo. —Un espasmo de sangre ocupó su garganta.

—Salgo deprisa a por el médico. —Con el último espasmo Samuel agarró fuerte el brazo de Abecasis obligándole a permanecer a su lado.

—Mi hijo, amigo, mi hijo Samuel. —Un nuevo golpe de tos ensangrentada—. Dile que no olvide su misión.

—Pagarán por esto, Samuel. Yo me encargaré.

—No, no, te lo ruego, amigo, no hagas nada. Olvida a Ferrán Martínez. Por mí, por mi hijo, por nuestro pueblo.

—Pero… —Abecasis sujetaba en alto la cabeza de su moribundo amigo —. Tranquilo, voy a procurar que ese arcediano lo pague.

—No amigo, no lo hagas. —Su voz era cada vez más débil.

—Di a Samuel que continúe, que no mire hacia atrás. Solo el perdón le hará ser mejor a aquellos que tanto nos odian.

—No te entiendo. —Las lágrimas de Abecasis mezclaban pena y furia.

—Quiero que des a mi hijo Samuel un mensaje de dos palabras. —Abecasis incorporó un poco más a su amigo, pues este apenas podía ya hablar —. Dile perdón y zajor, él lo entenderá. Tú… —Tosió violentamente—, tú eres el único en el que confío.

Samuel se llevó la mano derecha al pecho, en aquel gesto ya mecánico que a lo largo de los años había prendido en él cuando necesitaba tranquilidad: tocar aquella llave dorada. Entonces, con una sonrisa de sangre, recordó que ahora era su hijo el portador de la misión.

—No podré —gimió Abecasis.

—Sí, sí podrás, amigo. Te conozco, eres un buen hombre, desde el primer día vi esa luz en ti. Déjalo correr, demasiadas muertes y demasiado odio. Encuentra tu paz, amigo, y busca a mi hijo… Cuida de él y que cumpla el cometido de mi familia.

—Ahora solo quiero venganza, no me pidas otra cosa.

Abecasis apretaba los puños con fuerza. Agarró por el pecho a Samuel de forma inconsciente y con todo el dolor del mundo le gritó:

—¡¡No!!

Abecasis apretó con fuerza el cuerpo de su amigo contra su pecho; sin embargo, Samuel había dejado de estar con él.

Madrid, 1623

I

Si echaba la vista atrás y rememoraba aquellos días de su infancia castellana, no tenía duda: había sido un niño feliz. Siempre había querido entregar su vida a nuestro señor Jesucristo. Sus aspiraciones nunca fueron más allá de ser un sencillo cura de pueblo, volcado en Dios y sus parroquianos; sin embargo, la vida le había moldeado y las experiencias que acumulaba ya le habían convertido en un hombre muy diferente, y duro en extremo.

Ahora, celoso católico, era un fiel guardián de la ortodoxia romana.

Siempre alerta, esa era la consigna, ese era el camino.

Se mostraba convencido de que aquel país que tanto amaba, el suyo, sería destruido por los no católicos y por los falsos conversos.

El pueblo judío era un mal necesario para reyes y nobles. Ellos, los hijos de Abraham, llenaban de continuo arcas vacías por las guerras y sus vicios.

El rey Felipe IV no era estricto ni severo.

Y esa dejadez era una ofensa a Dios nuestro señor.

Pero para eso estaba él. Dios le había dado una responsabilidad y él no fallaría.

Su vida era un ejemplo de sobriedad. Ya desde pequeño, allá en su León natal, había sido un niño de pocos amigos.

Ahora creía no tener ninguno.

Se alimentaba poco, en eso era estricto, veía en la gula la debilidad que te hace estar a merced de tu cuerpo.

Dormía menos.

Solo cuando fue prior del convento de Santa Cruz de Segovia su alma pareció estar en paz como su mente y su cuerpo. Recordaba aquellos lejanos días con cariño y nostalgia.

Ahora debía perseguir el mal.

Apretó sus finos labios, carentes del más mínimo color. Por una vez le hubiera gustado tener un pequeño espejo en donde mirar su aspecto. Sus ojos estaban hundidos por el cansancio y huidizos por la carga de aquel terrible trabajo.

Aquel cargo no era cómodo para él. Nunca quiso abandonar la pasión por el claustro, pero era necesario.

Se sentía cómodo con la sencillez de su vestimenta, su segunda piel. Su hábito siempre blanco consistía en la túnica con la capilla y su esclavina. El escapulario que su madre le había regalado en sus primeros años de servicio a Dios y el rosario de 15 misterios sujeto al cinto que todos los hermanos lucían.

La capa negra solo la usaba para momentos especiales, y aquel era uno de ellos. Caminaba tranquilo por el pasillo cuando la luz de una antorcha le frenó en seco ante el reflejo del agua estancada de la fuente.

Dejó que su humilde y triste figura se marcara clara en el agua y le devolviera su imagen.

Sonrió. Hacía mucho tiempo ya que no necesitaba cuidar su tonsura, toda su cabeza estaba desprovista de pelo.

Llegó hasta la sala, que a esas horas de la noche estaba escasamente alumbrada, y tras dejar que la guardia le abriera la puerta, entró.

Todos le esperaban ya. Puestos en pie y en silencio, esperaron a que tomara asiento.

Era en esos momentos cuando el peso de su dedicación a Dios caía sobre él con toda la crudeza.

Tendría que juzgar otra alma descarriada.

Fray Alberto de Ávila era el inquisidor de Madrid.

II

Aquel olor a jazmín había nublado su buen juicio. Estaba embrujado de amor, pero este estaba sustentado en la argucia y en ilusiones que jamás se verían satisfechas.

Había saboreado sus senos y había moldeado con sus manos aquellas caderas, siempre sin dejar de mirar los embriagadores y saltones ojos negros.

Pero la realidad de su deber y el sentido a todo lo que su persona representaba le vino de golpe.

Gritos y ruido.

La infanta, elegante y orgullosa, grande de España por encima del error. Oprimida como él por el devenir de la historia y la fuerza del destino que marcaría su futuro.

Buckingham le había advertido: España solo deseaba su conversión a la Iglesia católica.

Ni una sola muestra en el tiempo que llevaban de que en Madrid se deseara el matrimonio entre él, príncipe de Gales, y la infanta María.

Las negociaciones solo eran una treta diplomática que bloqueaba militarmente a su padre Jacobo I en Inglaterra.

Él había venido con la idea de enamorar a la mujer, no a la infanta, pero tan solo había encontrado frías e impersonales negociaciones de matrimonio.

Por eso Carlos, el hombre, el amante, había dado el primer paso.

Habían hecho el amor despacio, muy lentamente, dejándose llevar por la incipiente pasión. Había saboreado su cuerpo, había recorrido cada uno de sus rincones y ahora no solo el olor a jazmín le trasportaba al cielo, como si de un vital sustento se tratara, el salado sabor de su piel le estremecía las entrañas.

Se incorporó asustado y en alerta. Su joven enamorada, desnuda, se movió entre sueños.

Más ruido y más gritos, nada bueno para él podía salir de todo aquello. Era el príncipe de Gales, encontrado en una situación «difícil» en un país apasionadamente católico, e enemistado con el suyo a lo largo de la historia.

Se giró por última vez para contemplar la flor de sus desvelos: la infanta le observaba con aquellos ojos negros y saltones, que sin ser bonitos le daban personalidad.

Se quitó las sabanas y dejó todo el esplendor de su desnudez al descubierto. Con media sonrisa, permitió que Carlos observara su joven y voluptuoso cuerpo.

El príncipe alargó el brazo y la trajo hacía sí. Besó su cuello y con toda la dulzura de la que fue capaz depositó un último beso en sus labios.

—Sois consciente de que no podremos seguir adelante.

—El rey, el conde duque y sobre todo la Iglesia de Roma no lo van a permitir. —María devolvió el beso y apoyó su cabeza sobre el pecho de Carlos.

—No me arrepiento de estar aquí, ha sido un largo viaje, bien recompensado con el sabor de vuestro cuerpo.

María, alteza de España, se vistió despacio, sin prisas, intentando saborear cada minuto con aquel inglés aventurero y desvergonzado que había ganado su voluntad.

Se miraron a los ojos, sabían que aquella sería la última vez.

No eran personas normales. Sus familias y sus países estaban por encima de sus respectivas voluntades.

Ahora, sin embargo, los dos tenían un serio problema. Si de algo estaba segura María, hermana de Felipe IV, era de que para España y la Iglesia todo lo ocurrido allí aquella noche era una dura afrenta al honor de España, y todavía más importante a Dios nuestro señor.

III

Velázquez se retorcía nervioso las manos. Estaba indignado y muy alterado. Recorría aquella sala, que tan bien conocía, de arriba abajo dando grandes pasos.

Estaba en el despacho del conde duque de Olivares.

En aquella habitación se firmaban las más importantes órdenes del reino. Y era allí donde se discutía el devenir y el futuro de España.

Más de trescientos volúmenes ocupaban las estanterías del despacho y un gran mapamundi colgaba de la inmensa pared frontal. Debajo del mundo conocido, había una hermosa y brillante mesa de madera, que estaba repleta de plumas diversas y de distintos pergaminos.

Gaspar de Guzmán y Pimentel Ribera y Velasco de Tovar, tercer conde de Olivares, era un hombre trabajador.

Tenía el privilegio del acceso constante al rey, y en estos momentos era el único que podía ayudar a Diego.

El pintor miró el otro extremo de la sala. Un cuadro pintado por él mismo mostraba a Olivares de cuerpo entero. La seriedad del rostro y la dureza de la mirada recordaron a Diego que el conde no era un hombre fácil de tratar.

El duque entró en la sala sonriendo y luciendo una alegre casulla verde pistacho. Algo no encajaba en todo aquello. El conde no era un hombre al que gustara que le molestaran y, a pesar del continuo trato que ambos tenían, jamás recordaba don Diego haber visto sonreír al más grande de los nobles en España.

—Amigo Diego, como siempre es un placer veros. —El conde alargó la mano y señaló una de las sillas—. Sentaos, por favor, y decidme qué puedo hacer por vos a tan tempestiva hora.

—Os pido perdón por la hora, y os ruego me disculpéis ante vuestra esposa doña Inés.

—Estad tranquilo, ya sabéis que doña Inés es la primera en admirar vuestro talento.

—Ha tenido que haber un grave error, señor conde. La Santa Inquisición se ha presentado en mi casa y… —El conde levantó la mano, mientras cogía y servía dos generosas copas de vino.

—No hay ningún tipo de error, amigo Diego. Vos sin daros cuenta habéis hecho un gran servicio a la corona, y por lo tanto a vuestro país. —El conde alargó la copa al pintor y con una sonrisa en el rostro continuó—: Veréis, dejad que os cuente…

IV

Fray Alberto de Ávila, inquisidor de Madrid, levantó la mirada y la posó sobre todos los allí presentes.

Un caso de emergencia nacional.

Eso le habían dicho.

Este juicio iba mucho más allá de la simple herejía. Nada cambiaba para él, era lo mismo. Todo lo que concernía a la ley de Dios y al respeto por ella para el inquisidor era sagrado.

Como jurista y como máximo conocedor de las leyes, fray Alberto no había tardado en darse cuenta de las múltiples irregularidades que presentaba aquel juicio.

Todo era demasiado rápido.

Miró al procurador fiscal. Estaba nervioso y demasiado ansioso por elaborar la acusación contra aquel reo.

El calificador repasaba los pocos papeles que tenía sobre la oscura mesa. Como teólogo debía enjuiciar que todo se efectuara correctamente.

El consultor dialogaba en susurros con el cura, que tan importante papel estaba teniendo en aquel caso.

Era curioso, todo el asunto había llegado al Santo Oficio a través de aquel familiar de la Inquisición que hacía las veces de cura confesor en palacio.

«Bien —pensó—, a pesar de la gravedad del caso y de que toda la corte está con los ojos puestos en lo que aquí se dilucida, me voy a divertir».

Para empezar, y saltándose todo el procedimiento inquisitorial, en aquel juicio y de forma especial se iban a decir las razones para la detención del preso.

En aquella trama estaba enredada la infanta de España y todo Madrid ya lo sabía. Ahora había que dejar claro que su inocencia en todo lo acontecido era total.

También se había solicitado la presencia de un notario.

Un representante del obispo resplandecía con sus ropas de color rojo y su cruz dorada. Estaba invitado para conocer su voto en caso de que este fuera necesario.

—Que pase la testigo.

El silencio solo se interrumpió cuando una temerosa joven entró en la sala.

No era especialmente bella, pero joven y apuesta, sí.

—Decid vuestro nombre al tribunal.

—Mi nombre es Marta, señor, y soy la camarera de la infanta María.

Un pequeño murmullo se extendió de forma creciente por la sala, que el inquisidor dejó que solo se apagara.

El inquisidor de Madrid leyó despacio y sin ningún tipo de prisa el legajo que tenía sobre su mesa.

Levantó la vista y la posó sobre la joven.

—¿Qué aconteció el día de toros y cañas? —preguntó el inquisidor.

—El príncipe de Gales se presento junto a su acompañante inglés —empezó a narrar la nerviosa camarera.

—¿Cuándo habláis de acompañante inglés os referís al señor George Villiers?

La muchacha, visiblemente nerviosa, miró hacia el lugar donde ocupaba sitio don Mariano, familiar de la Inquisición y cura confesor de palacio.

Este asintió con la cabeza.

—Sí.

—Continuad, por favor.

—A todos nos resultó extraña la presencia del judío.

—¿De que judío habláis?

—No sé su nombre, pero le he podido ver en alguna que otra ocasión.

—¿Qué os llamó la atención de su comportamiento?

Todo el mundo podía observar que aquel no estaba siendo un momento agradable para la «virgencita». La muchacha entrelazaba sus manos nerviosa, cuando no se retiraba el pelo que suelto le caía por el rostro.

Una nueva mirada al cura y otro gesto de confianza de este animaron a Marta a seguir con su historia.

—La familiaridad entre el príncipe y él era rara. Hablaban entre ellos constantemente, y era el judío el que parecía dirigir todos los movimientos del inglés.

—¿Y bien?

—A pesar de que un biombo separaba a ambos —Marta bajó la cabeza avergonzada— como el decoro y el buen hacer manda, el judío instaba al inglés a coger la mano de mi señora y a hablar con ella.

Marta calló mientras nerviosa volvía a recogerse el pelo. El murmullo de desaprobación se apagaba lentamente.

Fray Alberto de Ávila llevaba los suficientes juicios como para saber que aquel sería corto y sonoro.

—Continuad.

—Después fui testigo de cómo mi señora era arrastrada a una cita, organizada por el judío.

Marta levantó la vista hacia el inquisidor. Este leyó tras aquellos ojos la misma fuerza que empujaba su mano.

—Las valoraciones no me corresponden a mí, señor, pero creo que este tribunal sabrá actuar en consecuencia.

—¿Por qué sabéis que aquel encuentro estaba organizado por el judío?

María orgullosa miró alrededor y se recreó con la atención que recogía su testimonio.

—El propio príncipe dijo que el judío era su amigo y confiaba en él.

Fray Alberto hizo una leve seña a uno de los guardias.

—Que pase el acusado.

V

Estaba en una pesadilla continua, no daba crédito a todo lo que estaba viviendo, y sin embargo sus huesos doloridos y el duro suelo de aquella húmeda mazmorra, no dejaban lugar a la duda, la pesadilla era real.

Todo había sido demasiado rápido y sin embargo en su memoria, cada minuto, martilleaba con fuerza dentro de su cabeza.

No entendía nada. Él era una persona normal, de vida normal, con un trabajo normal.

Le habían sacado por la fuerza de la casa, no había tenido tiempo ni de besar a su hijo. Pero lo que más preocupación le había causado era el reflejo lleno de terror en los ojos de su amigo y protector Diego Velázquez.

Ahora la desesperación recorría su cuerpo.

¿Por qué estaba encerrado allí? ¿Cuál había sido su falta?

Eran preguntas aquellas que de momento no tenían contestación para él.

Todavía confuso recordó, como recién llegado y encerrado en aquella sucia celda un sacerdote entró y le miró inexpresivo. Era alto y delgado. El hábito blanco y la tonsura de su ovalada cabeza le confirmaban como dominico. Ni una sola vez le miró a la cara. No contestó ninguna de sus ansiosas preguntas. Tan solo leyó, con voz dura y carente de pasión, el legajo que tenía en sus manos.

—Samuel de la casa Leví, antes de proceder a tu detención se ha presentado tu caso a teólogos calificadores para determinar si los cargos que se te imputan implican herejía.

—¿Herejía? No entiendo nada. Yo soy una persona de bien, tengo un hijo y trabajo de forma honrada para el pintor del rey.

El sacerdote paró de leer, pero no levantó la cabeza del papel, esperó a que las protestas de Samuel se fueran apagando entre sollozos, para continuar impasible:

—Se ha considerado que las pruebas son suficientemente claras como para que el fiscal redactara una orden —el alto sacerdote levantó otro papel para que Samuel pudiera verlo— de detención contra ti, Samuel de la casa Leví.

—Pero esto es absurdo —sollozó el judío.

—Esta detención va acompañada —continuó leyendo el dominico— de la inmediata confiscación de todos tus bienes. Se hará un inventario de todo y será retenido por los funcionarios de la Santa Inquisición.

—Nada poseo, solo mi hijo.

—Mientras permanezcas en prisión, los gastos de tu mantenimiento y las costas judiciales serán sufragados con tus propiedades, que de inmediato serán subastadas.

Instintivamente Samuel alargó su mano al pecho para agarrar su única posesión terrenal y la más querida por él. Era de su familia, era su misión… Era más importante que su propia vida.

Levantó la cabeza para comprobar si el sacerdote se había dado cuenta de aquel gesto, pero este seguía leyendo y no levantaba la cara del texto.

Samuel no sabía lo que había pasado, pero sabía dónde estaba. Ahora necesitaba sacar su preciosa llave de allí. La llave de la casa de su familia debía estar ahora en posesión de su hijo.

Cayó de rodillas y empezó a rezar al Dios de Abraham.

Solo en ese momento el sacerdote dominico levantó la vista del papel y, con evidentes muestras de asco y repulsión, salió de la oscura mazmorra.

VI

Nada más entrar en la sala, le quitaron las gruesas cadenas que bordeaban su cuello y que apretaban de tal forma sus muñecas que hacía mucho tiempo que había dejado de sentir sus manos.

Con la misma celeridad con la que le habían metido en aquella celda, ahora le habían sacado a empujones.

Con los ojos húmedos y cansados, y el corazón roto, se dejó llevar por los estrechos pasillos de aquella prisión.

Ahora acomodó la vista a todo lo que tenía alrededor, pero solo le importaba una cosa; tenía que ver y hablar con Diego. El futuro ya era su pequeño Samuel. Él era la esperanza y solo conocía una persona capaz de velar por él.

Reprimió el impulso de tocar su pecho y de encontrar la paz y la serenidad en su amado amuleto. ¿Cuántas noches había soñado con Toledoth? ¿Cuántas veces sentía el olor de aquel hogar y despertaba con el sonido que entre brumas marcaba su destino?: *Zajor*.

La llave de oro, la llave que abría y que llevaba el honor de su familia, tenía que llegar a su hijo.

—¿Podéis decir alto y claro vuestro nombre a este tribunal?

Samuel volvió a la realidad de aquel terrible momento y miró al sacerdote, que le hablaba desde detrás de la mesa.

—Samuel —susurró de forma casi inaudible.

—¿Sois judío?

Samuel asintió.

—Contestad alto y claro.

—Sí.

—¿Estuvisteis en la última fiesta de toros y cañas acompañando al príncipe inglés?

—Sí.

—¿Servíais de intermediario entre el príncipe de Gales y la infanta dicho día?

Samuel levantó la cabeza y empezó a comprender. Así que era eso.

—Es absurdo. ¿Cómo un hombre humilde como yo puede interceder en semejante relación?

—Entonces, decidme, judío —fray Alberto miró de arriba abajo al reo— cómo un hombre humilde como vos pudo estar con ellos ese día y en ese lugar.

El silencio se prolongó el tiempo suficiente para que el inquisidor hablara de nuevo.

—¿No es cierto que fue el propio príncipe de Gales el que solicitó vuestra presencia?

Samuel cayó. Era lo suficientemente listo para darse cuenta de dónde estaba el eslabón más débil de aquella cadena.

—Que pase el siguiente testigo.

La puerta se abrió. La expectación de la sala iba en aumento. Samuel respiraba tranquilo pero de forma entrecortada. Deseaba ver a don Diego, pero aunque miraba no encontraba a su amigo entre la gente.

El siguiente testigo entró en la sala.

Y el judío reconoció en el acto a la persona que le iba a empujar por el precipicio.

Ahora estaba en manos de la providencia.

VII

Diego Velázquez miró atónito al conde duque.

—Pero…, pero vos sabéis que eso es una patraña.

Gaspar de Guzmán sonrió y se dejó caer sobre el sillón. Señaló con el dedo al pintor y todavía con media sonrisa en la cara preguntó:

—¿Quién soy yo, amigo Diego?

El maestro sevillano, que permanecía nervioso y en pie, arrugó la frente en claro gesto de no comprender la pregunta:

—¿Cuál es mi misión aquí en la corte?

—Imagino que el buen gobierno del país.

—Bien. Dicho así, suena sencillo y fácil. Pero hay veces que me gustaría estar alejado de todo, ser un hombre sencillo, preocuparme solo por el día a día, no mirar más allá de mi familia y mi casa.

—Pero, don Gaspar…

El tercer conde duque de Olivares levantó la mano y obligó al pintor a guardar silencio.

Su gesto se ensombreció. Toda la cercanía que había mostrado con el maestro pintor hasta ese momento se borró de repente.

—No se trata de vos, don Diego, ni de mí, ni tan siquiera de ese desgraciado al que queréis sacar de la celda. Lo que se juega en esta partida

de ajedrez es sencillamente llegar al final y que el rey que domine el tablero sea Felipe IV.

Gaspar de Guzmán se levantó y quedó frente a frente al pintor.

—Y no dudaré en sacrificar un peón para conseguirlo.

El conde duque de Olivares volvió a sentarse y por vez primera evidenció su nerviosismo.

—Es deseo de su majestad y mío que esa boda no se pueda celebrar nunca. Pensábamos que las normas que rigen la vida de la infanta le impedirían relacionarse con el príncipe de Gales. —El duque de Olivares movió la cabeza entrecerrando los ojos. Aquellas últimas palabras las había dicho para sí mismo—. Confidencialmente he podido saber que en Roma, en contra de nuestros deseos, están dispuestos a conceder la dispensa. Eso dejaría a España como la única responsable de que la boda no se realizara.

El tercer duque de Olivares respiró hondo, se levantó y agarró por el brazo a su pintor favorito.

—Y es ahí donde tenemos que sacrificar al peón.

—Necesito ver a Samuel.

El conde duque de Olivares agarró al cansado pintor por el codo y lo dirigió hacia la salida.

Proyectó su sonrisa más embaucadora y política y, como siempre que se sentía ganador, dulcificó el tono de su voz.

—Por supuesto que sí, amigo mío, pero antes su majestad el rey desea hablar con vos.



Su majestad Felipe IV, rey de España, dormitaba desaliñado sobre una sucia *chaise longue*. Camisa desabrochada, el jubón tirado en el suelo y los pies descalzos, Felipe era la viva muestra de aquel al que la bebida le había ganado la partida.

La tibia luz empezaba a filtrase por las ventanas cerradas y todo hacía indicar que no era el mejor de los momentos, pero cuando el rey dio muestras de reconocer a sus dos visitantes hizo gestos inequívocos con su mano para que se acercaran a él.

Se sirvió un vaso de agua y dejó que el líquido se vertiera por ambos lados de su boca. Sin duda la noche había sido larga para el rey de España.

El conde duque de Olivares y don Diego Velázquez esperaron en pie.

—Majestad, yo quería… —empezó a hablar el pintor.

El conde duque atajó, sujetando a Diego por el brazo, su frase:

—Don Diego está al corriente de todo, majestad, y como siempre se muestra vuestro más fiel servidor.

Don Gaspar de Guzmán miraba directamente a los ojos del sevillano mientras hablaba.

El rey se incorporó y dio pasos cortos e inseguros hasta la ventana.

—No esperábamos otra cosa de vos, don Diego, siempre habéis sido un buen servidor.

—Pero… —quiso quejarse el pintor.

—Creo que es el momento, majestad —cortó el conde duque.

—¿Cómo? ¡Ah, sí, claro!

El rey llegó a duras penas hasta su mesa, abrió un cajón y sacó un pergamino. Deshizo el lazo carmesí que lo mantenía enrollado y leyó satisfecho. Miró por un leve instante a su consejero y el conde duque afirmó con un gesto de su cabeza.

—Esto es lo que tanto habéis estado esperando —dijo mientras alargaba hacia Diego Velázquez el pergamino.

El pintor alargó su brazo y, sin saber muy bien qué estaba pasando, lo recibió desorientado.

Empezó a leer ansioso y sentimientos encontrados atenazaron su corazón. Allí, en aquel papel, estaba escrito aquello por lo que tanto había luchado desde que llegó a la corte de Madrid. Pero entonces, ¿por qué su alma estaba triste?

Por todo el mundo era conocido su afán por ingresar en una de las órdenes militares que tanto honor y posición aportaban.

Lo había intentado, incluso con Felipe IV como valedor. Pero la Orden de Santiago, sin embargo, se lo complicaba con normas y numerosas exigencias restrictivas. Llevaba ya años en un duro proceso, con un cúmulo de trámites administrativos.

La Orden de Santiago hacía mucho tiempo que había dejado de ser, el exclusivo coto para aquellos que luchaban o tenían méritos militares. Ahora era una organización de gran valía social que premiaba la hidalguía, la nobleza y, sobre todas las cosas, la limpieza de sangre.

Su especial relación con Samuel siempre había sido un escollo para superar este apartado.

Diego sabía que dos informantes se habían trasladado a ciudades fronterizas con Portugal y que habían indagado sobre la nobleza de abuela y abuelo paterno.

Había tenido que demostrar que no había cobrado dinero como pintor y, por supuesto, que no tenía tienda o taller en el sentido comercial.

Todas estas cuestiones estaban siendo difíciles de salvar.

Velázquez había pedido la gracia de su santidad Alejandro VII; sin embargo, el Consejo de las Órdenes escribió al santo padre para que este no intercediera y apoyara la concesión del hábito de Santiago.

Y ahora estaba allí.

El pergamino tenía el sello del Vaticano.

El nuevo papa Inocencio X le daba su reconocimiento y apoyo para el ingreso en la Orden Militar de Santiago.

Don Diego Velázquez sintió un nudo en el estómago. Había luchado mucho por conseguirlo, pero se sentía mal.

Sabía lo que significaba aquello.

La causa que le había llevado hasta la audiencia real estaba perdida.

Nada podía hacer por su amigo.

Suspiró y dejó caer el pergamino al suelo. Su victoria, paradójicamente, era la mayor de sus derrotas.

Sintió cómo el conde duque le agarraba por el brazo y le volvía hacia el rey. Este, con una sonrisa en el rostro, le abrazó.

—Enhorabuena. Recibiréis el hábito de Santiago esta tarde en el Convento de las religiosas de Corpus Christi.

—Os será impuesto por don Gaspar Juan Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, conde de Niebla y Medina Sidonia —el conde duque acarició despacio su frondoso y alargado bigote— y será padrino el marqués de Malpica.

Diego Velázquez maldijo aquel extraño día. Se sentía morir.

Quiso decir algo, levantando la vista hacia Felipe, pero no pudo.

Dos gruesas lágrimas rodaron por sus mejillas.

VIII

Lo reconoció enseguida. Allí estaba ante él, risueño y desafiante.

Se sabía vencedor.

Seguía igual de sucio. Recordó cómo no hacía mucho ambos se habían peleado en el mentidero de la villa. Sonrió reteniendo la imagen en su cabeza. Su viejo amigo don Diego le había salvado de recibir una buena paliza. ¡Precisamente por defenderle a él!

Una mueca se dibujó en el rostro del hombre al pasar junto a él.

—Te advertí de que lo pagarías, judío.

Los escasos y sucios dientes que bailaban en su boca se unieron en una mueca risueña.

—Repetid ante este tribunal la acusación que vertéis sobre este hombre —dijo el inquisidor de Madrid señalando a Samuel.

El enorme y sucio hombre se instaló en mitad de la sala y, mirando sin ningún tipo de tapujos hacia el judío, le señaló con el brazo extendido.

—Ese hombre que esta ahí, ese judío, explicó en una taberna de la calle Alcalá cómo estaba preparando todo para que por medio del emparejamiento entre nuestra infanta y ese inglés fuera España la que dejara la fe católica y renegara de la Iglesia.

Un murmullo se propagó por la sala. El silencio que vino después fue todavía más inquietante para Samuel. El inquisidor de Madrid no parecía tener prisa por acabar con aquella farsa.

—Y si escuchasteis tal blasfemia, ¿por qué no lo denunciasteis antes, como era vuestro deber?

—Porque es ahora —dijo con media sonrisa y mirando a Samuel— cuando entiendo la importancia de todo lo que escuché.

Fray Alberto se levantó de su asiento, hizo un gesto con la mano para que el testigo se retirara y se encaminó hacia el acusado. Le miró atentamente. Tenía buen aspecto y llevaba poco tiempo en la celda, solo su voluntad se podía haber mermado.

Rodeó a Samuel y le miró detenidamente, dejando que el tiempo jugara a su favor e hiciera mella en el judío.

—Habéis comentado que la primera vez que conocisteis al príncipe de Gales fue llegando a Madrid.

Samuel confirmó con un gesto afirmativo.

—Es cuanto menos extraño que el futuro rey de Inglaterra tenga de compañero de viaje a alguien como vos. —El inquisidor siguió dando vueltas alrededor del reo, hasta pararse frente a él—. Y luego él fue claro al pedir que vos le acompañarais a la fiesta de toros y cañas.

Nuevo gesto afirmativo.

—Y también la… llamemos reunión entre la infanta y el príncipe inglés se hizo con vuestra presencia en la casa, por petición expresa de su alteza don Carlos.

Samuel no contestó. El silencio se prolongó varios minutos.

—Y vos veníais de viaje cuando os encontrasteis a los ingleses a las puertas de Madrid. —El inquisidor se llevo la mano a la barbilla, en un claro gesto de estar pensando—. Hmmm… Es cuanto menos curioso que lleguéis juntos de viaje, y estando en Madrid, donde el príncipe de Gales posee numerosos compatriotas, insista en todas y cada una de las ocasiones en que seáis vos el que le acompañe a las citas que tiene con la infanta.

Miró a Samuel y vio serenidad. Era extraño, aquel judío tenía que ser consciente de lo que se estaba jugando, y sin embargo mantenía el gesto y la compostura. Fray Alberto advirtió cómo el judío hizo varias veces el gesto de llevarse la mano derecha al pecho, para volverla a bajar rápidamente en el último momento, dejando el gesto que fuera a hacer incompleto.

—¿Tenéis algo que decir a este tribunal de la Santa Inquisición?

—No… No serviría de nada —dijo Samuel negando con la cabeza.

—¿Cómo os declaráis?

Levanto el rostro y miró al inquisidor a los ojos.

—Inocente.

El inquisidor de Madrid movió negativamente su cabeza. Aquello se iba a enquistar, era obvio. Y eso era lo que nadie quería. Le habían recomendado rapidez y máxima diligencia.

—Es mi deber advertir al preso —empezó a decir mirando directamente a los ojos húmedos de Samuel— que el fiscal piensa presentar una acusación. —Se acercó lentamente al reo—. ¿Sois consciente de lo que significa? Sería juicioso por vuestra parte confesar antes de que fueran presentados los cargos.

Samuel levantó la cabeza y trago saliva. Jamás ni en sus peores sueños había imaginado que podía verse en tal situación.

—Sabed que este tribunal necesita de vuestra confesión, por lo tanto os lo volveré a repetir. —El sacerdote miró al reo—. ¿Cómo os declaráis?

—Inocente —repitió Samuel sin casi fuerza en la voz.

Fray Alberto asintió con la cabeza y, como otras muchas veces, se prepararía para lo que venía después.

—El reo será interrogado mañana por la mañana.

Se lo estaban llevando hacía la celda y Samuel necesitó reconfortar sus nervios.

Esta vez sí, no lo pudo reprimir, agarró con fuerza la llave que por dentro de su camisa colgaba de su cuello.

—¡Esperad! —gritó Fray Alberto.

El inquisidor de Madrid apartó la camisa de Samuel y vio el resplandor de la llave. La admiró cogiéndola entre sus dedos. Ahora sí, podía sentir por vez primera el miedo de aquel hombre.

Lo tenía reflejado en sus ojos.

—¡No, por favor!

—Esto no lo vais a necesitar.

Fray Alberto con un rápido gesto arrancó el amuleto de oro e indicó que se llevaran al acusado.

—¡No, por el amor de Dios! ¡Esa llave pertenece a mi hijo!

Los gritos del judío se escuchaban mientras le llevaban a las mazmorras.

Fray Alberto de Ávila, inquisidor de Madrid, se metió la llave en el bolsillo y salió de la sala.

IX

Podía oír la tormenta. El cielo parecía unirse a su desgracia y llevaba arrojando con fuerza toda el agua de la que era capaz sobre Madrid.

Samuel no era un hombre especialmente valiente y tenía miedo, más miedo del que jamás pensó que iba sentir.

Primero le habían tenido largo tiempo con los ojos tapados. Oía murmullos a su alrededor y cada sonido dejaba volar más alto su imaginación. Había escuchado gritos que le generaban pánico.

Estaban torturando a alguien, o así se lo hacían creer.

Luego le habían desnudado y, a pesar del calor húmedo de aquel lúgubre lugar, sentía un frío inhumano que le taladraba los huesos.

Hacía más de dos horas que le habían bajado a aquella oscura sala. Por fin alguien al que no pudo ver quitó el sucio trapo que impedía a sus asustados ojos reconocer el aterrador sitio. Tres grandes antorchas iluminaban escuetamente su amplitud y nada de lo que vio le ayudo a relajarse.

Seguramente su soledad en aquella húmeda y espantosa estancia estaba hecha adrede.

Estaba en la sala de tortura.

Un gran Cristo le miraba desde una enorme cruz de madera, el mismo Cristo que él amaba y respetaba, pues de su boca solo había escuchado

palabras de amor. Aquel Cristo había amado a todos los hombres, y sin embargo ahora los hombres mataban en su nombre.

La puerta de la inmensa sala se abrió y el inquisidor entró con varios hombres. No parecían reparar en él y él estaba muy cansado. Llevaba ya mucho tiempo sin dormir.

En uno de los tenebrosos rincones pudo distinguir el potro. Algo viscoso goteaba sobre él. Samuel relacionó los gritos que había escuchado con aquello, que sin duda era sangre.

El potro disponía de una banqueta con cuerdas donde atar las extremidades, y el verdugo apretaba dando vueltas a sus extremos.

—¡Soy inocente! —gritó.

Fray Alberto interrumpió la charla que mantenía con los tres hombres que estaban con él, le miró y con media sonrisa se acercó a Samuel.

—¿Cómo decís, hijo mío?

—Soy inocente, y vos lo sabéis. Ahorradme este mal trago por piedad.

—Y os proclamáis inocente.

—Sí.

—Bien —suspiró el cura—, estos tres hombres están aquí para trabajar. El secretario —dijo señalando a un pequeño cura regordete y mofletudo que sentado a la mesa de un escritorio parecía rezar— transcribirá mis preguntas y todas y cada una de vuestras respuestas. El médico —señaló al segundo de los presentes, de mediana estatura barbudo nervioso y algo incómodo— estará atento a que aguantéis sin riesgo para vuestra vida. A fin de cuentas es la purificación de vuestra alma lo que nos interesa.

Fray Alberto de Ávila hizo una pequeña pausa antes de ir al tercer y último de los hombres allí presentes. Era alto y fuerte. Su piel lucía a la luz de las antorchas y de su rostro Samuel solo pudo ver el brillo de sus ojos.

—Y este hombre es el verdugo. Él espera que le perdonéis, pues solo es la mano ejecutora de este santo tribunal.

Samuel notaba cómo todo su estómago se comprimía. Odió la calma de aquel cura, que con aquella pausa en sus gestos y una dulzura susurrante en su voz le volvía a inquirir:

—Podéis ahorrarnos a todos muchas molestias y congraciaros con Dios. ¿Reconocéis los hechos que dos testigos os imputan?

Samuel era un mar de dudas, el miedo no le dejaba pensar bien. Reconocer los delitos significaba una sentencia segura, pero no hacerlo le ponía en manos del verdugo.

—Soy un hombre trabajador, jamás hice mal a nadie. Trabajo en el taller del pintor de palacio don Diego Velázquez.

Fray Alberto juntó las palmas de sus manos y dirigió la mirada hacia el verdugo:

—Bien, procedamos. Ponedle en el potro.

—Señor inquisidor —rogó Samuel—, no sé muy bien qué esperan de mí. ¿Qué debo decir?

—Átenle los cordeles y garrotes.

Samuel fue tendido en el potro. Notaba la sangre cómo se pegaba a su cuerpo desnudo, sangre de alguien que como él había vivido aquel espanto.

—Cuente la verdad.

—Aquí tendido y mirando a los ojos de Dios os digo que ya dije la verdad.

Fray Alberto hizo un gesto al verdugo y este empezó a dar vuelta al garrote del brazo izquierdo.

—¡Ah, Dios mío! —grito Samuel.

—Cuéntenos lo que hizo.

—¡Dios mío. Dios mío! —gritó—. No lo recuerdo, juro que no lo recuerdo. Quítenme de aquí, seguro que hice lo que los testigos aseguran.

Fray Alberto rio. Miró al verdugo y este paró de dar vueltas al garrote.

—Bien, Samuel, ahora explica con detalle qué es lo que los testigos aseguraban.

El judío abrió mucho los ojos. La saliva le caía por la barbilla y una mueca de auténtico terror le deformaba todo el rostro.

—Señor, tenga piedad de mí, no lo sé seguro. Pero sí, hice todo aquello que ellos dicen. Suéltenme por piedad.

—Segunda vuelta.

El verdugo dio una vuelta al garrote, esta vez del muslo de la pierna derecha.

Los gritos de Samuel eran estridentes. Balbuceaba entre voces inconexas.

—Tercera vuelta.

Mientras el inquisidor, con voz dulce y calmada, requería a Samuel para que este hablara, el verdugo empezó a dar otra vuelta al garrote. El muslo era ya una masa de carne rota y sangre, y la tensión del fémur a medio estallar era insoportable.

Samuel parecía haber perdido la razón, pues nada de lo que salía por su boca tenía sentido.

—Oír misa, con la palabra de Dios. Yahvé, Dios del mundo, *zajor*. Toledoth.

Un jarro de agua en el rostro le devolvió a la realidad de aquella tortura. Miró con ojos desencajados y rojos de sangre al inquisidor, y solo tuvo fuerzas para una palabra:

—*Zajor*.

—Toca y agua —fue la respuesta del cura.

La toca o tortura del agua era la severidad del sufrimiento. Samuel fue atado sobre un bastidor boca abajo y, con grandes esfuerzos, fue obligado a abrir la boca. El verdugo metió un paño de lino hasta la garganta y espero a la señal del sacerdote.

—Solo depende de ti parar este suplicio.

Fray Alberto miró al verdugo y confirmó con la cabeza. Este empezó a verter agua lentamente de un jarro. Samuel empezó a tragar. Notaba la falta de aire, y cuanto más tragaba más oxígeno le faltaba.

Sencillamente era imposible respirar.

Se sentía morir, le explotaban los sentidos. Intentaba tragar la abundante agua, pero no era capaz.

Quería decirles que sí, que era un hereje, un asesino, todo lo que ellos dijeran, pero que necesitaba respirar.

En un momento dado, el verdugo taponó con otro paño mojado su nariz y los pulmones le estallaron en una agonía incontrolable.

Aquello era el final, se moría.

Todo era sensación de asfixia y su angustia aumentaba. No podía tragar pero tampoco respirar.

—¡Paren este sinsentido, por Dios!

Diego Velázquez entró acompañado de dos de los guardias que vigilaban la sala y extendió un pequeño pergamino al inquisidor, antes de lanzarse a quitar la toca de la boca de Samuel.

Atrajo hacia sí a su amigo, en un apretado abrazo. El judío había perdido el sentido y su rostro ya morado daba muestras del sufrimiento al que estaba siendo sometido.

—Bien, don Diego, por orden del conde duque usted llevará este interrogatorio, pero no olvide que este es un tribunal religioso.

Diego miró con ojos llenos de furia al inquisidor, antes de escupir su respuesta.

—Yo os daré lo que buscáis, pero no pondréis más la mano sobre este hombre —dijo mirando al verdugo, que tras mirar hacia Fray Alberto y ver

cómo este asentía, se retiro hacia el rincón.

—Don Diego, no debéis mirarme con asco. Soy un cirujano de hierro, la única forma de extirpar males sociales.

—Sois un carnicero.

—Sí, un carnicero necesario para liberar y purificar el alma de cada reo.

—¿Y para eso necesitáis romper huesos y carne?

—Aplicando el tormento doy al hereje de ponerse a bien con Dios. Yo solo soy el instrumento espiritual para aliviar la conciencia.

—¿Y quién alivia vuestra conciencia enferma? Este hombre no está condenado y sin embargo ya está recibiendo una pena durísima.

—Diego, don Diego, amigo, sacadme de aquí, os lo ruego.

El sevillano miró al inquisidor y al secretario. Ambos entendieron lo que el pintor pretendía y afirmaron con la cabeza.

—Samuel, no quiero que sufráis más…

—La llave… La tiene él —dijo señalando a Fray Alberto de Ávila.

—Yo me encargare de que descanse en el pecho de vuestro hijo, amigo mío, pero ahora necesito que me ayudéis.

El pintor tenía el rostro lleno de lágrimas. Su amigo, débil y cerrando los ojos, afirmó:

—¿Vuestro plan era juntar al príncipe y la infanta para alejar a esta de la Iglesia católica?

Samuel afirmo con gesto cansado y débil.

—Tiene que contestar.

Diego apretó a su amigo contra su pecho para que este no viera su mar de llanto, para luego hablarle al oído.

—¿Es verdad, Samuel?

—Sí.

Diego cerró los ojos. El corazón se le partía de dolor y rabia. Besó a su amigo en la frente y continuó.

—¿El objetivo final era que España abrazara la religión anglicana junto a Inglaterra?

—Sí.

Diego lloró, lloró desconsoladamente, sintiendo cómo su amigo perdía de nuevo la consciencia en sus brazos.

Lo levantó con cuidado y miró al médico: pudo apreciar en él un gesto de afinidad.

—Llevadlo a su celda y haced el mejor trabajo que podáis.

El médico, ayudado por el guardia, se llevó a Samuel para atenderle.

—Bien, imagino que era eso lo que buscabais —dijo mirando al sacerdote.

—Sí, nos damos por satisfechos —contestó.

Diego Velázquez se acercó a menos de un palmo del inquisidor, alargó la mano hacia él y dijo:

—Ahora, dádmela. La manutención de Samuel y su alojamiento ya han sido abonados por mí.

El sevillano mantuvo la mano abierta y mirando directamente al fraile. Este sonrió y, afirmando con la cabeza, sacó de uno de sus bolsillos la dorada llave.

La miró con curiosidad y tras unos segundos se la dio al pintor.

X

Madrid era un hervidero de gente. El público caía en el contraste inexplicable entre el comportamiento irreverente en la vida cotidiana y la intensidad en el autoceremonial.

Madrid estaba lleno. Había venido gente de todas las comarcas cercanas. Nadie quería perderse el espectáculo.

Se habían reunido presos de Galicia y de Andalucía.

Era festivo, así se había decidido. El aire festivo se notaba en la capital del reino. Era necesaria la máxima participación de gente. Se estimaban en más de treinta mil las personas que estarían al día siguiente. Era necesario que públicamente la infanta quedara fuera de toda duda, el inglés en ridículo y la Iglesia como amante madre que cuida de sus retoños.

Todos los altos cargos y por supuesto la aristocracia asistían al auto.

Un gran andamiaje se había preparado. La ocasión merecía una gran tribuna con su respectivo mobiliario y vasta decoración. La tribuna de más de cincuenta pies estaba solemne en la Plaza Mayor. Su altura era la misma del balcón en que había de sentarse el rey Felipe, el llamado balcón Casa de la Panadería, ya que originalmente este era el sitio desde donde se repartía el pan a los ciudadanos de la villa. A la derecha del balcón del rey se levantó un anfiteatro, al cual se ascendía por medio de cincuenta escalones, destinado al Consejo de la Inquisición y a otros consejos de España. Sobre estos escalones y bajo un dosel estaba el *rostrum* del gran inquisidor de Madrid. A la izquierda de la tribuna y del balcón se presentaba un segundo anfiteatro del mismo tamaño que el primero, para la comparecencia de los presos.

Pero lo que más admiraba la gente y más expectación producía eran las dos jaulas de hierro que en el centro de la plaza esperaban para recoger a los presos, ya condenados y sentenciados.

Pero todo había empezado la noche anterior.

Samuel pudo escuchar desde su celda el sonido del gran desfile. Una procesión de familiares y notarios de la Inquisición proclamaban el día siguiente como la gran ceremonia.

Era la famosa procesión de la Cruz Verde.

Los familiares de la Inquisición llevaban la cruz del Santo Oficio hasta el lugar donde tendría lugar la ceremonia.

Fue una larga noche, durante la cual el clamor de las oraciones llegaba hasta Samuel.

Al amanecer el replicar de las campanas y el sonido de la misa que empezaba terminó de despertar al reo.

Le llevaron un suculento desayuno. El olor de las gachas recién hechas, de forma inexplicable por el momento que le tocaba vivir, le abrió el apetito.

Sabía que era su última comida. Intentó saborear cada instante.

La puerta se abrió y un demacrado Diego Velázquez entró en la celda. Se abrazaron y estuvieron en silencio un buen rato. No había mucho que decir, simplemente la vida se reía de ellos a carcajadas.

El pintor cogió la mano de Samuel, extendió su palma, colocó la brillante llave y cerró los dedos del judío sobre ella.

—No, don Diego —dijo Samuel negando con la cabeza—. Esta llave ya no me pertenece, ahora debéis guardarla para mi joven hijo.

—Entiendo.

—Él sabe su historia, la ha escuchado desde que nació. Hará honor a su misión.

—Estad tranquilo, tanto doña Juana como yo cuidaremos bien de él.

El silencio apretó sus corazones. Su relación había sido extraña desde que se conocieron en aquel polvoriento camino. Pero ahora, años después y el devenir de la vida, se querían como hermanos.

—Quiero que estéis allí, don Diego, en un sitio visible donde pueda veros. No quiero que la última visión de este mundo, para mí, sea la cara de mi verdugo.

Se volvieron a abrazar. El nudo en la garganta impedía al pintor expresar todos los sentimientos encontrados que, como finas agujas, taladraban su corazón.

—Dios sabe que lo he intentado…

—Lo sé, amigo. No perdono a mis verdugos, pero entiendo que soy el peón prescindible para evitar una guerra.

El tiempo se acababa y ya esperaban en la puerta para iniciar la marcha. Diego volvió a abrazar a su amigo y, sin mirarle, sacó el último tema que le preocupaba.

—¿Vais a mostrar arrepentimiento?

Antes de prender la hoguera, el sentenciado tenía la oportunidad de mostrar su amor a Dios y la Iglesia. De esta forma se le daba muerte y el preso era quemado ya muerto.

Si no era así, se le quemaba vivo.

—Nos esperan —el jefe de la guardia y familiar de la Inquisición gritó desde fuera.

—¿Vais a mostrar arrepentimiento? —rogó más que preguntó Diego.

—Decidle a mi hijo Samuel que su padre murió como un hombre de fe, y que su último pensamiento fue para él y su honrosa misión —contestó el judío caminando cabizbajo hacia la puerta.

Diego vio salir a su amigo, camino del cadalso.

Aquel iba a ser un largo día.

No estaba seguro de poder resistir tanta injusticia y tanta pena.

XI

Eran las ocho de la mañana cuando empezó la procesión.

La encabezaban más de cincuenta frailes que cantaban salmos. Aquellos mismos frailes se habían pasado la noche oficiando misas para todos los asistentes.

Detrás de los frailes iba la Compañía de Carboneros, armados con picas y mosquetes, y portadores de la leña con que iban a ser quemados los criminales. Más atrás y con un canto solemne le seguían los dominicos, precedidos por una gran cruz blanca. Entre ellos el duque de Medinaceli, cabeza alta y orgulloso, llevando el estandarte de la Inquisición.

Después llegó la gran cruz cubierta con crespón negro. El silencio de la gente se hizo patente. No era una muestra de respeto, más bien de terror.

Cincuenta guardias vestían de negro y blanco, los colores de la Santa Inquisición. Eran mandados por el marqués de Povar.

Entraron en la Plaza Mayor de Madrid. El estandarte y la Cruz Verde fueron colocados en la tribuna, donde solo permanecieron los dominicos.

Los Carboneros se colocaron a la izquierda del balcón del rey y formaron los guardias a su derecha.

Hubo un pequeño instante de silencio. Luego poco a poco el griterío fue en aumento. Veinte hombres hicieron su entrada en la plaza. Llevaban imágenes de cartón de tamaño natural. Representaban a los condenados que habían muerto en prisión y cuyos huesos eran asimismo traídos en baúles, llenos de pintadas que representaban las llamas de la hoguera.

Tras ellos aparecieron ocho hombres y dos mujeres. Todos, a pesar del hiriente frío de la mañana madrileña, iban descalzos y casi desnudos. Llevaban cuerdas alrededor de sus cuellos y velas en sus manos. Pero lo más llamativo eran sus altas caperuzas de cartón, en las que venían escritos sus delitos.

Veinte delincuentes llevaban velas en sus manos también, pero estos vestían el sambenito amarillo, con una gran cruz roja de San Andrés delante y otra detrás. Estos, tras su arrepentimiento, iban a ser condenados a algunos años de cárcel, y la mayor de las desgracias que puede caer sobre una familia: llevar el sambenito durante años.

Pero la gente empezó a reír. Nada tenía sentido dentro de aquella solemnidad y el oscurantismo de aquel oficio, el pueblo quería su momento de chanza y diversión, y el rey puesto en pie se lo ofrecía.

Un famoso tabernero del centro de la villa había sido denunciado en numerosas veces su delito: aguar el vino.

Iba el desgraciado montado en un borrico. Entre las risas del pueblo de Madrid, llevaba colgado al cuello un pellejo de vino pequeño, para indicar que se le azotaba por tal causa. Iba resignado recibiendo azotes entre la algarabía general. También recibía su parte el dependiente, por ayudar en la tarea.

Detrás de esta «justicia» tan bien acogida por el publico, llegó uno de los momentos del día. Un cura de San Salvador no dio la absolución a una penitente, esgrimió este falta de arrepentimiento en su amancebamiento, y por lo tanto marchó del sitio sin atender sus ruegos de perdón. Al día siguiente el galán esperó al sacerdote a la salida de misa y, sin mediar ave maría purísima, le dio dos tajos que habían de llevar al cura al cementerio.

El amante desnudo y descalzo recibía ahora las pedradas de la gente antes de ser muerto por garrote.

Diego Velázquez odiaba aquel circo, no por lo que hoy representaba para él, siempre se había negado a representar aquel escarnio humano. Llevarlo a

un lienzo significaba para él revivir cada gesto, cada rostro, el dolor sin sentido que marcaba la capacidad humana para ser irracionalmente frío.

Y ahora estaba allí. La locura le tocaba de lleno y el dolor y la impotencia le maniataban el alma.

Su corazón latía con fuerza. Según pasaba el día peor se encontraba.

Sabía cuál era el número final.

No lo iba a soportar.

Tenía una posición de privilegio. Samuel solo tendría que levantar la cabeza para verle, pero él dudaba que pudiera aguantar hasta el final.

Esperaba que su amigo fuera racional en el último momento de su vida y se ahorrara el sufrimiento inútil de ser quemado vivo.

Hacía tiempo que la intensidad y la emoción del acto habían decaído. El rey se había marchado y la atención de la gente se dispersaba en diferentes cosas. Eran las primeras horas de la tarde. Se habían leído las sentencias y los diferentes delincuentes habían sido metidos en las jaulas para escarnio público.

Y de pronto todo pareció revivir de nuevo.

El rey volvió a aparecer entre el griterío de la gente. Los funcionarios del Consejo supremo de la Inquisición se levantaron con gran solemnidad. Todos se volvieron hacía el *rostrum* donde se debía sentar el gran Inquisidor. Este hizo su aparición. Vestía de púrpura y con rostro serio hizo un gesto hacia una de las puertas de la plaza.

Samuel entró en la plaza. Apenas podía caminar, una de sus piernas apenas podía arrastrarla como un guiñapo. El judío no tenía las fuerzas suficientes para mostrarse desafiante. Cabizbajo y portando el sambenito de tela con una gran caperuza, pintada con demonios y llamas, así hizo su aparición en el centro de la plaza, mientras el numeroso público congregado le insultaba y le lanzaba piedras y huevos.

Le habían amordazado la boca para impedir que Samuel pudiera dar su versión de todo lo acontecido o, por su puesto, proferir frases blasfemas. Dos familiares de la Inquisición le levantaban del suelo constantemente y un fraile dominico le hablaba conforme andaba. Le preparaba para la muerte.

Pasaron bajo el balcón del rey y dieron una vuelta a la tribuna para que todo el publico pudiera ver al reo, que había intentado mancillar el honor de la infanta y vender España al hereje.

Poco a poco fue reinando el silencio. El gran inquisidor de Madrid, tras saludar humilde al rey, se puso en pie.

—Este santo tribunal, tras estudiar los cargos y las declaraciones de los testigos, y todavía más importante —Fray Alberto miro las caras expectantes de la gente— el reconocimiento de culpa del propio acusado, declara que Samuel hijo de la casa de Leví intentó arrastrar a nuestro país a una guerra cierta contra el pueblo inglés.

El público empezó a gritar y a insultar al judío.

—Se valió de malas artes para intentar que la unión de la sangre real significara el repudio y el rechazo hacia la Iglesia católica y Cristo nuestro señor.

Los insultos y las burlas de la gente hicieron que el cura tuviera que parar su diatriba en varias ocasiones.

—Por todo ello, este tribunal te condena a morir en la hoguera.

Los gritos de júbilo llenaron la Plaza Mayor de Madrid.

Samuel, con las pocas fuerzas que le quedaban, había localizado a su amigo en la tribuna. Su memoria le llevó a los años que ambos habían estado juntos, el cariño hacia su hijo de Diego y Juana, y el amor que había vivido día a día.

Samuel hacía tiempo que ya no oía nada de lo que pasaba a su alrededor. Sus labios se movían al compás de una vieja canción de cuna que su esposa Ana cantaba.

Aquellos tristes días en los que perdió a su esposa se habían visto recompensados por el amor de la familia Velázquez.

—Ya voy, Ana. Ya voy, amor mío.

—Samuel, ¿reconoces a Jesucristo como Dios del universo?

Samuel, totalmente ajeno, susurraba una canción de cuna: «La pequeña jugaba en la arena viendo las olas pasar…».

—Samuel, ¿renuncias a Satanás y abrazas el amor de la Iglesia?

—«… y su madre cogiendo su pelo empezaba contenta a peinar».

El sacerdote miró hacía el *rostrum* y negó con la cabeza.

Samuel fue llevado hasta la pira y atado al largo poste de madera. El griterío y el furor de la gente era ensordecedor. Se dio orden ejecutoria para que por las cuatro partes del gran brasero se prendiese el fuego.

La leña y carbón que había en él prendió y empezó a arder por todas partes.

La llama subía con velocidad por todo el tablado.

Diego Velázquez se había marchado de la plaza. Necesitaba llegar a su casa, necesitaba abrazar al pequeño Samuel.

Las tablas y el vestido de Samuel ardían. Las ligaduras con las que estaba atado se habían quemado, por lo que cayeron por el escotillón al brasero central.

El cuerpo prendió en una gran llama y en poco tiempo se convirtió en cenizas.

XII

Había pasado casi un mes desde el auto de fe, un mes que el pintor llevaba enfermo y cada vez más demacrado, errando por palacio, los días que su esposa Juana le dejaba salir de casa. Todos aquellos con los que el pintor se cruzaba movían la cabeza en un gesto de compresión por su abatimiento. Había tenido altas fiebres y su envejecimiento era palpable en su rostro, en su forma de andar y sobre todo en la torpeza para encarar cada trabajo.

Durante un mes Diego Velázquez se había encerrado en su casa. Suspendió un nuevo viaje a Italia y pasó cada minuto junto a Juana y el pequeño Samuel. El heredero de la llave era la única preocupación terrenal del sevillano.

El príncipe inglés, antes de marcharse, le había hecho llegar la nada despreciable cifra de cien ducados por el cuadro que Diego había pintado de la infanta.

Un cuadro que él hubiera roto en mil pedazos.

Usaría aquel dinero en beneficio del joven Samuel. Internamente maldijo el lienzo. Ojalá la historia jamás recogiera la belleza y la maestría de sus trazos, pues para él ahora solo representaba un dolor difícil de sanar.

Aquella mañana había recibido aviso para presentarse en el despacho del conde duque de Olivares. Ahora, sentado ante él, recibía desconcertado un antiguo y demacrado pergamino.

—Me ha costado mucho conseguir esto, amigo mío, y espero que calme la sed de vuestra alma. El rey anda preocupado por vos, y yo también.

Diego desenrolló con sumo cuidado el papel. Al darse cuenta de lo que tenía entre sus manos, su corazón recobró sus latidos.

—Data de 1361 y está firmado en Toledo por el mismísimo rey don Pedro I.

Diego Velázquez leyó ansioso. Allí estaba todo: el permiso real para que los judíos pudieran construir sus sinagogas y, lo que más importaba al pintor,

el acta que declaraba a Samuel Ha Leví como dueño legítimo del edificio toledano.

Diego levantó la cabeza. Se le veía emocionado, algo que el conde duque no lograba entender muy bien.

—Sabéis, al igual que yo, que ese pergamino no os va a servir de mucho —dijo vaciando un vaso lleno de vino.

—Pero es voluntad de su majestad que esté en vuestro poder, como os prometió.

Velázquez suspiró y, con todo el cuidado del que fue capaz, guardó el pergamino entre sus ropajes.

—Dadle las gracias a su Majestad. Esto no me devolverá a mi amigo, pero sería importante para él, y estoy seguro de que lo será para su familia.

—Os repito, no sirve de mucho.

—Lo sé —dijo el pintor mientras se incorporaba con cierta dificultad—, pero estoy seguro de que tendrá su importancia en el futuro.

Judería de Gerona, 1430

El silencio era opresor en aquella calurosa noche de verano y solo era roto por el canto de alguna que otra cigarra. El call mantenía su misterio, ese halo de aventura que durante todo el tiempo habían alimentado los judíos de Gerona.

Llevaban tiempo ocupando fincas importantes de la ciudad, bien compradas u obtenidas de forma judicial, como pago a préstamos no devueltos.

El ambiente se estaba enrareciendo. Últimamente cada vez eran más frecuente actos vandálicos en el cementerio de Montjuïc o Monte de los Judíos, donde estos enterraban a sus difuntos.

Por la mañana habían tenido un altercado importante cuando, desde el campanario de la catedral y con la connivencia del clero, algunos feligreses habían apedreado el call.

De momento no estaban excesivamente preocupados. Los judíos eran propiedad jurídica del rey, pero el hombre que yacía moribundo les avisaba día a día para que se marcharan de la ciudad.

Samuel todavía mantenía vivo el recuerdo de aquel día de su *Bar Mitsva*. Su padre, orgulloso; su madre cercana y amorosa, y el rabí preparado para abrirle las puertas de una nueva vida. Entonces, aquel hombre al que ahora se

le escapaba la vida entró preocupado para informar a su padre y a toda la judería sevillana del principio de su fin.

Abecasis había estado junto a su padre hasta el final y durante todos esos años había sido el fiel guardián de su familia.

Ahora aquel imponente y fuerte guerrero se moría anciano rodeado de los suyos.

Le había cuidado como a su propio hijo y él le amaba como había amado a su padre. Su madre no había superado el dolor ni la pena del asesinato de Samuel en Sevilla. Tan solo un año sobrevivió a la pérdida de su marido.

Abecasis y el joven Samuel habían tenido que empezar de nuevo. Juntos habían conseguido un lugar de respeto entre la gente del call de Girona.

Ahora, treinta años después, su viejo y querido Abecasis estaba cansado de vivir. Su viaje había sido duro, muy duro, y largo.

Amó, odió, fue inmensamente feliz y la vida le golpeó duro.

Samuel hizo un gesto de asentimiento hacia el doctor y todo el mundo empezó a salir de la habitación.

Necesitaba estar a solas con su amigo y poder decirle todo lo que había significado para él.

Agarró aquellas manos que siempre se habían mantenido fuertes y tersas, las que tantas veces le habían abrazado. La debilidad de sus huesos y la blancura de su piel llena de machas rojas le recordó el vacío que pronto iba a sentir.

Sonrió cuando se dio cuenta de que los inteligentes ojos del anciano le observaban.

—Esta mañana me acordé de Sevilla.

La palidez del rostro de Abecasis hacía que los ojos hundidos del viejo judío mostraran una intensidad interrogante.

—He escuchado el discurso de Vicente Ferrer. Un sermón interesante pronunciado ante miles de personas reunidas en el convento de los Dominicos.

—¿Y dónde estabas tú, si puede saberse? —preguntó Abecasis con el mayor de los esfuerzos.

—Escondido tras una verja, escuchando la sarta de mentiras antijudías, sin poder rebatir nada.

—No podrás hacer nada. Prométeme que te marcharás de Gerona.

—¡Mira lo que le pasó a mi padre por no hacer nada en Sevilla!

Abecasis agarró a Samuel por el cuello de la camisola. De pronto el viejo había sacado su antigua fuerza y le miró severo.

—Tu padre arriesgó su vida por ti y la misión que ahora llevas colgada al cuello.

Samuel bajó la cabeza avergonzado, tocó la llave que colgaba de su cuello y dejó que el anciano se calmara entre toses.

—La locura y el odio de ese Vicente Ferrer la conocí en Sevilla. Entonces iba vestida de arcediano y se hacía llamar Ferrán Martínez.

—¡El asesino de mi padre!

—¿Recuerdas que más o menos a los diez años de establecernos en Gerona partí a un largo viaje?

—Sí.

—Estuve un largo año en Sevilla. El arcediano fue encarcelado, solo para volverlo a poner en libertad. Pero ya era como yo ahora —sonrió débilmente —. Viejo.

—¿Y que fue de él?

Abecasis recordó sus largas tardes de espera. La bruma del recuerdo le llevaba hasta las conversaciones con el padre portero del hospital de Santa María de Sevilla, donde el arcediano Ferrán Martínez estaba recluido. Se había ganado su amistad. Jarro de vino tras jarro de vino, el padre portero había confiado en Abecasis, hasta el día en el que pudo estar a solas con el anciano arcediano.

—¿Un poco de vino? —dijo para iniciar la conversación.

—Ven, hijo, siéntate junto a este viejo cura.

—El vino está fresco y la tarde es calurosa. Iré a por un par de jarras.

—Avisa al padre portero y que nos haga compañía antes del rosario.

Abecasis se acercó hasta la puerta y, como había previsto, el portero estaba dormido. Los polvos vertidos en su vino habían hecho su cometido. Cogió dos jarras y se acercó a la mesa. Vertió el caldo en ellas y dio una al antiguo arcediano de Écija.

—Brindemos —ambos levantaron las jarras— por el Dios de Abraham y el Dios de Jacob.

Abecasis se fue acercando y susurró las palabras todo lo cerca que pudo de Ferrán.

—¿Cómo? —empezó a protestar el arcediano.

—Por la Judería sevillana y todas las personas a las que mandaste asesinar.

Tiró del pelo lacio del cura, que todavía mantenía largo, y con la otra mano descargó con fuerza el cuchillo en el estómago.

—Augg —fue el sordo grito que intentó, pero Abecasis le tapó la boca con la mano, mientras subía el cuchillo hasta el pecho, desde el interior de su cuerpo, rompiendo todo lo que encontraba en él.

—Y esta última por mi amigo Samuel. —Ferrán Martínez abrió mucho los ojos al reconocer aquel nombre, pero ya el cuchillo había llegado hasta su corazón.



—Abecasis, Abecasis, viejo amigo, ¿qué fue de Ferrán Martínez? —preguntaba Samuel.

Pero el viejo Abecasis descansaba para siempre. Samuel cerró sus ojos abiertos mirando a la nada, pero no fue capaz de borrar aquella sonrisa.

Madrid, viernes, 6 de agosto de 1660

I

Últimamente se encontraba agotado. Su envejecimiento era palpable y la salud se le quebraba.

Diego Velázquez cayó enfermo.

Su doctor familiar le visitaba día y noche, pero nada le hacía reaccionar. Ante aquel panorama, el propio rey mandó a su médico de cámara, el doctor Pedro Chávarri.

El diagnóstico no presagiaba nada bueno. Todo el mundo estaba seriamente preocupado.

Durante unos días el rumor de la muerte del pintor corrió veloz por Madrid.

Sin embargo, Diego no pensaba dejar este mundo sin hablar con Samuel.

El pequeño y desorientado niño que él recogió era ya un hombre con todas las virtudes, que el sevillano había reconocido en su padre.

El viernes 6 de agosto de 1660 se presentó nublado y triste. Parecía presagiar lo que llevaría en su historia.

Diego Velázquez estaba preparado para recibir los Santos Sacramentos y testar su última voluntad.

Sin embargo, todavía tenía fuerzas para algo más. Tanto clero como notario de su majestad tuvieron que esperar a que el pintor hablara con su joven protegido. Cuando Samuel salió de la habitación, con los ojos llenos de lágrimas, Diego Velázquez relajó su alma y su cuerpo.

El pintor, el artista, el gran hombre, moría rodeado de familiares y amigos, entre grandes muestras de dolor.

Solo Samuel se encontraba en otra habitación, al otro extremo de la casa.

Fue velado toda la noche. Dado el reconocimiento de cariño que el pueblo de Madrid le presentaba, se alargó hasta la mañana siguiente.

Diego Velázquez no había tenido muchas oportunidades de vestir con la cruz roja cerca de su corazón, y tampoco parecía importarle mucho, algo que su mujer y Samuel comprendían muy bien; pero le vistieron como caballero que era de la orden militar: manto capitular con la insignia roja en el pecho,

su enorme sombrero, la espada que brillante colgaba de su cintura, grandes botas y lucidas espuelas.

El sábado fue introducido en el ataúd que él mismo había mandado construir. Samuel ayudó en esta tarea y cumplió paso a paso lo que su padre adoptivo le había pedido el día anterior.

—Escucha bien, hijo mío —hacía muchos años que le llamaba así—, te encargarás de meter los papeles en mi ataúd.

—Pero…

—No me interrumpas. —Le miró lleno de afecto—. No tengo fuerzas ni tiempo. A mi muerte no me fío de nada. El rey se puede arrepentir de haberte dado ese pergamino que, aunque no valga de mucho, compromete a la corona.

—No penséis en eso ahora —quiso animarle Samuel.

—Además —prosiguió el pintor—, no corres el riesgo de que se rompan o se extravíen. He mandado hacer una cerradura exacta a la llave que tienes en el pecho. Cuando el ataúd se cierre sobre mí, solo esa llave lo podrá abrir. —El cansancio remarcaba las grandes ojeras en el demacrado rostro del maestro—. Ahora sal, aprovecha el momento, ve a la caja e introduce los papeles en el interior del terciopelo.

Era un autómata. Sin levantar la cabeza y ni tan siquiera mirar a Juana, recorrió la casa hasta donde el ataúd le esperaba.

Se agachó y encontró la cerradura. Pasó despacio la yema de los dedos por sus contornos y leyó: «*Zajor*».

Sacó la llave que orgullosa colgaba en su cuello y probó en abrir la cerradura.

Escuchó el clic y la traba que representaba aquel cerrojo quedó resuelta. El ataúd se había abierto.

Levantó la tapa y miró en el terciopelo negro del interior. Tuvo que recorrer varias veces la superficie y los pasamanos de oro hasta encontrar un bolsillo casi imperceptible en uno de los frontales.

Sacó el viejo pergamino y lo introdujo.

Cerró el ataúd, sintiendo el frío recorrer todo su cuerpo. Justo en ese momento llegaron hasta él los llantos y el profundo y ahogado gemido de doña Juana.

Parecía que Diego Velázquez había esperado a que cerrara su caja mortuoria para presentarse ante Dios.

II

Le llevaron hasta la parroquia de San Juan Bautista. El respeto por las calles de Madrid era digno de jefe de Estado. En la iglesia le esperaban los caballeros, los ayudas de cámara de su majestad. Recogieron la caja y la portaron hasta el túmulo.

Samuel, en un discreto segundo plano, no perdía ojo de doña Juana, que a duras penas se mantenía en pie.

Llegaron a la capilla mayor y dejaron descansar el cuerpo.

A ambos lados habían colocado luces y blandones de plata y poco a poco el silencio reinó en la iglesia.

Samuel aprovechó el momento para abrazar por la espalda a la única madre que había conocido. La besó tiernamente y con palabras entrecortadas y ahogadas por el dolor le susurró:

—Adiós, madre.

La dulzura y el compás de la capilla real marcó el inicio del oficio.

Samuel descargó con la oración que su padre le había enseñado hacía mucho tiempo el amor que sentía por la madre que dejaba y el padre que perdía:

«El padre piadoso tenga compasión de la nación que él sostiene y recuerde el pacto de los rectos de espíritu. Que cumpla nuestros deseos. La salvación y la compasión para el bien de los que se van».

Dejó que la última lágrima recorriera su camino. Miró por última vez el ataúd de un hombre bueno, y abrazó y besó a Juana.

La belleza melódica de los instrumentos le taladró el espíritu. Se sintió vacío cuando cerró la gran puerta de madera de la iglesia.

Aquel país ya no le traicionaría más.

Llevaba Sefarad en la sangre y en su alma, pero llegaba el final.

No miraría hacía atrás, había tomado una decisión: emprendía camino hacia la comunidad judía del este de Europa.

SEGUNDA PARTE

Aeródromo de Tangmere, Sussex, Inglaterra, 28 de diciembre de 1941.

El Halifax esperaba con los motores encendidos. La tripulación estaba nerviosa, se palpaba en el frío ambiente. Era el final a una elaborada y pensada misión. Más de seis meses de preparación.

Gabcik y Kubis estaban orgullosos de poder ayudar, y aún mucho más de haber sido los elegidos, pero ahora, cuando subían por las escalerillas del avión, sabían que era más que probable que no sobrevivieran a la misión.

El Halifax rugía mientras rompía el silencio del oscuro cielo. Habían cruzado el canal de la Mancha y la Francia ocupada.

Sin embargo, lo peor estaba por llegar: debían cruzar Alemania.

Y pronto empezó el baile.

Las baterías antiaéreas alemanas sonaron cercanas. Se miraron y ninguno de los dos dijo nada, esperaban poder tener la oportunidad de llevar a cabo su difícil misión.

El avión se movía nervioso, parecía detenerse y volver a arrancar entre el rugido del fuego antiaéreo. La tripulación trabajaba rápido y no les prestaba atención. Permanecían sentados en el asiento duro de aquel aparato, rogando a Dios que les diera la opción de saltar.

—Ahora sí que estamos jodidos —escucharon al capitán—. Tenemos compañía.

La Luftwaffe se unía a la fiesta.

El Halifax hizo un viraje y empezó a descender.

Caían a una velocidad que parecía incontrolable. Gabcik y Kubis se juntaron todo lo que pudieron al final del avión. Se habían colocado en posición fetal, tal y como les habían indicado antes de despegar.

Oían las explosiones al otro lado de la fina plancha de metal y cómo las balas empezaban a perforar parte del fuselaje.

De pronto el Halifax se estabilizó, ya no caían.

Alguien de la tripulación abrió la gran puerta y la negrura de la noche se les presentó como las fauces de un lobo.

—Bohemia y Moravia, preparados para saltar en diez.

Era todo lo que necesitaban escuchar. Se dieron la mano mirándose a los ojos y rápidamente se colocaron en situación. Ambos miraron abajo. Eran hombres valientes, pero la historia les esperaba para dirigir el final de aquella locura.

La caída del avión les había colocado a escasos doscientos metros del suelo.

Podían ver la nieve sobre el escarpado terreno.

Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada. La hora era la correcta, pero nada del terreno era lo que esperaban. Según el plan debían aterrizar en el pueblo de Pilsen.

Ninguna luz les iluminaba. No veían ningún pueblo, todo era oscuridad, pero tenían que saltar.

Se miraron deseándose suerte y los dos pensando lo mismo con cierta preocupación.

Las direcciones de contacto no servirían para nada.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, enero de 1942

Theresienstadt ¡Cuánto odiaban aquel nombre! Pero se tenían que acostumbrar a él. Los alemanes habían decidido llamar Theresienstadt al pequeño pueblo de Terezín.

El 24 de noviembre de 1941 se había convertido en gueto.

Notables de toda Alemania, Dinamarca y, cómo no, Checoslovaquia se concentraban allí. Bohemia y Moravia se quedaba huérfana de artistas. El Gobierno nazi decidía concentrarlos a todos en aquel lugar.

El día se había presentado lluvioso y la humedad calaba los huesos. Samuel paseaba con un enorme gorro que cubría su escaso pelo. Llegó hasta la pequeña fortaleza que la Gestapo había convertido en su nueva «casa». Aquel campo de concentración llevaba más de dos meses siendo su desvelo y su preocupación.

Subió el cuello de su fino abrigo en un intento de paliar el frío que con rotundidad llegaba desde el norte.

Pero era atravesar aquella puerta lo que en verdad helaba su cuerpo.

Aunque lo intentaba, era incapaz de dejar de mirar aquel descampado que a la entrada de la fortaleza indicaba lo que allí vivían. Lo que debería ser un campo lleno de tumbas, era un desolado espacio abierto por el que nadie quería pasar. Ahora, después de un mes de diciembre lluvioso, su color era verde. La naturaleza seguía su curso dejando a los hombres a un lado.

Como cada mañana, Samuel cruzó el arco y de reojo leyó el letrero: *Arbeit macht frei* (El trabajo os hace libres). Era el mismo que le habían dicho presidía el campo de Auschwitz.

Samuel había nacido en Viena en 1905. Su familia era ortodoxa y de origen sefardí. Su erudición y su inteligencia le habían valido para convertirse en 1931 en el gran rabino de Viena. Sin embargo, todo se estaba complicando. Formando parte del Consejo de Ancianos, el interlocutor de Samuel era Adolf Eichmann.

El nazi esperaba de Samuel sumisión, orden y colaboración.

Entre otras cosas Samuel tenía el «honor» de seleccionar las víctimas que, usando Terezín como puente, partían hacia Auschwitz.

La negociación con los nazis obviamente no era más que aparente. El rabino Samuel Murmelstein, como máximo representante del consejo, solo podía llevar a cabo las exigencias de los alemanes.

Samuel se quitó el gorro y entró. El guardia de la entrada, como siempre, le miró con desprecio y obvió su presencia mientras centraba su atención en unos papeles. Transcurrieron unos minutos y la puerta del pequeño despacho se abrió. El soldado se puso en pie y con un gesto de la cabeza indicó al judío que le siguiera.

El coronel de las SS Siegfried Seidl estaba sentado detrás de su escritorio y fumaba un fino y elegante cigarrillo.

Samuel ya se había acostumbrado al coronel. Su apariencia era amable y caballerosa, pero sus arranques de furia y malhumor eran peligrosos y siempre costaban vidas.

—Siéntate, Samuel —dijo el coronel mientras el soldado salía y cerraba la puerta.

—¿En qué puedo serviros, mi coronel?

El coronel de las SS sacó la pitillera y la alargó hacia Samuel. El judío cogió uno de los cigarrillos y lo encendió con el fuego que el alemán le ofrecía.

El coronel Siegfried dio una profunda calada y dejó escapar el humo poco a poco, saboreando despacio el placer que le proporcionaba el tabaco, mientras con los ojos casi cerrados observaba al judío.

—Tengo dos misiones para ti.

Samuel esperó. Como el nazi no decía nada más, decidió preguntar:

—¿Alguna orden de importancia?

—Las dos son igual de importantes y vitales para Alemania… y por lo tanto para ti.

Samuel no había llegado hasta el cargo que ahora ocupaba siendo un ingenuo, por lo tanto sabía leer entre líneas. Esperó a que el coronel siguiera hablando.

—El Führer quiere convertir Terezín en un campo modelo. Dentro de poco se rodará una película.

—¿Una película?

El coronel se levantó y fue hasta la sencilla ventana que daba al patio de la pequeña fortaleza.

—Sí, una película, así como la visita de la Cruz Roja. Necesito de la total colaboración de todo el mundo. —El coronel seguía mirando hacia fuera con los brazos a la espalda.

—Por supuesto, mi coronel.

Siegfried Seidl volvió a sentarse y encendió otro cigarrillo. Miró con semblante serio a Samuel y esperó otra vez a saborear el tabaco.

El presidente del Consejo de Ancianos llevaba el tiempo suficiente allí como para saber que lo peor estaba a punto de explotarle en la cara.

—El pasado mes de diciembre un avión sobrevoló el espacio aéreo alemán. El aparato era británico. —El coronel se sirvió en una enorme copa de balón una generosa cantidad de coñac—. Al menos dos personas saltaron en paracaídas sobre el territorio de Moravia.

Samuel escuchaba atentamente. No entendía nada, pero no osó interrumpir al coronel. ¿Qué tenía que ver el gueto de Terezín con aquello?

—Todo el territorio de Moravia está en alerta. Se cree que se prepara un atentado contra los intereses alemanes.

—No sé muy bien cómo desde el Consejo de Ancianos podemos ayudar, mi coronel.

—En este campo hay artistas de todo tipo, y por supuesto gente implicada en la resistencia checa. Aprovecha la decoración del campo y la preparación de la película para descubrir todo lo que puedas. —El coronel dio un suave trago al coñac—. Adolf Eichmann necesita información, yo necesito información.

Samuel salió al helado ambiente de la tarde, se palpó el pecho y notó el frío del oro de la llave. Aquella llave le unía al pasado de su raza.

Y aquel pasado era Toledoth, en Sefarad.

Había escuchado la historia infinidad de veces en boca de su padre y de su abuelo. La misión de la familia era volver a casa, a las raíces, y aquella llave que ahora colgaba de su cuello era la guía.

Pero ahora todo era confuso.

Hacía tiempo que su corazón era un trozo de hielo. Le guiaba una luz: sobrevivir. Y para conseguirlo un solo camino era posible, como llevaba haciendo meses…

Ayudaría a los alemanes.

Pueblo de Nehvizdy, 30 kilómetros al este de Praga

I

Jan Kubis había sido *boy scout* en su juventud más temprana, pero jamás pensó que todo aquello que sus monitores le enseñaron sobre supervivencia tendría tanto valor en aquellos momentos de dificultad.

Gabcik se había dañado el tobillo durante el aterrizaje y apenas podía caminar. Ayudar a su compañero y transportar todo el equipaje estaba siendo muy complicado.

Y sospechaba con toda certeza de que su llegada no había pasado desapercibida.

Los motores del Halifax al coger altura, después de que ellos saltaran al vacío, habían rugido con fuerza y sin duda despertarían a medio pueblo.

La Gestapo encontraría su rastro y a partir de ese momento el tiempo de actuación corría en su contra.

—Agarra fuerte mi abrigo, Jozef.

Jan miró la cara de dolor de Gabcik e intentó parecer fuerte y decidido. Sin embargo el miedo empezaba a embotar todos sus sentidos.

—Preparemos las armas primero, podemos tener visita.

Jan sonrió a Jozef. La seguridad de su compañero y el dominio de la situación desterraba sus dudas.

Armaron y prepararon metralletas y pistolas. Jozef abrió su mochila y comprobó el material explosivo que portaba: estaba en buen estado y sin problema aparente.

—Jan, debes enterrar los paracaídas.

—Lo sé. No te preocupes, yo me encargo.

Jan avanzó hacia una especie de arboleda. Caminaba con cierta dificultad. Los dos paracaídas eran grandes y pesados, se enredaban continuamente con ramas y piedras del suelo… y el sol empezaba a despuntar por el horizonte.

No tenía nada lo suficientemente resistente para excavar en la fría y dura tierra. Tomó la decisión más sencilla y rápida: empezó a recoger la abundante nieve que tenía a su alrededor y con ella empezó a cubrir los paracaídas. Para

cuando la nieve se derritiera en aquel páramo, en pleno invierno, ellos ya estarían en lugar seguro o con su misión cumplida.

II

Siempre había tenido el sueño ligero, y desde que la guerra acaparaba su mundo, con más motivo.

Escuchó perfectamente el ruido del avión y dio un respingo mientras saltaba alarmado de la cama. Estaba lo suficientemente preparado como para saber que el aparato era un pesado bombardero.

Era genético. Como toda su familia tenía buena vista, y en la opaca luz de la noche, pudo distinguir cómo dos bultos caían del avión.

Sin duda eran paracaidistas.

Y no podían ser alemanes.

Se vistió de prisa con su chaqueta y pantalón de pana marrones, fue hasta el armario y cogió la escopeta. Comprobó que estaba cargada y metió en su bolsillo la suficiente munición que creía poder necesitar.

Antes de salir de la casa agarró el sombrero que le distinguía como el guardabosques oficial local y limpió las insignias que así lo decían, la checa y la alemana.

Aquel bosque y aquel monte eran su segunda casa. Conocía cada rincón y cada árbol. Había nacido allí y nunca había salido de aquella comarca.

El pueblo estaba muy cerca, sin embargo nada parecía romper el silencio de la noche.

Brelav Bauma decidió investigar y se adentró en la arboleda. Caminaba despacio escuchando cada ruido. Nada le era desconocido y todo le parecía normal.

De pronto se detuvo. Un surco reciente sobre la nieve llamó su atención. Había pasado por allí no hacía mucho tiempo y no estaba.

Se agachó y lo distinguió.

Alguien había arrastrado algo pesado sobre la nieve. El camino que se había formado era perfectamente visible y una pequeña loma de nieve marcaba el final.

Brelav dejó la escopeta en el suelo y con la mano desnuda empezó a excavar. No necesitó mucho tiempo, la tela de los dos paracaídas quedaron al descubierto.

Aquello confirmaba lo que él ya suponía. Ahora desvió su atención a la marca de pisadas que se alejaban de allí.

—¡Uhmm, dos paracaídas! Sin embargo, solo hay pisadas de una persona —pensó.

Para Brelav aquello solo podía significar una cosa: uno de los dos paracaidistas estaba herido. «Encontrarán refugio en la cantera».

III

Jan Kubis había roto en pedazos un trapo grande que había encontrado dentro de aquella vieja cantera mientras la revisaba. Necesitaba vendar el tobillo de Jozef Gabcik, porque al ritmo que se desplazaban serían una presa fácil para la Gestapo.

Jozef arrugó la cara en un gesto de dolor.

—Lo siento, amigo, pero es necesario que apriete bien.

—No te preocupes. Mi torpeza nos está poniendo en apuros, lo siento.

—No seas tonto, es un accidente. Dentro de unas horas estarás mejor y podremos seguir.

Gabcik miró a su compañero con detenimiento mientras le curaba y le vendaba el pie. Era más joven que él. Tenía veintinueve años pero la cara de un niño travieso, y había nacido en Moravia. Le había contado que tras la ocupación nazi de su país había conseguido escapar a Gran Bretaña y no había dudado ni un segundo en unirse a las fuerzas checas en el exilio.

Desde el principio habían simpatizado. Él era eslovaco y sargento, pero la última gran alegría que recordaba era cuando le confirmaron en Londres, que su compañero en aquella difícil misión sería el checo con cara de niño.

—Sabes que como nos cojan nos fusilarán por espías, ¿verdad?

—Lo único que sé es que eres un eslovaco cenizo. Cállate de una vez.

Jozef sonrió y siguió mirando el mapa. Necesitaban saber cuanto antes dónde estaban y a cuantos kilómetros se encontraba Praga.

Les estaban esperando, y desde que habían saltado del Halifax el tiempo corría deprisa.

—Esto ya está.

—Gracias, compañero.

—Creo que es mejor que permanezcamos aquí todo el día. —Un rayo de luz entraba fuerte y joven a través de las rocas.

—Sí, supongo que tienes razón. Usaremos la noche para movernos.

Jan se volvió mientras acomodaba su cabeza con la mochila a modo de almohada. Todo le había venido muy deprisa. Sin darse casi cuenta se encontraba embarcado en aquella difícil misión.

—Jozef —susurró.

—Sí.

—Dentro de tres días será año nuevo. —Jan calló mientras pensaba.

—Lo sé, amigo. Te hubiera gustado despedirte de tu familia.

—Puede que de eso estemos a tiempo todavía.

Jan y Jozef se incorporaron asustados, mientras miraban en dirección de donde habían venido aquellas palabras. La creciente luz del sol no les dejaba ver bien, pero no había duda de una cosa: ya no estaban solos, y su misión corría grave peligro.

Un hombre les apuntaba con una escopeta.

—Todo depende de que la respuesta que deis a una pregunta sea la correcta —dijo mientras se acercaba más a ellos, cargaba el arma y apuntaba a sus cabezas.

Berlín, Cancillería del Reich, 30 de marzo de 1941

Su ascenso había sido rápido y meteórico. Su jerarquía dentro de las SS era incontestable, sus importantes reveses los había superado con entereza y mano dura.

Ahora su credibilidad a ojos de Hitler era total.

Había creado las Einstzgruppen y las tropelías cometidas en Polonia habían tensado hasta lo inaguantable sus relaciones con la Wehrmacht.

Lo que allí se discutía era el papel que cada uno de ellos tendría en la ocupación de la Europa oriental.

En la parte occidental no había tenido ninguna relevancia.

Heydrich había propuesto ambiciosos planes de asentamiento y solución territorial a la cuestión judía, pero no habían tenido éxito.

Ahora la cosa cambiaba radicalmente.

La decisión del Führer de atacar a la Unión Soviética le daba una nueva oportunidad.

—Los planes de confrontación han tomado cuerpo. —El hombre más importante de Alemania caminaba nervioso, mirando el brillante suelo mientras se desplazaba por la habitación. Todos sabían de esa peculiar manía,

y sabían el significado también: estaba nervioso porque algo importante iba a ocurrir.

—Empezaremos una guerra de destrucción contra los bolcheviques.

Reinhard Heydrich terminó su copa despacio, saboreando el momento, su momento.

Hitler había reunido en aquella nueva cancillería a los comandantes supremos de las fuerzas armadas.

—Un combate a muerte —continuó el Führer— entre dos formas de ver el mundo.

—Dos mundos irreconciliables —subrayó Heydrich.

Hitler detuvo su nervioso caminar y miró de lado al Obergruppenführer de las SS. El silencio se prolongó durante un instante que pareció eterno.

—Una guerra en la que no habrá espacio ni lugar para las trasnochadas ideas de la caballerosidad. —Heydrich había roto el silencio poniéndose en pie y mirando a los comandantes de la Wehrmacht.

Todos se miraron entre sí y luego, como si de una coreografía se tratara, a Hitler. Este, sin dejar de mirar al jefe de las SS, asintió con la cabeza.

—Todos los partidarios de la causa bolchevique deberán ser liquidados al instante —prosiguió Hitler.

—Todos sin excepción, incluidos miembros de la policía secreta y, por supuesto, los comisarios políticos.

Reinhard Heydrich empezó a dibujar una amplia sonrisa en su rostro. Sabía lo que venía a continuación y se preparó para saborear el dulce momento.

El Führer se volvió con movimientos nerviosos al lugar donde sentados escuchaban todos los comandantes del ejército alemán.

—A diferencia de cómo actuamos en la Europa occidental, ahora sí se le concederán en mi nombre al jefe de la Oficina Central de Seguridad del Reich, el teniente general Heydrich, responsabilidades especiales en la retaguardia del ejército.

—¿Hemos de suponer, señor, que las SS actuarán de forma independiente y bajo la responsabilidad del teniente general Heydrich?

—Sí.

Los allí reunidos se miraron y asintieron, era lo mejor para todos. De esta manera la cúpula del ejército se mantenía a distancia de los asesinatos en masa. Los comandantes estaban convencidos de que se producirían, y de forma más agresiva e inhumana de lo que había sucedido en Polonia.



Y de esta forma había empezado todo. El plan concebido en la cabeza de Heydrich cogía cuerpo y avanzaba de forma inexorable hasta el exterminio de toda raza inferior.

El funesto 22 de junio, el ejército más inmenso que ser humano había concebido se adentró en la basta Unión Soviética.

La Einsatzgruppen de Heydrich marchó tras los ejércitos. Pero el jefe supremo y con mayor poder en la SS quedó consternado y muy enfadado con el primero de los informes que le llegó el primer día de ocupación germánica: solo se había liquidado a noventa y seis judíos.

El ataque alemán contra la URSS marcó el final del periodo de estancamiento ideológico y de ambiciones personales. Tras la Operación Barbarroja a Heydrich se le presentaba potencialmente la estrategia que daría rienda suelta a sus anhelos más recónditos.

Praga

Entrenaba duro cada día. Amaba la esgrima y la adrenalina de la competición le llevaba al mayor de los éxtasis. Llevaba una hora con sus ejercicios y el sudor ya empapaba su camisa. Quería llegar lo mejor posible al Campeonato Nacional Alemán de Esgrima. La última vez había quedado quinto y aquel no era un buen resultado para él.

La puerta del gran salón se abrió de golpe y su fiel chófer, Johannes, entró.

Esperó a que su jefe se diera por enterado. Sabía que no era bueno interrumpirle en sus ejercicios diarios, por muy importante que fuera la información.

Reinhard Heydrich cogió una pequeña toalla y empezó a secar su sudorosa y acalorada cabeza. Se sirvió un vaso de agua y lo vació de un solo y prolongado trago.

—¿Y bien?

—Mi general, el ayudante de Himmler esta aquí.

—¿Karl Wolff?

—Sí, mi general.

—Hmm… Algo importante debe ser para que Himmler me mande a su mano derecha. Que pase.

Karl Wolff era de un rubio casi platino. Su cuerpo era fibroso y su porte militar se agrandaba con aquel uniforme impoluto, que siempre llevaba. Las insignias de las SS parecían brillar de forma diferente en su chaqueta.

Se estrecharon las manos y el segundo de Himmler se acomodó en uno de los sofás, mientras Heydrich servía dos copas de vino.

—Seguimos ansiosos por no defraudar a nuestro Führer. Su mensaje era inequívoco: buscamos el Jardín del Edén alemán.

Chocaron las copas y bebieron el vino.

—Sí —contestó Heydrich—, no hay espacio para comunistas, judíos, homosexuales y otros indeseables.

—Siguiendo esas directrices, mi gente de la Gestapo detuvo a un músico sospechoso hace unos días.

—¿Un músico? —preguntó extrañado.

—Eso era lo que pretendía ser.

—Entiendo.

—Durante una patrulla rutinaria en la estación de ferrocarril de Varsovia. —Karl le dio un pequeño sorbo a su copa de vino.

—Se esta poniendo interesante. Por favor, continúa.

—Todos sus papeles estaban en orden y hasta demostró ser un músico alemán de viaje a Praga.

—¿Entonces?

—Mi gente sospechó al ver que la maleta era nueva y su tamaño algo excesivo. Todo ello despertó nuestras sospechas.

—Tienes a tus hombres de la Gestapo bien preparados.

—En un compartimento escondido. Los agentes no tardaron en encontrar un arma de francotirador con miras telescópicas y silenciador.

—¡¡Bravo!! —exclamó el comandante levantando su copa.

—Hemos estado varios días de interrogatorio.

—Ya… Imagino.

—Al sexto día, el comunista se ha derrumbado y ha confesado.

Karl se levantó y volvió a llenar su copa ya medio vacía e hizo lo mismo con la de Heydrich.

—Se declara agente ruso enviado por Moscú para perpetrar un asesinato.

Volvieron a chocar las copas y a beber un largo trago.

—¿Y a quién debía matar el bolchevique?

Karl Wolff dejó la copa sobre la mesa y se puso en pie. Se arregló como de costumbre el traje hasta que creyó que ninguna arruga mancillaba la tela. Se colocó la gorra en su plateada cabeza, hasta asegurar que la visera estaba recta y perfecta. Y entonces proyectó en su faz la mayor de las sonrisas.

—Es un regalo de Himmler y mío para ti, mi general.

A la señal de Karl, el chófer de Heydrich, Johannes, abrió la puerta y dos soldados introdujeron el despojo de lo que hasta hacía poco, seguramente, había sido un ser humano.

Lo dejaron en el centro de la enorme sala y con las manos atadas a su espalda, a duras penas, se tenía en pie.

Heydrich miró el espectáculo incrédulo y divertido.

Se levantó y se aproximó mientras encendía un pequeño cigarro.

—El objetivo de este comunista eras tú, mi Obergruppenführer.

Heydrich era un hombre alto y musculado. El ejercicio diario le daba vida y el buen estado de forma era motivo de orgullo para él.

La inmensa figura del teniente general de las SS se agrandó ante el despojo que parecía el ruso.

Heydrich rodeó al preso y le observó con detenimiento. Era un hombre fornido, y según Karl, había soportado seis días el interrogatorio de la Gestapo.

¡Y él sabía de su brutalidad!

Sin duda alguna era un soldado bien entrenado, que había apostado fuerte y había perdido.

Entre la hinchazón del rostro pudo distinguir dos inteligentes ojos que le observaban con miedo.

Heydrich apagó el cigarro y se despojó de la camisa. Fue hacia el armario donde guardaba todas sus prendas de esgrima y empezó a rebuscar.

—¿Florete, sable o espada?

El alemán agarró su saca de armas y la depositó sobre un pequeño banco. La saca era negra, tipo guitarra, y con la cruz gamada en el centro.

—Bien, creo que deberé elegir yo.

Abrió la bolsa y sacó un florete. Era su arma favorita, el florete ordinario con la empuñadura italiana y esa elasticidad que le daba a todos sus golpes.

Cogió una careta negra, unos guantes negros de gran grosor antiimpactos y empezó a colocarse el protector blanco integral para el pecho. Era una coraza de plástico elástico que le mantenía seguro de cualquier fallo.

Agarró otro florete y lo lanzó a los pies del soldado ruso.

Este le miró sorprendido, mientras le desataban las manos.

El alemán avanzó hacia él con la careta y los guantes puestos, y el protector para el pecho bien sujeto.

—¿Piensas que no es justo? Yo estoy protegido y tú no.

El jefe de las SS empezó a dar golpes al aire como calentamiento.

—¿Acaso tendría yo protección ante tu arma telescópica?

Se puso en guardia esperando que el reo recogiera el florete del suelo.

—Yo te daré a ti la oportunidad de defenderte. Recoge el arma del suelo. —Miró al ruso a los ojos—. Si no lo haces te insertaré como a un cerdo.

El ruso se agachó con dolor y recogió el arma. Tenía varios huesos rotos, pero moriría luchando.

—Bien, te daré diez lecciones de esgrima antes de matarte. —Heydrich se puso en guardia—. Es una lástima, porque allí donde vais los bolcheviques muertos de nada te va a servir.

Heydrich anduvo alrededor del ruso mientras hablaba.

—La esgrima es mezcla de atletismo, manejo de la espada y táctica. Combinando movimientos podrás ganar a tu adversario. —Pasó la mano enguantada por el filo del florete y sonrió satisfecho.

—Numero uno, la embestida: extiendo el pie derecho sin perder el equilibrio todo lo lejos que pueda, a la vez hago lo mismo con mi mano en la espada y conecto haciendo un corte.

Diciendo esto Heydrich rasgó todo el pecho del ruso en un enorme corte que empezó a sangrar de forma abundante.

—Numero dos, la voladora: esencialmente lo mismo, pero con un salto que proyecta más la fuerza y por lo tanto el daño.

Dio un salto hacia delante y atravesó el hombro del ruso, que cayó al suelo entre gritos de dolor.

—Levanta, perro.

El ruso se agarró a uno de los sofás y a duras penas se puso en pie.

—Numero tres, *passata sotto*: movimiento evasivo con un giro. Ataca, judío bolchevique, ataca.

El ruso se abalanzó con el florete por delante intentando herir al alemán. Este evadió el ataque dejando caer su cuerpo por debajo del arma. Colocó la mano libre en el suelo como soporte y, cuando tuvo al reo encima de él enderezó el brazo que portaba el florete, hundiendo este en la garganta del ruso.

Un enorme charco de sangre empapó el brillante mármol, mientras el enviado de Moscú yacía muerto en el suelo.

—¡¡Bravo!! Excelente, mi general —exclamó Karl Wolff—, pero nos debéis siete lecciones más.

Reinhard Heydrich se quitó la máscara y los guantes. Una sonrisa de satisfacción llenaba su rostro de júbilo. Al final su entrenamiento para el Campeonato Nacional había sido mejor de lo esperado.

—Las dejaremos para el siguiente regalo que me traigáis.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, enero de 1942

I

Miró a su mujer y se sintió sucio. ¿Cuándo había empezado a perder su respeto y admiración? Y lo más importante, ¿habría perdido por completo su amor?

Malvina esbozaba trazos en un papel. Seguía pintando, pero ya no disfrutaba con ello, era una válvula de escape. Como siempre se tapaba con aquel chal azul, único recuerdo de su madre y su antigua vida.

Las pinturas de Malvina habían tenido su éxito en todo el centro de Europa, hasta que la ocupación de los nazis irrumpió en la vida de todos.

Samuel y Malvina vivían en una pequeña casa apartada de los barracones, con teléfono. Todo un lujo en aquellos días. Y si miraban a su alrededor el privilegio era demasiado ofensivo.

Samuel se acercó hasta su mujer, que sentada dibujaba con un pequeño lápiz, y depositó su mano sobre el hombro de ella. Ella se movió rechazando el gesto y le enseñó el papel.

Sobre la esvástica nazi aparecía su rostro y debajo en alemán estaba escrito: *Murmelschwein*.

Samuel se apellidaba Murmelstein y *Schwein* significa cerdo en alemán. Malvina estaba trasformando su rostro en el papel por el de Hitler.

—Esto estaba debajo de la puerta.

—No entienden lo que hago —exclamó Samuel mientras hacía una bola con el papel y lo arrojaba al suelo.

—¿Entiendes que seas temido y odiado?

—Malvina, aquí el futuro no existe, solo lo que pasará en una hora. Mi deber es mantener el orden, y mientras lo consiga estaremos a salvo.

—Ya, pero ¿y los demás?

—Para mantener el orden hay que ser duro. Cuanto más intervenga yo menos lo hará el comandante.

—Tu pueblo, mi pueblo, vive en un estado policial aquí dentro.

Malvina se levantó y miró a los ojos de su marido, al hombre que creía conocer y que ahora le resultaba un extraño.

—¡El otro día entraste a uno de los barracones y apaleaste a un hombre!

—Debo mantener el orden, si no lo hubiera hecho yo todo habría sido mucho peor.

Samuel se dejó caer en una de las sillas y miró los ojos llorosos de su apasionada mujer.

—Tenía que ofrecer una dura respuesta, a veces no hay tiempo para reflexionar. Este comandante es de clase obrera y menos fanático. Hemos de aprovechar eso. Si lo cambian por otro, todo será mucho peor.

—¿Haces el juego a los nazis y ahora quieres ser cómplice de la propaganda alemana?

—¿No crees que será mejor ayudar?

—¿Hacer ver al mundo que esto es un bonito pueblo dónde la convivencia es maravillosa? Tú estás loco. El escenario será menos triste o feo, pero aquí muere gente, tu gente. —Con los ojos llenos de lágrimas escupió en el suelo.

—Lo que creo —dijo Malvina poniéndose una fina rebeca y dirigiéndose a la puerta— es que ya no te conozco y que maldigo al hijo tuyo que llevo dentro.

Samuel agarró despacio el amuleto que desde niño había acompañado sus días. La nebulosa del tiempo rompía sus recuerdos y solo una palabra le recordaba a su padre en el momento de colocar aquel dorado tesoro en su cuello: *zajor*.

¿En que momento había perdido el respeto por todo lo que representaba aquella llave dorada?

Era un cobarde, pero haría todo lo necesario por no morir allí.

Y el comandante había sido muy claro: no correría el riesgo de acabar en el frente ruso.

Durante unos días la gente del gueto viviría mejor, más limpia y más alimentada. ¿Qué mal había en ello? Si los alemanes querían una película, él se la daría.

Lo importante era sobrevivir.

En cuanto a la información, no permitiría que unos locos pusieran su vida en riesgo.

Él encontraría la forma.

II

Malvina cubrió sus hombros con el chal azul y dirigió sus pasos sin destino concreto. El odio y el temor que todo el gueto tenía a su marido le rasgaba el alma, pero saber que él lo merecía le hacía perder la cordura.

Y estaba embarazada, esperaba un hijo. Pero no dejaría que naciera allí, rodeado de tanta miseria y horror.

No, no lo permitiría.

Su juventud había estado rodeada de cultura y amor. Sus padres poseían una librería en el centro de Praga y habían educado a su única hija en la fe de toda familia judía checa.

El arte había sido el flechazo de su vida, el amor que le hacía sentirse viva. Era necesario para una mujer sola y soñadora. El dibujo encauzó su talento y cada cuadro al óleo que terminaba era una parte de ella.

Ahora se emocionaba al recordar cómo sus padres, con el poco dinero ahorrado con la librería, habían decidido enviarla al Centro de Arte y Pintura de Viena.

¡Qué días de felicidad y ensueño!

Malvina perfeccionó su técnica y poco a poco se dedicó a dibujar retratos. Necesitaba encontrar gente que mereciera la pena dibujar, rostros con carácter, ojos vivos y, como ella solía decir, narices con personalidad, así conoció a Samuel.

Era el gran rabino de Viena, guapo y expresivo. Su rostro redondeado recogía unos luminosos ojos, vivos y audaces. Más tarde, cuando conoció al hombre, Samuel le pareció inteligente y erudito.

Tan centrada estaba en amar al hombre que no vio la maldad del rabino. Ya en la capital austriaca, formando parte del Consejo de Ancianos de los judíos de Viena, colaboró con los nazis.

Pero ella, centrada en su arte y el amor y la seguridad que le daba Samuel, obvió todo lo demás.

Recordaba confusa cuando en su primera exposición, en la ciudad de Viena, salvo sus amigas y por supuesto sus padres, el resto de invitados portaban uniformes nazis o la cruz gamada en el ojal del traje. El amor lo nubla todo y el suyo era entregado y profundo.

¡Qué ciega había estado!

Ahora recorría las duras condiciones del gueto. Allí donde depositaba la mirada la vida de sus paisanos, de sus vecinos, de sus amigos era cruel, salvaje y dura; no para ellos dos, pero sí para todos los demás. La escasez de alimentos era normal y el tifus mataba cada día.

Ser la mujer del *Schwein* no le hacía la vida sencilla. Decidió ayudar, tenía que ayudar, a su manera y con todas sus fuerzas.

Empezó a dibujar las situaciones, los estados de animo, las condiciones de vida, todo lo que padecían los internados de Terezín.

Con la excusa de necesitarlos como modelo, Malvina recogía a los niños y más ancianos. Cada sesión de pintura con la mujer del rabino se convirtió en la posibilidad de comer. Un trozo de pan en aquel infierno era oro y vida.

Era su guerra particular.

Si su marido ayudaba a la película de la vergüenza, ella retrataría la verdad.

III

Brelav Bauma dio un paso hacia delante y acomodó su cuerpo al arma.

—No volveré a repetirlo: ¿quiénes sois?

Gabcik miró a Jan Kubis y asintió con un gesto de su cabeza. Era mejor decir la verdad, algo le decía que saldrían ganando.

—Me llamo Jan Kubis, tengo veintisiete años y nací en Moravia.

—¿Qué más?

Jan se puso lentamente en pie y miró directamente a los ojos del hombre que le amenazaba apuntando una escopeta a su cabeza.

—He pertenecido a uno de los pequeños grupos de resistencia. Tuve que huir de la Gestapo y conseguí hacerlo a Polonia.

Bauma miró hacia el otro hombre e hizo un gesto para que hablara.

Gabcik era un hombre de baja estatura, pero muy fornido y con una fuerza de voluntad aprendida día a día en su oficio de cerrajero. Se puso lentamente y con dificultad también en pie.

—Este es mi compañero Jozef Gabcik, eslovaco y servidor como suboficial en el antiguo ejército checo.

—Que hable él —dijo Bauma apuntando a la cabeza de Gabcik.

Jozef apartó ajan con su enorme mano y con la dificultad de su tobillo herido se colocó delante de la escopeta.

—Nos alistamos en la Legión Extranjera francesa, donde nos conocimos y combatimos a los alemanes.

—Cuando Francia cayó, huimos a Gran Bretaña —concluyó Jan.

Brelav Bauma dejó despacio la escopeta en el suelo, avanzó hacia ellos y los abrazó con fuerza.

—Bienvenidos, amigos míos. Venid conmigo a mi casa, allí estaréis calientes y podréis descansar.

—Tenemos…

—No, no por favor —interrumpió el guardabosques—. Ni quiero ni necesito saber nada. Cuando estéis recuperados, os pondré en contacto con la resistencia checa en Praga.



Habían pasado varios meses desde ese día.

Ahora un tren les llevaba hacia Praga, hacia su destino.

Jan recordaba, mientras los páramos que le acercaban a la capital pasaban hermosos por su ventanilla, aquella noche en el aeródromo de Tangmere. Estaba nervioso y excitado, pero también muerto de miedo. Sabía que iban a una muerte cierta. Ellos solos se metían en el corazón de la Gestapo y sus posibilidades de salir indemne eran nulas.

En la base secreta de la RAF en Sussex volcó todo su miedo sobre un papel.

Con tan solo 27 años redactó su testamento.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, enero de 1942

—Es simplemente una actividad cultural.

Samuel miró las caras de los representantes del campo. Era imposible saber qué pensaban, todos tenían la mirada perdida o la cabeza agachada.

Y Lof dio un paso al frente.

Todo el mundo le conocía. Era visceral y agresivo, además de un gran músico. Su virtuosismo con el violín hacía que todos cuando tocaba su instrumento olvidaran dónde se encontraban y dejaran volar su imaginación.

—Lo que estás proponiendo rabino insulta nuestra inteligencia.

Lof escupía las palabras con rabia y desdén.

—Lo que os estoy diciendo es que, si colaboramos con los alemanes, tendremos más comida y comodidad.

—Todos queremos más comida y vivir como personas, no como animales encerrados en un corral. —Un murmullo de aprobación se empezó a extender

por la reunión—. Pero si el precio que debemos pagar para conseguirlo es ayudar a los putos nazis a construir una mentira, seremos despreciables.

Lof era un hombre joven, nervioso y delgado. Todos estaban delgados. La escasez de comida y el sufrimiento surcaba sus rostros y golpeaba sus huesos. Pero en el caso de Lof todo era extremo.

Era polaco y había llegado al gueto procedente de Varsovia.

Su historia había conmovido a todos.

Ane, su esposa, con su bebé en los brazos esperaba en la fila para conseguir algo de pan. Era la espera donde los judíos polacos eran deportados a «lugares de trabajo». Cuando el teniente de las SS vio a la joven con el niño se acercó.

—Hola, preciosa, ¿buscas un sitio para trabajar? —El alemán era amable y sonreía, mientras que a sus subordinados les daba ordenes con voz enérgica y autoritaria.

—Solo quiero comida para poder alimentar a mi bebe.

El teniente, ancho de espaldas y de baja estatura, se volvió a los dos soldados que tenía más cercanos y gritó.

—Denle a esta mujer una barra de pan.

—Gracias, señor —respondió Ane con lágrimas en los ojos.

Según le habían contado a Lof, mientras le sujetaban entre varios hombres del gueto, Ane se marchó despacio. Por encima de su brazo sobresalía la cabeza del bebé.

El teniente sacó el revólver.

La escena de la barra de pan había llamado la atención de la numerosa gente que allí se agolpaba hambrienta, pero de pronto el griterío cesó. El silencio sobrevoló por toda la calle. El nazi parecía disfrutar con toda la atención puesta en él.

El tiempo pareció detenerse, era sobrecogedor. El teniente miró a su alrededor. Todos los más cercanos a él le miraban con la boca abierta.

Apuntó despacio de arriba abajo, degustó el momento y, como buen tirador que era, cuando bajó el revolver, en el brazo de la joven madre solo había una gran mancha de sangre.

Ahora Lof era un hombre amargado, iracundo y con un odio interior que daba miedo.

—Intentas falsear todo lo que ocurre a nuestro alrededor. —Escupió en el suelo, mientras en un ademán teatral miró a todos—. Y este hombre se hace llamar rabino.

Lof se subió sobre un mugriento cajón de madera para centrar la atención.

—¿Vamos a ser dóciles y pasivos?

El silencio hacía daño y se prolongó segundo a segundo.

—Ya veo, ¡merecemos todo lo que nos ocurre! —exclamó saliendo del barracón.

Samuel tomó la palabra. Debía hacerse con el control de la situación, había demasiadas cosas en juego.

—Los aquí reunidos somos médicos, banqueros, pintores, músicos. Muchos somos gente notable y reconocida. Los alemanes solo nos piden cooperar en este asunto. A cambio la recompensa será beneficiosa para todos en Terezín.

Samuel se llevó la mano derecha al pecho y agarró el símbolo de su familia. Aquella llave de oro representaba la supervivencia. Como siempre que estaba nervioso, la retuvo con fuerza entre sus dedos. Hacía tiempo que había dejado de pensar en si las generaciones de su familia, que habían honrado aquel símbolo, estarían de acuerdo en las decisiones que últimamente tomaba.

—Que levanten la mano todos aquellos que quieran hacer de este campo un ejemplo de convivencia, lo que nos reportará beneficios y privilegios.

Poco a poco, varios brazos se alzaron, y estos animaron a otros, y así sucesivamente.

Ni uno solo de los judíos allí reunidos estuvo en desacuerdo. Querían hacer de aquel campo de concentración un escenario idílico que proyectaría al mundo una imagen de cooperación y respeto.

El hambre había sido más poderosa que el orgullo.

Samuel soltó la dorada llave y sonrió.

Praga

Acababan de pasar bajo el arco de la torre de la pólvora. Iban por distintas aceras, no querían correr riesgos. Si uno de ellos era detenido el otro podría seguir con la misión.

Entraron en la calle Celetná, que les llevaría directamente a la plaza de la Ciudad Vieja. Como hacía desde muy niño siempre que pasaba por allí. Jan se maravilló con los edificios barrocos y sus fachadas esplendorosas.

Era Año Nuevo cuando habían tomado el tren hacia Praga y llevaban varios meses entre pisos francos que les daban la gente del Comité Central de Resistencia Interior en Praga.

Hoy debían de recibir el equipo que les permitiría ejecutar su difícil misión.

Caminaban deteniéndose cada cierto tiempo. Miraban hacia todas direcciones y también entre ellos. Estaban separados por unos cincuenta metros. Jan se paró en el portal renacentista del palacio Buquoy y encendió un cigarro. Jozef hizo lo mismo junto a la estatua barroca de Hércules de la casa Menhart.

Se miraron y ambos afirmaron con la cabeza. Nada parecía fuera de lo normal, nadie les seguía, la gente seguía su camino y los pocos soldados que en ese momento frecuentaban la calle estaban relajados y hablaban entre risas y humo de cigarros.

Todo estaba preparado para el «abastecimiento Kafka».

La casa donde debían encontrarse con el Comité Central de Resistencia era la numero 2. Estaba adornada con bustos de emperadores. En ella se había alojado Petrarca cuando fue invitado a Praga por Carlos IV. Pero el nombre de la operación lo recibía del hecho de que en aquella casa en el pasado había residido la familia de Kafka.

El final de la calle Celetná entra en la plaza de la Ciudad Vieja. En ese momento la afluencia de gente iba en aumento. Esperaron un tiempo mientras apuraban separados el fino cigarro. Tenderetes del mercado y cafés marcaban su propio ritmo vital. Allí no parecía que el mundo estuviera en guerra, solo la presencia de hombres de las SS o la Gestapo con su simbología recordaba a la gente de Praga que aquella hermosa ciudad había dejado de pertenecerles.

Llamaron a la puerta.

Pasaron dos minutos eternos para Jan y Jozef, hasta que una agradable anciana les abrió la puerta.

Jan lanzó la pregunta convenida.

—Buenos días, señora. Por favor, ¿la taberna U Bindru?

—Oh, está más adelante, pero creo que la cierran por reformas —contestó la anciana según lo acordado. Se hizo a un lado y dejó entrar a los dos jóvenes.

Un hombre alto, delgado y trajeado les miraba desde el fondo del oscuro pasillo. Cuando la anciana cerró la puerta se marchó y el hombre avanzó hacia ellos.

—Mi nombre es Nicael —dijo ofreciendo su mano con media sonrisa—. Era un hombre alto y delgado. Sus ojos saltones reflejaban la alegría de tenerles allí.

—Acabáis de cruzar el umbral del refugio del Comité. Esta es la casa donde todos moriremos tarde o temprano.

—¿Por qué? —preguntó Jozef.

—Porque nosotros no permitiremos que separen los hijos de sus madres, ni los maridos de sus esposas.

—Y cuando vosotros llevéis a cabo vuestra misión, las represalias pueden ser durísimas. Los refugios que hemos preparado a lo largo de la ciudad serán tumbas colectivas llegado el caso.

Nicael sonrió y palmeó las espaldas de ambos, mientras les dirigía hacia el interior de la casa.

—Pero no permaneceremos pasivos.

Llegaron a un estrecho pasillo, con poca luz y un crujiente suelo de madera. Justo en el centro una alfombra roja amortiguó los pasos, y sobre ella una robusta mesa de madera.

—Empujemos un poco.

Los tres desplazaron la mesa hacia un lado y Nicael levantó la alfombra. No parecía haber nada en el suelo, solo la madera; sin embargo, su anfitrión golpeó el suelo con el tacón de sus zapatos y esperó. Pasados unos segundos, el suelo empezó a levantarse dejando ver una especie de trampilla.

Una potente luz venía desde el fondo del agujero y unos pequeños escalones indicaban el camino de bajada.

—Bajen sin miedo, les esperan. Yo me encargo de cerrar.

Jan y Jozef empezaron a bajar guiados por la luz que potente venía del sótano. A sus espaldas la entrada volvía a estar camuflada.

Un grupo de jóvenes armados con pistolas les esperaban abajo. Dos hombres y una mujer estaban al principio de un alargado pasillo. La muchacha era rubia, alta y con unos pómulos marcados que hacían de ella una belleza sencilla y fría. Los jóvenes estaban serios y en alerta. Estaba claro que la tensión les llevaba al extremo de todos sus sentidos, por lo que ambos estaban ojerosos y con los rostros cansados. El refugio estaba compuesto por tres sótanos subterráneos y aquel iluminado pasillo en medio. Entraron en uno de los sótanos. Era sobrio y húmedo, con solo tres camastros de metal y una pequeña mesa en el centro. Uno de los dos jóvenes fue al rincón de su derecha, desplazó la cama que había, se agachó y empezó a empujar una pequeña palanca incrustada en la pared.

Un trozo de muro se desplazó.

Jan y Jozef miraron maravillados cómo el muro era una especie de carro con ruedas, empotradas a su vez sobre unos raíles.

Entraron y la joven mujer prendió la luz.

Lo que dejó al descubierto fue una pequeña sala llena de estanterías de metal, y en ellas cajas de madera.

—Aquí tenéis dos mochilas. Pensad lo que necesitáis para la misión y llenadlas.

Jan y Jozef avanzaron hasta los estantes y abrieron las cajas. Algunas de ellas tenían el símbolo nazi, otras venían escrita en inglés, pero todas contenían armas.

—Esta será la primera y última vez que vendréis aquí. Coged lo que necesitéis, puesto que ya no nos volveremos a ver. Preparad bien el equipo.

El más joven de los hombres era el que hablaba. Apenas era un muchacho, pero la tensión y el dolor marcaban los surcos de su rostro.

Jan y Jozef cargaron con granadas, varias pistolas y dos subfusiles Sten. El subfusil era de diseño sencillo y 9 mm Era fácil de portar y cargar.

—Con esto será suficiente —recalcó Jozef.

—Bien, ahora las órdenes son que aceleréis todo. Necesitamos actuar ya.

—¿Tiempo? —preguntó Jan.

—No más de un mes. Y recordad que estamos en un dominio absoluto del estado policial nazi.

—¿Cuáles serán las posibles represalias? —preguntó Jozef.

Los tres jóvenes se miraron. La muchacha, de forma casi instintiva, cogió de la mano a uno de ellos y los ojos se le marcaron de un rojo intenso. El más joven y que parecía llevar la voz cantante del grupo contestó:

—Soy el capitán del UVOD Václav y tengo familia como todos mis compañeros. Su misión pondrá en peligro a rehenes y prisioneros políticos, pero también a familias que ayudan como pueden a esta organización clandestina.

El joven capitán Václav levantó orgulloso la cabeza, miró a sus dos compañeros y elevó el tono de voz:

—La crisis sería grave, pero los actos de violencia como disturbios, subversión directa, sabotajes o manifestaciones harían revivir a nuestro país y le salvaría en el resto del mundo.

—Correremos el riesgo con entereza —dijo el joven, que había permanecido en silencio hasta ese momento. Pero lo dijo mirando a la joven, que ya con los ojos llorosos le abrazaba.

La muchacha se limpió los ojos y se separó lentamente de su compañero. Avanzó hasta los dos visitantes y besó a ambos con la mejor de las sonrisas que pudo sacar de su interior.

—Rezaremos por vosotros, vuestra misión es importante. —Cogió una de las pistolas, la dejó lista para disparar y se la entregó a Jan—. La historia juzgará vuestro acto con admiración. No debéis preocuparos por nada más, os damos las gracias.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, 1942

I

Había vuelto a beber, lo temía. La noche fue ruidosa y eterna. Desde su pequeña casa había podido oír el escándalo de la juerga.

Los SS hacían todo a lo grande las fiestas también.

Y, como siempre que bebía de más, el jefe de Terezín estaba irritado y de muy mal humor.

Llevaba de pie frente a él más de diez minutos y no daba muestras de haberse enterado de su presencia. Leía el periódico y fumaba uno de sus grandes puros.

Pero el coronel Seidl le había mandado llamar, por lo que Samuel sabía que tendría que pasar por un mal trago.

Todavía no había podido avanzar en las pesquisas que este le había encomendado. La gente era reservada con él, sabían de su proximidad al mando alemán. No hacía más que dar vueltas en su cabeza a cómo podía conseguir sacar esa información. Cuando llegaba gente nueva al campo, de alguna manera alguien les había advertido de que no le dijeran nada a él. Sabía que había reuniones clandestinas de las que no era informado. Su posición cada vez era más difícil y tenía miedo de que pudiera perder influencia a ojos del coronel si no actuaba rápido.

No era estúpido, sabía que su posición de privilegio era débil y solo basada en el valor de la información que pudiera dar.

El nazi dejó caer la ceniza suavemente sobre un gran cenicero negro y rio a carcajadas.

—Mira, judío, la viñeta de hoy es divertida. Me encanta este periódico —dijo lanzando el periódico abierto a Samuel.

Este lo recogió raudo y miró la página que le indicaba el coronel. Era el apartado económico del diario y en una gran viñeta se veía el dibujo de un hombre lanzado por los aires, mientras otro vestido con el uniforme alemán le daba patadas. El que estaba siendo golpeado tenía una gran nariz ganchuda y deformada, las orejas de punta como si fuera un lobo y una perilla estrecha y alargada como la de un chivo. No hacía falta más indicaciones para saber qué

y a quiénes representaba, pero, por si había alguna duda, una gran estrella de David amarilla marcaba su chaqueta. El hombre que le pateaba con botas militares le gritaba: «Toma judío. He venido a pagarte los intereses».

Samuel dejó el periódico sobre la mesa y esperó.

El coronel se levantó de la silla y, como tenía por costumbre, empezó a mirar por la ventana.

—Te pedí un favor y todavía estoy esperando noticias.

—Está todo en marcha, mi coronel. Cuando usted me avise de la visita de la Cruz Roja suiza todo el mundo en el campo sabrá dejarle en buen lugar.

—Bien, eso esta bien —respondió sin volverse—, pero había otra cosa que te pedí y es urgente.

—Lo sé, mi coronel, pero no es fácil…

El coronel de las SS, Siegfried Seidl, se giró rápido y dio un fuerte puñetazo en la mesa. Varios papeles cayeron al suelo y Samuel se agachó para recogerlos. Cuando se puso en pie para dejarlos en su sitio, el coronel ocupaba ya su asiento y lo miraba serio.

—Siempre te he tratado bien y ahora necesito de tu ayuda. Tú no querrás que acabe en el frente ruso, ¿verdad?

—Por supuesto que no, coronel Seidl.

—Bien, Samuel, tú y yo vamos a hacer un trato. Tú eres el organizador y el representante de todos los judíos de este campo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—Bien, pues de mí depende que sobrevivas o no. Tú sabes lo que les pasa a todos los grupos de judíos que se marchan de aquí.

Era la primera vez que el coronel reconocía abiertamente lo que allí pasaba. En teoría él no debía de darse por enterado, por lo que dudo en dar la respuesta. Estaba en una encrucijada de difícil salida.

—Sí, coronel —contestó.

—Bien, tú crees que vas a sobrevivir a todos por ser organizador y empleado a nuestro servicio. —El coronel dibujó una terrorífica sonrisa en la boca—. Tendrás que ganártelo, y además, si acabo satisfecho, soy tan bueno que te concederé un premio.

Samuel se sintió morir. Ya no podía caer más bajo, pero quería vivir. Se llevó la mano al corazón y agarró con disimulo la llave familiar. Le quemaba en el pecho, parecía como si tuviera vida propia y quisiera dejar aquel cuerpo. Era un cobarde, siempre lo había sido. Aquel amuleto, tesoro de su familia, le recordaba su juramento, su promesa y tiraba de su cuello como una pesada roca. ¿Cuántos hombres morirían por su cobardía?

No era digno de llevar aquella carga.

¿Cuántos hombres habían llevado su nombre a lo largo de la historia? Y todos ellos habían llevado aquella llave con dignidad y mirando al frente.

Ahora él solo quería vivir, y el precio era muy alto.

—Se que no es fácil lo que te pido, por eso te voy a premiar doblemente.

Le miró y esperó a que el judío respirara profundamente. Alargó el momento hasta disfrutarlo.

—Me he enterado de que tu mujer está embarazada. —El nazi sonrió abiertamente.

—Sí, como ves, yo sí sé sacar información. —El coronel se agachó hasta quedar a la altura de Samuel, que encogido en la silla veía crecer su miedo. Despacio, arrastrando cada palabra y casi en un susurro, Seidl continuó—: Dime tú, respecto a los embarazos, ¿cuáles son las normas de este campo?

Samuel trago saliva nervioso.

—Los nacimientos están prohibidos.

—Eso es, están prohibidos. ¿Y qué más?

El judío se rompía por dentro, pero el camino que el nazi le marcaba estaba claro. Debía sobrevivir a aquella guerra y su hijo con él.

—El aborto es obligatorio —contestó.

El coronel se levantó en silencio, sirvió dos coñacs en sendas copas con toda la parsimonia de la que fue capaz y alargó una a Samuel.

—Por nuestro pacto de honor —dijo el nazi levantando la copa mientras miraba al judío—. Tú me harás llegar rápido la información que yo necesito y yo protegeré tu vida y la de tu hijo.

Samuel se levantó poco a poco de la silla. Sabía que estaba pactando con el diablo, pero no veía otra salida. En el campo ya le odiaban y nadie confiaba en él. Su mujer le escupía en la cara y hacía tiempo que había dejado de tratarle como a un esposo. Su única misión sería salvarse él y, si podía, a su hijo.

—Por nuestro pacto de honor —dijo mientras chocaba su copa con la del coronel nazi.

II

Malvina miraba inquieta desde el umbral de la puerta. Un grupo de niños estaba haciendo demasiado ruido. Para los niños aquella novedad estaba siendo una bendición, por vez primera podían pensar en algo que no fuera

encontrar comida y huir de la muerte. Por todo el campo se estaban poniendo paneles de colores que señalaban los distintos sitios a donde poder encaminarte por el campo de concentración. Era cuanto menos una situación ridícula. Uno de los carteles, de un azul cielo intenso, marcaba la palabra *Kaffehaus* y todos sabían que en el campo de Terezín no había ninguna cafetería.

Los niños cada vez gritaban más. Se habían quedado justo debajo de la nueva torre que habían fabricado de madera, decorada con un colorido reloj que siempre marcaba la misma hora.

Samuel estaba en el gran salón. Los nazis querían preparar una gran comida para la delegación suiza y todo debía estar en orden. Habían ordenado a varias mujeres del campo que prepararan distintos uniformes para servir las mesas. La jovencita que iba a estar a cargo de la mesa principal llevaría cofia almidonada.

Por la mañana habían elegido a más de 500 personas para recoger ropas nuevas. Todos debían estar correctamente vestidos cuando llegara la Cruz Roja. Los nazis abrieron uno de los grandes almacenes que tenían al final del campo y todos, como en un día normal de compras, pudieron elegir entre medias de seda, sombreros, bolsos de mano o pañuelos de lo más modernos.

Pero antes, la noche anterior, Samuel tuvo que resolver un problema.

El campo de concentración de Theresienstadt estaba superpoblado y los nazis habían tomado una terrible decisión; deportar a más de 5000 personas.

Samuel eligió a los 500 agraciados, sabiendo que los 5000 que se montaban en el tren de la muerte iban camino de las cámaras de gas de Auschwitz.

Malvina odiaba el hombre en el que se había convertido su esposo. Ya no reconocía en él nada de lo que había amado. Apenas se hablaban y el desprecio entre ellos era cada vez más patente.

La última pelea la habían tenido precisamente esa misma noche.

—Sabes lo que harán a esos pobres nada más llegar, ¿verdad?

Samuel mordía un trozo de pan mientras leía y releía una y otra vez la lista de los 500 afortunados.

500 vivirían, 5000 morirían.

Era así fácil, así de cruel.

No quería escuchar sus quejas. Necesitaba eludir la pelea, pero sabía que sería inútil. Su mujer hacía mucho tiempo ya que no caminaba junto a él.

—¿Dónde has dejado tu corazón? Los van a gasear, lo sabes, ya nos han contado lo que pasa en esos campos.

Los pocos supervivientes que habían mandado correspondencia desde el campo de Auschwitz a través de terceras personas contaban cosas terribles y difíciles de asimilar.

Pero todos sabían ya que eran verdaderas.

—Déjame en paz, mujer. Si no lo hago yo, lo harán ellos. —Samuel lanzó una dura mirada a Malvina—. ¿O acaso crees que si yo no hago la lista dirán: «Ah, bueno, que se queden todos»? —ironizó el judío.

Sabía que aquello era cierto. No estaba en las manos de Samuel salvar a aquellos desgraciados, pero odiaba todo en lo que se había convertido su marido. Aceptar sin luchar, bajar la cabeza y, lo que era más importante, perder el alma.

¿Dónde estaban aquellas fabulosas historias familiares, el valor del Samuel toledano en Sevilla, el orgullo con el que generaciones de narradores sefardíes contaron la historia de aquel Samuel que murió en la hoguera en Madrid?

La llave que la familia de su marido había portado altiva estaba ligada a Samuel Ha Leví y a cristianos ilustres como Diego Velázquez.

Ahora aquella llave en el pecho de aquel hombre que ella no reconocía era nada.

Malvina recogió el chal azul y había salido dando un portazo. Se marchó como hacía siempre al barracón con todos los demás y no volvió a entrar hasta la mañana cuando vio salir a su marido de la pequeña casa.

Lo estaban preparando todo para la visita.

Las calles tenían nombres nuevos y habían limpiado el gimnasio donde los alemanes se entrenaban para habilitar una sinagoga.

¡Qué paradoja! ¡Los nazis habían quemado todas las sinagogas y ahora querían hacer creer al mundo que allí disponían de una!

Las caras de todos los que trabajaban en esas reformas dejaban entrever el sentir general, pero nadie hacía ni decía nada.

Un sentimiento de rabia profunda invadió a Malvina cuando se acercó a leer uno de los últimos carteles, de un color rojo intenso, que sobresalía de todos los demás: *Judisches Siedlungsgebiet*.

Dios mío, pensó Malvina, «zona de población judía». Como si allí existiera alguien más.

Antes de marchar los más de 5000judíos a Auschwitz, en los barracones la gente vivía hacinada como ratas. Dormían cuatro o cinco en la misma cama.

Ahora las condiciones de alojamiento mejoraban y llegaban a ser decentes.

Pero les obligaron a ocultar el enorme crematorio, con cuatro hornos gigantes. Eso era algo que la delegación suiza no podía ver.

Los niños estaban ensayando juntos lo que debían hacer cuando vieran a un soldado nazi, pues para tan relevante visita se habían prohibido los saludos que todos los judíos debían de hacer a los nazis cuando se cruzaban por el campo.

Todo bajo pena de muerte.

Malvina se acerco al griterío de los chiquillos. Entonces fue cuando pudo ver a quienes gritaban y lo que gritaban.

Dos soldados alemanes del campo se reían a carcajadas con ellos y les alentaban para que siguieran.

—¡Musulmán, musulmán! —gritaban mientras rodeaban a lo que debía ser un ser humano. Flaco, esquelético al máximo, el cuerpo marcado por el sufrimiento más extremo. Un hombre que sin duda se estaba muriendo.

Malvina gritó llevándose las manos a la cabeza, horrorizada por la escena.

—¡Basta ya! ¿Que hacéis?

El más mayor de ellos, de no más de seis años, se volvió a Malvina y, señalando al hombre, exclamó.

—¡Es un musulmán!

Algo en el interior de la pintora se removió, mezclando la vergüenza y la humillación junto a la rabia de la impotencia, y le dio un sonoro y fuerte bofetón al niño. El pequeño salió corriendo y llorando hacia el barracón acompañado por los demás. Malvina, con el dolor del golpe en su corazón, aún tuvo tiempo para mirar desafiante a los dos soldados, que risueños la observaban.

No sabía por qué lo hacía. Su vida no valía nada allí. Podían pegarle un tiro en ese mismo instante y no pasaría nada, nadie movería un dedo. Sin embargo los dos soldados tiraron el cigarro que fumaban al suelo y, tras aplastarlo con la suela de sus botas, siguieron su camino moviendo la cabeza entre risas.

Malvina suspiró tranquila y se volvió hacia el hombre. Se quitó la rebeca que llevaba y le cubrió con ella.

El hombre era sin duda un trabajador de un *kommando*. Estos vivían no más de dos meses. Era el tiempo que tardaban en quedarse esqueléticos. Era el tiempo que un ser humano llevado al mayor de los sufrimientos perdía la totalidad del tejido graso, masa muscular y el sentido del orgullo y la autoestima.

Entonces era cuando un hombre se convertía en «musulmán» para la gente del campo.

Hambre, frío, humedad, heridas y sobre todo las enfermedades le dejaban perdido en un estado casi vegetativo. Todos los que llegaban a ese estado intentaban ahorrar fuerzas permaneciendo sentados, cubriéndose la cabeza inclinada hacia delante.

Era lo más parecido a un musulmán rezando.

Malvina entró en el barracón y buscó con la mirada hasta que vio a la mujer. Lo notó en todo. Su cuerpo y su expresión denotaban preocupación y vergüenza. Era la madre. La miró a los ojos y vio comprensión en ellos. Se acercó y, siguiendo su mirada, descubrió al niño llorando en un rincón.

Se sentó en el suelo a su lado y al igual que él metió la cabeza entre las piernas.

—Ahora tú y yo parecemos musulmanes —dijo Malvina—. Pero yo no quiero, los musulmanes se mueren —dijo el niño limpiando sus lágrimas—. Mi padre fue musulmán, y mi abuelo también.

Malvina contuvo las lágrimas mirando a la mujer, que con las manos cubría su llanto.

Sacó del bolsillo un trozo de pan y se lo dio al muchacho.

—¿Sabes qué debes de hacer la próxima vez que veas a un hombre en ese estado?

El niño miró el trozo de pan. A pesar de tener hambre, miró a su madre y guardó aquel delicioso regalo en su pequeño bolsillo.

Levantó la cabeza orgulloso y se abrazó a Malvina.

Le dio un tierno beso en la mejilla y contestó.

—Le daré cariño y este trozo de pan.

Praga

Jan no podía creer lo que estaba viendo. Lo sospechaba desde varias semanas atrás, pero estaba convencido de que su compañero no podía ser tan descuidado y despreocupado.

Había demasiadas vidas en juego.

Sin embargo sus temores se hacían realidad: decididamente Jozef era un insensato y les ponía a todos en peligro.

La chica valía la pena, era cierto, y no parecía mostrar ningún tipo de pudor por el hecho de que Jan hubiera entrado en la habitación. Era

voluptuosa y generosa en curvas, y cuando bajó de la cama para dirigirse al baño dos generosos pechos ocultaron, dejando en nada, la gran sonrisa con que la joven recibió ajan.

Esperó a que la puerta del baño se cerrara y murmuró entre dientes apretados:

—¿Sabes que estás poniéndonos a todos en peligro?

—¡Por Dios, Jan, no seas aguafiestas!

—Hay familias que nos están ayudando y protegiendo, y violando las reglas las puedes mandar a la muerte.

Jozef se levantó y empezó a vestirse. Encendió un cigarro, se acercó a su compañero y le pasó la mano por el hombro.

—Jan, eres consciente de que vamos a morir, ¿verdad?

Jan bajó la cabeza y retuvo en sus labios la respuesta que tenía preparada. Desde hacía días solo pensaba en esa posibilidad y el miedo le atenazaba cada noche. Hacía mucho tiempo ya que no podía dormir con regularidad.

—Sé que numerosas familias que pertenecen a la resistencia checa están comprometidas con nuestra misión —continuó hablando Jozef—. Nos han dado pisos francos, nos han prestado vehículos y hasta ropa. Sé que cada una de estas cosas puede llevar a la Gestapo hasta ellos.

Jozef Gabcik abrazó a su compañero tan fuerte como pudo, en parte para que este no pudiera ver cómo sus ojos se enrojecían por las incipientes lágrimas.

La puerta del baño se abrió y la joven les miró con una sonrisa abierta. Llevaba un vestido de chaqueta azul que hacía destacar su cabellera rubia. Recogió el bolso de mano de la mesilla y se acercó hasta Jozef. El beso en la boca con que despidió a su compañero le pareció a Jan eterno. La chica giró sobre sus estilizados zapatos de tacón y salió.

—No pediré perdón por querer sentirme un hombre vivo por última vez.

Llevaban semanas buscando sitios. Caminaban por la ciudad reconociendo lugares y tomando notas.

Necesitaban el sitio ideal para acometer el asesinato del tercer hombre más importante del Reich.

Habían pedido un par de bicicletas. Cuando llegaron al sitio indicado, allí estaban. Una cadena superpuesta era todo lo que les impedía llevárselas.

Ese día habían decidido explorar el camino que llevaba hasta el castillo de Praga.

Era el sitio donde trabajaba Heydrich, y por lo tanto una de las rutas habituales del nazi. Tenían que tomar una decisión ya. Cuanto más demoraran

la situación más gente estaría en peligro, y más riesgo corrían de que su misión fuera descubierta. Habían desechado ya como posible escenario la hacienda campestre del ávido asesino alemán. Ahora evaluarían la posibilidad de actuar en la carretera que conduce de la hacienda al castillo.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, 1942

Samuel se levantó de la mesa. Alguien llamaba a la puerta y ese no era el mejor de los momentos para él. El coronel del campo cada minuto que pasaba estaba más inquieto por la falta de noticias. Necesitaba dar respuestas a las preguntas que le mandaban desde Berlín y él, Samuel Murmelstein, como máximo responsable judío del campo de Terezín, era su mejor baza.

Abrió la puerta y se quedo sorprendido, no esperaba semejante visita.

—Hola, Lof. ¿En qué puedo ayudarte?

El músico polaco no respondió y directamente se adentró en la casa. Samuel cerró la puerta y se acomodó en uno de los viejos sillones. No sabía cómo encarar aquella extraña visita.

—Verás, rabino, voy a ir directamente al grano. Eres cómplice de todo lo que está ocurriendo en este campo. De forma indirecta y pasiva nos obligas a representar esa bochornosa puesta en escena.

—Cálmate, Lof.

Samuel se preparó para la cascada de reproches. Cada día que pasaba el polaco era más irascible y violento. Tenía que haberle mandado a Auschwitz, pero hubiera sido demasiado obvio para todos los demás. Y sobre todo no quería tener una nueva y dura discusión con Malvina.

—No me gusta tu papel, Samuel. Sabes cosas pero haces como que no sabes nada. Tu ignorancia es siempre muy oportuna.

—¡Cállate, estúpido! —explotó—. Tú no tienes ni idea de nada.

—Todos aquí desempeñamos un papel, con decorados y todo —Lof se colocó a un solo palmo del rostro de Samuel con la furia marcada en los ojos —, pero tu papel va mucho más allá. Está cuidadosamente preparado, sin improvisaciones.

Samuel se apartó y esquivó la mirada de Lof. Se encaminó hacia la puerta para abrirla, no seguiría con aquella conversación ni un minuto más.

—No sabes nada, Lof, no me hables de ética. Es fácil tener ética cuando nada depende de tus decisiones.

El polaco sonrió con desprecio y volvió a colocarse cara a cara con el jefe judío del campo.

—Hay gente que arreglará este desaguisado, amigo Samuel. No todo el mundo está de brazos cruzados. Ahí fuera, lejos de estos muros, la resistencia a los nazis se mueve.

El corazón dio un vuelco en el pecho de Samuel. ¿Sería esa la fórmula para sacar información? ¿Tendría tanta suerte?

Conocía a Lof y estando furioso era insensato y poco cuidadoso. Si le llevaba al extremo podía serle de mucha utilidad.

—Nada te devolverá a tu mujer y a tu hijo muertos.

Lof giró sobre sí mismo y agarró a Samuel por el pecho. Este notó cómo la llave de oro se le clavaba en la carne, por la fuerza que imprimía el polaco, fuera de sí.

—Fue un accidente —siguió diciendo.

Lof cada vez respiraba con más dificultad, mitad furioso, mitad enajenado por el dolor.

—Tus amigos nazis van a caer uno a uno. El primero dentro de muy poco, ya se han encargado los ingleses.

—¿Qué pueden hacer los ingleses, imbécil?

—Responder a nuestra desesperación y recuperar la iniciativa militar.

—La presencia militar alemana es abrumadora, ningún acto de sabotaje será posible.

—La ausencia de resistencia en Checoslovaquia frente al Gobierno nazi se ha acabado. El todopoderoso policía del Tercer Reich será el primero.

Samuel recordó la información que le había proporcionado el Coronel Seidl acerca de un avión británico. Estaba cerca de conseguir la información que deseaba y aquel loco se la iba a proporcionar.

—No seas iluso Lof. Me estás hablando del avión que sobrevoló Moravia y Bohemia hace unos días. Los alemanes lo saben y…

—No saben nada. El comando fue escondido en Nehvizdy y ahora está en Praga.

Lof abrió la puerta y se dispuso a salir. Había ido hasta allí para recriminar al rabino su actitud, pero ahora necesitaba algo más. Toda su vida había sido impulsivo. Lo suyo era actuar. Ver lo que pasaba cada día en aquel campo y cómo morían cientos de personas a su alrededor le volvía loco.

—Por cierto, rabino, mi mujer murió de inanición y pena por la muerte de nuestro hijo. Ya sabes, de un «accidente». —Lof escupió en el suelo y luego

señalo a Samuel con el dedo—. Te juro por el Dios al que tú has traicionado que también sufrirás un accidente —y cerró de un portazo.

Samuel asimiló la información que acababa de lloverle del cielo.

Era justo lo que necesitaba.

Sacó la llave sefardí que brillante colgaba de su cuello y le dio un sonoro beso. Sonrió satisfecho. Era el momento de sellar su pasaporte a la vida.

Praga, 27 de mayo de 1942

I

La mañana se había despertado soleada y azul. El silencio daba paso al trinar de los pájaros, de forma elegante y alegre. Sin embargo, todo era ficticio y sonaba artificial desde que Alemania ocupara las tierras de Bohemia en 1939.

Johannes limpiaba con esmero el coche como cada mañana. A la luz del sol estaba quedando brillante. La tarde anterior habían estado en un café del centro de Praga y el bullicio de la gente ante la llegada de la primavera se había reflejado después en las numerosas huellas de manos sobre la chapa del vehículo. Luego, por la noche, el matrimonio había asistido al homenaje de Bruno Heydrich, padre del general, en el palacio de Waldstein.

Al jefe de Bohemia y Moravia le gustaba aquel coche Mercedes descapotable. No llevaba distintivo ninguno de las SS y, como tampoco llevaban escolta, la gente no sabía que era el coche de un alto dignatario nazi. Por ese motivo se acercaban y se asomaban para admirar el auto. Solo cuando el máximo responsable de la policía, las SS y la Gestapo aparecía, los curiosos se volatilizaban rápidamente.

A Johannes le gustaba lavar allí el auto, entre los árboles de la hermosa hacienda rural. Era un palacio de estilo neoclásico elegante y que invitaba a soñar.

Llevaba tiempo oyendo las risas de Heydrich jugando con sus dos hijos menores. Al jefe de las SS le gustaba estar con sus hijos cuando preparaba un viaje. Ya salían más tarde que de costumbre, y aquel día tenía que salir para Berlín.

Hitler quería noticias sobre el futuro del Protectorado y Reinhard Heydrich le iba a presentar las medidas que se tomarían para acabar con la poca resistencia que todavía quedaba en toda la Europa ocupada.

Eran la diez de la mañana cuando el jefe de la Gestapo se despidió con un saludo desde el coche. Su esposa Lina le dijo adiós con un gesto de su mano desde el balcón del dormitorio.

Sus tres hijos estaban con ella. Al cuarto lo llevaba en el vientre.

El coche salió en dirección al castillo de Praga. El nazi debía recoger algunos documentos antes de dirigirse al aeropuerto.

Johannes admiraba a su jefe: tenía la vida ordenada y una familia que a todas luces parecía feliz. Con él tenía un trato exquisito y, aunque apenas hablaban, su presencia en el asiento trasero del Mercedes, le transmitía seguridad y confianza.

Pero, lo que era todavía más importante, su jefe Reinhard Heydrich estaba consiguiendo un papel fundamental en la Alemania de Hitler.

Intentaba no escuchar mucho cuando el jefe de la Gestapo hablaba con otras personas en el coche o cuando escribía y pensaba en voz alta, pero sabía que estaba planificando algo muy importante para los territorios de Bohemia y Moravia.

¿Cómo lo llamaba? Intentó recordar, pendiente de la curva cerrada del barrio de Liben.

Sí, eso era…, «la solución final».

II

Una semana antes

Llevaban tiempo buscando el sitio ideal para llevar a cabo el atentado. Caminaban por las calles de Praga y nada les inspiraba la confianza necesaria. Ya les estaban apretando desde diferentes lugares. La resistencia (UVOD) sabía que, cuanto más se demorasen, más fácil era que todos fueran descubiertos.

Y en Inglaterra se estaban impacientando por la demora. Necesitaban que la misión saliera bien. Entre diciembre de 1941 y abril del 1942 se lanzaron sobre el Protectorado dieciséis paracaidistas procedentes de suelo inglés, pero ninguno de ellos pudo terminar misión alguna: dos fueron arrestados, dos se entregaron a la Gestapo para evitar la tortura y el resto cayeron abatidos por los disparos o se suicidaron cuando fueron apresados.

El dominio alemán era absoluto.

Habían subido y bajado numerosas veces la carretera que llevaba al castillo, pero seguían indecisos.

Aquel día, taciturnos y en silencio, empezaron desde el principio.

Llevaban diez minutos subidos en la bicicleta cuando Jan se paró e hizo gestos a Jozef para que hiciera lo mismo.

—Creo que este es el mejor lugar que encontraremos para el ataque.

Jozef se quitó las gafas que siempre llevaba cuando montaba y observó lo que Jan le quería hacer ver.

Una curva muy cerrada era el comienzo del barrio de Liben. El coche del nazi pasaba por allí todos los días hacia el castillo.

Jozef dejó la bici en el suelo y recorrió un tramo del trayecto andando. Sin duda el coche tendría que aminorar mucho la marcha. Hasta que casi no salías de la curva, no podías ver si venía algún coche de frente. Y, por si fuera poco, si el coche derrapaba corría serio riesgo de caer colina abajo.

—Parece un sitio perfecto.

—Podremos disparar desde cerca y el coche irá despacio.

—Pero eso es lo mejor de todo —dijo Jan señalando con el dedo.

—¡Dios mío! ¡Cómo se nos ha podido pasar esto antes! —exclamó Jozef sonriendo lleno de júbilo.

Justo en mitad de la curva había una parada de autobús. Jan y Jozef no levantarían sospechas y podrían aguardar la llegada del coche.

Se miraron y ambos asintieron con gesto de aprobación. Estaban de acuerdo, sería allí.

—Debemos fijar una fecha y comunicarla —dijo Jan.

Jozef recordó el olor de la joven rubia que hacía poco había tenido en sus brazos y la reprimenda de su compañero. Había cometido una equivocación, ahora se daba cuenta.

—No, creo que esa información es solo para nosotros.

—Bien, veo que la falta de sexo te hace ser más listo —sonrió mientras miraba la agenda—. El 27 es buen día.

I

27 de mayo de 1942

A pesar de que el día se había levantado caluroso y despejado, Gabcik, instalado en la parada del autobús, llevaba una amplia gabardina con el cuello subido y grandes mangas que ocultaba el subfusil. Justo al otro lado de la carretera, donde la calle se enderezaba, Kubis, visiblemente nervioso y con un cigarro en la boca, se apoyaba sobre una de las farolas.

Intentaba mantenerse tranquilo, pero un buen observador, lo primero que miraría sería las numerosas colillas en el suelo.

«Tranquilo, tranquilo», se decía a sí mismo entre calada y calada al último cigarro.

Pero su nerviosismo se debía a la carga que portaba. Llevaba un oscuro maletín de piel y en su interior dos bombas con fusibles de alta sensibilidad.

El joven Václav, que se había unido a ellos, se situó en el punto más elevado de la colina. Todos tenían la impresión de que ocupando las tres zonas más señaladas en aquella curva el atentado contra el teniente general Heydrich tendría éxito.

Václav, con su puesto privilegiado, era el encargado de dar la señal de aviso cuando el Mercedes 320 de color negro apareciera aproximándose por la carretera.

Estaba orgulloso de haber sido el elegido para ayudar a los dos soldados enviados por Londres.

En su cabeza aún sonaban las palabras del jefe del servicio de inteligencia checo, Moravec: «En Praga, una persona representa el exterminio y el terror; el Obergruppenführer Heydrich. Es necesario que pague por ello».

Empezaron a ponerse nerviosos. El tiempo pasaba y alguien podía empezar a sospechar de ellos. Siempre el coche pasaba por aquel sitio a la misma hora, las diez de la mañana, y sin embargo ya eran las diez y cuarto y el coche no aparecía.

Jan y Jozef decidieron cancelar y hacer señas a Václav para que bajara de la pequeña colina. Abortaban la misión. Algo había pasado y no podían correr riesgos.

Sin embargo, la última mirada al horizonte reveló al joven Václav un punto negro encarando la carretera. Como habían convenido en la oscura habitación de Praga, cogió el espejo de afeitar y envió el reflejo del sol a sus dos compañeros.

Todos, en un estado de excitación máximo, ocuparon sus puestos.

Nadie pensó que aquello fuera un asesinato, ni que ellos fueran asesinos, no, era un acto por su país y la libertad de muchas personas.

Tal y como habían previsto, y era lo normal, el conductor del coche redujo la velocidad para tomar la curva.

Ya no había marchar atrás. La rapidez y la agilidad de la acción era vital para que la sorpresa funcionara.

El coche estaba justo frente a Gabcik, él era el primero que debía de actuar.

Empezaba el baile.

II

Johannes aminoró como tenía por costumbre, a él le gustaba que su pasajero no notara ningún cambio en la conducción. Generalmente Heydrich iba leyendo en el asiento trasero. Johannes estaba orgulloso porque nunca giro alguno o cambio de velocidad habían obligado al teniente general a levantar la vista de los papeles o a hacerle algún reproche.

El Mercedes dobló la esquina y el chófer pudo ver cómo el hombre que parecía esperar el autobús dio un salto hacia ellos. Lo primero que pensó era que la llegada del auto le había asustado, pero pronto salió de su engaño. Comprendió que aquel loco apuntaba con un subfusil al jefe de la Gestapo.

Intentó acelerar, pero había perdido un tiempo precioso mirando hacia atrás para advertir a su jefe y solo pudo gritar.

—¡Cuidado, mi general!

Gabcik vio con espanto cómo su arma se había encasquillado. Sin duda no había sido buena idea esconder el subfusil bajo una capa de hierba previamente. Algo tan simple como la humedad ponía ahora su vida en juego.

Heydrich, experto soldado, debía aprovechar aquella situación y tomar una decisión: o decidía huir o hacía frente al ataque.

Tomó la peor de las decisiones para él.

Creyó que aquel era el atentado de un loco solitario, por lo que ordenó a Johannes que detuviera el coche y el chofer obedeció.

Heydrich sacó su pistola cuando el Mercedes se detuvo por completo.

Kubis salió de la seguridad de la sombra y entró en escena.

Viendo todo lo que había ocurrido, abrió rápidamente el maletín, lo dejó caer y arrojó la primera de las bombas hacia el coche.

En sus cálculos Gabcik debería haber disparado ya sobre el nazi, y por lo tanto él podía lanzar las bombas de más cerca, pero ahora la situación era

distinta, por lo que erró la distancia y la primera de las bombas explotó contra la rueda trasera del Mercedes.

La metralla impactó en el rostro del propio Kubis.

Cuando el ruido y la polvareda de la explosión empezó a diluirse, el teniente general Heydrich y su chofer Johannes salieron del coche destrozado con las armas cargadas y dispuestas.

—Mata a ese —gritó Heydrich señalando a Kubis—. Yo me encargo del otro.

Johannes Klein estaba desorientado por la explosión y apenas podía dar un paso sin tambalearse. Jan Kubis no estaba mucho mejor, cegado por la abundante sangre que manaba de su cabeza.

El chófer apuntó con su arma e intentó concretar el blanco, pero le era difícil mantener el arma recta. Kubis aprovechó para llegar hasta la bicicleta que había dejado aparcada y, sin mirar atrás, y con el convencimiento de que todo había sido un fracaso, escapó colina abajo.

Gabcik en un principio se quedó paralizado. Todo había salido mal y, lo que era peor, iban a morir allí.

Heydrich corría colina arriba hacia él. Estaba fuera de sí y le gritaba.

Jozef volvió a apuntar y el arma falló de nuevo. Lo que tenía en la mano como si fuera un tesoro era un arma inservible.

Ahora todo su pensamiento se centró en huir, pero no iba a ser sencillo.

Solo acertó a esconderse, de mala manera, detrás de un poste de telégrafos.

Miró desde su posición irrisoria, con la seguridad de que el nazi acabaría disparándole, pero de repente su suerte cambió.

El jefe de todo el entramado criminal alemán en Checoslovaquia se desplomó de repente y cayó al suelo.

Cuando la granada británica antitanque numero 73 modificada estalló al lado de la puerta trasera del Mercedes Cabriolet, las esquirlas le habían herido la espalda de gravedad.

Gabcik no lo pensó dos veces y huyó todo lo deprisa que pudo.

Hospital Bulovka, Praga

Varios peatones checos y alemanes habían acudido en socorro del oficial herido. En un principio todo era caos y confusión. Nadie sabía exactamente lo

que había ocurrido y mucho menos quien era aquel nazi que, carente de conocimiento y desmayado sobre la carretera, sangraba abundantemente.

Detuvieron una pequeña y antigua camioneta de reparto de pan. Uno de los hombres más poderosos de toda Europa llegaría junto a un panadero checo al lugar más cercano donde poder salvar su vida: el hospital Bulovka de Praga.

El silencio era sepulcral. Las paredes blancas retenían la tenue luz que entraba. Las escasas ventanas eran estrechas y la luz del día se debatía por iluminar el efímero pasillo.

—Ha perdido el conocimiento y mucha sangre.

Johannes estaba malherido también. Se dejó caer en una de las pocas sillas, pero toda su atención se centraba en el estado de su jefe.

—¡Rápido, a rayos X!

La identidad del nuevo paciente se había extendido de forma rápida por todo el hospital y varios médicos se hacían cargo ya de la situación. Había pasado media hora desde el atentado, pero nada cambiaba, no tenía ninguna noticia tranquilizadora.

Johannes descansaba con un cigarro en la boca, con la pierna derecha vendada al igual que la cabeza y un dolor intenso en una de sus costillas. Sin embargo, con toda la agilidad de la que fue capaz, se puso en pie y sacó la pistola.

Podía oír los gritos de Heydrich.

La puerta se abrió. Dos enfermeros portaban en una camilla al jefe de las SS. El médico que caminaba al lado del herido hablaba rápidamente.

—Señor, le vuelvo a repetir que el tiempo en su caso es oro. Los rayos X confirman su estado, es urgente que pase usted por el quirófano.

—Le repito que solo un especialista de Berlín me pondrá la mano encima.

Johannes dio un paso adelante y forzó a que la camilla parase en el estrecho pasillo del hospital.

—Su jefe tiene roto el diafragma y tiene fragmentos de metralla y tapicería del coche alojados en el bazo.

—¡Aggg! —Heydrich se retorció de nuevo en la camilla en un repentino espasmo.

—El dolor que debe de sufrir es enorme… y estamos perdiendo un tiempo valioso que no tenemos.

Johannes agarró la mano de Heydrich, pero este no se calmaba. Él entendía bien a su jefe. Acababan de sufrir un atentado contra su vida, sin

duda por un comando checo, y ahora se debía de poner en manos de médicos checos.

No era paranoia, todo iba más allá de la sospecha.

Se oyeron pasos a la carrera. Numerosos soldados alemanes tomaban el hospital y un oficial rubio platino llegó hasta ellos. Era Karl Wolff.

—Himmler y Hitler han sido informados y envían a Praga a sus médicos personales.

—Verá, señor —contestó el médico checo—, no dudo de la valía de esos dos colegas ni de la confianza que este paciente debe de tener en ellos, pero si no es operado de forma inmediata será muy tarde.

Wolff miró a Heydrich que, acurrucado por el dolor y en medio de espasmos violentos, observaba al médico checo.

—No me dejes aquí, amigo Karl, no me fío de ellos.

—El profesor Kark Gebhardt y el doctor Theodor Morell estarán aquí mañana, procedentes de Berlín. —Karl Wolff miró desafiante al médico.

—Dudo mucho que este hombre llegue vivo a mañana si no es intervenido urgentemente.

El médico checo habló con toda la contundencia y seguridad de la que fue capaz. Heydrich se encogió en un nuevo dolor que le rompía por dentro y, con la voz apagada y casi de forma inaudible, susurró:

—Adelante.

Karl Wolff era el ayudante de Himmler. Había estado en numerosas conversaciones entre su jefe en el mando y el Führer. Por lo tanto, sabía del valor que para el devenir de la guerra tenía Reinhard Heydrich. No le perdonarían que por una negligencia suya el jefe supremo de las SS muriera en aquel hospital checo.

—¿Cómo se llama, doctor?

El médico dio una especie de respingo y movió el cuerpo de forma incómoda. No esperaba aquella pregunta, no le había gustado el tono y todo lo que él suponía que podía significar. Amaba su profesión, y para él todos los hombres eran iguales en un quirófano. No se había esforzado años y años en formarse para ahora decidir quién vive y quién muere.

—Josef Hohlbaum —contestó el médico—. Soy el profesor de la Clínica Quirúrgica.

—Este hospital está tomado por mis hombres, doctor, y mañana cuando lleguen los dos médicos alemanes espero que todo esté correcto.

El doctor Josef Hohlbaum apartó con la mano a Karl Wolff y, sin tan siguiera mirarle a la cara, se dirigió a los dos enfermeros que muertos de

miedo habían sido testigos de todo lo que había pasado desde que aquel inesperado paciente había entrado por la puerta.

—Preparen a este hombre para quirófano.

Se paró en seco y se giró y, esta vez si, esta vez miró al oficial de las SS. Desterrando cualquier signo de miedo, elevó la voz casi en un rugido de mando:

—Ya han oído, caballeros, hay muchas vidas en juego.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga, 1942

La noticia había corrido como un reguero de pólvora por todo la pequeña fortaleza: ¡el teniente general de las SS y jefe de la Gestapo en Bohemia y Moravia había sufrido un atentado en Praga!

Si dentro del campo todos se esforzaban en parecer invisibles en un día normal, aquella mañana era excepcional. El silencio era el dueño de todo y las estrechas calles que separaban los barracones estaban vacías. Solo los comandos de trabajo mantenían la dolorosa rutina diaria.

Sin embargo, para Lof era un momento de triunfo y estaba exultante.

—¡¡El verdugo de Hitler!! ¡¡Ha caído el verdugo de Hitler!! —gritaba de un rincón a otro de los barracones.

Los hombres tenían la cabeza agachada. Los más veteranos en el campo sabían lo que podía pasar y las miradas entre ellos eran de miedo.

Habían intentado hacer callar al polaco, pero era imposible, cada vez gritaba más y ya se había subido en uno de los bancos para dirigirse a todos ellos.

—Ha quedado demostrado, la nave que tripulamos, a pesar de la estrechez del camino, esta siendo conducida a buen puerto —gritaba extasiado—. No nos dejemos engañar por la luces y señales que otros nos marcan, esa costa no es la correcta. ¡Por fin la nave se mueve, y ahora espera órdenes!

—¡Calla ya, insensato! —protestó alguien.

—Debemos confiar en nuestro mando fuera de estos muros, está haciendo todo lo posible para garantizar nuestro triunfo y la seguridad de nuestra existencia. Hay que ser fuertes y aguantar, pero debemos, aquí dentro, cumplir con nuestro deber.

Varios hombres se abalanzaron sobre él. Su locura podía llevarles a todos a una muerte segura. Sin embargo, embriagado por una furia incontrolada, el polaco gritaba y gritaba, sin que nadie fuera capaz de hacerle callar.

—¡¡Busca otro verdugo, Führer, este se va a pudrir bajo tierra!!

La puerta del barracón se abrió de golpe. Dos soldados precedieron al coronel del campo y con él entraba, totalmente desencajado, Samuel.

No se molestó en abrir la boca. Señalo a Lof que, con una estúpida sonrisa en sus labios, dejó de gritar. Le agarraron de mala manera y tirándole al suelo le bajaron del banco donde estaba subido. Empezaron a patearle por todo el cuerpo. El sonido de sus huesos al romperse era el único eco que retumbó en el silencio del barracón.

—Sáquenle fuera —gritó el coronel.

Arrastraron a Lof y le obligaron, a duras penas, a ponerse de rodillas en mitad del patio. Poco a poco la gente fue saliendo. No hacía falta que nadie les dijera nada, sabían que tenían que presenciar aquel horror.

El coronel y jefe del campo de concentración de Theresienstadt fue despacio hasta el prisionero. Con una de sus botas clavada en la espalda, obligo a Lof a bajar la cabeza. El polaco miro primero con furia a Samuel, para luego poco a poco bajar la cabeza.

Ahora parecía calmado, lleno de paz. Incluso días más tarde alguien diría que creyó ver una sonrisa en sus labios. Lo cierto es que, repleto de entereza y siendo consciente de lo que iba a suceder, el músico relajó todo su maltrecho cuerpo.

—Ya voy, mi vida —susurro Lof con voz cansada, llenando todo el silencio de la mañana—. Por fin estaremos juntos, Ane.

Seidl sacó con parsimonia la pistola Luger semiautomática. Nunca la había usado antes contra ningún hombre, solo en prácticas. Recordó su brusco retroceso y la agarro fuerte y con la mayor serenidad que pudo.

No le gustaba aquello, él no era un asesino, ni siquiera era soldado, pero sabía que era lo que sus mandos esperaban de él.

La decisión era sencilla. Debía optar entre seguir adelante, mantener el orden en el campo y conseguir toda la información, o el frente ruso de Stalingrado.

Era la diferencia entre vivir o morir.

Siegfried Seidl colocó la Luger en la nuca de Lof y disparó.

Samuel, que mantenía la llave agarrada, dio un leve respingo con el sonido del disparo y levantó la cabeza.

A él también acababan de matarle en aquel campo.

Todas la miradas de los cadavéricos rostros estaban fijas en él.

La prueba de rayos X a la que fue sometido confirmó la urgencia. Con el diafragma roto, no había la menor duda: Reinhard Heydrich debía ser operado lo más rápidamente posible.

Fragmentos de metralla y pelo de caballo de la tapicería del coche se alojaban peligrosamente en el bazo.

Habían pasado pocas horas cuando Heydrich fue conducido a quirófano.

Y la rabia se extendía por todo el nazismo.

A partir de ese momento todo era imprevisible, pero todo era inquietante.

La ley marcial estaba decretada. Cualquiera que ofreciese ayuda a los atacantes de Heydrich sería ejecutado junto con toda su familia.

Praga era una ciudad silenciosa, era una ciudad aterrorizada.

La policía era la dueña de la calle e intentaba impedir que los checos de etnia alemana atacaran bares, almacenes y tiendas checos.

En un principio la prensa controlada por el Protectorado alemán redujo la importancia del atentado, informando del éxito de la ofensiva alemana en el frente oriental.

Pero en privado las cosas eran muy diferentes.

En Berlín el nerviosismo se apoderaba de todo. Solo había pasado hora y media desde el intento de asesinato de Heydrich y el alto mando estaba reunido.

—Es imprescindible que atrapemos a los asesinos checos.

Goebbels se servía una copa de licor con el ceño arrugado. Era la tercera copa y sin embargo un extraño frío recorría su cuerpo desde que la noticia había roto la calma.

Himmler le miraba serio. Solo el leve golpeteo de sus dedos sobre el brazo del sillón rompía su rigidez.

—Me preocupa más el trasfondo de este atentado. No podemos dejar que esto siente un precedente.

Goebbels y Himmler se miraron con la misma idea en la cabeza, pero fue el tercer hombre que se encontraba en aquel engalanado despacho el que la convirtió en sonido.

Completamente fuera de sí, el Führer gritó:

—Nos enfrentaremos a este ataque con los medios más brutales. Lo checos deben de aprender de que, si disparan y matan a un oficial alemán,

este será sustituido por otro infinitamente peor.

Se colocó mirando hacia el mapa del frente oriental y dejó bajar su adrenalina.

—Decreto la ley marcial sobre todo el Protectorado. Cualquiera que ofrezca ayuda a los asesinos será ejecutado inmediatamente junto a toda su familia. Todo checo mayor de dieciséis años que no tenga los papeles identificativos será ejecutado.

—Algo más, mi Führer —dijo Goebbels.

El líder alemán, sin tan siquiera desviar la cabeza, continuó:

—Que se detengan el servicio de ferrocarril y todos los medios de transporte público, que se cierren cines y teatros, restaurantes y cafés. El Festival de Música de Praga queda suspendido y se establece el toque de queda desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.

Goebbels caminó hacia la puerta para informar de las órdenes del líder alemán, pero Himmler le detuvo con un gesto de su mano.

—También siguiendo las directrices de nuestro Führer se ofrece una recompensa de diez millones de coronas por la captura de los asesinos.

Hitler giró la cabeza y observó la media sonrisa de Himmler en los labios. Miró a Goebbels y con un gesto de la cabeza confirmó:

—Esas son mis órdenes.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga

I

La radio sonaba fuerte y el locutor parecía alterado por lo que sin duda estaba leyendo disciplinadamente:

> «Llegan noticias alarmantes desde Praga. Nuestro querido protector del Reich ha sufrido un ataque con bomba en un barrio de Praga. Su estado es preocupante. Que Londres haya informado tan pronto del ataque indica que debemos capturar a esos asesinos».

Siegfred Seidl apagó la radio y miró a Samuel. Estaba muy nervioso, daba vueltas como un león enjaulado. Era coronel de las SS y sabía que ese era el momento, para bien o para mal. Si ayudaba a dar solución al problema, su carrera dentro del Reich se dispararía; de otra forma podía acabar siendo uno más de los muchos que estarían en el frente ruso.

—¿Sabes, Samuel? Hitler en un principio había mandado matar a diez mil rehenes —el coronel empezó a servirse una nueva copa, y ya iban tres—; sin embargo algo o alguien le ha disuadido de esa idea. —El nazi se sentó dejándose caer desesperado en la silla—. Ahora las órdenes para todos son claras: debemos capturar a los asesinos.

Samuel pensaba con rapidez. Si conseguía ayudar a aquel hombre desesperado, tendría su billete de salida de Terezín.

—Se teme que este intento sea el inicio de una revuelta general en todo el Protectorado.

Seidl andaba por la estancia con las manos en la espalda. Parecía enjaulado y no daba muestras de querer hablar con Samuel. Repetía una y otra vez los hechos y repasaba las futuras consecuencias.

—Se ha iniciado la mayor acción policial jamás conocida. —Se paró y, ahora sí, miró a Samuel—. Praga está sellada por la policía, el ejército, la Gestapo y las SS. ¿Sabes lo que es eso? —preguntó de forma retórica—. Más de doce mil hombres están registrando toda la ciudad. —El nazi se sentó y

dejó escapar un suspiro sonoro—. Ni una sola casa, edificio o negocio de la maldita ciudad ha quedado sin examinar.

Miró serio al judío y le preguntó:

—¿Sabes que se ha conseguido?

Samuel negó con la cabeza.

—Nada, absolutamente nada. Arrestos por delitos sin importancia, pero nada relacionado con el intento de matar a Heydrich. Los autores del atentado siguen por ahí libres.

El alemán volvió a levantarse inquieto.

—Se ha detenido el servicio de ferrocarril y todo el transporte público. Se han cerrado cines y teatros, restaurantes y cafés. Incluso se ha interrumpido el Festival de Música de Praga. El toque de queda se ha establecido desde las nueve de la noche hasta las seis de la mañana.

El coronel bebió de un gran trago el caldo que todavía quedaba en la copa.

—Es mi momento —miró a Samuel—, nuestro momento.

El coronel en dos zancadas llegó hasta el judío, le agarró por la roída chaqueta y lo zarandeó.

—Si la información que sirve para agarrar a los autores del atentado viene de este campo, será bueno para mí —miró a Samuel y sonrió— y tú salvarás tu mísera vida.

Samuel entendía el momento: Dios, su Dios, al que hacía tiempo había abandonado, le daba un respiro.

—Mi vida no es suficiente —contestó mirando directamente a los ojos, como nunca había hecho, al coronel nazi. El silencio se prolongó durante un tiempo que a Samuel le pareció eterno.

Decidió ponerle fin.

—Mi hijo debe vivir.

El coronel de las SS, Siegfried Seidl, dueño absoluto de la vida y la muerte en el campo de Terezín, observó al judío desde detrás de la mesa de trabajo. Se pasaba la mano por la mejilla y observaba. Samuel podía sentir cómo el alemán se debatía en una lucha interna.

—¡¡Soldado!! —gritó.

Al instante la puerta del despacho se abrió y el soldado de guardia entró en la estancia.

—Vaya a las celdas y avise a Kurt. El niño no debe sufrir daño, ¿ha entendido?

El soldado, firmes y mirando a un punto indeterminado de la habitación, repitió el mensaje.

—Sí, mi coronel, localizo al jefe de policía Kurt Daluege y le aviso de que el niño no debe sufrir daño.

El soldado salió y la mirada entre alemán y judío se cruzó. Samuel notaba el fuerte palpitar de su corazón. Sabía lo que significaba lo que acababa de oír. Malvina estaba siendo interrogada. Justo en ese momento se dio cuenta de que lo único que le importaba ya era su hijo y la carga que colgaba de su cuello.

—Tengo que jugar mis cartas, Samuel. No tenía muy claro cuál sería tu predisposición en ayudar. Si colaboras, yo personalmente te sacaré de este agujero y conseguiré que salgas del país con tu hijo.

El alemán alargó una copa a Samuel.

—Es un trato, coronel, mi vida y la de mi hijo. Yo a cambio le entregaré a los autores del atentado.

Chocaron las copas y de un solo trago sellaron el acuerdo.

Ahora venía lo difícil.

—Praga está completamente sellada por la policía y el ejército. Han empezado a llegar nuevos prisioneros al campo.

El coronel volvió a llenar su copa, esta vez sin ofrecer nada a Samuel.

—¿Dónde están? —preguntó Samuel con un nuevo brillo en los ojos.

—Fuera, en el exterior, esperando a mañana para entrar.

Samuel se acercó despacio hasta la mesa donde el derrotado coronel lamentaba su desolación.

—Debo hablar yo con ellos primero, coronel.

—¿Por qué?

—Si se mezclan con los prisioneros del campo, no tendré ninguna oportunidad de ayudarle, coronel Seidl.

El alemán entendió lo que el judío le quería decir.

Sin duda aquella era su mejor jugada.

II

Malvina quería retener el inconfundible olor de su chal azul. Mientras lo hacía, acariciaba su prominente barriga en busca de consuelo. Quería transmitir todo el amor que pudiera a su hijo. Llevaba encerrada varias horas y no se quería engañar, sabía que todo aquel al que se llevaban no volvía.

No le dieron ninguna explicación. Eran los dueños de su vida, de todas las vidas que estaban en aquel campo.

No esperaba nada bueno, nada.

Tampoco de su marido, Samuel. Era un extraño para ella.

Miró con detalle cada rincón. Era una celda pequeña y húmeda. Surcos de arañazos irrumpían en la humedad de las paredes. La desesperación se reflejaba en aquellos tristes muros. Sentada en los duros muelles del catre, repasaba con tristeza toda su infancia, acompañada con el sonido del piano. Cada clase se repetía en su memoria y cada nota le llevaba a la sonrisa abierta de su madre. Eran los momentos felices de su pubertad. A cada nota, a cada acorde, la música de aquel piano la llevaba de la mano a la pintura que salía del corazón.

Samuel llegó a su vida entre colores alegres en la paleta. Cada día era de admiración por el hombre y por su destino, ligado a aquella llave que orgulloso llevaba sobre el pecho y que a ella le gustaba admirar. Largas historias que ella escuchaba embelesada: Toledo, Sevilla, Praga y los diferentes Samueles que, portadores de un destino, eran los guardianes de la familia.

Habían intentado desde el principio la llegada de un nuevo Samuel, pero a cada desilusión su marido se fue encerrando más en sí mismo. Las noches eran cada vez más duras y solitarias. La obsesión por descargar el destino de la llave a un nuevo portador mataba día a día a Samuel. ¿Cuándo dejaron de tocarse? ¿Cuándo fue la última vez que noto la suave caricia del aliento en su cuello? No recordaba el momento del último estremecimiento entre los brazos de Samuel. De pronto Praga estaba ocupada y ellos tratados peor que ganado. Empezó a dejar de sentir placer por cada gota de lluvia, y en cada trazado de sus lienzos el cielo era gris, lúgubre y tormentoso. Cada tarde en el gueto de Praga la pregunta era la misma: ¿sobreviviré hoy?

No había espacio para el amor. Sin embargo ocurrió.

Samuel lloraba silencioso. Solo el lento subir y bajar de sus hombros delataba sus lágrimas ocultas. Ya eran largas las semanas que apenas se tocaban. El Consejo de Ancianos, la sinagoga y las exigencias del Gobierno nazi hacían de Samuel un cúmulo de problemas y contradicciones con el amuleto que colgaba de su cuello.

Con el rescoldo de su amor se acercó a él, le abrazó y dejó que sobre su pecho se vertiera un mar de lágrimas.

Ninguno de los dos se había buscado, todo fue natural. Seguramente en el último y más sincero acto de amor entre ambos, la naturaleza siguió su curso.

Ahora, casi nueve meses después, los sentimientos se encontraban. El mundo no necesitaba más débiles. El pueblo judío no reclamaba una víctima

más. Malvina había odiado aquella maldita noche de debilidad, pero la realidad estaba dentro de ella.

Tan ensimismado estaba Samuel que ni la llegada del nuevo portador de la llave le hacía reaccionar.

Pero ¿y ella?, ¿quería dar a luz al hijo que llevaba en su vientre?

Definitivamente… sí.

La puerta chirrió de forma agresiva, se abrió y su corazón palpitó fuerte. Aquel ruido le devolvía a la realidad. Por vez primera en el tiempo que llevaba en el campo de Theresienstadt sintió miedo.

Un hombre fuerte, alto, rubio platino y ojos inexpresivos cerró la puerta tras mirarla un momento, sin dejar escapar ninguna emoción en su mirada.

Aquel hombre tenía una leyenda que le acompañaba como una sombra.

Se sentó frente a ella y le arrojó sus dibujos.

Malvina se dio cuenta, había perdido su partida particular. Si las SS y la Gestapo tenían esos dibujos, era que todo había sido inútil.

Recordó el día del engaño: los enviados de la Cruz Roja llegaron al campo y todo estaba dispuesto para ellos.

En la plaza mayor se había construido un café y frente a él un quiosco de música donde una orquesta de presos del campo tocaba música alegre.

Se construyó un espacio para los niños más pequeños, decorado con imágenes de animales, su cocina y sus duchas.

Era curioso todo aquello, allí donde los nacimientos estaban prohibidos y el aborto era obligatorio.

Obviamente contradecían la política de exterminio.

Recordó cómo el día anterior a la llegada de la Cruz Roja, paseando por el campo, se había reído a carcajadas de forma histérica al leer en un cruce de calles los paneles de colores con flechas: hacia el banco, hacia Correos, hacia la cafetería.

Se había limpiado y le había sacado brillo al enorme reloj que presidía la estación. Estaba muy bien decorado, pero siempre marcaba la misma hora.

La suerte fue cruel con ella. Fue elegida para servir como doncella, con cofia almidonada y todo, la gran comida de bienvenida ofrecida en una de las casas reformadas para la ocasión.

Sirviendo aquella mesa, y por lo tanto participando en aquella farsa en la que Samuel presidía mesa junto al coronel, escuchó conversaciones.

Y no pudo más.

—¿Y dice usted que son diez los fallecidos diariamente?

—Sí —respondió el coronel—, lo que nos da más o menos unos trescientos al mes. Pero es que nos llegan aquí en muy mal estado.

Ella sabía la verdad, y la verdad era cruel y atroz: cinco mil prisioneros morían en ese campo cada mes.

Malvina se escabulló y rápida rescató todos los dibujos que reflejaban la realidad y la crudeza de la vida allí. Dibujos hechos con el alma y el dolor, dibujos en los que la muerte y la desesperación eran de un negro intenso.

Malvina aprovechó el momento en el que el doctor Rossel, jefe de la expedición, recogía su abrigo para introducir en él los dibujos. Nadie pareció darse cuenta, solo un hombre la miraba directamente a los ojos: su marido y rabino Samuel.

No le importó, había tomado una decisión y siguió con ella.

«Esta es la verdad de este infierno».

Ahora esos dibujos estaban en el suelo de aquella celda.

Se sintió derrotada.

—Tenemos todo el tiempo del mundo.

El nazi se quitó la chaqueta y con cuidado la depositó en el respaldo de la silla que estaba colocada frente a Malvina. Se arremangó la camisa y una perfecta y luminosa sonrisa cubrió su rostro.

—Vas a contarme todo lo que sabes de lo que está ocurriendo fuera de este maldito campo.

Malvina miró incrédula al hombre que tenía frente a ella, hacía mucho tiempo que su mundo giraba en torno al campo de Terezín. Ella no sabía nada de lo que ocurría fuera de aquella prisión. Samuel hacía mucho que no hablaba con ella y todos sus esfuerzos se habían centrado en ayudar a los que estaban atrapados allí junto a ella.

Negó con la cabeza y levantó la mirada.

La sonrisa de aquel hombre le helaba el corazón.

Aunque intentaba dominarlo, el miedo se apoderó de su voz. De su garganta apenas salió un susurro:

—Yo no sé nada.

Poco a poco la sonrisa del alemán fue tornándose en un gesto de furia contenida. Se llevó la mano al bolsillo del pantalón y sacó una brillante pitillera. Con toda la parsimonia del mundo, encendió uno de los alargados y finos cigarros que había dentro. Alargó la pitillera hacia Malvina.

—Americanos.

La judía negó con la cabeza.

—¡¡Claro, se me olvidaba!! Estás embarazada.

El nazi cerró la pitillera y la guardó en el bolsillo.

—Voy a fumarme tranquilamente este cigarrillo. Es el tiempo que tienes para pensar qué me vas a contar.

—Yo no… —empezó a balbucear Malvina.

—No, no, no —le interrumpió el nazi levantando la mano—. Deja que fume en silencio y que saboree cada instante de este maravilloso sabor.

El nazi, sentado en la silla de madera enfrente de Malvina, expulsó despacio el humo y lo difuminó por la humedad de la celda.

La prisionera pudo oler con repugnancia y desagrado, cuando se acerco a escasos centímetros de su cuerpo, la mezcla entre alcohol y tabaco.

Gruesas lágrimas empezaron a bañar el rostro de la judía. Un grito desgarrador salió desde lo más profundo de su alma cuando escuchó la ultima frase del SS mientras degustaba el tabaco.

—De ti depende que tu hijo conozca este mundo y a su madre.

Hospital Bulovka, Praga, 31 de mayo de 1942

Llevaba varios minutos en la tórrida y silenciosa habitación. Le habían dicho que era posible hablar con el teniente general Heydrich y él necesitaba hablar con él.

Johannes, el chófer, no había podido dar una descripción clara de los atacantes, ni siquiera estaba seguro de cuántos eran. Le irritaba tanta torpeza. Él era un hombre diligente y no admitía a su alrededor gente lenta u obtusa a la hora de resolver los problemas.

Necesitaban detenerlos. El mundo entero estaba con la vista puesta en Praga y todo lo que sucediera en los próximos días sería vital. La propaganda inglesa estaba extendiendo el bulo de la muerte de Heydrich. La resistencia checa se estaba revitalizando, alimentada por la llama del atentado, completamente dormida hasta el fatídico suceso. Necesitaban responder de forma dura y contundente, pero sobre todo demostrar que nadie podía salir impune de un acto tan agresivo contra un alto cargo nazi.

Encendió su segundo cigarrillo y empezó a limpiar las gafas. Aquel era un gesto que solía hacer cuando estaba impaciente y algo nervioso.

Himmler no estaba acostumbrado a esperar.

Todo era aquí y ahora, solo el Führer se escapaba a sus órdenes.

Sin embargo, el hombre que estaba postrado en aquella cama era más temido que él. El jefe de la Policía Criminal, las SS, y la Gestapo, había sido

hasta ese momento despiadado y cruel como amo y señor de Bohemia y Moravia.

—Reinhard, amigo, ¿cómo estas? —Por fin el paciente había abierto los ojos. Una mirada fría y cristalina observaba a su visitante.

—El dolor… El dolor es insoportable. —Heydrich agarró con la poca fuerza que emanaba de su agotado cuerpo la mano que todavía enguantada le ofrecía Himmler.

Acababa de tener una breve conversación con los médicos alemanes. Estos le habían asegurado que todo lo que se podía hacer se había hecho. Desde hacía dos días el paciente tenía una infección en la cavidad estomacal. Padecía fiebres altas y, si estas no bajaban, estaban seguros de que Reinhard Heydrich entraría en coma. La septicemia estaba ganando al «cerebro y verdugo» de Hitler aquella batalla.

Himmler se levantó con la mandíbula tensionada por la rabia y la sed de venganza. Se marchó del cuarto con el temor renovado de que su amigo y compañero en aquella cruzada estaba al borde de la muerte.

Lidice

El ambiente, la atmosfera de todo lo que rodeaba Berlín era asesina. El Führer estaba decidido a emprender una acción de dura represalia.

«Emprender la completa aniquilación del pueblo bohemio de Lidice», era la escueta orden, fría, sin cálculos.

La orden llegada desde Berlín pedía el asesinato de todos los habitantes varones y la deportación de todas las mujeres a un campo de concentración. Los niños que fueran germanizables encontrarían acomodo en una familia alemana, los que no correrían la misma suerte que sus padres.

A 16 kilómetros de Praga, en el distrito minero de Kladno, un apacible pueblo rural de 483 habitantes, de los cuales 192 eran hombres, 196 mujeres y 95 niños, se ve envuelto en el problema Heydrich.

Contaba con escuela de dos aulas, una filial del banco Kampeliska, un molino, taller, cuerpo de bomberos, circulo de lectores y la pequeña pero preciosa iglesia de San Martín.

Y todo enredado por el destino.

Vaclav Riha era un joven vecino de Lidice, casado pero con una relación extramatrimonial. Esa relación amorosa llevaría más tarde a los alemanes hasta el pueblo de Lidice. Anna, una joven del lugar, trabajaba en el taller.

Vaclav, con el miedo a que su esposa se enterase, escribió a la joven Anna con el sobrenombre de Milan. Junto con otros vecinos y compañeros. Riha se había marchado a Inglaterra para unirse a la resistencia checa.

En la carta le pide que traslade a la familia Horak la noticia de que su hijo Pepik ha llegado a Inglaterra y se ha unido a ellos.

Sin embargo, el destino es caprichoso y cruel. Si Vaclav hubiera mandado esa carta a su esposa, esta podría haber descubierto su aventura amorosa.

Seguramente habría perdido su matrimonio.

De esta forma todos perdieron la vida.

La carta es entregada en el taller donde trabaja Anna, pero ese día ella no está.

El destino aquel día se reía, Dios estaba mirando hacia otro lado.

La misiva cae en manos de su jefe, Franti Pala, conocido colaboracionista checo, que, viendo el sello de Inglaterra, abre el sobre.

La mala redacción de Vaclav, el nerviosismo del momento y el uso de pseudónimos y palabras clave para evitar descubrir su identidad fortalecen la paranoia de la conspiración general en el pueblo de Lidice.

Las SS y la Gestapo de Praga, a pesar de las insustanciales pruebas, mantienen su arrebato de locura y remiten a Berlín sus anhelos de muerte.

Era 4 de junio de 1942, mientras Anna estaba siendo interrogada de forma brutal, llega la peor de las noticias para el Tercer Reich; a causa de las heridas sufridas, a su negativa a ser tratado por médicos no alemanes y a recibir transfusiones de sangre no aria, Reinhard Heydrich había muerto en el hospital.

Ahora ya sí que nadie podría salvar a Lidice.

Gueto de Theresienstadt, norte de Praga

Samuel caminaba desorientado por el campo. El olor de las letrinas cada día era más insoportable y los ancianos del campo, juntados en sucios barracones, morían a cientos.

¿Cómo le había dicho Malvina?

Sí, la suciedad.

La suciedad física y moral.

Sabia que no podía salvar a los dos, era imposible. Era la madre o el bebé. Vivir en aquel campo y revelarte contra los nazis era una locura. Se lo había advertido muchas veces, pero ella no escuchaba. Ahora sus malditos dibujos.

Y justo en el peor momento.

¿Cuándo dejó de importarle su vida espiritual? Se preocupaba de comer lo mejor posible y en definitiva de satisfacer las necesidades corporales.

No podía reprochar nada a su esposa, ahora eran dos desconocidos. Samuel decidió alejar a Malvina de sus pensamientos y centrarse en la tarea que podía ser su pasaporte para salir de aquel infierno.

Tenía la promesa del comandante Seidl y debía seguir adelante. El grupo de prisioneros nuevos esperaban fuera y Samuel debía de moverse rápido. Bordeó los barracones de los grupos de trabajo y cogió el camino que le llevaba al pequeño descampado. No le gustaba ir por allí, de hecho a nadie le gustaba. Las zanjas que delimitaban aquel camino siempre contenían los cuerpos de los últimos muertos del campo.

Intentó pasar lo más rápido posible y no mirar a los lados. Sin embargo, algo le llamó la atención. Se acercó dubitativo. Y por vez primera en mucho tiempo le rogó al Dios de su pueblo. Tembloroso se acercó a la zanja y miró. Las piernas le fallaron y dentro del pecho algo pareció apretarle el corazón.

Como siempre de forma instintiva cogió la llave de oro.

En el fondo de la zanja, un cadáver de mujer le miraba con ojos nublados por la falta de vida.

Todo aquello era una desafortunada pesadilla.

La mujer estaba tumbada de una forma antinatural y parecía que una sonrisa quería escapar de sus violáceos labios.

El cuerpo, desnudo y ensangrentado en las piernas y el vello púbico, cubría su pecho con un chal azul.

Lidice, 10 de junio de 1942

Rodean el pueblo. Todo es silencio y quietud. A lo lejos un perro deja de ladrar. Los doscientos soldados se han dividido en grupos de cinco y todos con la misma orden: caos y destrucción.

Todavía no ha amanecido cuando irrumpen una a una en todas las casas del pueblo. Van sacando a la gente a la calle.

No dan tiempo a nada ni siquiera a vestirse, no importa el frío o el pudor.

Veinte soldados destrozan el ayuntamiento y saquean el contenido de las arcas municipales. El banco es asaltado y los vecinos deben entregar todo el dinero y las joyas que posean en sus casas.

El padre Kladi viene corriendo detrás de un grupo de soldados. Estos han entrado en la iglesia y se llevan las reliquias.

El cura sigue gritando.

Un soldado saca su Luger y aprieta el gatillo. La cabeza del párroco de Lidice explota.

Nadie grita. El silencio ahora es total.

Es el primero de los muchos muertos que ese día va a morir en Lidice.

Las SS conducen, empujando como a ganado, a todos los vecinos a la plaza del pueblo. La gente está aterrorizada, han visto el triste y trágico final de su párroco.

Están separando a los hombres mayores de 16 años.

Un sargento se acerca a una de las mujeres y le grita:

—¿Dónde esta la granja de la familia Horak?

La mujer les señala el camino. El sargento manda llevar a mujeres y niños a la escuela.

Allí son encerrados con llave.

Los 192 hombres mayores de 16 años van llegando a la granja de la familia Horak.

La carta que el enamorado e infiel Vaclav Riha manda a la familia Horak para que estos sepan de su hijo Pepik sentencia la muerte de un pueblo.

Los soldados cubren uno de los muros con colchones.

Quieren evitar que las balas puedan rebotar.

Empiezan de cinco en cinco, pero alguien dice que hay que agilizar, el proceso puede ser largo a ese ritmo.

Mejor de diez en diez.

De los hombres de Lidice, ninguno pide clemencia. No saben por qué les matan, pero todos ellos mantienen la cabeza alta. Hasta el último momento miran a sus asesinos.

Algunos se cogen de la mano.

Los cadáveres se acumulan contra el muro. El pelotón de fusilamiento debe retroceder cada vez más.

A las 11:30 de la mañana 171 hombres habían sido fusilados, el pueblo saqueado, incendiado y arrasado con explosivos. Todo es grabado con cámaras.

El Führer quiere ver todo desde la tranquilidad de Berlín.

Theresienstadt, norte de Praga

¿Podría transmitir en esos momentos y en aquel lugar algo de amor? ¿Todavía era capaz de amar?

Miraba la cara del recién nacido y no podía creer aquel prodigio. El campo de Terezín no era lugar para milagros. Cada vez que la vida quería abrirse paso era cortada de raíz.

Observaba con atención desde el rincón de la habitación cómo el niño mamaba. El sonido al succionar le tenía atrapado. Su hijo pugnaba por la vida, ajeno a todo lo de alrededor. Una de sus manitas reposaba tranquila sobre la joven. El maná de la vida brotaba del pecho de una presa recién llegada al campo de concentración. La joven decía palabras de consuelo y amor, que sin duda iban dirigidas a ella misma. Su hijo había muerto en el traslado a Terezín desde Praga. Las lágrimas inundaban su joven rostro y ni una sola vez levantó la cabeza para mirar a Samuel.

Al igual que él era una prisionera de la miseria.

Mejor así, se sentía un ser despreciable, un ser que solo luchaba por mantenerse vivo.

—Como ves, yo estoy manteniendo mi palabra. El tiempo corre en nuestra contra, es cuestión de horas que la información fluya por algún lado. Si yo quiero tener un futuro tranquilo y brillante, y tú escapar con tu hijo de esta guerra, necesitamos que esa información salga de este campo. Himmler tendrá en cuenta quién consiguió la información que él tanto necesita y desea.

Seidl taladraba con la mirada a Samuel. Hasta ese momento se había comportado como un ser razonable y paciente, pero todo tenía su final, y estaba llegando.

Malvina, la esposa de Samuel, no sabía nada. Ninguna persona había resistido una dura sesión de interrogatorios con Kurt Daluege.

Este había demostrado su habilidad al salvar al niño. No llegaba a comprender cómo, pero mejor no preguntar.

—Desde Praga nos piden presos del campo para un trabajo cerca de aquí. Irás con los recién llegados. Relaciónate y consigue esa información.

El coronel salió de la habitación. Samuel mantuvo la mirada en el pequeño ser que se aferraba a la vida y que ahora plácidamente dormía acurrucado entre los brazos de la joven.

Samuel dudo un momento antes de salir. Quería comunicarse con aquella mujer, pero esta no había levantado la mirada hacia él. Mantenía la cabeza agachada y las lágrimas seguían bañando todo su rostro.

Como todos allí, era un muerto en vida.

Solo la tarea que le habían encomendado de alimentar a su hijo la mantenía viva.

Cerró la puerta tras él y se subió el cuello de su roída chaqueta. El frío taladraba los huesos. Miró a la entrada del campo y vio los camiones preparados para partir. Tomó aire y se encaminó para unirse al resto de presos. Podía sentir la mirada atenta del comandante desde la ventana de su despacho.

Tenía una oportunidad, solo una, pero no la dejaría escapar. Con paso lento y la cabeza gacha, se colocó en la fila donde más de treinta mujeres y hombres esperaban muertos de frío a subir a los vehículos.

Había pasado primero por las cocinas y llenado los bolsillos con trozos de pan. La situación en la que ahora se encontraba le hizo viajar en el tiempo. Tiempos más felices.

De joven había tenido un perro. Necesitó paciencia y habilidad para ganarse su confianza. El perro era callejero y, como un vagabundo, merodeaba por su barrio, sin acercarse a nadie y desconfiando de todo y de todos. Era un perro feo y desaliñado, pero su mirada era inteligente. Sin duda la experiencia de la calle y la vida que llevaba le aconsejaba no relajar los sentidos. Siempre alerta. Le llevó su tiempo hacer de aquel sagaz animal un socio fiel.

Se lo ganó con comida.

Ahora miraba las caras de sus compañeros de viaje y recordó al viejo animal. Rostros tensionados y ojos abiertos. La extrema delgadez de todos ellos marcada sobre todo en las miradas, unas miradas alerta a la posibilidad de encontrar alimento y cobijo.

El camión recorría despacio el camino que llevaba de Terezín hasta el pueblo de Lidice. Su trabajo estaba allí, nadie les había dicho qué tenían que hacer. Y nadie preguntaba.

Samuel miró al hombre que tenía a su lado. No sabría decir su edad, eso no era importante, y en las condiciones en las que todos estaban, difícil de adivinar. Por el tejido de su chaqueta y los puños de la camisa era un hombre acomodado.

—Se los van a quitar.

Samuel señaló los gemelos brillantes que cerraban la camisa del prisionero. El hombre miró a Samuel por primera vez y asintió con la cabeza.

—No importa —susurró—, hace tiempo que me robaron la dignidad, la familia y todo lo que me importaba en la vida.

Samuel sabía aquella historia de memoria, el campo de Terezín estaba lleno de ellas. Aquel hombre hacía tiempo que había pasado el periodo de incomprensión y rebeldía.

Samuel con disimulo metió la mano en su bolsillo y cogió un trozo de pan tierno. Volvió a recordar por un instante a su viejo perro *Texi*.

El hombre guardó raudo el pan, había conseguido un tesoro, y miró a Samuel con un brillo de agradecimiento en los ojos.

—Todos tenemos una amarga historia detrás. Mi nombre es Samuel, perdí a mi mujer recientemente. —Calló por un instante. Algo en su interior le oprimió el estomago—. Bueno, estos asesinos la mataron. Solo me queda luchar por mi hijo.

De nuevo el silencio, solo roto por el sonido del motor del camión y el ruido de cada bache de la polvorienta carretera.

El camino seguía y el tiempo se acababa. Cuando se disponía a lanzar una batería de preguntas al preso, este tocó su mano y con la cabeza señaló al final del camión.

—Ella —dijo.

Samuel observó la mujer que su compañero de viaje le decía: hombros caídos y cabeza agachada, ancha de espaldas. Sin duda era una mujer fuerte. El pelo, corto y revuelto. Por un momento sus miradas se cruzaron y Samuel reconoció el dolor en sus ojos azul claro y profundo. Aquella mirada la veía él todos los días en Terezín.

—A su marido le mataron delante de ella de un tiro en la cabeza. Aquello debió ser un error, porque al soldado que lo hizo le fusilaron.

—¿Es alemana? —preguntó Samuel.

—No, le querían interrogar —contestó el preso—. Parece ser que era guardabosques y que podía tener información. A ella la violaron los soldados y la equivocación del soldado matando a su marido salvó su vida.

—Y tú, ¿por qué sabes esa historia?

El preso miró a Samuel y sonrió débilmente mientras negaba con la cabeza.

—Un preso más y yo la salvamos hace dos noches antes de venir aquí. Se había intentado ahorcar.

El camión paró bruscamente y los gritos de los soldados llegaban hasta ellos. La parte trasera de la cabina del camión se abrió de golpe y la intensa luz de la mañana deslumbró sus ojos.

Samuel poco a poco fue acostumbrando su vista a la luz intensa de la mañana. Con la mano sobre su cabeza empezó a mirar alrededor. El

comandante no le había dicho a dónde iban y lo que vio le puso los pelos de punta. Aquello sin duda había sido un pueblo, ahora todo era destrucción y muerte.

El humo salía de cada rincón. La iglesia todavía estaba ardiendo y solo unos pocos muros permanecían en pie. Los soldados dinamitaban cada casa y con cada una de las explosiones gritaban celebrando entre risas.

A dondequiera que dirigiera la vista, había cadáveres. Mujeres, niños o animales. Todos muertos.

Samuel estaba centrado en su misión, pero era difícil no sentir repulsa por lo que veía. Los presos estaban siendo obligados a cavar una gran fosa común. Y mientras los presos esclavos de Terezín hacían ese trabajo, mujeres y niños todavía conmocionados eran cargados como reses en los camiones en los que habían venido ellos.

—¡Tú! —gritó el sargento dirigiéndose a Samuel—. Coge otro judío y empieza a recoger hierba para no dejar huella de nada.

El soldado le hizo una imperceptible señal con la cabeza, sin duda estaba al corriente de todo.

Seidl había previsto allanar su tarea.

Samuel no esperó más: se dirigió a la mujer y la agarró por el codo. Cargaron con dos grandes sacos vacíos. Debían llenar cada uno de ellos con la hierba del extenso y verde campo que les rodeaba.

Se alejaron del grupo y llegaron a una gran explanada. Samuel empezó a arrancar manojos de hierba y a meterlos en el saco que la mujer tenía abierto.

—Yo soy Samuel. ¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Jana —contestó sin levantar la vista del saco.

Samuel metió la mano en el bolsillo y le alargó un trozo de pan. Jana le miró con sorpresa, sin mover un músculo.

—*Matzá*, es galleta sin levadura —sonrió Samuel—. Solo harina y agua. Al igual que nuestros ancestros —Samuel intentaba sostener la mirada de Jana— que salieron de Egipto, la masa de este pan está sin leudar.

—Pan de la pobreza —contestó Jana observando por vez primera al hombre que todavía le alargaba aquel pedazo de *matzá*.

—No creo que sea lo más adecuado para el momento que vivimos —contestó llevándose el trozo de pan a su boca—. La *matzá* habla de libertad y de humildad. Nosotros estamos esclavizados y humillados.

Jana le dio la espalda y empezó a recoger la hierba para meterla en el enorme saco.

—Pronto seremos libres. La UVOD ya ha movido pieza con el asesinato del verdugo alemán.

Jana dejó de recoger hierba, se giró lentamente y, ladeando levemente la cabeza, preguntó:

—¿Tienes fe en la UVOD?

Samuel masticaba despacio. Los nervios le habían cerrado el estomago y, a pesar de no comer muy a menudo, era incapaz de tragar el trozo de pan.

—Son los únicos capaces de sacarnos de aquí. No creo en los ingleses.

Jana asintió en silencio.

—Ya sabes que mi nombre es Jana. Ahora, dime tú, ¿quién eres?

Era el momento de la verdad. Si Jana había tenido noticias desde dentro del campo de Terezín, no tendría nada que hacer, la mujer sería un muro para él. Si por el contrario no sabía nada, el hecho de decirle quién era y su cargo podía darle la ventaja de que esta se abriera a hablar con él.

—Mi nombre es Samuel Murmelstein y, como máximo representante del Consejo de Ancianos, estoy a tu disposición.

Jana se sentó sobre una leve elevación del terreno en forma de roca. Sus ojos se abrieron con cierta luz y por vez primera se tomó su tiempo para observar a Samuel.

—¿Eres rabino?

—Fui gran rabino de Viena. La guerra y los avatares de la vida me han llevado hasta Terezín.

—¿Dónde estaba nuestro Dios, rabino, cuando obligaron a mi esposo para que delatara a unos hombres a ver cómo me violaban una y otra vez? —Nuevas lágrimas llenaron los azules ojos de la mujer—. ¿Dónde estaba nuestro Dios rabino cuando mi esposo intentó ayudarme y, sin decir palabra, los soldados entre risas le metieron tres disparos en la cabeza?

Samuel alargó el doloroso silencio de forma intencionada. Ni debía ni quería responder a tan ardua pregunta.

Él necesitaba hacer las suyas.

—¿Tu marido sabía la información que buscan los nazis?

Samuel alargó otro trozo de *matzá* a Jana. La judía lo cogió, lo partió y jugueteó con un trozo pequeño antes de llevárselo a la boca. Parecía equilibrar la respuesta, mientras Samuel, sin mirarla, masticaba otro trozo de pan.

—Sí, mi marido Brelav era guardabosques en Nehvizdy. Encontró a los dos paracaidistas mandados por Londres. En la cantera cerca de nuestra casa. Uno estaba malherido. Les tuvimos en casa varios días.

—Entiendo —dijo Samuel, mientras intentaba no parecer todo lo ansioso que estaba—. Esos hombres son los que han atentado contra Heydrich.

—Sí —contestó Jana.

—Pero los alemanes necesitan más, esa información no les vale.

—Supongo que eso bastó para matar a Brelav. Nada más.

Samuel respiró despacio y en su cabeza seleccionó lo mejor que pudo cada palabra antes de formular la pregunta.

En sus años de rabino en Viena había aprendido que dar como verdadera una contestación facilitaba la respuesta.

—Y claro —dijo de pasada Samuel—, ahora tú sabes dónde están esos valientes.

—Sí —contestó la mujer, mientras Samuel cerraba los ojos dando gracias a Dios en silencio—. Y no —sentencio Jana.

Samuel retomó el pulso, volvía a la casilla de salida.

En su pecho el desprecio de sus antepasados le reprochaba sus actos en forma de llave.

Un disparo a lo lejos les avisaba de que debían volver ya. Recogieron deprisa los sacos llenos de hierba.

—¿Para que querrán toda esta hierba? —preguntó Jana.

—Van a cubrir con ella todas las huellas de la fosa.

—¡Dios mío! ¿Cuándo acabara este horror?

—Jana, cuando estemos en el campo de Terezín no digas a nadie lo que me has contado a mí. Serías interrogada y torturada.

Estaban ya a punto de llegar a los camiones, que de vuelta esperaban para llevarlos al campo de concentración.

—No me importa morir, quiero morir. No creo en la vida, no creo en Dios y mucho menos en los hombres.

—Yo… —empezó a decir el rabino.

—Pero no quiero que por mi culpa nadie pueda perder la vida. Yo no sé dónde están escondidos, pero sé el nombre de la persona que lo sabe.

Jana se frenó a pocos metros de los camiones y agarró a Samuel.

—Para todo lo que usted necesite de la UVOD su hombre es Karel Curda.

Praga

Había recibido un extraño mensaje. No sabía cómo calificarlo y eso le hacía estar incómodo. Las represalias contra la población civil checa estaban

siendo abrumadoras y crueles. Él era compañero de los paracaidistas escondidos y pertenecía al grupo checo Out Distance. Había sido entrenado por los mejores en Inglaterra. Instalar el radiofaro fue divertido y hacer continuos actos de sabotaje en todo el Protectorado de Bohemia y Moravia subía la adrenalina y la autoestima de todo un país.

Pero también estaba escondido, como un ratón en su ratonera.

Hacía tiempo ya que había perdido la tranquilidad.

Estaba en casa de su madre, en la región de Pardubice, Bohemia del Sur. Aquel era su escondite favorito cuando tenía que pensar o simplemente, como era el caso, dejar pasar los días.

Era un simple desván donde su niñez había sido alegre y feliz. Allí se aficionó a la lectura con Julio Verne y allí leyó su primera carta de amor. Todos los recuerdos que almacenaba en su interior de aquel pequeño cuartucho eran tiernos y buenos.

Miró la pila de periódicos atrasados que su madre le había dejado por la mañana y de nuevo sintió aquel escalofrío. Todo estaba relacionado con las sangrientas represiones a la población civil.

Hasta que la Gestapo no diera con el paradero de Gabcik y Kubis, la matanza sin piedad continuaría.

Y allí estaban en letras grandes, para que nadie fuera capaz de pasar la página indiferente, los nombres de los familiares ejecutados de sus compañeros paracaidistas.

Desde el piso de abajo, en el silencio ceremonioso de la casa, podía oír la radio. Llevaba toda la programación de la mañana con lo mismo: listas de personas fusiladas por los nazis.

Su madre le había hablado de la amnistía, pero tenía dudas y miedo. No confiaba en los nazis, estaba seguro de que le matarían. Y bien sabía Dios que no tenía miedo a morir, pero sí tenía pavor, y mucho, a que le interrogaran, a sufrir las crueles torturas de las que había oído hablar en infinidad de ocasiones. Sin embargo, por otra parte, él podía acabar con todas aquellas muertes.

Y cobrar las 10 000 coronas de recompensa.

Que todo iba unido.

Solo debía informar antes del 18 de junio.

En mitad de todas aquellas dudas, llegó su hermana. Lica siempre había sido una chica alegre, vivaz y bonita. Pero la muerte de su novio, meses antes de la boda, la tenía sumida en la más profunda de las tristezas. El UVOD fue su salvavidas. Empezó a sentirse útil y viva otra vez.

Ahora le rogaba que recibiera a un rabino.

Y allí estaba ante él, el máximo representante del Consejo de Ancianos, en la casa de su madre.

Samuel se sentó en el humilde taburete de madera y miró al hombre que tenía ante él. Fuerte constitución, pómulos agresivos y nariz robusta. Sus ojos grandes le miraban con inteligencia medida. Llevaba el pelo militar y las entradas que tenía en su cabeza daban a entender más de 35 años.

—Sargento mayor Karel Curda. —Samuel le estrechó la mano—. Soy Samuel Murmelstein y estoy aquí a título particular.

—Entiendo —contestó el sargento.

—Pero el tiempo apremia. Si yo he podido localizarle, no creo que más gente y con diferentes intenciones tarden mucho en dar con usted.

Karel Curda tragó con calma el humo del cigarro que acababa de encender, dejó descansar la colilla entre sus dedos y clavó la mirada en Samuel.

—¿Y cuáles son sus intenciones, rabino Samuel?

Tenía preparada aquella respuesta. Era la lógica y por lo tanto le salió natural:

—Yo no sé dónde se esconden los paracaidistas que mataron a Heydrich, pero usted sabe, al igual que yo, que son hombres muertos. Jamás podrán salir de Praga. Alargar esta situación solo provoca muertes de mujeres, niños y hombres inocentes. Usted puede poner fin a las represalias.

El sargento mayor Karel Curda apuró el cigarrillo, soltó el humo y lo apagó sobre el pequeño cenicero que había en la mesa. No le había ofrecido nada de beber a aquel hombre, no lo haría. Estaba incómodo y sucio por dentro. Sin embargo, sin querer, casi sin darse cuenta, lanzó la pregunta:

—¿Qué pasará con la recompensa de 10 000 coronas?

Samuel sintió júbilo interior. Sabía que lo había conseguido. La raza humana era la mayor enemiga de ella misma.



Era ya mediodía del día 16 de junio cuando el sargento mayor Karel Curda entraba por su propio pie en la sede de la Gestapo en el centro de Praga.

Sobre el palacio Petschek, una enorme bandera nazi.

Por la mañana el paracaidista y Samuel habían subido al tren que desde Bohemia Oriental les llevaba hasta a Praga.

Un ansioso, nervioso e impaciente coronel Silegfried Seidl espera a la entrada. Con un gesto paró a Samuel. Obviamente él no podía entrar allí y su trabajo terminaba. Ahora estaba en manos de aquel coronel en jefe del campo de Terezín.

Karel Curda se perdió por los estrechos pasillos acompañado de Seidl y del jefe de la Gestapo en Praga, Geschke.

De lo que aquel hombre cuente dependen su vida y la de su recién nacido hijo. Siente el roce de la llave en su cuerpo y maldice todo lo que ha tenido que hacer y vivir. Su padre le enseñó a amar los sueños, la esperanza de que un día no muy lejano juntos estarían en Toledoth, su cuna en la amada Sefarad. Recordaba cada instante del embriagador relato sobre sus ancestros. Samuel Ha Leví y la leyenda que ahora él llevaba colgada al cuello.

Su padre Samuel le hablaba en ladino y sobre todo le repetía una y otra vez la palabra que marco su niñez: *zajor*, memoria y justicia.

¿Qué justicia había en todo lo que había hecho él?

Aquella llave guardaba y sellaba el compromiso de no permitir que el olvido borrase la ignominia.

—«Recuerda, Samuel, la voz de la conciencia le recuerda al hombre que tiene la obligación de hacer justicia para ser hombre».

—*Zajor* —repite sentado a las puertas de su propia deshonra.

Samuel se encuentra algo perdido. Nadie le ha dicho nada y sabe que no puede volver a Terezín. Si eso ocurriera sería hombre muerto.

Si los nazis no le mataban, lo harían los judíos del campo.

Un Mercedes negro descapotado llega ceremonioso a la entrada del palacio Petschek. Samuel conoce al oficial que va sentado en el sillón trasero, con el brazo apoyado en la ventanilla, la mirada al frente y ni un gesto en la cara. Espera sentado e impertérrito a que uno de los soldados le abra la puerta del coche y entonces sale. Impecable, gabardina negra y gorra de plato brillante.

Es solo un instante, pero sus ojos se cruzan con los de Samuel. Fríos y vacíos.

Se para. No tiene prisa. Mete la mano en uno de los bolsillos y saca una brillante pitillera. Samuel sabía bien de aquellos cigarrillos, normalmente aparecían junto a los muertos de Theresienstadt.

Hay un hombre que fuma aquel tabaco americano.

Es el carnicero de Terezín, Kurt Daluege.

18 de junio de 1942

Era la una de la mañana cuando el coronel Seidl mandó despertar a Samuel. No había tenido ningún tipo de noticia desde que el sargento mayor Curda había hablado con la Gestapo. Se sentía engañado e inquieto. Los dos días que llevaba en el campo de Terezín habían sido incómodos e inseguros para él.

Solo el saber que su hijo estaba siendo cuidado y amamantado por la presa judía le hacía albergar esperanzas de que el coronel nazi cumpliría su parte del trato.

Le montaron en un viejo coche, a empujones y sin mediar palabra.

Era mejor no preguntar.

Al entrar en la sitiada ciudad de Praga se empezó a dar cuenta de todo lo que pasaba.

Habían dado con el paradero de los paracaidistas.

Había soldados formados por todas partes, sin duda esperando órdenes que todavía no habían llegado.

El coche paró frente al gran portón del cuartel general de la Gestapo y el acostumbrado escalofrío recorrió el cuerpo de Samuel.

Un soldado abrió la puerta y le gritó que bajara y le siguiera. No sabía qué pensar. ¿Sería ese su fin? Recorrieron un oscuro pasillo. Apenas una tenue luz salía de la destartalada bombilla que colgaba solitaria del techo. A uno y otro lado del pasillo escuchaba quejidos y gritos, que salían de las diferentes puertas de metal. Súplicas en hebreo y algún que otro insulto. Estaba en la zona donde la Gestapo hacía sus interrogatorios. Aquello no presagiaba nada bueno para él. El soldado llegó hasta la única puerta de madera de todo aquel horrible corredor y golpeó dos veces antes de abrir con aire marcial.

Era una invitación a entrar.

No necesitó mucho tiempo para hacerse cargo de la situación. Un pequeño catre era todo el mobiliario que había. Sobre la cama la joven judía amamantaba a su hijo.

Levantó la cabeza y le miró. Estaba temblando de miedo.

Quería poder decir algo para consolarla, pero a él también le tenía atrapado el miedo y la incertidumbre.

El niño empezó a llorar. La joven había alejado al bebe de su pecho y ahora tapaba su cara con ambas manos. Todo era muy cruel para ella. Samuel

se acercó y cogió a su hijo, lo puso sobre su hombro derecho y empezó a golpearle con suavidad en la espalda mientras él se movía lentamente.

Todavía no sabía por qué le habían llevado hasta aquel terrorífico lugar y tampoco entendía qué hacía allí su hijo. El niño soltó el aire bruscamente y dejó de llorar. Estaba empezando a quedarse dormido. Entonces Samuel escuchó pasos en el pasillo.

Iba a salir de dudas pronto.

Kurt Daluege entró en la celda.



El comandante de la brigada de las SS, Karl von Treuenfeld, era un hombre metódico. Amaba el ejército. Sin embargo, por avatares caprichosos del destino había terminado en las SS. Miró su reloj: eran las dos de la mañana de aquel nuevo día, 18 de junio. Tenía a su mando, dispuestos a todo, 800 hombres entre Gestapo y SS.

Y entonces el teléfono sonó.

Escuchó atento, ya estaba sobre aviso. Aquella llamada solo era para darle vía libre.

Colgó el auricular, se mesó su rubio cabello y se puso la gorra de plato. El despacho tenía un espejo de cuerpo entero y se observó en él. Siempre había soñado con vestir de uniforme y no había uno más bonito que aquel.

Salió de la habitación y esperó a que todo el mundo centrara la atención en él.

—Iglesia ortodoxa de los santos Cirilo y Metodio.

No hacía falta decir mucho más. Todo el mundo empezó a ponerse en movimiento. Como una acordeón o un *ballet* perfectamente entrenado, los más de 800 hombres enfilaron hasta la calle Resslova de Praga.

El Mercedes del comandante circulaba raudo por las solitarias calles de Praga. El camino entre el cuartel y la iglesia sita en la calle Resslova no era mucho.

—¿Contra cuántos hombres nos enfrentamos, mi comandante?

El jefe de la brigada esperó un momento antes de contestar, estaba incómodo.

—Eso está por confirmar, lo sabremos cuando les cojamos, pero las noticias son de que es un grupo de 3 o 4 paracaidistas checos.

El sargento Ross calló mientras miraba el abundante despliegue de tropas y medios que estaban acumulando.

Eran las 4 y 15 minutos de la mañana y todas las calles alrededor a la iglesia ortodoxa estaban cerradas. Por ahí no pasaría ni una mosca.

Los soldados habían desalojado a punta de pistola todas las casas que daban a la fachada principal de la iglesia. En cada ventana o balcón se instalaron nidos de ametralladoras.

—De esa forma no dejaremos que los paracaidistas checos puedan subir al tejado.

El sargento Ross esperó a que el comandante le felicitara por aquella buena idea, pero su superior estaba en otras cuitas.

Le habían exigido atrapar a aquellos 7 rebeldes en menos de 24 horas, y él sabía que bien armados y con suficientes víveres y agua aquello podía ir para largo.

Mandó traer en las calles adyacentes carros de combate y un pequeño cañón.

Si hacía falta él mataría moscas a cañonazos. Todo antes de enfrentarse a la furia de Himmler.

—Que empiece la Gestapo.

—A la orden, señor.

—Sargento.

—¿Sí, señor?

—Los queremos vivos.

Veinte hombres armados con fusiles y pistolas penetran en el interior de la iglesia. Avanzan escondiéndose entre los bancos y sumidos en la más intensa oscuridad de la noche.

Kubis se había presentado voluntario a la segunda guardia nocturna. Había elegido a Adolf y Jaroslav para que le acompañaran. Aquella era siempre la peor hora. No había dormido nada de 12 a 4 de la mañana, y luego sería casi imposible descansar con la claridad del día.

Le gustaban las discusiones que tenían entre los tres. Eran aficionados al fútbol y de diferentes equipos. Aquella noche estaban teniendo una acalorada discusión sobre el poco nivel de la liga checa, cuando un ruido les hizo callar bruscamente.

Había movimiento entre los bancos.

Su posición desde el coro era elevada de ventaja, por lo que Kubis no lo pensó dos veces.

—¡¡Fuego!! —gritó.

Parecía que podían mantener a los atacantes sin avanzar, y así pasó durante varias horas.

Pero nuevos soldados entraban y ocupaban el sitio de los que caían heridos o simplemente refrescaban las fuerzas.

Los sitiados no podían hacer nada semejante. Hacia las 7 de la mañana Adolf Opalka moría de un disparo que le atravesaba el pecho.

Cada vez entraban más soldados en la iglesia y ya no tenían munición. Kubis y Jaroslav estaban malheridos.

A Jaroslav solo le quedaba una miserable bala. Kubis estaba en el suelo, muerto o inconsciente. Los soldados ya estaban a dos metros. Cinco segundos, solo cinco necesitó para recordar a su familia, pedir a Dios que salvara a Checoslovaquia de la barbarie nazi y tener un último suspiro para su novia Mariadka. Cuando el primer soldado que llegaba hacia él alargó la mano para retenerle, Jaroslav se pegó un tiro en el corazón. Ahí estaba seguro de que no fallaría.

El sargento Ross se acercó a la camilla que salía de la iglesia. Sus soldados llevaban a uno de los rebeldes. Estaba sin sentido pero vivo. Sacó las tres fotos que le habían dado en el cuartel de la Gestapo y las observó con detenimiento. Hizo una seña para que se lo llevaran. Era importante poder hablar con él cuando se despertara.

—Mi comandante, tenemos a uno de ellos.

El comandante Karl Von Treuenfeld fumaba intranquilo. Aquello se alargaba en demasía.

—Es Jan Kubis.

El comandante tiró la colilla al suelo y la pisó descargando toda la rabia en ella.

—Que le lleven al hospital y le reanimen, debemos hablar con él.

—Ya está ordenado mi comandante.

El sargento esperó varios minutos. Conocía lo suficiente a Karl Von para saber que su mente era ágil y despierta, pero que no era hombre de actuar sobre el terreno.

—¿Cuántas fotos nos facilitó Curda? —preguntó al fin.

—Tres, señor.

—¿Los dos muertos corresponden a Gabcik y Valcik?

El sargento se rio para sí. Esa era la pregunta adecuada.

—No, mi comandante.

—Registren la iglesia.

El sargento Ross iba en cabeza. Habían hecho una especie de pinza desde la calle hasta el templo. Llegaron al coro. La sangre de los tres caídos cubría todo el suelo y todo estaba revuelto y en desorden. Las múltiples balas habían roto los bancos de madera en mil astillas.

—¡Sargento, debe de ver esto!

El sargento llegó hasta donde le indicaba el soldado y observó. En una baja y pequeña banqueta de madera había distintas ropas. El sargento cogió cazadoras y jerséis.

Sonrió.

—Desplegaos, todavía no hemos terminado.

Los soldados empezaron a dividirse por el templo en grupos de tres. Una cosa había quedado clara: aquella ropa no pertenecía a ninguno de los tres que ya estaban fuera de combate.

—Recordad —gritó el sargento Ross—, los queremos vivos.



Samuel estrechaba fuerte a su hijo entre sus brazos y el niño hizo un puchero antes de dar un pequeño y débil quejido.

Aquel hombre le ponía nervioso, al igual que a toda la población que ahora ocupaba el campo de Terezín.

Kurt Daluege está de pie ante él. Pitillera en mano y el rostro serio. Su presencia daba miedo y encogía el cuerpo. Completamente vestido de negro, el tres cuartos de cuero brillaba ante la palidez de su rostro.

La reacción de la joven judía fue instantánea: aparecer el nazi y acurrucarse en el rincón del catre fue todo uno.

En posición fetal y agarrándose fuerte las piernas, se balanceaba adelante y atrás.

En el silencio de la madrugada, y entre gritos apagados que venían de las otras celdas, se escuchaban sus gimoteos.

—No me caes bien, judío —empezó a hablar el alemán— y me importa una mierda la ayuda que has prestado.

Samuel agachó la cabeza. El trato continuo con los nazis le había enseñado una cosa: jamás había que sostenerles la mirada, eran imprevisibles. Las vidas de las personas estaban en sus manos.

La suya en ese momento no valía nada.

Y les era indiferente la vida de un judío. Era como pisar un mosquito molesto.

—El Protectorado ha redactado este salvoconducto para ti y tu… cría. —Tiró el sobre al suelo de la celda de mala manera.

Samuel se agachó para recoger el papel y el nazi lo lanzó contra una de las paredes de la celda de una patada en el costado.

Le era difícil respirar. La baba le resbalaba por la barbilla e intentó que el bebe no cayera al suelo.

Kurt Daluege se puso en cuclillas al lado de él, cerca muy cerca de su rostro.

—Tu mujer fue valiente al principio.

Samuel cerró los ojos. No le había dado tiempo a llorar a Malvina. Tenía una misión y primero debía cumplirla.

¡Pero esto! Dios le estaba castigando.

—Insultó, pataleó e intento pegarme. Una fierecilla judía, fue divertido. Tengo la intuición de que tu mujer tiene, perdón, tenía —una sonrisa de lado a lado cruzó la cara del nazi— más cojones que tú.

Samuel no debía caer en la trampa. Había trabajado mucho para conseguir aquel trozo de papel y aquel asesino intentaba provocar una reacción que le diera la excusa para matarle.

Se humillaría una vez más. Ahora tenía claro que su misión era sacar a su hijo de allí.

Era el nuevo portador de aquella llave.

—Pero ¿sabes? —prosiguió el nazi—, a la hora escasa de interrogatorio y de divertirme un poco con ella, podía oler su miedo.

Samuel estrechó a su hijo más fuerte y siguió mirando al suelo. Solo los gimoteos de la judía a su espalda rompían su silencio.

—Se orinó como una perra judía —Kurt se levantó—, y entonces al igual que ahora dejé de disfrutar.

Se colocó el tres cuartos negro y se ajustó la gorra. Dedo a dedo repasó los elegantes guantes del mismo color de su atuendo. Cuando pareció satisfecho, sacó la Luger P38 calibre 9 mm del bolsillo.

—Es curioso que yo haya traído al mundo a un perro judío. Debería ser su padrino.

Apuntó con la pistola en la cabeza del bebe y sonrío reflejando al mismísimo diablo en aquel gesto.

—Márchate con tu hijo.

Samuel no esperó ni un segundo. Sacó fuerzas de donde casi no las tenía y recogió el papel que les otorgaba la vida. Se puso en pie y miró a la joven, que seguía acurrucada en el rincón del catre.

Un sonoro disparo rasgó el aire de la celda y los sesos de la joven judía se esparcieron por toda la sucia pared.

—Ocúpate tú ahora de la alimentación del niño. El Tercer Reich acaba de cortar el suministro.

Mientras Samuel apretaba el paso por el oscuro pasillo hacia la libertad, podía escuchar la sonora risa llegada desde el infierno.

La letanía de una lejana música de su infancia resonaba en su cerebro.

Tenía que conseguirlo, empezar de nuevo.

Llevaba a Samuel en sus brazos y la llave segura espera su nuevo destino.

Zajor.



Llevaban horas registrando a fondo todo el edificio, el resultado era nulo. El comandante Karl Von caminaba nervioso por toda la calle Resslova. Las noticias que le habían llegado desde el hospital no podían ser peores.

Jan Kubis, que había salido vivo de la iglesia y que había sido llevado al hospital de las SS, en ningún momento había recuperado la consciencia. Y ante la gravedad de las heridas, había muerto.

Fumaba nervioso, sabía que sus mandos no eran muy comprensivos y que todo aquello podía acabar mal para él. Seidl había sido ascendido por encontrar la fuente que les había llevado hasta la iglesia.

Pero él podía acabar en el frente ruso.

—Señor, hemos encontrado una trampilla.

—Bien… ¿Y?

—Lleva a las catacumbas del templo.

—Desplegad a todos los hombres. Sargento —Ross se volvió a mirar a su comandante—, quiero ante mí al sacerdote residente de esta iglesia.

Vladimir Petrek era un hombre pequeño pero fuerte. Un enorme bigote ocultaba toda su boca y dificultaba ver cualquier gesto de su cara. Por eso cuando el sargento Ross le golpeó por segunda vez no pudo distinguir si el sacerdote reía o mostraba su desagrado ante el interrogatorio del soldado.

Llevaba días alimentando a aquellos hombres, les había llevado mantas y algún que otro libro.

Eran jóvenes, casi unos niños. Y luchaban por todos ellos.

Por él también.

Aquel era un templo que hablaba del amor, y sin embargo cientos de soldados armados irrumpían en la casa de Dios.

Sin embargo, era el propio Dios el que les ponía a todos en una difícil situación.

—Soy un hombre de fe.

—Nos importa poco lo que tú seas. —Ross apuntó con la pistola sobre la sien del padre Petrek—. Última vez que te lo digo: ¿hay alguien escondido ahí abajo?

El sacerdote cogió el gran escapulario que colgaba de su cuello. La imagen de Jesucristo miraba al frente. Y la besó.

—Que Dios me perdone.

Suspiró hondo y asintió con la cabeza. El sargento sacó las fotos que tenía en el bolsillo. Apartó la de Kubis y le mostró al padre ortodoxo las otras dos.

—¿Son estos?

—Sí.

El sacerdote agarró por el brazo al sargento y le detuvo.

—Dejen que hable con ellos. Esto es una iglesia al servicio de Dios.

El nazi apagó la colilla con su bota militar y calibró posibilidades. No tenía nada que perder, y si así se iban todos antes a casa, mejor.

—Le doy diez minutos.

Petrek se santiguó delante de la cripta y empezó a descender a los recintos subterráneos, las catacumbas del templo.

¿Qué podía decirles? Él les admiraba y les había dado todo su apoyo. Todavía creía en el bien, creía en los hombres.

Fue Gabcik el que vio llegar al sacerdote, desde su puesto de guardia. Aquel hombre había accedido a ocultarles allí y se jugaba la vida al igual que todos ellos.

Dejaron que aquel hombre de Dios se acercara. Eran cuatro. Habían empezado aquella aventura siete.

—Tenéis que terminar con esta locura de muerte, hijos míos.

Los cuatro paracaidistas checos le miraban con los rostros marcados por el cansancio. Llevaban días sin dormir bien y apenas sin comer.

—Es imposible que salgáis de aquí, el templo está completamente acordonado. Entre Gestapo y SS hay cientos ahí fuera.

Miró los rostros de cada uno de ellos y vio la duda.

—El mundo entero esta pendiente de vosotros. Heydrich está muerto y toda Checoslovaquia orgullosa.

Gabcik y Valcik se miraron y asintieron con un leve gesto, los dos pensaban lo mismo. Gabcik cogió la mano del sacerdote y la besó. Uno a uno los otros tres hicieron lo mismo.

—Rece por nosotros, padre. Hace tiempo que morimos, este tiempo está de más.

Valcik abrazó al cura y le instó a salir.

Cuando el padre Vladimir Petrek llegó a la altura de los soldados nazis, un grito alto y claro llegó desde las catacumbas del templo:

—¡Somos checos y jamás nos rendiremos!, ¿oyen? ¡Jamás!

Durante más de cuatro horas las SS bombardearon el sótano con gases lacrimógenos y agua.

La respuesta era dura. Cada soldado alemán que asomaba por el estrecho túnel era abatido por el fuego checo.

Finalmente utilizaron la dinamita para ampliar la entrada. Habían descubierto debajo de una roída alfombra, cerca del altar del templo, una nueva entrada a los subterráneos.

Cuando el humo y la polvareda se disipó, apareció ante ellos una escalera que les llevaba directamente a la cripta.

Y allí era donde se ocultaban los paracaidistas.

Llevaban horas librando una lucha a muerte.

Las SS no podían pasar de la mitad de la escalera, allí el fuego de los defensores les detenía junto al polvo y la oscuridad. Pero lentamente los cuatro checos fueron agotando su munición y su fuerza física.

Gabcik abrazó uno a uno a sus compañeros. Valcik hizo lo mismo. Svarc y Hruby comprendieron.

No cumplirían el deseo de los nazis de capturarlos vivos.

Se agarraron de la mano, en círculo.

Y uno tras otro pusieron fin a aquella aventura, y con ello a sus vidas también.

Solo Dios sabe quién fue el último en apretar el gatillo.

Jerusalén, 14 de mayo de 1948

Solo quedaba un día, solo uno. El mandato británico llegaba a su fin. David Ben Gurión acababa de proclamar en el museo de Tel-Aviv la independencia del Estado de Israel.

Se dejó llevar por la muchedumbre que gritaba y bailaba calle abajo.

Sin embargo, él miraba todo de reojo. La vida le había enseñado a tener una visión mucho más amplia de las cosas.

Él sabía que desde ese momento el Imperio británico los dejaría solos allí y que desde entonces les acecharía el verdadero peligro.

La riada de gente le llevaba al Muro Oeste.

Herodes lo había levantado en el año 20 a. de C. para soportar el peso de la explanada del templo.

Ahora aquel muro soportaba el peso de miles de pecados.

Hacía más de seis años que estaba allí. Le gustaba bajar a dar gracias a Dios y tocar las diferentes piedras.

Iban a pie desde la puerta de los Escombros y su hijo Samuel corría alegre delante de él.

Sacó del bolsillo su viejo Yarmulka de piel y se encaminó a la zona norte.

Estaba viejo y cansado, su vida no había sido fácil. Numerosas equivocaciones le habían forjado como un hombre solitario.

Su nueva vida era Samuel.

Año tras año había escogido días especiales para que su alma judía volviera sobre sí misma.

El *Talmud* y la tradición.

Necesitaba reencontrarse con el pueblo de la Alianza.

Había faltado al mandato que su sangre le obligaba a cumplir.

Zajor.

¿Podría ensalzar al Dador de la *Torá*, implorar su perdón?

Cogió la mano de su hijo y desanduvo el camino. Notaba que su tiempo llegaba a su fin. Dios le daría el tiempo justo para prepararle.

—¿Dónde vamos, padre? —Samuel miraba la alegría de la gente. Ansioso y feliz, deseaba unirse a ellos.

—Tengo que contarte una historia, Samuel.

Le gustaban las historias. El niño miró por un momento el bullicio de la gente y sonrío a su padre.

—¿Es bonita?

Los golpes y las huellas de la vida habían hecho que el rostro de Samuel estuviera ajado. Consiguió que su joven hijo no viera las dos gruesas lágrimas

que corrían por él.

—La más bonita.

—¿Salen niños?

—Muchos, muchos niños. Todos muy valientes, como tú. Es la historia de una familia, de un pueblo…, de una llave.

TERCERA PARTE

Peshawar, 11 de agosto de 1988

Peshawar es una ciudad fundada en el siglo I d. C. La palabra viene del sánscrito y significa «ciudad de Dios». Al oeste del río Indo, es hoy una de las principales ciudades de Pakistán. Principal centro de la antigua Ruta de la Seda, es un importante cruce de culturas dentro de Asia.

Peshawar era un auténtico hervidero donde se fundían servicios secretos y medios de comunicación de todo el globo. Las calles de la ciudad mezclaban lenguas y vestimentas de variopintas nacionalidades. Todo parecía cosmopolita al transitar por allí, y sin embargo el verdadero dueño de aquellas calles era el dinero. El contrabando de armas y de piezas de museo fluía dentro del bazar en las arterias de la ciudad.

Había recibido un interesante mensaje, y él no era de dejar atrás los retos que le podían proporcionar arduos debates.

En esa reunión vería a los líderes de Al-Yihad.

Gustaba siempre de ir acompañado de su amigo Azzam, un palestino que supervisaba el reclutamiento de árabes para su ilusionante guerra. En verdad había sido el propio Azzam el organizador de aquella reunión.

El jeque Abdullah Azzam era una versión actualizada del clérigo guerrero. Exaltado y apasionado en todo lo que hacía, llevaba como ley el arraigo de la tradición islámica. Para Azzam Afganistán solo era el comienzo de la Yihad. Entre los territorios que contemplaba como futuro Estado islámico se incluían las repúblicas soviéticas del sur, Bosnia, Filipinas, Cachemira, Asia Central, Somalia, Eritrea y España.

Sin embargo, lo primero era Palestina. Azzam había ayudado a crear Hamás, movimiento de resistencia palestino. Se basaba en los Hermanos

Musulmanes. Azzam pretendía adiestrar combatientes de Hamás en Afganistán para después luchar en Israel.

Abu Musab al-Suri miró a su idolatrado amigo y sonrió con disimulo. Azzam era capaz de mezclar, sin caer en la contradicción, la piedad con una intransigencia algo sanguinaria.

—Estamos llegando.

Azzam señaló una humilde cabaña de ladrillo rojo. La cabaña era de un solo piso y algo maltrecha. Del techo de paja salía humo del fuego que sin duda calentaba aquella pobre estancia. Era un día extraño y especial.

Extraño porque nevaba copiosamente en pleno mes de agosto.

Especial porque de lo que allí hablaran dependería el futuro y el devenir de todos los allí reunidos.

Azzam se paró ante la puerta y, antes de llamar tres veces y de forma irregular como habían acordado, arregló su *kufiya* blanca y negra palestina, que siempre gustaba llevar alrededor del cuello.

Abu Musab era pelirrojo, con ojos verdes y una complexión atlética. Había nacido en Alepo y allí se había graduado como ingeniero.

Desde 1980 era miembro de la rama siria de Hermanos Musulmanes.

Sin embargo era conocido como el Español, ya que en 1985 se había trasladado a España, donde se había casado con una mujer del país tras conseguir la nacionalidad española.

Un hombre espigado y joven les abrió la puerta. Al fondo junto al hogar el doctor Fadl y Ayman Al-Zawahiri calentaban sus manos.

El joven empezó a repartir vasos con te hirviendo y sin decir palabra señaló las sencillas banquetas.

Todos fueron sentándose alrededor del fuego.

—Hemos ganado —empezó el doctor Fadl.

—Pero no es suficiente —remató Al-Zawahiri—. Ahora que los soviéticos han anunciado ya que se marchan de Afganistán, es hora de prepararnos.

—Por eso mismo estamos aquí —Azzam tomó la palabra—. No todos tenemos los mismos sueños.

Azzam miró a Al-Zawahiri mientras daba un pequeño sorbo al humeante vaso de té que tenía entre las manos.

Al-Zawahiri era un hombre algo grueso, de cara redondeada y duras gafas de pasta. Pero, lo más importante de todo, era respetado como dirigente de al-Yihad. Su currículum era amplio. Había fundado una pequeña célula contra el Gobierno egipcio con tan solo quince años. Encarcelado tras el asesinato de

Sadat, sufrió torturas en la cárcel, de donde consiguió salir tres años más tarde. Junto a Fadl había construido el grupo al-Yihad.

Ahora lo tenía claro: tras la guerra contra la ocupación soviética, el único objetivo posible debía ser el derrocamiento del Gobierno egipcio y la creación de un Estado islamista.

Sin embargo, sabía que no todos pensaban como él.

—Tenemos hombres bien preparados para derrocar al Gobierno egipcio —dijo Al-Zawahiri.

Las miradas ahora se centraron en Azzam.

—No debemos consentir la ocupación de Palestina ni un segundo más.

El doctor Fadl levantó la mano. Sabía que estaban a punto de entrar en una disputa vieja y ya conocida entre ellos. Azzam pensaba una cosa, Al-Zawahiri otra, y así nunca avanzarían en nada.

—Vayamos al principio de las cosas. —Todos le miraron atentos. Fadl era un hombre respetado y sus libros, guías espirituales.

—El Corán —dio el último sorbo a su té y dejó el vaso sobre la humilde mesa de madera— declara que «no hay coacción posible en la religión».

—Pero eso no implica… —empezó a decir Azzam.

—La *sharia* —le cortó Fadl—. Solo mediante la *sharia* y su código jurídico, inspirado en el Corán, todos tendremos una vida llena. Los dichos del profeta Mahoma deben regir los aspectos de la vida.

El joven, delgado y de fina barba, volvió a llenar el vaso del doctor Fadl mientras este seguía hablando:

—La humanidad está amenazada con una continuada pérdida de valores. Occidente perdió el paso y ya hemos visto cómo el marxismo ha fracasado. Ha llegado el turno del islam.

Ayman Al-Zawahiri se incorporó nervioso. Mientras pensaba y se debatía internamente, se ajustó la ropa. Se había acostumbrado a llevar el *salwar kamiz*, la túnica larga y los pantalones holgados tan tradicionales en aquellas regiones.

—Fadl, tú eres un buen escritor, todos te admiramos. Pero debes de reconocer que también eres un teórico. La lucha sobre el terreno es otra cosa.

—Y mi esfuerzo es dirigir esa lucha al mejor sitio —contestó Fadl.

—Y ese sitio es Egipto, donde podemos proclamar el estado islamista. ¡Desde allí empezaremos a expandirnos, a devolver la grandeza al califato! —gritó Al-Zawahiri.

—El islam es la última palabra de Dios y los musulmanes lo han olvidado debido a su fascinación por Occidente. Debemos colocar otra vez al islam

como centro de sus vidas. Los judíos y Palestina deben ser nuestro primer objetivo —dijo desafiante Azzam.

Los planes de Azzam para Palestina no eran muy compatibles con el proyecto de Zawahiri de golpear Egipto.

—No es momento de buscar una lucha de musulmanes contra musulmanes —finalizó.

El silencio volvió a reinar en la casa. Volvían a la casilla de salida, y era algo repetitivo. Si ellos no se organizaban y priorizaban, no tendrían éxito.

Abu Musad, el Español, tomó la palabra:

—Todos estamos unidos por haber compartido experiencias y divididos por los objetivos de futuro. Pero es momento de ser inteligentes. En cuanto los soviéticos salgan de Afganistán los árabes se dispersaran, y seguramente empezará una guerra entre los afganos.

El Español notó todas las miradas puestas en él, mientras el joven árabe que les había recibido, de espaldas a ellos, y como si él no tuviera nada que decir en aquella reunión, calentaba más té.

—Debemos crear un grupo de árabes independientes y tomar una dirección. Hace tiempo de la construcción de la Guarida del León y no hemos conseguido nada. Seguimos excluidos de la verdadera lucha. Hemos formado a los jóvenes, sí, pero es el momento de dar un paso más.

Todos parecían esperar una respuesta. El joven alto y flacucho se sentó por vez primera, dejó su vaso sobre la mesa y jugueteó tranquilo con el pico de su casulla. Sonrió y miró despacio alrededor. Sus modales eran cuidados y comedidos. Su rostro joven y aquella barba todavía incipiente reflejaban cierta paz interior que medía cada uno de sus movimientos.

—Soy solo una persona —empezó a decir el joven— y ha pasado un largo año y medio desde que en la cueva de la Guarida del León preparamos nuestra particular guerra contra el marxismo de los soviéticos. En ese tiempo hemos formado y hemos creado confianza a los hermanos que han llegado. No hemos puesto en marcha ni creado ninguna organización. En cuanto a nuestros hermanos egipcios —el joven agachó la cabeza en signo de agradecimiento ante Zawahiri—, no podemos ignorar que han estado a nuestro lado en los peores momentos. Pero hemos perdido mucho tiempo. Más de 400 jóvenes entrenados, obedientes y fieles están listos para ser usados.

Zawahiri y Azzam se miraron. Ambos se disputaban el futuro de la Yihad, pero necesitaban el apoyo de aquel joven y rico saudí.

—Votemos, por la formación de una nueva organización, que mantenga viva la Yihad —pidió el joven—. Será una facción islámica organizada para propagar la palabra de Dios, y que su religión salga victoriosa. Los árabes recibirán formación y los que superen el campamento entrarán en ella.

La votación fue rápida. Todos decidieron su creación. Vendrían muchas más reuniones después, pero el primer paso estaba dado. Los hombres más importantes del islam religioso se habían unido aquel día. Uno a uno los invitados fueron marchándose de la humilde casa. El frío fuera les hizo salir corriendo tras una breve despedida.

Gruesos copos de nieve embarraban las calles y un viento congelado proveniente de las próximas montañas taladraba los huesos. Sin embargo se demoró en la puerta viendo partir a los que habían sido sus invitados. Alá era grande, el reloj del islam se había puesto en marcha. Cuando el joven saudí cerro la puerta sonrió. Habían decidido el nombre de la organización y, como no podía ser de otra manera, su opinión prevaleció: se llamaría Al-Qaeda.

Nadie lo sabía, solo el doctor Fadl. Los cimientos y las bases de aquella nueva organización hacía meses que estaban en marcha.

Fadl era el que había abogado por que todos los miembros de aquella reunión le dieran su apoyo.

¿Pero cuáles eran sus prioridades? No eran las mismas de Azzam o Zawahiri, era reacio a participar en la Intifada contra Israel, aunque odiaba a Yasir Arafat porque era laico. Pero tampoco le entusiasmaba la guerra contra los Gobiernos árabes.

El dinero no era problema para él. Empezaría a adiestrar a los numerosos jóvenes que empezaban a llegar.

El futuro les sonreía.

Insh'Allah.

El joven Osama Bin Laden empezó a recoger los vasos.

Jerusalén

Sus sentimientos estaban a flor de piel. Un mar de confusiones explotaban dentro de su corazón. El sol radiante que le hacía entrecerrar los ojos, a pesar de sus oscuras gafas, era la mayor de las contradicciones. En un día radiante, lleno de luz y con aquel inconfundible cielo azul que habitualmente bañaba Jerusalén, él enterraba a su padre.

El cementerio judío del Monte de los Olivos tenía más de 3000 años de antigüedad, provenía del periodo del Primer Templo. Samuel miraba perdido en su interior todo lo que le rodeaba. Las numerosas y bellas tumbas, diferentes épocas y diferentes historias.

Historias llenas de vida y muerte, como la de su padre.

—Hijo, solo una cosa te pido —un viejo y dañado Samuel hacía esfuerzos por comunicarse con su joven hijo—: entierra este viejo y cansado cuerpo en suelo sagrado.

Aquella fue la última conversación que pudo mantener con su anciano y moribundo padre.

Samuel notó correr una ligera lágrima por su rostro. Giró la cabeza y vio a lo lejos la iglesia de Getsemaní, allí a lo lejos, entre escasos olivos. Aquel era el lugar donde los soldados de la Décima Legión habían acampado, justo en aquel monte, durante el sitio de Jerusalén en el año 70 d. C. antes de destruir la ciudad.

Ahora era él el que estaba destruido por dentro.

Todo se había precipitado en una cascada de problemas y sorpresas amargas. Su ordenada vida había dado un vuelco de cálculos incontrolables. Ahora entrenaba como uno de muchos días con su unidad de las Fuerzas de Defensa israelíes. Estaba orgulloso de su uniforme, de su país y su trabajo.

Pero no siempre había sido así.

Las brigadas paracaidistas Sayeret, y dentro la Rama de Inteligencia del FBI, había participado en numerosas operaciones de contraterrorismo e inteligencia militar. Siempre obteniendo información tras las líneas enemigas.

«Quien arriesga gana», ese era el lema de la unidad.

Su unidad se hizo famosa por la Operación Trueno, durante la que había rescatado a más de 100 pasajeros de la línea de Air France llevados a Uganda por miembros de la OLP.

Entrar en aquel cuerpo de elite había sido una obsesión, y sin embargo durante mucho tiempo había sido un muro insalvable para él. Su desesperación poco a poco ganaba terreno a la cordura.

Él había demostrado su valía y trabajó en todas las pruebas y exámenes que tuvo que pasar, pero algo que se le escapaba ocurría con él. A pesar de demostrar que era uno de los mejores, no conseguía la aprobación de Abraham Aman para entrar en aquel cuerpo de elite.

Su nombre y apellido parecían ser una carga y un obstáculo para su futuro. Su padre se negaba a tener una conversación con él y poco a poco se

fueron distanciando. Preguntas tan sencillas como «¿quién fue mi madre?», «¿cómo era?» o «¿dónde nací?» provocaban terribles silencios.

Sus recuerdos de niñez eran las calles de Jerusalén. Solitario, solo con su padre. Los niños le esquivaban. Aprendió a convivir solo y sin el amor y el calor de una madre. Sin un grupo de amigos con los que reír, saltar o correr por las plazas de la vieja ciudad. Pero, llegado el momento, y ya adulto, aquel peso de la historia parecía sepultarlo.

Pero ¿cuál era esa terrible historia?

Decidió averiguar su procedencia y, aunque le costara el amor de la única familia que conocía, su padre, llenaría con la verdad aquel vacío que sentía.

Lo que averiguó le mató en vida.

Después de muchos gritos y días de vacíos silenciosos, su padre le entregó una carta que de su puño y letra había escrito hacía tiempo.

Era su testamento vital, su despedida y el reconocimiento de los hechos. Pero sobre todo la forma que había elegido de exponer su corazón a lo único que ya le importaba, su hijo. No le miró a los ojos. La culpa y el dolor le sepultaban en un cuerpo cada vez más marchito.

Le dio aquel sobre viejo y arrugado, salió de la casa y cerró la puerta tras de sí.

Y Samuel leyó.

Recordaba haber llorado durante días, sentir un vacío enorme en su pecho y experimentar cada mirada de la gente como un puñal en su corazón. Se encerró días, semanas y meses, rumiando su dolor y su vergüenza.

Se marchó de la única casa que había conocido y vagó por Jerusalén haciendo míseros trabajos para vivir.

No creía merecer nada.

Un día, releyendo la ominosa carta de su padre, vio algo que entre las prisas y el horror no había visto antes. En el fondo del sobre descansaba un pequeño y gris trozo de cartón. Con manos temblorosas consiguió sacarlo. Una caligrafía clara y redonda definía el trazo. Aquella era la letra de su padre. A pluma, azul, casi ya borrosa. Suspiró y leyó:

«Malvina, mi amor».

Dio la vuelta a aquel pedazo de cartón y, por vez primera desde hacía meses, un rayo de luz iluminó su vida. La sonrisa de una joven mujer le observaba más allá del tiempo con una mirada llena de amor.

—Hola, mamá —consiguió articular con labios temblorosos.

Día a día recuperó confianza y trazó un plan. No tenía nada que perder, y la ganancia era mucha. Se armó de valor y pidió una entrevista personal con

Abraham Aman.



Recordaba el miedo y la vergüenza de aquel momento. Aman era un hombre mayor, pero fuerte y atlético. Su mirada era dura y severa, parecía ver más allá de él. Le taladraba con aquellos ojos negros como el carbón, pero llenos de vida y de experiencias. Le dejó hablar sin interrumpirle durante más de media hora. Samuel le explicó su historia y sus ansias de futuro y, cuando terminó, se dio cuenta de que se había quitado un gran peso de encima, reconociendo los errores y los horrores de su padre.

Abraham Aman guardó silencio durante varios minutos y por fin habló:

—Eres un joven sincero —empezó diciendo—, conozco tu historia, y solo la verdad te daba una oportunidad. El hecho de que reconozcas la culpa de tu padre, y por tanto de tu única familia, te hace ser valiente. Los actos de tu progenitor no son los tuyos —Arnan sonrió en una especie de mueca—. Ahora hay que valorar si tus ansias de redimir ese grave error te hacen ser valioso.

Nunca olvidaría lo que paso después. Justo cuando salía del despacho del comandante judío, este le llamó:

—Samuel.

Lleno de temores, se giró para enfrentar otra vez aquellos ojos negros.

—Quiero que sepas que tu madre fue una mujer muy valiente. —Abraham Aman levantó la vista del informe que tenía entre las manos—. Esa mujer valerosa que entrego su vida por el pueblo de Israel también es tu familia.

Samuel tragó saliva y sintió orgullo y agradecimiento.

—Gracias, comandante.

Empezó de nuevo en el campo de Gibush. Entraba como recluta en una selección de potenciales soldados. Volvió a soportar días sin dormir y a ser supervisado por doctores y psicólogos.

Esta vez fue diferente.

Por vez primera paso aquel primer control.

Llegaron veinte meses de duro entrenamiento y se especializó en armas pequeñas, artes marciales, orientación, camuflaje y reconocimiento.

Todos sus compañeros recibieron sus diplomas y destinos en una ceremonia emotiva. Sin embargo, él fue llamado al despacho del comandante.

La Sayeret Matkal quería formarle un paso más allá y durante un año fue entrenado por rastreadores beduinos. Aprendió las diferentes maneras de pensar y sentir como un árabe.

Lo había conseguido.

Ahora la vida seguía su curso, y estaba allí, en el cementerio del Monte de los Olivos.

¡Qué difícil resultaba ahora honrar la memoria del difunto! Como enseñaba la Ley el cadáver estaba tapado, exhibirlo era deshonroso. Pero ¿dónde quedaba el honor? Estaba solo, nadie le acompañaba en aquel momento de dolor.

Miró la vela encendida a la cabecera del ataúd. «La luz del señor» guiaría el alma de su padre. Esperaba que ahora encontrara la paz.

Había tapado espejos y adornos en la casa. Con cariño tiró a la basura las flores que un amigo cristiano le había enviado desde Londres. Los cristianos no entendían los ritos judíos. Para los creyentes de la Ley las flores eran señal de vida, y ningún símbolo de vida puede acompañar al difunto.

Era miércoles, por lo que el entierro sería ese mismo día. Solo en *shabat* se rompía la norma de enterrar al difunto lo más rápidamente, el mismo día de la defunción a ser posible.

Había ayudado al *tahara*, el baño del cuerpo de su padre, y a su memoria volvió la vez primera que tuvo que pelearse siendo un crio, en la calle por aquellos motivos que entonces él desconocía.

Paseaba inmerso en sus pensamientos, como tan a menudo hacía, cuando varios chicos le cortaron el paso.

—Mirad —dijo el más alto—, es el hijo del golem de Terezín.

Estaba un poco harto de aquello. Le había preguntado a su padre varias veces qué era Terezín, pero no tenía la respuesta que le tranquilizara. Así que lo descubrió por su cuenta y a su corta edad. Entendió que Terezín fue un sitio donde murieron muchos judíos.

—Hitler dio vida a tu padre como a un golem para atacar a los judíos de Terezín.

—Mi padre no es un golem —gritó—, no es de barro.

Entonces uno de los chicos le tiró al suelo de un empujón y le propinó una dura patada.

—Como el golem —le escupió en la cara—, carece de sentimientos y no tiene alma.

El más alto de los chicos que le rodeaban le agarró por el cuello y lo puso en pie.

—El golem de Terezín era fuerte por el poder que tenía, pero no inteligente. Llevó a cabo su tarea de forma sistemática y siguiendo las ordenes de su creador. Hitler.

Aquellos niños repetían, sin duda alguna, lo que habían escuchado en casa a sus padres.

Recordaba haberse quedado en el suelo, humillado y llorando.

Ahora colocaba las mortajas blancas *tajrijim* sobre el cuerpo sin vida de su padre, que curiosamente señalaban la igualdad entre los seres humanos.

Por último, el *talit*, el manto de la oración, y Samuel hizo una seña leve con la cabeza al rabino.

—¡Dios da y Dios quita! ¡Sea Bendito el nombre de Dios!

El rabino miró a Samuel y con voz severa concluyó la escueta ceremonia:

—¡Pues polvo eres y al polvo volverás!

Samuel sabía que aquello era un mensaje a su padre. La obligación de enterrar a los muertos en la tierra tiene su origen en la Biblia. La ley judía prohíbe los entierros en mausoleos y sobre todo las cremaciones.

Miles de cuerpos habían sido quemados en Terezín.

No había querido que nadie le acompañara. Sus amigos, compañeros de la Sayeret Matkal, insistieron en ello, pero él quería romper sus prendas a solas, de pie, ante el féretro de su padre. Rasgó el lado izquierdo de su vestimenta, como decía la Ley, y mandó bajar el ataúd al interior de la fosa.

No podía llorar, había vivido aquel momento en infinidad de veces dentro de su cabeza. Su padre era la única familia que él conocía, pero era incapaz de soltar una lágrima. Honraría su memoria ayudando a llenar la fosa. Mostraba así su respeto y el duelo.

Cogió la pala y empezó a echar tierra en la sepultura. Así empezó con la parte de la *kevura*. Samuel sacó una pequeña piedra del bolsillo y la colocó sobre la tierra.

—«Con lazos de vida eterna une su alma, en el paraíso halle su descanso, que haya paz en su sepulcro y que le concedas su parte en la futura y feliz época del Mesías. Amén».

Samuel acabó de recitar el salmo y se sentó en el banco bajo. Los asistentes debían pasar delante de él y pronunciar palabras de consuelo.

Nadie había, por lo tanto a nadie esperaba. Agachó la cabeza y suspiró. Sin embargo el rabino, puesto en pie ante él, le tendió la jarra de agua que sujetaba en la mano.

—«Que Dios le dé consuelo junto a los dolientes del Pueblo de Israel y no sepan más de dolor».

Samuel extendió las manos y, mientras el rabino vertía agua, lavó tres veces, primero la mano derecha y luego la izquierda.

De este modo simbólico dejó la impureza de la muerte tras de sí.

Al volver del cementerio, Samuel se quitó los zapatos y se sentó en el suelo. Miró alrededor: sobre la mesa tenía comida. Como decía la Ley Judía, aquellos alimentos no procedían de su casa, los vecinos habían proporcionado la cena. Aquella era una deferencia a él, no a su padre. Era una forma de transmitirle consuelo.

Estaba cansado. Acababa de llegar de viaje y la muerte de su padre le había cogido en pleno seguimiento a un posible confidente.

Las cosas se iban a poner feas, y en eso consistía su trabajo, en evaluar posibilidades y prevenir riesgos. Era una forma sencilla de decir que trabajaba en el cuerpo de inteligencia más activo del mundo.

Hacía menos de cuatro horas estaba en Berlín. Ahora su vida, su trabajo, a todo lo que se dedicaba le parecía irreal.

¡Estaba alejado de la vida corriente de tanta gente!

Deambuló por el piso como un autómata. Su recuerdos eran confusos. Vendería todo aquello y seguiría con su vida.

Sonó el teléfono. El ruido casi irreverente sobresaltó a Samuel.

—¿Diga?

—Lo tenemos.

Samuel colgó el aparato, apagó la luz y sin mirar atrás salió del apartamento en dirección al aeropuerto.

Peshawar

Había una cosa que agradaba a Osama Bin Laden sobre todas las demás: la inmensa mayoría de los jóvenes que acudían a su llamada eran de clase media o alta. Allí llegaban muy pocos pobres o marginados sociales. Familias unidas en la fe mandaban a sus jóvenes hijos con la ilusión de sentir orgullo por ellos.

—Al-Qaeda debe dar preferencia a todos aquellos que sean universitarios —decía continuamente a los encargados de elegir cada célula—, sobre todo hermanos formados en ingeniería.

Osama paseaba sonriente por el campamento. Tenía vida y, a pesar de la dureza extrema, nadie levantaba la voz para la queja.

—Osama —le había dicho el doctor Fadl—, debes ver el grupo que hemos recibido de Egipto.

Bin Laden había estado hablando con el Español sobre la necesidad de que él dirigiera al grupo de jóvenes delincuentes que habían demostrado su capacidad para la falsificación de tarjetas de crédito y el tráfico de drogas.

—Este grupo procede de Europa.

Osama entró en una vieja y desvencijada tienda de campaña. La tienda era enorme y cubría a los jóvenes del sol. El saudí entró sin ser visto y miró alrededor. Sentados en el suelo, donde grandes y alegres alfombras cubrían la arena, los opositores recitaban los objetivos de la organización: primero, el Gobierno de Dios en la tierra; segundo, alcanzar el martirio, y tercero, purificar las filas del islam[1].

Osama sonrió orgulloso. Aquellos jóvenes musulmanes acababan de empezar la primera de las tres etapas de la que constaría su entrenamiento. Había visto aquello muchas veces en los últimos años y sabía que no todos aquellos novatos pasarían la dura prueba de los quince días de duro campamento militar, sin apenas comida ni bebida, durmiendo pocas horas y con agresivos entrenamientos físicos.

Abu Musab al-Suri se encargaba de la segunda fase de entrenamiento. Duraba cuarenta y cinco días y los reclutas aprendían a leer mapas, a excavar zanjas y a manejar las armas (ametralladoras, minas, morteros y misiles).

Los que aprobaban esta fase, además de poder llamar al maestro «el Español» llegaban a la fase tres.

Se encaminó hacia la biblioteca. Había puesto especial interés en que esta estuviera bien surtida de libros. Todos de temática militar, todos llevados a un mismo fin. Libros sobre armas biológicas y químicas, sobre acciones del cuerpo de marines de los Estados Unidos, y hasta alguna que otra noche ponían películas de Hollywood de donde sacar ideas. Todavía sentía aquel espasmo en el estómago cada vez que tenía entre sus manos *La rebelión*, de Menahem Begin[2].

Al-Suri entró con dos jóvenes casi imberbes. El español llevaba la cabeza al descubierto y su pelo de un rojo cobrizo destacó entre los luminosos rayos del sol mañanero.

—¿Estos son los elegidos?

—Estos son, Osama —respondió el español.

Aquellos dos jóvenes habían destacado en la tercera fase. Eran crueles, hábiles y rápidos en todo lo que hacían. Sobre el terreno en Pakistán, habían secuestrado a gente y habían pedido rescate. Habían encontrado trabajo y se

habían adentrado en la embajada canadiense, de la que sin ningún tipo de problema habían sacado documentación.

—¿Cómo fue la prueba final?

Los dos jóvenes se miraron y uno de ellos dio un paso al frente. Era delgado y moreno. Los ojos le brillaban por la excitación del momento y una pronunciada y huesuda mandíbula marcaba su rostro.

—Bien, Osama… Fuimos.

Osama Bin Laden levantó la mano y el joven cayó. Abrió el periódico de la mañana que tenía en las manos y empezó a leer en alto.

—Ayer fue asesinado el comisionado de la ONU en la ciudad de Islamabad. Cuando salían de una de las muchas reuniones y montaba en su automóvil, dos personas sin identificar desde una motocicleta dispararon en repetidas ocasiones sobre el comisionado y su guardaespaldas. El fuego cruzado de los dos desconocidos hizo imposible que las dos victimas tuvieran la más mínima oportunidad. Fuentes cercanas a este periódico nos informan de que los dos asesinos eran profesionales, ya que con nervios templados y ágilmente bajaron de la motocicleta y uno por delante y desde una zona elevada, y el otro por detrás dispararon repetidamente sobre el blanco.

Osama dejó de leer y colocó el periódico sobre la mesa.

—¿Y bien? —preguntó.

El otro joven que hasta ese momento había permanecido callado dio un paso al frente. También moreno de pelo y una piel más aceitunada, era más ancho y grueso que su compañero. Sonrió dejando ver una dentadura falta de varias piezas.

—Eso es exactamente lo que paso.

Osama se puso en pie, rodeó con sus brazos a ambos jóvenes y los condujo hasta el otro rincón de la biblioteca. Allí una humeante tetera les esperaba.

—Bien, ahora toda la atención de Al-Qaeda está sobre vosotros. Habéis sido elegidos para una importante misión. Vuestro maestro os avala —dijo señalando a Al-Suri—, pero esta misión no será tan sencilla.

Sirvió despacio el té en tres tazas. El español permanecía en pie y algo apartado. Él había elegido a aquellos jóvenes. Todos tenían una cosa en común: su condición de desplazados. Se unían a la Yihad desde un país diferente a aquel en el que se habían criado. Argelinos expatriados en Francia, marroquíes desplazados en España o yemeníes maltratados en Arabia Saudí. Todos ellos no gozaban de posición social, genuinamente no eran ni británicos, ni franceses, ni españoles, ni estadounidenses. Solos y lejos de la

familia en muchos casos, acudían a la mezquita donde encontraban compañía y consuelo. Y lo más importante, un sentido de pertenencia.

Ya no era cuestión de fe.

Al-Qaeda les daba una identidad.

Esperó a que ambos jóvenes dieran su primer trago y preguntó:

—¿Cuáles son los principales enemigos del islam?

De forma autómata y cambiando el semblante de las caras los jóvenes respondieron: Los herejes musulmanes, Estados Unidos e Israel[3].

La boca sin apenas dientes de uno de los jóvenes se abrió en una profunda mueca de asco. Osama sabía leer los mensajes ocultos. Aquellos hombres estaban preparados para iniciar la dura lucha.

Extendió un gran mapa sobre la mesa baja y dejo que el interés de aquellos muchachos se centrara en él.

Osama señalo Egipto con el dedo, y sonrió.

—Bien, empezaremos por uno de ellos.

Alemania, 1996

Samuel intentaba dormir en el asiento del avión. Nunca lo conseguía, pero cerrar los ojos y descansar los párpados era suficiente para adentrarse en el recuerdo.

Su padre había nacido en el este de Europa y si algo le había inculcado desde su más tierna infancia era el amor por la música y la pintura. Le hubiera gustado ver las obras de su madre, la pasión y realismo que ponía en cada óleo. Aquello le costó la vida. En una de aquellas noches tormentosas su padre se había abierto a él y había dejado fluir la pena y el remordimiento. Cuando su padre acabó de volcar el dolor de cada palabra, recordaba haber caminado hacia su habitación, cerrar la puerta y dejar su alma rota y dolorida en manos de Mozart.

Ahora, muchos años después, las notas del genio austriaco calmaban su cansancio físico y el de su espíritu.

El *Réquiem* de Mozart asaltaba sus sentidos. El viento daba paso a la cuerda y, cuando parecía que nada podía ser más sublime, aparecían los timbales con el órgano al fondo. Samuel suspiró y dejó su memoria correr, al compás del coro a 4 voces y el bajo como sonoro básico. La cadencia le llevó a la llave.

El *kyrie* sonó justo en el momento, débilmente, en aumento.

Allegro adagio
Kyrie eleison. Christe eleison. Kyrie eleison.

—¿Qué sucede, hijo mío?

—¿Y aún lo preguntas, padre? Llevo a mis espaldas una carga que no me corresponde, no me la merezco.

Las lágrimas de rabia e impotencia bañaron sus ojos, ojos rojos como la sangre.

El viejo Samuel miró a su hijo y lo compadeció. Era joven, para él todo era negro o blanco. La vida empezaba a moldearle.

—Samuel, hijo, llevamos viviendo en la tierra de nuestros antepasados muchos años ya. Te has convertido en un hombre, en un buen hombre. Quieres a tu país, el país que te acogió recién nacido.

Un joven Samuel miraba a su ya anciano padre. Sentado en el suelo ante la chimenea, el fuego dibujaba siluetas en su rostro. La mirada perdida, como si estuviera esperando algo de entre las llamas.

—Piensa en tu trabajo, hijo mío —dijo sin apartar la mirada del fuego—. Has tenido que presenciar numerosas cosas, muchas no habrán sido de tu agrado.

Su padre calló y suspiró hondo. Siguió sentado ante el fuego, sin parpadear, sin mover un solo músculo.

—En la vida todo tiene matices, hijo mío. Hace tiempo que yo dejé de juzgar a los demás.

El *Rex tremendae* sonó fuerte en sus recuerdos:

Rex tremendae majestatis
Qui salvandos salvas gratis.
Salva me, fons pietatis.

Recordaba como si lo estuviera viendo en aquel momento cómo su padre se levantó y de un pequeño cajón sacó un colgante. El brillo iluminó la habitación. El reflejo del fuego en el oro fue un destello de vida.

—Creo que ha llegado el momento.

No lo había visto antes: el colgante era una llave. Liviana en su gravedad, muy pesada en su significado.

Escuchó la historia, paladeó cada palabra e intentó comprender.

—¿Por qué no te la había visto puesta nunca? —preguntó Samuel a su padre. Este intentó sacar una leve sonrisa, pero no pudo.

—Esta llave representa todo lo bueno de tu familia, Samuel. Yo no sé si la he servido bien.

El viejo Samuel con manos temblorosas llevó la llave a sus labios y la besó.

—Espero que no te moleste la pesada carga que ahora deposito en ti.

—Padre, yo pienso conducir mi propia vida. Te agradezco la educación que me diste, pero ahora yo decido.

—Lo sé, hijo, sé que usarás la cabeza. Un hombre debe vivir su propia vida, por eso te pido que no juzgues la mía. Los sabios vivían por un propósito. A partir de este momento descargo el de nuestra familia en ti.

Recordaba haber alargado la mano para retener en la palma aquel objeto brillante.

—Mi padre me dio esta llave para recordar mi deber. Ahora la llave y todo lo que conlleva es tuyo.

—*Zajor* —leyó Samuel, también ahora como la vez primera. Tenía la llave en la mano y volvía a leer como antaño. Mozart aumentó el ritmo del re menor y el coro del *Lacrimosa* le hizo cerrar con fuerza los ojos.

—*Zajor*, hijo, *zajor*.



Un coche le esperaba a pie de escalerilla. El avión había aterrizado en una base militar estadounidense en Alemania.

Le acompañaban dos fiscales generales.

Sabía a dónde se dirigía, por lo tanto no preguntó e intentó centrarse en el trabajo. No le estaba siendo sencillo, en su cabeza una y otra vez replicaba como una antigua campana la frase de su padre: «Piensa en tu trabajo, hijo mío. Has tenido que presenciar numerosas cosas».

Su padre había acertado plenamente. En un principio el ejército de Israel le había destinado en los territorios ocupados, allí había conseguido el grado de capitán, pero de forma gradual fue perdiendo la fe en lo que hacían.

De forma interior, algo que afectaba a su modo de actuar fue criticando y viendo con malos ojos la política de ocupación.

Había tenido que aguantar las críticas a su padre y sin embargo, como le había dicho Gabrielle, su chica: «Quienes han sufrido terribles tragedias pueden actuar del mismo modo cuando están en el poder».

Él quería a Israel. Era su pueblo, era su gente. Pero su sueño era ayudar para ser mejores, hacer del mundo, su mundo, algo bueno, habitable y de lo que sentirse orgulloso.

Recordaba la vez primera que entró con su unidad, siendo un joven soldado, en Cisjordania. Setecientos mil palestinos vivían en aquella tierra. La vida de ritmo familiar y de comunidad se hacía de forma lenta. Todavía sonreía ante el impacto de ver a las mujeres sacar agua de los pozos y a los campesinos arar con bueyes.

La guerra de ocupación lo cambió todo de forma dramática.

Entre combates feroces se demolieron aldeas enteras.

Al principio encontraban a la gente sentada en la plaza central de cada aldea, de cada pueblo, tornando café. La primera reacción al verlos llegar fue la de invitarles a comer. Delante de él varias familias sacrificaron varios corderos y ovejas.

Pero en 1967 nadie parecía pensar con claridad. El oficial al mando de su pelotón tomó la decisión de volar aquellas aldeas.

—¡De esta forma evitaremos que en el futuro los infiltrados dispongan de una base! —gritó.

Todos eran jóvenes y muy moldeables. Obedecían las órdenes sin pensar.

—Registren las aldeas y hagan prisionero a todo hombre armado al que vean.

—¿Y los que no estén armados, teniente? —preguntó uno de sus compañeros.

—Dadles el tiempo necesario para empacar pocas pertenencias y que se marchen.

Miles de personas abandonaron la casa de toda una vida, mujeres y niños llorando y hombres revolviéndose como leones que pierden su guarida.

Al día siguiente entró la maquinaria pesada y se convirtieron las aldeas en escombros.

Los palestinos pasaron a ser refugiados y, hasta la fecha, no se les había dejado volver a su tierra[4].

Él no había entrado en las fuerzas armadas para eso. Soñaba con la Sayeret Matkal y combatir el mal.

El coche entró en la ciudad y el tráfico lento le dio el tiempo suficiente para pensar. Aquel era su trabajo, lo había seguido con cuidado, y cada prueba y cada pista le acercaba más al final.

Estaba seguro de que se estaba preparando algo grande.

El atentado del 26 de febrero del 1993 en el World Trade Center había sido un ensayo. Su intuición le decía que iba a confirmar su teoría, y ese día podía salir de dudas.

Entraron en un portal algo oscuro. El día en Alemania era gris y triste. Hacía días que el cielo estaba plomizo. Una escalera estrecha de caracol les condujo hasta el tercer piso. El ascensor marcaba un cartel de averiado, algo que significaba que el piso estaba ocupado y que de esta forma podían ver ascender a cualquiera que intentara subir. No hizo falta llamar a la puerta, según llegaron hasta el umbral, esta se abrió. Un fornido hombre les cedió el paso.

Samuel miró al fondo del piso. Un amplio salón estaba iluminado por múltiples lámparas de pie y una grande y llena de cristales del techo. Todas las persianas estaban bajadas.

Tres hombres estaban sentados en un voluminoso sofá, los dos de los extremos con el pelo cortado a cepillo y su uniforme correspondiente. Eran sin duda marines de los Estados Unidos.

Samuel fijó su atención en el que ocupaba el centro del sofá. Nervioso moviendo una de sus piernas como si estuviera llevando el compás de alguna canción moderna y las manos sobre sus rodillas. Era negro, de ese negro moreno con tonos azules que Samuel solo había visto en los hombres de Sudán.

Samuel sabía su nombre: Al-Yamal.

Llevaba meses intentando tener una conversación con el sudanés, pero este era muy escurridizo; sin embargo, algo había pasado en la última semana para que Al-Yamal *motu proprio* quisiera entrevistarse con él y con los agentes federales estadounidenses.

Los dos fiscales se sentaron en sendas sillas y dejaron el sillón individual de enfrente del sofá para Samuel. Estaba claro quién iba a dirigir aquella conversación.

—Ya sabes quién soy, Yamal, y estos señores —dijo señalando a los americanos—. Representan al Gobierno de los Estados Unidos.

Yamal miró nervioso a todos lados y afirmó con la cabeza.

—Es hora de que nosotros te escuchemos a ti. Toda está reunión esta siendo grabada.

Yamal dejó de mover su pie y se medio incorporó en el sofá ante la atenta mirada de todos en la habitación.

—He trabajado con Bin Laden. —Yamal dijo esto en perfecto inglés.

—¿Dónde ha trabajado con él?

—En Jartum.

Los dos fiscales miraron a Samuel y este afirmó con la cabeza. Su Gobierno sabía esa información.

—Verás, Yamal —empezó a decir Samuel—, estos señores te van a enseñar un *dosier* de fotografías.

Uno de los fiscales abrió la enorme cartera que llevaba consigo y colocó sobre la mesa alargada y baja que había delante del sofá diez fotografías de gran tamaño.

—Estos hombres son, según creemos, cómplices de Bin Laden. Queremos que tú los identifiques.

Yamal empezó a señalar con el dedo. Cada vez que lo posaba sobre una de las fotografías decía un nombre.

—El doctor Fadl; Zawahiri; Al-Suri, el Español.

Samuel afirmaba con la cabeza, pero todo eso ya lo sabían.

—Bien, Yamal, ahora dinos quién o quiénes de todos estos fueron los protagonistas del atentado de New York en el 1993.

Yamal mostró una sonrisa abierta y dejó unos luminosos y grandes dientes al aire.

—Ramzi.

No había duda en su gesto.

—Señor Yamal —dijo uno de los fiscales—, hay una cosa que nos inquieta. Nuestro colega hebreo —señaló a Samuel— lleva intentando contactar con usted, sin conseguirlo, varios años, y sin embargo ahora y por sorpresa es usted el que quiere hablar con nosotros. ¿Por qué?

Yamal hizo ademan de levantarse, pero los dos marines que tenía a su lado se lo impidieron. Uno de ellos le señaló la cámara que justo enfrente grababa todo lo que en aquel ángulo ocurría.

Yamal sonrió nervioso. Desde que le habían formulado aquella pregunta no dejaba de pasar una de sus manos por la cabeza, como arreglándose el cabello.

Samuel sacó un cigarro y se lo ofreció al sudanés. Él no fumaba, pero sabía por experiencia que en aquellos interrogatorios aquel simple gesto te acercaba un poco más al confidente.

—Yo amo América. Aprendí con ilusión su lengua y me adentré en su cultura. He vivido varios años en Brooklyn y tengo amigos americanos.

El nerviosismo de Yamal iba en aumento. Daba caladas continuas al cigarro sin apenas echar el humo, le costaba estarse sentado, gesticulaba continuamente y mesaba sus cabellos de forma desaforada.

Samuel le miró serio. Se levantó del sillón y se puso en cuclillas frente a Yamal.

—La historia que estás intentando vender no te la compramos. Te repito: ¿por qué te marchaste?

—Quiero hacer una película en Hollywood con esta historia.

Los dos fiscales cerraron sus carpetas y se pusieron en pie. Uno de los marines apagó la cámara, mientras Samuel acercó su cara a la del sudanés.

—Según salgamos de esta habitación estarás solo, Yamal. A nadie le va importar lo que te pase. Deja de contar historias y contesta la verdad.

El silencio se prolongó durante varios minutos. Samuel suspiró y puesto en pie se dirigió hasta la puerta. Los americanos ya se habían marchado.

—¡Me van a matar! —gritó en un sollozo como preámbulo al llanto—. Me van a matar —gimió.

Samuel se detuvo en seco y sin girarse le preguntó:

—¿Por qué?

—Le he robado a Osama Bin Laden más de un millón de dólares. Al-Qaeda me matará.

—Espera un momento.

Samuel dejó a Yamal entre sollozos y se dirigió a la otra habitación.

—Han escuchado, hay que ofrecerle nuestra protección y la oportunidad de ser un testigo protegido.

La cámara se puso otra vez en marcha. Los fiscales sacaron sus carpetas y, sin que nadie le instara a hablar, Yamal empezó a relatar la historia de una organización que Osama Bin Laden había creado en Pakistán: Al-Qaeda.

Nadie en aquella habitación había oído hablar antes de esa organización, no había datos; sin embargo, Yamal insistía una y otra vez en que existía. Describió los campos de entrenamiento, las células durmientes, el estudio sobre armas nucleares y químicas, e imputó a Al-Qaeda los atentados sufridos en Yemen en 1992[5].

—Los nombres —dijo Samuel alargando un papel en blanco y un lápiz.

Yamal escribió uno por uno los nombres y, como si de un árbol genealógico se tratase, dibujó el organigrama.

Todos se miraban con asombro. Durante siete horas el sudanés repitió el mismo discurso.

—¿Lo próximo? —inquirió Samuel—. ¿Qué será lo próximo?

Yamal empezó un ligero bostezo. Llevaban muchas horas allí y el cansancio se leía en todos los rostros.

—No está decidido, hay que elegir a la gente, pero Osama quiere algo intermedio primero, una especie de prueba, y luego algo grande.

—¿Dónde?

—Estamos hablando de una organización que se extiende por Oriente Próximo, África, Europa y Asia Central, pero muchos de los miembros tenemos lazos con Estados Unidos.

—¿Me quiere hacer usted creer que una organización con solo 93 miembros puede hacer daño a los Estados Unidos de América? —El fiscal empezó a reír a carcajadas.

—Estamos cansados, Samuel. Nos retiramos, por nosotros es bastante. Nos vemos dentro de unas horas para desayunar.

Samuel les observó mientras recogían y dejaban el piso. Los dos fiscales iban sonrientes y seguros de su trabajo y del poder de su país.

Samuel tenía muchas más preguntas, por que él ya sabía muchas de las respuestas, le habían entrenado para eso. Tiraría del hilo hasta llegar al final.

¿De dónde había surgido aquel movimiento? ¿Qué se podía hacer para detenerlo? ¿Estaba Israel entre sus objetivos? ¿Estaba Estados Unidos?

Sí, era un grupo reducido, pero formaba parte de un movimiento radical mucho mayor.

Las posibilidades de contagio en todo el islam eran enormes. Él los conocía bien. Tenían recursos, ya que parecía ser que el dinero no era su problema. Antes de aquel viaje y de la terrible noticia de la muerte de su padre, había estudiado el dosier de aquel desconocido Osama Bin Laden. Era saudí y millonario.

Creía en la victoria, ya lo habían logrado contra la URSS en Afganistán.

Estaban dispuestos a sacrificar sus vidas, incluso con entusiasmo.

Pero lo más preocupante y aterrador de esta nueva amenaza la acababa de ver en la cara de los dos fiscales americanos: no se lo tomaban en serio.

La nueva representante de la Yihad, Al-Qaeda, parecía una reliquia de Arabia.

¿Qué podían hacer ante la modernidad de la tecnología occidental?

Samuel por vez primera en su vida agarró la llave que desde hacía poco colgaba de su cuello.

Y sintió miedo.

Egipto, 17 de noviembre de 1997

Delante de las enormes paredes rocosas de más de 300 metros de altura de la cordillera occidental, y detrás del Valle de los Reyes, la luz emanaba vida. El reflejo de los rayos del sol cegaba los ojos y quemaba la piel, el día se abría paso desde las arenas del desierto hasta aquel yermo valle, y la historia de 3000 años recibía la nueva jornada de forma serena y pétrea. Nada de aquello importaba lo más mínimo a los nuevos visitantes. Para ellos si era un día especial; para el que seguramente llevaban esperando años, y excitados y alegres, los turistas rompieron aquel silencio. El silencio en aquel desierto lleno de historia era integral. Solo el hombre rompía cada momento mágico de quietud de una forma tan ruidosa.

El templo funerario de Hatshepsut brillaba altivo al paso del tiempo, más antiguo que Jesús, el cristianismo, Mahoma o el islam. Aquel lugar nada tenía que ver con las grandes religiones monoteístas.

Eran las 8:45 y terminaba la paz para dejar paso a la temporada alta.

Numerosos autocares aparcados vomitaban turistas de su interior. Los puestos de recuerdos abrían con la esperanza de tener un buen día de mercado y numerosos hombres y mujeres aprovechaban el descanso que les ofrecían sus guías para sacar las fotos que luego enseñarían felices a sus amigos.

Estaba siendo un día como otro cualquiera.

La ciudad de Deir el-Bahari estaba orgullosa de su templo. El templo era un regalo de los dioses antiguos, ubicado sobre la costa del río Nilo, en Luxor. No en vano era conocido como «la maravilla de las maravillas» y su dios, Amón-Ra, recibía con los brazos abiertos el dinero que dejaba en aquella necesitada zona cada año la ingente masa de turistas de todo el mundo.

Justo hasta aquel día.

Todo había empezado unos meses antes. Zawahiri había regresado de Afganistán y llevaba días montado en la cólera. El grupo islámico y el Gobierno egipcio firmaban un pacto de «no violencia».

—Esa iniciativa significa la rendición —bramaba a gritos Zawahiri—. Es entregar armas y hombres a cambio de nada.

—Muchos hermanos saldrán de la cárcel —contestó Osama.

—Pero si vamos a detenernos ahora, ¿para qué empezamos?

Osama sabía que sería inútil tratar de convencer a Zawahiri en centrar todas las fuerzas en atacar a Estados Unidos. Decidió ponerlo de su parte de forma más inteligente, no tenía prisa.

—Elige objetivo, yo me encargo de la financiación.

Zawahiri se calmó con media sonrisa. Se quitó las gafas y las limpió despacio y metódicamente.

—Tenía todo preparado para un golpe que nos daría crédito y notoriedad. —De un trago vació el vaso de agua que tenía en la mano—. En unos meses van a representar *Aída*, la ópera de Verdi, en el templo de Hatshepsut. Asistirá la mujer del presidente Mubarak.

—Sería un golpe impactante desde luego. La economía de Egipto depende del turismo.

—Más importante que eso sería la asistencia del propio presidente y todo su Gobierno. El país estaría descabezado.

—Pero…

—Pero la presencia de más de tres mil agentes de seguridad me obliga a desechar este plan.

Osama chasqueó con la lengua, se levantó del asiento y señaló a Zawahiri.

—Ahí tienes tu nuevo plan, es infalible. Días después de que todo acabe empezarán a llegar los turistas. Las medidas de seguridad después de un gran evento se vuelven laxas y descuidadas. La repercusión mundial será la misma.



La opera *Aída* se había representado con gran éxito en el mes de octubre. Aquella mañana era 17 de noviembre.

Eran seis los hombres que aparecieron vestidos de negro. Portaban bolsas de vinilo y sin detenerse se adentraron en el recinto del templo.

Eran poco más de las nueve de la mañana.

Los turistas escuchaban fascinados. El guía les explicaba cómo desde tiempos del Imperio Antiguo los egipcios ya organizaban expediciones navales, que desde la costa del mar Rojo llegaban hasta el país de Punt, con el fin de obtener incienso. Y allí, delante de ellos y en piedra policromada en vivos colores, podían ver cómo en el siglo XV a. C. la reina Hatshepsut había intentado que esa planta creciera en el propio Egipto.

Un grupo de más de sesenta personas, en fila, delante del mural de piedra escuchaba, mientras tomaba numerosas fotos, al entregado guía.

—Aquí pueden ver el exotismo de aquel país del África oriental en el que, por ejemplo, había casas sobre estacas a las que se accedía por medio de escaleras.

El guía, un hombre algo mayor, de tez morena y vivo de movimientos, señaló la parte central de una de las grandes paredes del templo.

—Observen la fascinación de estos relieves. Representan a los visitantes del valle del Nilo mientras ofrecen valiosos productos como objetos de trueque.

Las numerosas cámaras de fotos disparaban de forma convulsa. Todos querían inmortalizar su imagen en aquel trozo de historia.

Y entonces…

Sonó el disparo.

Un solo guardia sentado en una banqueta baja de madera estaba en la puerta, justo donde empezaba la gran rampa. Los vio llegar y no le dio buena espina. Se puso en pie mientras cogía entre los dedos el pequeño transmisor que le pondría en contacto, en caso de necesidad, con sus otros compañeros.

—¿Dónde van? —Fue todo lo que acertó a preguntar.

Uno de los seis hombres que vestían de negro, sin cambiar la más mínima palabra con el policía, le disparó en la cabeza.

Con el guardia muerto, todos ellos se colocaron una banda roja alrededor de la cabeza. Querían ser identificados como miembros del Grupo Islámico.

Omar todavía recordaba la última entrevista con Osama antes de salir hacia Egipto:

—Que no os tiemble el pulso hermanos. ¿Quién llora o se preocupa por nuestros hijos? Todo bien existe por la espada y a la sombra de la espada. No se vuelve obediente al pueblo salvo con la espada. Es la llave del paraíso, que solo se abre para los guerreros santos[6].

Zawahiri escuchaba atentamente. Al final Osama había dado su visto bueno para empezar la Yihad por Egipto.

—La prioridad es derrotar al enemigo más cercano, la sociedad musulmana impura que representa el Gobierno de Egipto. El enemigo lejano. Occidente, puede esperar hasta que el islam se reforme, imponiendo la ley islámica en el Gobierno de Egipto.

—Entonces la historia girará, *Insh'Allah* e invertirá su curso. Todos lucharemos contra el imperio de Estados Unidos y la dominación mundial de los judíos.

Ahora estaban allí, era su momento de gloria.

Omar dejó entrever su descuidada y mellada dentadura con la primera sonrisa. Aquello iba a ser fácil. Ese iba a ser el día de su entrada en el paraíso.

Mandó a dos de los miembros que se quedaran en el inicio de la rampa. Esperaban que la policía pudiera reaccionar y no quería que en un posible tiroteo les cogieran entre dos fuegos. Omar y sus otros tres compañeros cruzaron el recinto escalonado del templo. Rifai, más alto y decidido que Omar, no espero a ninguna señal. En dos zancadas se colocó junto a una pareja de turistas japoneses. Ella sonreía alegre y posaba con el sol de frente y unas enormes oscuras gafas. Llegó primero donde estaba el hombre y, como le habían enseñado, les disparó en las piernas. Los gritos llenaron el valle. La paz de siglos de historia se rompía de aquella forma despiadada. Con la pareja de japoneses ya indefensa y malherida en el suelo. Rifai les remató de forma metódica y profesional de un tiro en la cabeza.

Omar y Rifai sabían que tenían que aprovechar la confusión y la sorpresa de lo inesperado. Paso a paso, segundo a segundo, la muerte y la sangre empezó a correr por el templo. Los otros dos compañeros que les seguían detrás, elegidos en el Cairo, mutilaban el cuerpo de las mujeres muertas con machetes.

Estaban atrapados. Los turistas no tenían escapatoria posible. Solos en el interior del templo, apenas las columnas de caliza les protegían. Trataron de esconderse, pero era inútil.

Era la trampa perfecta.

Omar tenía las manos llenas de sangre. Con paciencia y pasmosa frialdad recargaba su arma. A cada grito de pavor de las víctimas respondía:

—*Allahu akbar*.

Rifai cayó al suelo. En la persecución de una joven resbalo con la abundante sangre que cubría el piso de piedra. Levantó la mirada de forma feroz y vio al niño. No tendría más de cinco años. Agarraba con fuerza y llorando la mano de una mujer. Era gruesa y rubia, estaba muerta en el suelo. Rifai no entendía inglés, pero podía comprender que aquel niño llamaba a gritos y asustado a su madre.

Él había luchado en Afganistán, numerosos niños habían perecido entre los bombardeos ante sus ojos. Una gruesa pared de piedra rodeaba su corazón. Aquel niño no era nada para él, solo un enemigo más. Se levantó, ignoró los sollozos y los gritos y disparó.

Los ornamentados muros llenos de relieves del templo de Hatshepsut no eran solo historia y arte, ahora quedaron salpicados de encéfalo y cuero

cabelludo.

—Este de ahí —Omar señaló a un anciano japonés muerto en el suelo.

Con un largo y afilado machete, empezaron a vaciarle de vísceras. Omar saco de uno de sus bolsillos un papel y lo introdujo dentro del cuerpo. Un solo mensaje para revindicar aquel horror: «No a los turistas en Egipto».

Estados Unidos

Samuel todavía estaba impactado por lo sucedido en Egipto. No dudaba de que aquel era un acto medido por Bin Laden.

Volvió a abrir el informe que había recibido a primera hora y lo releyó.

Su interés se centro en el final del escrito:

> *La cruel matanza había durado cerca de 45 minutos. Los asesinos, después de secuestrar un autobús, acabaron su huida en un control de la policía. En dicho tiroteo uno de los asaltantes fue herido y sus compañeros lo remataron para después huir montañas arriba. Los lugareños y varios guías turísticos los habían perseguido con burros y motocicletas. La policía egipcia les había encontrado ya en noche cerrada, muertos en una cueva. Estaban dispuestos en círculo. Habían cometido un suicidio ritual*[7].

El final del informe le preocupaba: no eran asesinos normales. El desprecio por la vida no era solo por la ajena, sino también por la propia.

¿Cómo podrían parar a alguien que no le importaba morir, que incluso lo buscaba?

«No os quitéis la vida», dice el Corán. Numerosas veces Mahoma condena ese acto. Las llamas del infierno son la última morada para los suicidas, sin embargo Zawahiri había dejado bien claro la opinión de Al-Qaeda: «Tenemos una generación de muyahidines que sacrifican sus vidas a la causa de Dios. El sendero es la muerte y el martirio. Entregar la vida por la verdadera fe no debe ser considerado suicidio, sino un ejemplo de mártir heroico cuyo sacrificio le hará acreedor del paraíso».

—Esto abre la puerta al asesinato por todo el mundo. Ningún país, gobierno o civil está a salvo.

Cuando Samuel bajó por la escalerilla del avión, el frío le taladró los huesos. El cielo estaba plomizo y grisáceo, la nieve abarcaba todo aquello que

estaba a su vista y un fuerte viento amenazaba con tirarle por las escaleras.

Acababa de llegar a Virginia.

Después de un rápido viaje por carretera, llegó a un insulso rascacielos. Lo había visto en las fotos que su Gobierno le había preparado. Estaba en la estación Alee. Samuel venía desde Jerusalén para cooperar en todo lo que pudiera con los americanos, y estos habían creado la primera estación virtual.

Desde hacía unos meses, esa subdivisión de la CIA se dedicaba a rastrear las actividades del terrorismo yihadista. Y un hombre aparecía en letras grandes como principal financiador: Osama Bin Laden.

Cuando atravesó las puertas vigiladas del edificio, lo primero que agradeció fue el calor. El aumento de la temperatura pareció devolverle a la vida.

Todo era austero y lleno de grises, minimalista al máximo. Guardias de seguridad permanecían en pie detrás de grandes pantallas de ordenador. Le condujeron hacia uno de los numerosos rincones de aquel gran recibidor. Allí cuatro enormes ascensores de cristal esperaban en la planta cero. Se dirigía a la quinta planta y, aunque nunca había estado antes en el edificio, Alec conocía a la persona con la que se iba a entrevistar.

Mc Ronald era un hombre agresivo en todo lo que hacía. Venía de la vieja escuela, cuando la ocupación y preocupación de todos los agentes de aquel país era la mafia y más tarde la guerra fría. Sin embargo. Mc Ronald había sabido darse cuenta del nuevo orden de las cosas, la nueva amenaza para su país.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, Samuel le reconoció de forma inmediata. Alto y grueso, su cuello se ocultaba en una incipiente papada. Su pelo negro estaba peinado hacia atrás y un gran 9 mm brillaba colgado del ancho cinturón de cuero que rodeaba su cintura. Pero, al igual que el primer día que conoció a Mc Ronald aquellos ojos negros profundos y brillantes fueron el foco que guiaron a Samuel hasta el americano.

Se habían encontrado hacía ya algunos años en Quántico. Mc Ronald había organizado una reunión de agentes, en la que diferentes personas de las agencias occidentales pasaron un fin de semana con su anfitrión. Samuel recordaba haber participado en el torneo de tiro, donde un Mc Ronald mucho más delgado había demostrado su habilidad con el arma.

El despacho de Mc Ronald era ostentoso y lleno de claridad. La luz entraba a raudales por los grandes ventanales y hacía de la estancia un lugar cálido y acogedor.

Sirvió de forma generosa dos Chivas y alargó uno a Samuel. El hebreo sonrió mientras cogía el vaso. No le gustaba el alcohol, pero aquello Mc Ronald ya lo sabía.

—Horrible lo de Egipto. —La voz ronca y gruesa de su anfitrión devolvió a Samuel a la terrible actualidad—. No esperábamos algo así.

—Por desgracia nosotros sí —contestó Samuel.

El americano se dejó caer en su ancho sillón y cogió un habano de una ornamentada caja que adornaba la mesa de cristal. Lo encendió con pausa, lo chupó con cierta parsimonia y fijó sus ojos grandes y oscuros en Samuel.

—Tengo personas en este edificio que trabajan a tiempo completo centrados en el terrorismo. —Mc Ronald dio una enorme chupada al puro y soltó el humo con deleite—. Pero tengo un gran problema.

—No creen que lo que hacen sea importante —remató Samuel.

—Sencillamente no entienden que Al-Qaeda no parará hasta hacernos daño de verdad. Mi país está demasiado embriagado en su poder y no cree en David y Goliat.

Mc Ronald dio un pequeño sorbo a su vaso de Chivas y esperó a saborearlo en la boca.

—Esta estación Alec es la primera de forma virtual. Dependemos de la CIA y todo, absolutamente todo lo que nos ocupa en la actualidad está centrado en una sola persona: Osama Bin Laden como principal financiador del terrorismo.

—Y sin embargo ustedes no actúan —sentenció Samuel.

—Tenemos treinta y cinco volúmenes de material sobre el árabe. En su mayoría son transcripciones telefónicas, ¿y sabes lo que hemos hecho hasta ahora?

Samuel negó con la cabeza, aunque ya sabía la respuesta por obvia.

—Abrir un expediente.

Mc Ronald se levantó y despacio fue hasta el gran ventanal del despacho. Se le notaba nervioso y algo excitado.

—En 1996 Bin Laden declaró la guerra a los Estados Unidos desde una cueva en Afganistán. ¿Sabes qué razones esgrimió, Samuel?

—Que las tropas estadounidenses seguían estando en Arabia Saudí tras la guerra del golfo. «El terror contra vosotros, que lleváis armas en nuestra tierra, es un derecho legítimo y una obligación moral» —recitó en alto Samuel.

El americano se volvió y le sonrió con una ligera mueca de dolor en el rostro.

—¡Ojalá mis compatriotas lo supieran tan bien como tú! Pero por desgracia lo ven como los desvaríos de un loco sin poder. —Mc Ronald suspiró y negó con la cabeza—. Solo yo, parece ser, veo el daño que nos puede causar alguien que dice hablar en nombre de todos los musulmanes.

—«Cantarán que entre nosotros no hay nada que precise una explicación, que solo caben el asesinato y los golpes en el cuello». Corán, azora 47, aleya 4.

—¿Crees que lo sucedido en Egipto es un aviso? —preguntó Mc Ronald.

Samuel negó con la cabeza. Llevaba años trabajando sobre el nuevo problema que el mundo tenía ante sí. Sabía que todo era un plan.

—Creo que lo que tenemos ante nosotros es un movimiento radical que se extiende por todo el islam.

—Y es un grupo con recursos y bien entrenado.

—Por desgracia sí. Son fanáticos consagrados y convencidos de su victoria. Dispuestos a sacrificar sus vidas.

—Y al hacerlo quieren matar al mayor numero posible de inocentes.

Samuel y Mc Ronald guardaron silencio por un momento. Ambos pensaban deprisa y buscaban los pasos que había que dar.

Samuel, de forma instintiva, se llevó la mano al pecho y acarició entre sus dedos la llave de su familia. Seguía pensando lo mismo: el mayor problema de los americanos eran ellos mismos. No se lo tomaban en serio, pensaban que todo era exótico frente a la modernidad de la tecnología en la que los estadounidenses depositaban su confianza.

Los teléfonos de Samuel y de Mc Ronald sonaron a la vez. Ambos puestos en pie escucharon silenciosos lo que al otro lado de la línea les comunicaban. Se miraron sin decir palabra. Samuel empezó a ponerse el abrigo y cerró la cartera donde tenía preparado todo el trabajo que quería enseñar al americano: era un guión donde empezar a cercar al terrorismo islámico.

Pero la situación les había adelantado. Como meras marionetas seguían los pasos del terror.

Para Samuel la situación estaba clara: Al Qaeda acababa de dar su primer aviso serio.

¿Seguiría el mundo occidental dando la espalda a la realidad?

Adén, ciudad del Yemen

Llevaban entrenando más de año y medio, y en ese periodo de tiempo habían visto y sufrido los bombardeos americanos. Todos habían padecido experiencias traumáticas y familiares de aquellos ataques que los yanquis llamaban selectivos. Estaban ansiosos por empezar, era su momento. Saleh era el experto en la fabricación de explosivos, enormes artefactos de más de mil kilos de TNT, nitrato de aluminio y aluminio en polvo, que unía por cables a baterías eléctricas.

Sin embargo, Nashiri, el compañero que se le había unido durante este periodo, había demostrado su habilidad fabricando una nueva bomba mucho más sofisticada. Eran cargas huecas capaces de concentrar la fuerza de la explosión en una dirección predeterminada.

La Ford blanca caminaba despacio, respetando todas las señales de tráfico hacia el centro de la ciudad. Era una camioneta como otra cualquiera y ni siquiera que el tubo de escape soltara un humo negro intenso llamaría la atención de nadie en la ciudad de Adén. Nashiri llevaba la música alta y cantaba cada párrafo de la canción desgarrando la garganta. Era un joven afgano que por vez primera salía de su país. La guerra contra los soviéticos había matado a sus padres y con apenas meses de vida ya era un guerrero más de la Yihad. Saleh no le escuchaba siquiera. Sus nervios, de plomo en muchos momentos, estaban a flor de piel en la parte posterior de la furgoneta.

Saleh iba sentado sobre el inmenso artefacto, al que había unido varios tanques de oxígeno y gas para provocar una mayor cobertura. Saleh era turco y su pelo mezclaba el rubio cobrizo con pequeñas manchas blancas. Aquel era un signo de su familia. Ya su padre, y antes que él su abuelo, habían tenido con orgullo aquella marca en el cabello. Desde el primer día que se conocieron en los campos de entrenamiento, Nashiri le llamó Gremlin.

Eran las diez de la mañana y la ciudad, al ser viernes, estaba medio vacía. Adén es un puerto natural, conocido como «la pequeña Adén». Era zona de libre comercio. Encaramada en la ladera de un viejo volcán, su cono forma uno de los mejores puertos de aguas profundas.

—¿Sabes que este es el lugar donde se encontraba el jardín del Edén? —Nashiri había dejado de cantar a gritos y le observaba por el espejo retrovisor.

—Mira a la carretera y conduce con cuidado —contestó Saleh—. Sería muy deshonroso que no pudiéramos completar nuestra misión por una multa de trafico, o lo que es todavía peor, que nos cayéramos por el terraplén.

—También he leído que muchos creen que este es el lugar desde el que Noé botó el arca —siguió hablando Nashiri sin hacer caso de su compañero

—. Es una ciudad milenaria.

—Ese es el mayor de tus problemas, que lees demasiado.

Saleh negó con la cabeza mientras se acomodaba con cuidado entre los tanques de oxígeno. Su compañero era un crío de apenas 24 años, y sin embargo le había demostrado que era un genio cuando de explosivos se trataba.

La Ford subía despacio por la ladera del cono volcánico. La vista de la ciudad que iban dejando detrás llamo la atención de Nashiri. Detuvo el vehículo en un pequeño arcén y bajó.

—Pero ¿qué haces? —gritó Saleh desde dentro.

—Tranquilo, Gremlin, deja que vea esta maravilla.

Desde lo alto de aquel polvoriento camino se observaba el brazo de la ciudad entrando en el agua. Rodeado por las aguas profundas del mar Rojo, el puerto se circundaba de brillantes casas blancas.

Saleh se le había unido en silencio y observaba el bullicio y el movimiento portuario. Miró a su compañero y pudo observar cómo el gesto brillante y la malicia juvenil de su cara de niño fue cambiando poco a poco hasta convertirse en una mueca dura e inexpresiva.

—Allí esta —dijo alargando la barbilla con desprecio.

Saleh colocó su mano sobre los ojos. Los rayos del sol le impedían seguir las señas de su compañero. Entrecerró los párpados y, entonces sí, entonces lo vio.

—El USS Cole —dijo Nashiri mientras escupía en el suelo.

Habían vivido en un piso franco durante casi un mes, y desde primera hora de la mañana se esforzaron en dejar todo lo más limpio y ordenado posible. Necesitaban ocupar su mente en cosas cotidianas.

Aquel era el día en el que ambos entrarían en el paraíso.

El dormitorio principal del piso era grande y orientado al norte, justo a donde apuntaban sus alfombras. Las horas previas las habían pasado orando.

La Meca era su foco y Mahoma su llama.

Saleh se pasó despacio la mano en el rostro. No se encontraba cómodo, se había afeitado la abundante barba y un cosquilleo extraño recorría su piel.

Habían dejado el bote muy cerca de un pequeño muelle que había tras unas enormes rocas. Era el lugar perfecto, pues el camino llegaba casi hasta allí. Transportar los explosivos de la furgoneta al bote era una tarea peligrosa. Tras días de estudio observaron que nadie ocupaba aquel lugar normalmente. Algún que otro niño pescaba por las tardes, nunca por las mañanas, pero si

eso sucediera tenían preparados unos cuantos riales yemeníes para que les vigilaran la furgoneta.

Obviamente jamás iban a volver a recogerla.

La mañana se presentaba calurosa, como todas en los últimos días. Los rayos del sol golpeaban ya su fuerza contra el destructor y barrían todas las sombras que pudiera haber en la cubierta.

Sam Roger fumaba tranquilo. Era la hora del rancho, pero él prefería esperar a que la enorme cola de soldados hambrientos fuera menguando. Se sentía una persona privilegiada. Era soldado especial del USS Cole, un destructor de millones de dólares. En cada puerto al que iban la gente se agolpaba para sacarse fotos. Él había posado en muchas de ellas, y ver la risa nerviosa de los niños cuando les dejaba ponerse su gorra oficial le hacía sentirse bien e importante.

Todavía el destructor estaba amarrado a una boya de abastecimiento de combustible, por lo que no se marcharían hasta pasadas dos o tres horas.

Sam no era un soldado cualquiera, había destacado de forma brillante a la hora de utilizar la avanzada tecnología furtiva. Aquel enorme buque de guerra estaba preparado para ser apenas visible al mejor de los radares, a pesar de sus más de cincuenta metros de eslora, ocho mil quinientas toneladas de peso y una gran antena giratoria que vigilaba los cielos por cualquier amenaza.

Sam Roger era un experto en programar y usar los misiles teledirigidos y los Tomahawk. Hacía menos de un mes le había escrito a su novia de toda la vida. Sam era nativo de un pequeño pueblo de Iowa. Necesitaba contarle lo contento y orgulloso que estaba. Sabía que Ane estaba preparando con ilusión su vuelta a casa y su enlace en la iglesia donde ambos habían sido bautizados.

La Marina había organizado unas pruebas para los buques. Debían ser capaces de rastrear de manera simultánea a misiles y aviones situados en un radio de más de 500 kilómetros. El USS Cole con él al mando del sistema informático de los radares del buque había demostrado su capacidad para combatir contra cualquier armada. Ane estaba muy orgullosa de su novio de toda la vida y futuro padre de sus hijos.

Sam vio acercarse al bote pesquero. Dos hombres jóvenes dirigían la embarcación hasta el destructor entre risas. Estaban acostumbrados a aquellas embarcaciones. Generalmente recogían las basuras del destructor, no le dio importancia.

Los dos hombres detuvieron el pequeño bote junto al barco y Sam se asomó para saludarles sonriendo. Los jóvenes de la pequeña embarcación saludaron con la mano y después hicieron algo que extrañó mucho a Sam: los

dos se quedaron quietos y en posición de firmes. El americano nacido en Iowa y orgulloso de su buque no tuvo tiempo para más, ni siquiera el tiempo de que su último pensamiento fuera para su adorable Ane: una enorme explosión le dejó sin vida, a él y a dieciséis compañeros más.

La onda expansiva rompió las ventanas del puerto y volcó los coches aparcados en el muelle. Todo el mundo pensó que un terremoto castigaba Adén.

Una gran llamarada recorría el destructor desde su línea de flotación engullendo a Sam.

Un gran agujero de más de doce metros de diámetro atravesaba el barco. Algunos marineros nadaban atravesando el boquete, huyendo de las llamas. Todo era caos e incredulidad.



Por vez primera, el FBI y la CIA parecían trabajar juntos en un asunto de Estado. El mundo que iba desde el Capitolio a la Casa Blanca necesitaba un culpable.

Habían pasado pocos días desde el atentado cuando Samuel recibió la llamada de Mc Ronald. El Gobierno israelita ya tenía información de los muchos problemas que se estaban encontrando los americanos para sacar conclusiones en Yemen. Sin embargo, Samuel no esperaba que alguien de la vitalidad de Mc Ronald tirara la toalla.

—Lo primero que pensé era que el atentado del Cole era la oportunidad que tanto había estado esperando. Me sentí mal cuando comprendí que tenía a diecisiete jóvenes estadounidenses muertos en Adén, pero la desgracia nos podía hacer avanzar en muchos terrenos en los que estamos huérfanos de información.

—¿Qué está pasando, amigo? —preguntó Samuel.

El judío escuchó por el auricular cómo la respiración de Mc Ronald se aceleraba.

—Hasta una maldita carta de Bill Clinton hemos llevado a ese país de mierda. —Un corto silencio pareció interrumpir la línea—. Era mi mejor oportunidad para desbaratar Al-Qaeda.

—¿Qué está pasando, amigo? —volvió a repetir Samuel—. En poco menos de veinticuatro horas estábamos volando. Todo lo hicimos de forma

diligente.

—Lo sé Mc, te conozco y los informes que tenemos así lo dicen. —Samuel notaba el dolor de su amigo y cómo poco a poco se iba apoderando de él la amargura.

El americano no parecía notar cuando Samuel le interrumpía, y seguía hablando como si recitara un guión.

—Llevé a los investigadores directamente a la sala donde estaban ingresados los marineros. Mientras los expertos en explosivos examinaban los restos en las ropas y cabellos de los diecisiete marines muertos y los numerosos heridos. Empezamos a investigar el más mínimo residuo.

Samuel creyó adivinar cuál era el motivo de la desolación y la indignación de su compañero e intentó llevarle hacia la realidad.

—Sabes tan bien como yo que Yemen es un lugar difícil para llevar a cabo una investigación con garantías. Y seguramente será el entorno más hostil en el que nunca hayas trabajado.

—Verás, Samuel —le interrumpió Mc Ronald—, aunque Al-Qaeda existe hace años sigue siendo poco conocida. Todos los jefazos miran a Hamás o a Hezbollah.

—¿Qué pasa, Mc? —Samuel conocía bien a su amigo.

—Lo primero que me impactó cuando bajé del avión fue un letrero luminoso: «Ben Laden Group». La familia de Bin Laden tiene un contrato para reconstruir el aeropuerto.

—¡Dios mío!

—Está claro que jugamos una partida de cartas marcadas y que jugamos en la casa del tramposo.

Durante unos segundos el silencio volvió a llenar la línea telefónica. Samuel esperó a que su amigo siguiera. Sabía que estaba intentando expresar sus emociones y que era mejor darle la pausa que necesitaba.

—Pero lo peor lo tengo dentro, en la gente que representa a mi propio país. Hace dos años que Estados Unidos acordó poder repostar en Yemen, y la diplomacia no quiere perder ese aliado que puede ser crucial estratégicamente.

—Entiendo.

—¡Pero yo he ido para resolver un crimen horroroso! —Mc Ronald gritó sin darse cuenta—. El FBI no se desplaza para hacer amigos.

—Mc, ¿recuerdas lo que te dije en tu despacho? Según los informes que yo poseo Al-Qaeda prepara algo grande.

—Sí, y me preocupa. Por eso no logro entender que no me dejen hacer mi trabajo.

Samuel ignoró la decepción y la pena que expresaban las palabras del americano y concluyó:

—Algo grande y terrible se prepara. Esto solo ha sido una muestra de lo difícil que va a resultar parar el golpe si no estamos unidos y compartimos información.

—Samuel, amigo —le interrumpió Mc—, me he pasado toda la mañana en el Cole. He visto los cadáveres alineados sobre la cubierta. Todavía hay trozos de carne humana incrustados en los cachos de metal esparcidos por el muelle y hay buceadores buscando cadáveres en el fondo del puerto.

—Entiendo.

—No, Samuel, no entiendes, es imposible. Yo mismo tengo grandes problemas para dar crédito a lo que me está pasando. He perdido todo mi tiempo en intentar convencer a las autoridades yemeníes de que colaboren —Mc suspiró fuerte—, y cuando me doy la vuelta mi propio Gobierno me desautoriza, por miedo a perder un aliado estratégico en esta parte del mundo.

Samuel sintió a través del teléfono cómo su amigo daba un largo trago del licor correspondiente.

—Necesito que mis agentes estén presentes en cada interrogatorio, saber que todo se hace de la forma correcta para que luego en un tribunal de los Estados Unidos no tengamos ningún tipo de problema. Hablar con los testigos presenciales es importante y sin embargo el Gobierno yemení no da su aprobación. Pero lo que es más doloroso para mí —Mc Ronald tomó aire—, la embajadora de mi país tampoco.

—No me lo creo, amigo —contestó incrédulo Samuel. «Definitivamente eso nunca pasaría en Israel», pensó.

—La respuesta fue que ninguno de mis agentes habla árabe. Por lo menos he conseguido que antes de irnos se dé la alerta máxima a todas las fuerzas de Oriente.

Samuel conocía a Mc Ronald lo suficiente como para temerse lo peor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó con miedo a la respuesta.

—Tengo la sensación de estar librando la batalla antiterrorista sin el apoyo de mi Gobierno. Todo me lleva al fracaso, lo mejor es dejarlo.

—¿Qué vas a hacer? Esto es tu vida.

—Tengo esposa y dos hijos desatendidos —contestó no con mucho énfasis— y he recibido una importante oferta de una empresa privada. Doblaré mis honorarios.

—Estupendo, Mc.

—Estaré en New York, Samuel, es una pequeña recompensa. Me he dado cuenta de que no tengo futuro en el FBI.

Jamás llegaré a director, ni tampoco me darán la jefatura del despacho en New York.

Samuel entendía el dolor de Mc Ronald. Cuando Al-Qaeda no era conocida, el americano se encargó de situarla en el mapa del terror y de perseguirla, sin apoyos ni crédito.

—Si te soy sincero, amigo, me alegro por ti. Trabaja en el sector privado y harás dinero. Por cierto —exclamó Samuel—, no me has dicho todavía en qué empresa estarás. Mc Ronald contestó con todo el orgullo que pudo reunir: —Jefe de seguridad del World Trade Center.

Askhelon, ciudad de Israel

Conducía despacio. Estaba cansado, ya no era un jovencito. Samuel repasaba mentalmente todo los acontecimientos vividos. Tenía la sensación de ser un actor en una película de Hollywood interminable. La carretera le avisó de que no se despistara y Samuel se puso las gafas de sol. Había salido a media mañana de Tel Aviv y 54 kilómetros le separaban de su casa. Como siempre, Mozart acompañaba su camino. Ya era una costumbre que le hacía sentirse confortable y tranquilo. El genio de Salzburgo era capaz de medir sus estados de ánimo, y en aquel momento Samuel sentía dentro de todos sus sentidos el tercer movimiento, *rondeau-allegro*, del concierto en mi bemol mayor, K. 365, para 2 pianos y orquesta.

Hacía ya demasiados días que no se veían y Gabrielle era una compañera exigente. Sonrió al recordar cómo un descuido imperdonable por su parte estuvo a punto de dar al traste con su relación. Llevaban con obsesión tiempo intentando ser padres, pero no eran capaces de aumentar la escueta familia que formaban ellos dos. Para Gabrielle era una idea fija que le hacía perder toda la serenidad y para él una obligación que llevaba ligada a la llave, que como un duro recordatorio colgaba de su cuello.

Aquel día Samuel llegó contento, llegaba pronto para cenar junto a su chica. La encontró en la cocina. Siempre le había gustado cocinar y se le daba especialmente bien. Samuel fue directo a darle un beso, era una costumbre alimentada por ella: un beso al irse, un beso al volver, un beso de buenas

noches. Sin embargo, notó la rigidez de los músculos de su rostro cuando la rozó con sus labios.

Su mujer preparaba falafel y olía especialmente bien. El garbanzo ya estaba macerado y convertido en lo que luego serían unas sabrosas croquetas fritas. A Samuel le gustaba acompañarlas con yogur. Como tenía por costumbre empezó a hablar de todo lo que había vivido aquel día de trabajo.

—Los palestinos han izado la bandera de la OLP y Hamás en el Haram al-Sharif.

Gabrielle, que en este punto hubiera intervenido, no hizo el menor comentario y siguió centrada en remover el aceite. Estaba empezando a preparar las habas que acompañarían el plato.

—Han comenzado a lanzar piedras sobre la plaza del Muro de las Lamentaciones, donde había un montón de gente rezando.

Gabrielle estaba distante y siguió sin decir nada. Algo no funcionaba, pero Samuel decidió seguir sin interpretar ninguna de las señales.

—Los disturbios se han extendido al barrio musulmán de la Ciudad vieja. La turba de gente ha prendido fuego a la comisaria de policía de la Puerta de los Leones.

Gabrielle siguió sin abrir la boca y Samuel lo volvió a interpretar de forma errónea. Conocía a su pareja y sabía lo combativa que era en todo lo concerniente al tema palestino. Simplemente pensó que estaba asimilando la noticia.

—Hemos enviado un ultimátum a Arafat.

Samuel dejó de hablar, era una noticia lo suficientemente importante como para que Gabrielle dijera algo. Las disputas entre los dos habían llegado a ser crudas y desagradables por este asunto. La última no hacía mucho todavía la retenía fresca en su memoria.



—¡Los palestinos no luchan por tener un estado propio! —le había gritado Gabrielle—. Eso ya se les ha ofrecido y lo han rechazado. Luchan contra la existencia del Estado de Israel. —Su novia estaba en un estado de furia incontrolable—. ¿Qué sabe el mundo del miedo que pasa la población judía cada vez que las sirenas suenan y un nuevo misil irrumpe en nuestro cielo? ¡¡Hamás reconoce abiertamente que todo ciudadano israelí es su objetivo!! Y

apunta especialmente a nuestras escuelas. Además, son tan cobardes que se esconden entre sus propios civiles, lo que es un doble crimen.

Gabrielle estaba especialmente molesta con él desde el día que Samuel le había expresado sus sentimientos. Vivía el día a día de las tropas de su país y se le hacía duro. Su chica había vivido el terror de los ataques palestinos a la ciudadanía, pero él sabía lo que el ejército hacía en los territorios ocupados. Él ostentaba el grado de capitán cuando pidió su traslado. Recordaba a su padre: «Quien ha sufrido terribles tragedias puede hacer lo mismo cuando ocupa el poder».

Le contó a Gabrielle cómo el ejército había bloqueado pueblos y ciudades para aislarlos. Cerraban carreteras, con toques de queda de veinticuatro horas para realizar arrestos. Samuel no comprendía la decisión de desplegar centenares de puestos de control con barricadas en cada carretera de Cisjordania y la Franja de Gaza. Los soldados no hacían excepciones para enfermos o heridos. Según sus datos más de cien mujeres palestinas habían dado a luz en aquellos puestos de control. Más de la mitad de los recién nacidos murieron poco después del parto, debido a complicaciones en medio del barro y la suciedad de las cunetas. El ejército del que él era capitán dejó morir a enfermos y heridos, haciendo cola en los controles para poder ir al hospital.

—Gabrielle —le dijo—, en una mañana cualquiera toda esa gente tiene que esperar seis o siete horas en la fila. Nosotros de forma arbitraria decidimos si pasa alguien o no. He visto demoler casas antes de la Intifada, no necesitábamos ningún permiso especial. Se dejaba a la discreción del capitán o del teniente de turno.

—Ellos nos odian, Samuel, y tú les defiendes en contra de tu propia sangre. —Gabrielle, con lágrimas de furia en los ojos, le miraba llena de ira.

—Amor, he visto niños inocentes histéricos llorando y gritando, mientras corrían por todas partes, huyendo de las ruinas de lo que hacía cinco minutos eran sus casas; padres sentarse en la pila de escombros llorando mientras los *bulldozers* convertían todo en un montón de piedras; mujeres desmayadas con sus hijos pequeños tirados por el suelo.

Samuel recordaba haber reprimido alguna lágrima y mirar el furor de su compañera.

—Nosotros entre tanto dolor nos limitábamos a medir el grosor de las paredes para decidir cuánto explosivo usar y dónde ponerlo. ¡Y lo peor de todo es ver la juventud de nuestros soldados y ver cómo hacen todo eso sin sentir como seres humanos!

—¿Te suena de algo todo eso?



Gabrielle había terminado aquella disputa con un fuerte portazo y más de un mes lejos de casa.

Por eso ahora decidió cambiar el tercio de la conversación, y ante la poca respuesta de Gabrielle preguntó:

—Bueno, ¿y tú? ¿Cómo ha ido el día?

Ella dejo de remover el aceite que demasiado caliente ya empezaba a humear. La mirada de Gabrielle era helada y cortante.

De pronto comprendió.

—¡Oh, Dios! —exclamó—. Lo siento, amor, lo he olvidado con todo este jaleo.

Se lo había apuntado en la agenda del teléfono, en la del trabajo y se lo había repetido mentalmente varias veces: «Día importante».

Gabrielle no arrancaba y no era buena señal para él.

—Lo siento, amor. Tenemos entre manos una situación extrema y sencillamente lo olvidé.

Gabrielle se limpió las manos y por vez primera se giró a él y lo miró a los ojos.

—¿Cómo puedes decir que lo olvidaste? No puedo entenderte, Samuel, no en algo tan importante.

Gabrielle no gritaba, su tono era serio pero medido. Samuel procesaba ese dato en su cabeza, no sabía si era mejor o simplemente era el preámbulo de la tormenta.

—He estado esperándote hasta el ultimo minuto. Imbécil de mí, que pensaba que era importante para los dos. —La primera lágrima rodó por el rostro de Gabrielle—. Y tú… simplemente lo has olvidado.

—Estaba trabajando en algo que…

Le puso el dedo en la boca para que callara. Se quitó el delantal y lo arrojó contra la pared.

—No eres capaz de distinguir qué es importante para nuestras vidas —gritó por vez primera, para luego bajar el tono de su voz en casi un susurro—. Es curioso, yo no puedo ni dormir pensando en ello.

—Cuéntame qué te ha dicho el doctor.

—Tendrías que haber estado conmigo en el hospital —le miró severa— y lo hubieras oído como yo.

La culpa empezó a caer sobre él como una losa.

—No me han examinado. Dicen que somos gente joven, que lo sigamos intentando.

A Samuel le costó días de besos y amor reconquistar la voluntad de Gabrielle, pero la buena noticia sepultó todo. Tres semanas después de aquel episodio, mientras él hacía el zumo de naranja y colocaba el pan en el tostador, la vio bajar sonriente y con lágrimas en los ojos.

No necesitó decir nada, se besaron con pasión.



Samuel volvió a la realidad, acababa de entrar en Ashkelon, situada en lo alto de unas brillantes dunas por encima del nivel del mar. En la actualidad era un conglomerado de complejos industriales, apartamentos y enormes playas. Bajo el dominio filisteo Ashkelon vivió una época dorada. Era una destacada escala para las caravanas de la Vía Maris, la famosa ruta comercial entre Siria y Egipto.

No era una ciudad grande, y tanto él como Gabrielle habían decidido que aquel lugar sería el sitio donde formar su familia.

Allí había dado sus primeros pasos Hula, preciosa, con sus tirabuzones rubios cayendo por su rostro, los trasparentes ojos verdes y la sonrisa que dejaba al descubierto dos incipientes y diminutos dientes.

Samuel observó con admiración, como si fuera la primera vez, los vecindarios que se extendían con identidad propia de aquella ciudad. Cada vuelta de un largo viaje palpitaba en él con más intensidad el sentido de pertenencia a aquel lugar. Atravesó la estación de autobuses y dejó atrás el bullicio de gente que iba al centro comercial Affidar. Le habían llamado así porque había sido construido con los donativos judíos de numerosos sudafricanos.

Sin embargo, su destino era un privilegio concedido a muy pocas personas. Su casa estaba en la antigua ciudad árabe de Migdal.

Estaba deseando llegar y poder abrazar a las dos personas más importantes de su ajetreada vida.

Gabrielle sabía darle equilibrio. A pesar de sus disputas políticas y diferentes puntos de vista, cuando los dos estaban juntos el mundo alrededor de ellos simplemente dejaba de existir.

Hula era la luz de su vida. Su alegría y la pasión por todo lo que hacía habían llenado su corazón.

Su hija era una persona inquieta e inteligente. La había visto crecer y formarse. Un día, mientras él daba vueltas entre sus dedos a la llave de oro, dijo:

—Yo no me llamo Samuel.

Él no dijo nada, nunca había pensado en eso. Aquella llave tenía un significado. La llave debía llevar al final de un camino que todavía nadie había recorrido. Y su joven hija parecía ser la única que se adelantaba al futuro.

—Promete una cosa, papa —dijo Hula con una sonrisa serena en la cara —: el día que te decidas me llevarás contigo.

—Esa tarea no me corresponderá a mí, hija mía —respondió serio.

—Tú eres el último Samuel.

Recordaba cómo el silencio de aquella acertada respuesta llenó su corazón de temor. Jamás había sentido la presión de la llave con tanta fuerza hasta ese momento.

Su hija se levantó y con toda la naturalidad del mundo, sonriendo posó la mano sobre su pecho.

—Estaremos juntos.

Le gustaba la ciudad antigua, tenía personalidad y belleza. También allí los árabes que la habitaban fueron obligados a huir a la Franja de Gaza, donde todavía hoy viven en campos de refugiados. Sin embargo Samuel se sentía libre y feliz paseando entre el mercado de verduras y frutas. El olor y la luz de sus colores le llevaba a la paz que necesitaba para combatir en su mundo de horrores.

Dejó a un lado el mercado de los jueves, donde ropa y bisutería competía con el mejor falafel que nadie pudiera encontrar en ningún otro lugar de Israel. Aparcó el coche como siempre, enfrente de la iglesia bizantina y la vista de las columnas y los capiteles de mármol por el suelo. No entendía muy bien por qué le había llevado al viaje que acababa de realizar.

Sin duda alguna era un simbolismo más que acertado.

Mc Ronald había insistido mucho en que le acompañara en su despedida. Tenía más confianza y libertad hablando con él que con todos sus compañeros de oficina en New York.

Sus jefes le habían dado permiso para ir a la fiesta. Solo una cosa más debía hacer: convencer a los americanos del Gobierno de Bush de la información que ellos manejaban.

Su inteligencia manejaba información más que fiable con relación a un posible atentado de Al-Qaeda.

—La CIA y el FBI deben ser conscientes de que se avecina un gran atentado terrorista. Samuel había apartado a su amigo del bullicio del restaurante y con sendas copas en la mano —*whisky* para Mc Ronald y un refresco para Samuel— hablaban inquietos.

—La Administración Federal de Aviación, la Guardia Costera, la Aduana, el Servicio de Inmigración y el FBI han incrementado la seguridad ante esa perspectiva, amigo. El llamamiento está hecho.

Samuel levantó su copa y sonrió. Sentía verdadero afecto por aquel hombre. Le había visto luchar por lo que creía y respetar la ley en todo lo que hacía. Ahora se sentía mal por él. Sabía que aquel era un día triste. En su interior se sentía un fracasado, no había sido capaz de hacer bien su trabajo. Al-Qaeda y Bin Laden seguirían siendo una amenaza para el mundo occidental y nadie en su propio país, ni siquiera en su propia oficina, valoraba todo el esfuerzo que había hecho.

—Por tu nuevo puesto —dijo Samuel levantando la copa.

Mc Ronald expresó con amargura sus sentimientos al chocar su bebida con Samuel.

—Ahora estarás seguro, amigo. Ahí ya han intentado atentar.

El americano movió la cabeza negando.

—Lo intentaran de nuevo. Estos edificios son demasiado llamativos, nunca estarán a salvo.

—El FBI, según mi antiguo jefe —dijo Mc—, ha recibido un cable de la CIA en el que avisa de que dos terroristas de Al-Qaeda han entrado en el país. Se han rastreado las direcciones dadas y han resultado ser falsas.

—Olvida ahora todo eso, amigo, y disfruta de la libertad del sector privado. Samuel dibujó una sonrisa.

—Es curioso que gracias a Bin Laden nos hayamos conocido. —El americano abrazó con fuerza a Samuel.

—Bin Laden mencionó el apoyo de Estados Unidos a Israel como el primer motivo de su declaración de guerra. Nos encontrará preparados — sentenció el hebreo sin ningún tipo de convencimiento.

Aquella misma mañana había hablado con su amigo. Se le notaba de buen humor y animado.

—Voy a comprar una casa nueva a mi mujer, se lo debo. Demasiado tiempo fuera del hogar. Me he perdido muchas cosas, amigo.

Samuel sabía de lo que hablaba. Él mismo sufría por Gabrielle y cada vez que pensaba en las horas que no estaba en casa con sus dos mujeres.

—Anoche, por vez primera en muchos años, salimos a bailar.

Habían reído con ganas y bromeado sobre la nueva y placentera vida que ahora le esperaba a Mc Ronald.

En aquel momento Samuel pensó en la pequeña aventura que todavía no había iniciado. El viaje más importante, el que debía al nombre de su familia, a la memoria de su padre y al padre de su padre, estaba por llegar. El roce de la llave en su pecho cada vez le llamaba más. Buscaría el momento, se lo había prometido a Hula. Las llevaría consigo y juntos darían fin a un largo recorrido. Él era sefardita, la sangre que corría por todas sus venas le gritaba que era el momento.

Se lo prometió a sí mismo.

No lo demoraría más.

Samuel llegó al gran portón de su casa y respiró la paz que llenaba sus sentidos. Demasiados días apartado de ellas. Necesitaba sentir los brazos de Gabrielle y recrearse con la sonrisa abierta de su hija.

Se encontraba cansado.

Era el 11 de septiembre de 2001.

New York, 10 de septiembre de 2001

Se levantó ilusionado, lleno de alegría y de vitalidad. Aquel era el primero de los numerosos días futuros. Empezaba una nueva vida y él, como siempre hacía, la viviría con intensidad hasta conseguir que estuviera repleta. Dejar el FBI le había subido la moral. Podía empezar a pensar en sí mismo y por extensión en la familia. Sabía que tendría bajones de moral. Demasiados años trabajando en lo mismo y pocos reconocimientos a su entrega le tenían despistado en lo que más valoraba de sí mismo: la autoestima.

Quedaban dos horas para encontrarse con Tacher, la persona que había influido para que tomara la decisión de cambiar de vida. Le había convencido, era el momento justo.

Robert Tacher era el más alto ejecutivo de la empresa de seguridad en la que a partir de ese día iba a trabajar.

Debían dejar claras algunas cosas referentes al World Trade Center.

Mc Ronald llegó temprano. Había degustado el trayecto en su antiguo Buick. Aquel sería su camino cada día. La mañana era espléndida en una New York que se estaba despertando al ritmo del ruido del tráfico y el bullicio de la gente.

La sombra de las dos torres se extendía por todo Manhattan. Eran las diez de la mañana y ya numerosos turistas se fotografiaban orgullosos. Cuando se terminaron de construir en el año 1973, aquel era el sentimiento que deseaban despertar en todo aquel que las observara.

Llamar la atención era el primer objetivo de las dos Torres Gemelas.

Lo curioso del caso es que a Mc Ronald nunca le habían gustado. No las encontraba practicas y él era un hombre práctico. Su vida estaba diseñada para la efectividad y ser productivo en todas las cosas que hacía.

Siempre había encontrado las torres como dos edificios insustanciales, anodinos y poco diestros. Recordaba la última vez que por trabajo había tenido que visitar el World Trade Center: tuvo la sensación de estar aislado y dejado de la mano de Dios. Para bajar a la calle cogió dos ascensores que de forma lenta le dejaron en un enorme vestíbulo. Se sintió agobiado y lo más rápido que pudo lo atravesó.

La sensación de estar enjaulado, encerrado, solo desaparecía cuando por fin salías por el interminable vestíbulo y el bullicio y la explosión de ruido y olores llegaba veloz llenando todos los sentidos.

Tacher se aproximó sonriendo y con aquellas zancadas tan características en él. Robert Tacher medía más de metro noventa.

—Es un placer tenerte aquí. Mc —le dijo mientras se estrechaban las manos—. Le hemos robado al FBI su estrella.

Mc Ronald sonrió y siguió apretando fuerte la mano que Tacher mantenía extendida. Estaban en el vestíbulo de la Torre Norte y los dos tomaron el ascensor.

—Antes que nada creo que debes de ver tu nuevo despacho —dijo Tacher mientras Mc observó que apretaba el botón del piso 34.

—Aquí, como ya te dije en su momento, estamos muy orgullosos de lo que hacemos. Nuestro trabajo es difícil pero efectivo. Debemos estar alerta después de los numerosos avisos que hemos tenido.

Tacher miró sonriente a Mc Ronald y le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Nada importante para alguien que ha debido de cuidar la salud de todo un país. Ahora cuidarás solo de dos edificios.

Mc Ronald sonrió y dejó que su compañero saliera primero del ascensor. Estaban en el piso 34.

Robert sacó una pequeña llave y se la alargó a Mc.

—Es tuyo. Abre tú.

A Mc Ronald aquella pequeña ceremonia le hizo gracia. Como el niño que abre un regalo empaquetado con esmero, y algo de nervios, atinó a meter la llave en la escueta cerradura. Lo primero que le impactó fue la luz: un gran ventanal recorría toda la longitud de la pared y los rayos del sol penetraban con fuerza tras cruzar el río Hudson. Entró despacio y expectante. A su derecha un enorme sofá de cinco plazas color rojo daba la espalda a una enorme librería de cristal. Mc se acercó curioso. Numerosos libros de diferentes tamaños reposaban sobre las baldas. La temática de todos ellos era la misma: el World Trade Center.

Al fondo y en la zona más señorial y atractiva del despacho, una escueta y moderna mesa de trabajo esperaba a su nuevo inquilino. Mc Ronald se sentó y conectó el ordenador que había sobre la mesa. La bandera de los Estados Unidos de América ocupó toda la pantalla.

—Está preparado para que pongas tu propia contraseña.

Mc se levantó y dejó el ordenador abierto. Lentamente se encaminó al gran ventanal y observó admirado todo lo que alcanzaba a ver desde aquella altura. Podía ver la enorme fila de coches que circulaban por la autopista de New Jersey, el puerto lleno de vida con la Estatua de la Libertad al fondo y grandes cruceros de lujo y petroleros rompiendo el horizonte luminoso del majestuoso Atlántico.

—Magnífica, ¿verdad?

—Será difícil acostumbrarse a esto.

—Pues la vista más impresionante del World Trade Center es la que se ve desde la otra orilla del río. —Robert se acercó a Mc y le puso el brazo sobre él—. Fue allí, en un barrio de Jersey City, donde se confabularon para atentar contra las torres.

—Lo recuerdo bien. Estuvimos años trabajando en el barrio de Little Egypt. Aquel sitio es una madriguera de fundamentalistas.

—Bueno, amigo —dijo Robert—, nos esperan en el bar que hay en lo alto de esta torre —miró el reloj—. Tomaremos un café o un trago, depende de ti —dijo riendo—. Hoy tenemos el día ajetreado. Espero que no te moleste, pero me he tomado la libertad de reservar en el restaurante Elaine's. Allí se nos unirán tus compañeros. Por cierto, y no digas que te he avisado, pero luego te llevarán al legendario China Club del centro. Es tradición.

Mc sonrió agradecido. Allí iba a estar bien, se lo estaban poniendo fácil. Sin embargo algo dentro de él no dejaba de mandarle señales. Sabía que algo gordo iba a pasar. Samuel desde Jerusalén también así lo creía, y él estaría fuera de todo. Miró por última vez el bullicio del puerto y la vida de Manhattan y se giró hacia la puerta donde ya le esperaba Robert.

—Un momento —dijo parándose ante el ordenador. Tecleó deprisa y con los músculos de la barbilla tensionando su rostro sacó la llave del bolsillo par cerrar el despacho.

—¿Has puesto la contraseña? —le preguntó Robert.

—Sí.

Había sido fácil. Era imposible que pudiera olvidarla nunca. De forma autómata tecleó: Bin Laden.

11 de septiembre de 2001

Mary James era una mujer valiente. Se había acostumbrado a las largas ausencias de su marido Mc. Criar sola a sus dos hijos fue difícil. Hacer de padre en cada problema cotidiano le había desgastado más de lo que pudo resistir. Por esa razón, cuando Mc le dijo que lo dejaba, que habían llegado al final del largo camino, fue a la iglesia. Nunca había sido muy creyente. Sí que creía en Dios, pero no tenía ninguna fe en su Iglesia.

Ella era la hija de un predicador de Chicago y se había criado entre misas llenas de avisos apocalípticos y fundamentalistas.

—Son personas como yo, pecan igual —era todo lo que decía a quien le preguntara.

Sin embargo, por esa misma razón Mary James apoyaba a su marido en aquel extraño e importante trabajo que le alejaba de su familia.

Ella era consciente del poder y del peligro que representaban las creencias tan extremas.

La mañana del 10 de septiembre, cuando Mc salió directo a su nuevo trabajo, se quitó el delantal y subió a su habitación a ponerse su mejor vestido. Últimamente había empezado a leer casi de forma obsesiva la Biblia y a pensar en todo lo que la rodeaba. Se dormía con el libro en la mano y esperando que su vida diera un giro radical.

Ahora era el momento.

Aprovechó la buena mañana para ir a pie hasta la Quinta Avenida. Entró en la magnifica iglesia de la Colegiata de Mármol. Era un sitio acogedor y

lleno de paz, justo lo que necesitaba para decirle a Dios que le agradecía la vuelta de su marido a casa. Si algo había aprendido de su padre era que la fe es el único camino para la salvación. Mary James se había pasado la vida haciendo buenas obras, pero según su padre aquello no era suficiente. Solo la fe en Jesucristo salvaba tu alma.

Tenía la sensación de que tanto Mc como ella estaban condenados.

Su marido era un tipo duro con un arma reglamentaria en el costado. Ella había renegado de Dios muchas veces en su soledad.

Pero en ese momento estaba allí, en la casa de Dios.

Eligió uno de los bancos traseros de la iglesia y de rodillas empezó a orar. Mecánicamente repasó las numerosas causas por las que agradecía a Dios aquel día. Mientras rezaba su atención se centró en un grueso libro: era un breviario. De una de sus páginas, al cogerlo, se desprendió una hoja de papel. Mary James se agachó a recogerla y leyó con detenimiento. En unos días desde aquel púlpito se hablaría de la filosofía del optimismo.

Era justo lo que necesitaba, pensamiento positivo.

Después de 31 años de servicio al Gobierno, jugándose la vida y malgastando la de su familia, recuperaba a su marido. Por todo eso le daba gracias a Dios y le prometía ser una fiel servidora.

Por tres veces le juró a la imagen ver la vida con optimismo y tener cada día cinco minutos para ir a la iglesia y dar las gracias.

En ese momento Mary James no lo sabía, pero aquel era el último día que pisaría la casa de Dios.



Por la noche estuvo esperando nerviosa. Cuando despertó a la una y media de la mañana y comprobó que su marido no estaba en casa el nerviosismo dio paso a la ira y el enfado. Por eso cuando Mc la llevó a las 8:30 de la mañana del 11 de septiembre al centro no le dirigió la palabra.

Mc Ronald cogió el ascensor pensando en qué flores mandaría a su casa. Necesitaba empezar su nueva vida con buen pie y su mujer era algo fundamental. Entró directo a su mesa, abrió el ordenador y encendió la cafetera.

No podía empezar a funcionar sin un buen café.

Y entonces escuchó el estrépito.

El ruido era prolongado y ensordecedor. Miró por la ventana pero no vio nada.

Escuchó una explosión.

Su experiencia le decía que aquello era un avión, por lo que volvió a mirar al río Hudson. ¿Sería un avión volando demasiado bajo y rompiendo la velocidad del sonido?

Aquello sería una locura.

Alguien gritaba fuera en el pasillo. Corrió hacia la puerta y la abrió. El edificio temblaba y la gente corría de forma desordenada y descontrolada. Todo era confuso y nadie sabía muy bien qué estaba pasando.

—¡Un avión! —gritaba una joven mientras corría escaleras abajo—. ¡Un avión se ha estrellado en el piso 92!

Mc no esperó a saber más. Llamó a los SWAT, a la policía y a los bomberos de New York.



John Ronald era un buen informático. Se sentía orgulloso de su trabajo y amaba las nuevas tecnologías, por eso cuando su padre le dijo qué era lo que necesitaba en la nueva oficina se puso en marcha.

Había cogido el coche a primera hora de la mañana y estaba entrando en New York desde la autovía de New Jersey cuando pudo ver desde la ventanilla el humo. La torre norte del World Trade Center estaba envuelta en llamas y una humareda que poco a poco cerraba el cielo de Manhattan.

John empezó a marcar el número de su padre. Estaba nervioso y no lograba conectar el manos libres. Según se acercaba a la rivera del río, con más claridad se veía el enorme agujero que mantenía el edificio en llamas. El corazón empezó a palpitarle con fuerza.

Con cada tono del aparato su angustia le apretaba más el pecho.

—John —respondió Mc al sexto tono—, esto es un desastre, hijo.

—¿Estás bien, papa? —gritó entre el ruido de todos los coches que parados en la autovía empezaban a formar un tremendo tapón. Los conductores hablaban con sus familias y todos señalaban con incredulidad las Torres Gemelas.

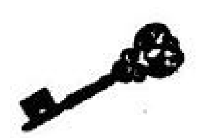
—Todo lo bien que puedo estar, hijo —resopló Mc—. Un avión se ha estrellado 58 pisos por encima de mi oficina.

—¡Dios mío! —exclamó.

—Te dejo, John, necesito evaluar todo lo que esta pasando en la torre.

—Ok. Hablamos más tarde, papá.

Él nunca había sido de presentimientos, pero cuando colgó el teléfono se sintió vacío. Tenía la sensación y el agobio por no haberse despedido.



Samuel hacía un rato que había entrado en casa. Olía especialmente bien y él tenía hambre. Demasiados días fuera de su hogar le hacían ver la necesidad de ir pasando más tiempo con sus chicas.

Encontró la mesa puesta y a Gabrielle en la cocina. Una sonrisa limpia y profunda iluminó el rostro de su mujer al verle entrar. Aquellos eran los besos que mejor le sabían y lo alargó todo lo que pudo.

—Llama a Hula, la comida está lista —dijo Gabrielle empujando a su marido.

Los tres alrededor de la mesa era algo que le hacía sentirse vivo y lleno de paz. Solo algo enturbiaba aquel sentimiento y era el hecho de que su hija no fuera capaz de comer sin la maldita televisión puesta.

Era la hora de las noticias, pero él no necesitaba que nadie le contara las noticias del día para saber cómo andaba el mundo.

—¿Cómo va todo por el mundo de los espías, padre? —bromeó Hula.

Iba a responder con una broma cuando la exclamación de su mujer le hizo girar la cabeza y seguir con la mirada lo que esta observaba.

—¡Dios mío, no puede ser!

Samuel se puso en pie de un salto. La imagen impactaba y sobrecogía el corazón: un avión se estrellaba contra una de las Torres Gemelas.

—Sube el sonido. Hula —pidió Samuel mientras se acercaba al televisor.

La imagen no daba lugar a dudas: un avión se había empotrado contra la torre y la humareda empezaba a llenarlo todo.

Samuel llevaba toda la vida evaluando. Su mente procesó lo más rápidamente posible. Él venía de New York y por lo tanto su primer pensamiento fue para su amigo Mc.

> *Un avión cargado con más de treinta mil litros de combustible se ha estrellado contra la Torre Norte* —el locutor

narraba con la cara horrorizada— *en lo que parece ser el piso nonagésimo. De momento todo parece indicar que es un fatal accidente*.

—No me lo creo —dijo Samuel agarrando la llave que colgaba en su pecho—. Eso no puede ser un accidente.

—Es horrible, Samuel —dijo Gabrielle agarrando la mano de su marido.

Todo es muy confuso —seguía hablando el locutor—. *Nadie puede explicarse cómo puede haber pasado algo así. Parece ser el vuelo número 11 de American Airlines*.

Samuel cogió el móvil y marcó.

Mc Ronald bajaba deprisa a la planta baja. La gente gritaba y los primeros empujones y caídas dificultaban la serena y ordenada evacuación del edificio.

El suelo que era de mármol empezaba a ser un peligro para la gente de más edad. Caía agua del techo y todo estaba muy resbaladizo. Las ventanas de cristal, así como las numerosas vidrieras, se estaban rompiendo y los cristales caían con un ruido rudo y seco.

Mc Ronald empezó a ordenar a los primeros agentes que encontró por los pasillos. Se había levantado un aire ensordecedor, sin duda debido a la corriente de aire que pasaba libre por el edificio, por lo que todo lo hacían entre gritos y carreras.

Entonces sonó el teléfono.

—Estoy bien, Samuel.

—No es un accidente. Mc, no lo creo. Es hoy, es allí, es Osama. —Samuel notó la respiración apremiante de su amigo—. Van a necesitarte más que nunca. Mc.

—Lo sé, Samuel. He de colgar, no puedo perder tiempo.

—Mc, en televisión muestran a gente rompiendo las ventanas por encima del combustible ardiendo. Se están arrojando al vacío.

—Dios. —Es lo último que oyó. La comunicación se había cortado y Samuel no pudo desear suerte a su amigo, ni tampoco decirle que saliera de allí.

Las imágenes de televisión eran crudas. Los cuerpos volaban por el aire y caían como si fueran muñecos de trapo.

Mc salió del edificio. En la plaza, zapatos esparcidos y trozos de carne ofrecían un esperpéntico espectáculo. Intentó no fijarse en nada de eso y fue

directo a la guardería. Numerosos empleados dejaban allí a sus hijos y como supuso todos estaban encerrados dentro sin salir.

—Hay que evacuar a los niños —gritó a la profesora—. Ponedlos a salvo, aquí dentro no lo están.

La profesora afirmó con la cabeza y, secando sus lágrimas, empezó a ordenarlos en fila. Todo fue rápido y hasta que el último niño no estuvo fuera Mc no cogió el teléfono.

—Tranquila, cariño, estoy bien. —Mary James lloraba al otro lado de la línea—. Esto es horrible, demasiada gente muerta a mi alrededor.

—Ponte a salvo, amor —contestó entre lágrimas Mary.

—Me necesitan, mi vida. Este es el trabajo más importante que jamás pude imaginar, y es terrible. Hay que establecer un centro de mando.

—¿Estás fuera del edificio?

—Te quiero, amor.

Fue lo último que escuchó.

Mc caminó decidido hacía el túnel que llevaba a la Segunda Torre.

Mary James sabía que su marido iba a volver a entrar.



En Afganistán la cobertura por satélite no era muy buena. Solo ruido y más ruido entraba por los aparatos de televisión. Los hombres de Al-Qaeda estaban nerviosos y sin noticias. De pronto la BBC en árabe apareció en las pantallas y todos callaron. Era un programa sobre agricultura y un enorme tractor llenaba la imagen. Iban a protestar cuando el locutor pasó la señal al estudio por una noticia importante.

—*Un avión se ha estrellado contra la torre norte del World Trade Center y parece ser que hay numerosos muertos* —decía el locutor.

La algarabía fue general entre rezos y gritos. Los hombres disparaban con su fusil al aire. Pero una voz se hizo oír entre todo ese jaleo.

—Esperad, esperad.

Osama Bin Laden tenía la mejor de sus sonrisas iluminando su rostro. Mientras, con gestos de paciencia pedía a todos que se sentaran. Esperó a que el silencio fuera su aliado. Necesitaba centrar la atención en él.

Se postró de rodillas sobre la alfombra y miró al cielo.

—Dios está con nosotros.

Y levantó dos dedos.



Samuel no podía dejar de mirar el aparato de televisión, era incapaz de hacer otra cosa. Aquello era lo que tanto habían estado temiendo, el gran golpe, justo en el corazón de América. En Israel estaban ya en máxima alerta. De hecho tendría que haber salido ya hacia la reunión de urgencia a la que ya había sido convocado, pero no podía levantarse de la silla.

En ese momento se estrelló el segundo avión.

Las cámaras de televisión enfocaban el cielo oscuro. Por momentos el humo negro llegaba lleno de papeles que volaban incontrolados. Todo representaba una obra dantesca llena de horror.

Nadie sabía qué decir. Los locutores callaron, nada era más descriptivo que observar lo que ocurría.

Los cadáveres esparcidos por el suelo.



Mc oyó el impacto del segundo avión. Todo tembló, acompañando a la vibración fuerte del aire. Vio llegar a bomberos y policías y se sintió orgulloso. Fue solo un instante, casi imperceptible, porque acto seguido tuvo la certeza de que muchos de ellos no saldrían vivos de allí.

La marea de gente le empujaba. Intentó zafarse, pero le era difícil. El motor de uno de los aviones paso rozando la multitud hasta caer encima y aplastar de cinco a seis personas. Remontó aquel río humano y consiguió llegar al túnel de acceso.

El control de mando estaba en la Torre Norte y todo era caos. Un fuerte olor impregnaba todo: carne quemada, humo y sobre todo el combustible de los aviones.

Mc miró la cara de los bomberos y leyó el miedo en sus miradas. Eran profesionales bien formados y con mucha experiencia, pero nadie, absolutamente nadie, estaba preparado para aquello. Más de cinco bomberos

habían muerto al caerles encima el cuerpo de la gente que se había tirado desde las ventanas.

Poco a poco todos fueron llenándose de polvo. Costaba respirar, pero también ver más allá de unos metros.

Las escaleras escupían gente quemada, desnuda y amputada.

Mc, que había visto la muerte de los bomberos, les desviaba hacia los subterráneos. Los cuerpos caían desde lo alto entre un sonido estertóreo.

De pronto Mc escuchó que alguien hablaba de un tercer avión. No lo dudo más y se dirigió hacia la Torre Sur todo lo deprisa que pudo, mientras con el pañuelo se tapó la boca.

Se permitió el lujo de una pequeña sonrisa. Por la mañana Mary James se había empeñado en que se pusiera su mejor traje azul.

El túnel estaba oscuro, lleno de escombros y sucio.



Eran las 9:45 de la mañana cuando el tercer avión impacto en el corazón del ejército de los Estados Unidos. Si había algún edificio que fuera símbolo de poder y dominio, ese era el Pentágono.

El mundo vivía con incredulidad todo lo que estaba pasando.

En Afganistán, dentro de la cueva del León, la noticia se recibió con disparos y alboroto.

Osama Bin Laden volvió a levantar la vista y dio gracias. Todos le observaban fascinados. La sorpresa fue mayúscula cuando levanto cuatro dedos y dijo:

—Esperad, esperad.

Otra vez las risas y los gritos.

Sin embargo, la noticia del cuarto avión nunca llegó. El Capitolio siguió en pie.



Samuel llamó una y otra vez al teléfono de su amigo Mc, pero no obtuvo respuesta.

Justo en el momento que John Ronald llegaba al centro de emergencias de la policía, la Torre Sur se desmorono como un castillo de naipes. La cascada llena de hormigón era inmensa y el humo iba creciendo. La fuerza del viento llenaba los oídos y taladraba los tímpanos. Un tornado campaba a sus anchas por la calle Broadway. Un policía abrió la puerta de un coche patrulla y llamó a John. Entró justo en el momento que el humo negro y la fuerza del viento les engullía.

Todo era oscuridad y no podían respirar con normalidad. John creía que se moría allí mismo, por lo que decidió bajar del coche. Entre la oscuridad, una ambulancia casi le atropella. La desorientación le hizo caminar en el sentido contrario a todos los que Hulan. Eran muertos en vida, llenos de ceniza y cuerpos cubiertos de polvo blanco.

Mary James no se había despegado del televisor, incapaz de mover un músculo. Sintió impotencia y dolor en el pecho.

Llevaba toda la mañana rezando con devoción.

Prometió un montón de cosas, entre ellas no pelearse más con su marido e ir diariamente a la iglesia. Su marido debía volver junto a ella, no era justo. Nadie como él había velado por la seguridad de aquel país.

Y lo más importante de todo: ella lo necesitaba a su lado.

Cuando vio la Torre Sur caer, odió a Dios.

Ashkelon, 2004

Definitivamente había tomado la decisión. Era el momento de muchas cosas, ya no era un jovencito y necesitaba cerrar puertas.

Las playas de Ashkelon eran grandes, luminosas y llenas de arena. Paseaba descalzo y echaba la vista atrás. Su vida había sido un cumulo de sobresaltos desordenados en los que él nunca había tenido el control.

No disfrutó su boda, ni siquiera pudo pasar la primera noche con su nueva compañera de viaje.

Ahora recordaba como una pesadilla el momento en el que el general Herzog, sin ningún tipo de permiso, decidió demoler el barrio magrebí. La intención fue la de crear enfrente del Muro una plaza.

De la boda tuvo que ir a su unidad. Recorrieron casa por casa informando que debían desalojar sus hogares. Ochocientas personas fueron obligadas a abandonar sus casas.

Al terminar la desagradable misión de demoler el barrio, recordaba cómo habían encontrado los cuerpos de la gente que se había negado a dejar su hogar.

No quería terminar sus días como Mc.

Era el momento de finalizar su misión. No tenía hijos, ningún Samuel ocuparía su lugar, y él se negaba a ceder aquel peso a su hija Hula.

Hula era su alegría y verla vivir ajena a todo le hacía feliz. Le había sido de gran ayuda cuando juntos habían ido a New York. Ella había insistido, y su presencia le había hecho mucho bien.

Miles de personas llenaban la catedral neogótica de San Patricio. Ya les había costado atravesar la calle 50 y llegar al Rockefeller Center. El día era luminoso y los rayos del sol se reflejaban alegres en el revestido de mármol. Era el 28 de septiembre cuando todos los amigos de Mc se juntaron para darle su ultimo adiós. Agentes, policías, bomberos y miembros de los servicios secretos extranjeros —como Samuel— que habían luchado junto a Mc contra el terrorismo.

Un helicóptero del ejército vigilaba desde el aire. Todo era poco para acompañar a Mc en su último y ejemplar viaje.

Samuel no era de lágrima fácil. No recordaba bien cuando había llorado por última vez, pero cuando el féretro de su amigo entró por la puerta principal de la catedral, las gaitas empezaron a sonar y su hija Hula le apretó la mano. No pudo contener los sentimientos dentro de su pecho y las lágrimas surgieron incontrolables.

Preguntó por Mary James. Quería besarla y decirle todo lo que pensaba de su marido. Pero no estaba allí. Por eso esperó paciente a poder hablar con su hijo John.

Iba pulcramente vestido de negro, el traje algo grande y la corbata estrecha. Solo se quitó las grandes gafas que cubrían sus ojos cuando Samuel se presentó. El hijo de su difunto amigo se abrazó a él.

—Iba a tener un nieto —empezó a decir entre lágrimas— y estaba orgulloso de mí. ¿Por qué no salió de aquel infierno corriendo?

Samuel le abrazó con fuerza y acercó sus labios al oído de John.

—Hace tiempo tu padre me dijo algo, John, y creo que debes saberlo. Calmará tu espíritu y te hará entender muchas cosas.

John afirmó moviendo la cabeza mientras mantenía el llanto de forma incontrolada.

—La última vez que estuvimos juntos estaba alegre y feliz por su nueva vida, pero también por la pasada, John. Creía en su trabajo y pagaba gustoso

el precio que conllevaba, con buen ánimo y orgullo. Te transmito las palabras de nuestra última conversación en el Windows on the World:

> *He nacido en el país más grande del mundo, Samuel. Amo y valoro el pasado de millones de estadounidenses que lucharon por la libertad. Esta nación representa eso, la libertad y es un honor mantenerla a salvo.*

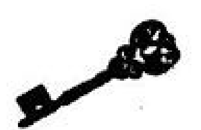
Año y medio después volvieron a New York, Había estado en numerosos lugares extraños y venerados, pero no recordaba sentir nada igual a cuando llegó a la zona cero. Grandes grúas retiraban toneladas de escombros.

Allí se encontraba la mayor cicatriz del mundo occidental.

Hula y él caminaron en silencio leyendo las placas con los nombres de los más de los tres mil fallecidos. Hula le llamó, había encontrado la de Mc, y no pudo ir, no sabía por qué, pero su cabeza se negaba a leer aquella escueta placa de metal. Él había conocido al hombre, había reído con él y se habían peleado con un vaso de *whisky* en la mano por el trabajo.

Ese era el recuerdo que quería de su amigo.

Esperaba que el tiempo no borrara todo el dolor que ahora él sentía. Hula y Samuel subieron a la plataforma desde la que poder ver aquella huella de desolación. Flores y cuartillas de papel a modo de tarjeta ocupaban aquel lienzo donde se había pintado la destrucción. Ni el mejor de los pintores habría expresado tanto dolor. Para las familias que no habían recuperado el cuerpo de sus seres queridos, aquello era lo más parecido a un cementerio.



Habían pasado ya tres años y Samuel se sentía cansado. Era el momento, intentaría cerrar el círculo. Levantó la vista y divisó el horizonte justo donde el mar se junta con el cielo y los azules se mezclan. En aquella dirección estaba su destino, el último viaje, la última estación.

Se sentó en una pequeña duna que el viento de la noche había formado en la playa. La brisa del mar era fresca y sin embargo se quitó la chaqueta. Pasó por encima de su cabeza la cadena que desde que él recordaba portaba la llave. Observó en su mano aquel objeto luminoso y respiró profundo. Tendría que ser él.

—*Zajor*.

Todo el mundo en su trabajo lo sabía. Lo dejaba, era el momento de descansar el cuerpo y encarar el alma.

Necesitaba centrarse en su destino.

El último trabajo le había absorbido su vitalidad interior, pero él al igual que Mc amaba su tierra, quería a Israel.

Cogió los zapatos de la arena, se sacudió el pantalón y se encaminó hacia su casa.

Sus pensamientos volaron a Washington y a la dura pelea con los palestinos. La valla de seguridad les había dado confianza. Tanto en Cisjordania como en Belén los números apoyaban su construcción, sin embargo el mundo lo veía de otra manera.

Para los palestinos era «el muro» y, a pesar de tener que sostener lo contrario, para él también.

¿Qué padre de familia podía vivir tranquilo? La población de aquellos lugares pasaban los días entre hormigón, torres de vigilancia o mallas eléctricas. La expedición de la que formó parte Samuel defendió que todo aquello era para impedir la entrada de terroristas suicidas.

Todo era por seguridad.

Los palestinos defendían la idea de que todo era cuestión de ganar terreno. Anexionar territorio palestino era el único fin de aquel muro.

La Casa Blanca recibió a las dos delegaciones sin criterio claro.

Abu Mazen, jefe de los palestinos, desplegó un gran mapa en el Despacho Oval en el que intentó exponer a Bush de qué forma aquellos bloques de hormigón simplemente separaban a los pacientes de los hospitales, a los niños de las escuelas y a los trabajadores de sus trabajos.

Samuel recordaba como Bush estuvo más de veinte minutos estudiando el mapa en silencio y que, tras mover la cabeza de un lado a otro, susurró:

—Según el problema que plantea este mapa —levantó la vista hacia la delegación israelita— es difícil que los palestinos tengan un estado que sea Viable.

Samuel no movió un músculo desde su rincón. Era momento para la política. Ariel Sharon se levantó del sillón y se acercó por vez primera al mapa. Volvió el silencio y el tiempo pareció no tener importancia. Fue de nuevo el presidente americano el que habló:

—Ese muro es un problema.

—¿Por qué? —preguntó Sharon.

—Impedirá crear la suficiente confianza entre palestinos e israelitas.

—Señor presidente —contestó muy serio Sharon—, ¿cuánto de importante es para usted la seguridad de Estados Unidos?

Aquella pregunta tan cercana en el tiempo al 11-S sonó como una fuerte bofetada en el rostro del presidente. George Bush encajó el golpe sin mover ni una ceja.

—La valla es necesaria para la seguridad de Israel —sentenció Ariel Sharon—. Los números apoyan mi argumento: la valla de seguridad impide que terroristas suicidas penetren en nuestro territorio.

George Bush paseaba como león enjaulado de un sitio a otro del despacho, con las manos a su espalda y susurrando solo. Se podía adivinar su furia, pero nadie hizo el menor gesto de acabar con aquella embarazosa situación.

El secretario de Estado americano era un hombre fornido y alto. Su rostro redondeado era el campo perfecto para las gafas doradas que se entretenía en limpiar. Colin Powell se colocó satisfecho los anteojos ya limpios, se levantó y susurró al oído algo a su presidente. Desde su posición Samuel pudo distinguir cómo el primer ciudadano americano asentía con la duda todavía en su cabeza. Samuel observó el cuadro que estaba viviendo, dentro de un silencio sepulcral. Enemigos irreconciliables compartían sofá y bebidas sin tan siquiera haberse saludado o mirado a la cara.

Todo el mundo esperaba la decisión del presidente americano. Samuel estaba nervioso y preocupado con sus propios sentimientos. Él era judío y amaba Israel; sin embargo, en su cabeza retumbaba como una campana repicando la argumentación del líder palestino.

—El acuerdo de Gaza redujo las tensiones, la vida en las zonas metropolitanas de Israel mejoraron. Permitía a los palestinos moverse libremente, ir de compras, a la playa, a las tiendas. Estábamos ante una oportunidad.

—¡Que el terrorismo ha cercenado de golpe! —había gritado Ariel Sharon.

—Sus políticas de ocupación y dominio —contestó Abu Mazen.

Samuel había sentido en lo más profundo de su corazón que todo era un círculo vicioso que les llevaba una y otra vez a la violencia. Ellos habían matado a Seder, el jefe del ala militar de la Yihad Islámica en Hebrón. La explicación que había dado Herzog fue el inicio de la violencia: «Sabíamos que Seder estaba planeando un ataque y en un intercambio de disparos resultó muerto. Era un hombre malo». Él nunca tuvo constancia de que Seder

estuviera planeando un atentado, y si él no lo sabía difícilmente Herzog podía tener más información.

La reacción fue en cadena. ¿Cómo impedir que los palestinos tomaran represalias? Ahora sí, empezó a llegarle información: Hamás planeaba su venganza.

Así apareció la valla de seguridad para su Gobierno, el muro para los palestinos.

El presidente de los Estados Unidos se plantó delante de sus dos invitados y suspiró hondo. El nerviosismo de las dos delegaciones estaba en el aire, se podía respirar. Nada allí era vinculante, pero sí muy importante de cara al mundo.

—Precisamente yo —empezó diciendo, mirando de forma severa a Ariel Sharon— no puedo discutir algo tan natural como protegerte cuando te atacan. —Ahora Bush giró su cabeza para mirar a los palestinos—. Si la forma de protección es una valla, lo mismo que puede ponerse puede quitarse. No es nada definitivo ni traza ninguna línea.

Abu Mazen se levantó despacio y alargó su mano. Su secretario, un hombre bajo, delgado y de ojos inquietos, le alargó un papel.

—Señor George Bush —dijo con crudeza—, tengo en mi poder la respuesta a la consulta que hemos hecho a la Corte Internacional de Justicia —y empezó a leer—: «La construcción del muro obstaculiza la libertad de circulación de los habitantes del territorio palestino ocupado y vulnera su derecho al trabajo, salud, educación y nivel de vida adecuado. Israel tiene la obligación de detener las obras de construcción del muro, y devolver tierras, huertos, olivares y demás bienes inmuebles de los que haya despojado a personas físicas o jurídicas».

Abu Mazen tiró el papel en el sofá y salió de la habitación.

El secretario de estado Colin Powell salió tras él y Bush tomó la palabra.

—Después del 11-S veo las cosas como usted —dijo sonriendo a Sharon—. Veo la vulnerabilidad de Israel en un territorio hostil. Creo que Estados Unidos e Israel deben mantener una relación fuerte.

De aquella reunión solo quedaron reproches, dudas y la vuelta a la violencia. Fue Israel el que rompió el alto el fuego.

El presidente americano no reprochó sus actos cuando salió a rueda de prensa.

Mc Clellan, portavoz de la Casa Blanca, fue claro:

—Israel tiene derecho a defenderse.

Hamás y la Yihad suspendieron el alto el fuego. La Intifada empezaba de nuevo.



Samuel se dirigió a su casa. La brisa del mar y los incipientes rayos del sol en su rostro hacían del paseo un momento placentero. Paseaba entre las ruinas de columnas herodianas y la atmosfera llena de paz de las antiguas sinagogas. Enfiló la avenida romana y como siempre levantó los ojos hasta encontrar la estatua decapitada de la diosa griega Niké. Aquella era la representación de la victoria, algo que él iba a necesitar en su peregrino viaje.

Desde lo alto del anfiteatro romano abandonado, rodeó la muralla de la época de los cruzados y se sentó en la hierba. Aquel era el momento favorito de su paseo mañanero. Mirar abajo a la playa y dejar que la memoria vuele libre, mientras los ojos se deleitan con la imagen de las columnas caídas a merced del agua del mar.

Toledo, era la palabra que una y otra vez golpeaba su cabeza.

Toledo, donde empezó todo y donde él tendría que acabarlo. Y aquel era un viaje que no quería ni le apetecía hacer solo.

Aprovecharía aquel viaje familiar para explicarle a Hula sus raíces y hablar de Samuel Ha Leví, Pedro I de castilla, Diego de Velázquez, el arcediano Ferrán Martínez y Sefarad.

Sobre todo de Sefarad.

El teléfono sonó y el sobresalto de aquel sonido rompió el encanto. Miró la pantalla y torció el gesto.

No le gustaba.

—Samuel —dijo de forma escueta y de mala gana.

—Señor, perdón que le moleste. Soy Liyat. —La secretaria esperaba algún tipo de respuesta, pero al ver que nada ocurría siguió hablando—. Tiene documentación en el despacho y el billete para el viaje.

—¿Qué documentación y qué viaje?

—Me han dicho que le llamarían.

—Saben que voy a hacer un viaje personal y familiar muy importante para mí, lo saben. Yo personalmente lo comuniqué, Liyat.

El silencio se alargó por un instante. Liyat era una joven despierta y competente. Llevaba trabajando con él años y en todo ese tiempo la había

querido como a su hija.

—Señor, creo que no le importará esta última misión.

Samuel sintió la ira crecer. ¿En qué estaba pensando Liyat cuando él le había explicado por qué se iba y lo dejaba? ¿Qué no había entendido? Estaba exhausto y no daba para más. La edad le pesaba ya en el alma más que en el cuerpo.

Necesitaba romper con todo y dedicarse a Gabrielle y a Hula.

Y Toledo, debía ir a Toledo.

—Mira, Liyat… —empezó a gritar.

—El viaje es a España, señor.

Samuel sintió su cuerpo relajarse y la adrenalina bajar. Había sido la primera vez que gritaba a su secretaria, y no lo merecía.

—Recogeré los informes, Liyat.

—Muy bien, señor.

—Y Liyat…

—¿Señor?

—Muchas gracias.

Colgó y volvió a mirar el mar, las columnas y todo lo que le rodeaba. Sí, pediría a Hula que fuera con él.

España, Madrid, Toledo.

Definitivamente el círculo se cerraba.

España, 2004

Había intentado escuchar a Mozart pero esta vez no pudo. No era capaz de serenar su espíritu ni calmar su ansiedad. Demasiadas cosas en su cabeza y todas desordenadas. El desorden le ponía nervioso.

Miró a Hula, que sentada en el asiento junto a él dormía plácidamente. Aquel fue el único momento en el que se permitió una sonrisa.

Hula era el ángel que le salvaba de sus demonios.

Delante de él, junto al chaleco salvavidas, un gran sobre con su nombre esperaba para ser abierto.

Aquella era su última tarea. Los años de servicio al Estado de Israel le habían recompensado, pero ahora bordeando la línea de los sesenta necesitaba parar y recapitular.

Había nacido en Alemania, había huido de un genocidio, había perdido a la madre que nunca pudo besar y jamás conoció, como él hubiera querido, a

su padre.

Pero todo eso era el ayer y estaba montado en ese avión para juntarlo con el hoy, y de esa manera dedicarse al mañana.

Y el mañana eran Hula y Gabrielle.

Guardó la llave en el calor de su pecho, dentro de la camisa, y se miró la palma de la mano dolorida. Sin darse cuenta, había apretado tanto aquel símbolo de su esencia que la silueta se le había quedado marcada.

Pero de momento Toledo debería esperar.

Cogió el sobre, lo abrió y se enfrascó en su lectura. Tenía una reunión en Madrid por la mañana. Le habían dicho por encima de lo que se trataba, pero aquello era mucho más urgente e importante de lo que su Gobierno pensaba.

Él ya lo había vivido y decididamente no le gustaba.

Los analistas hebreos habían recuperado un documento detectado en una web islamista. Todo después del 11-S parecía un camino a seguir, un plan que traería funestas consecuencias.

El documento estaba escrito por autores indefinidos y en defensa del pueblo iraquí.

Samuel notaba su malestar interior según devoraba las cuarenta y cinco páginas de las que costaba.

> *Jamás se podrá derrotar a la fuerza de coalición situada en Irak y liderada por Estados Unidos, pero la guerrilla nos da la oportunidad de expulsar a los otros miembros. Estados Unidos quedará vulnerable. España es nuestra oportunidad de hacer débil esa coalición. Los ciudadanos españoles no quieren la guerra en Irak y su presidente Aznar ha metido al país en la guerra sin un consenso.*
>
> *Para obligar al Gobierno español a retirarse de Irak debemos asestar golpes a sus fuerzas armadas y jugar con las próximas elecciones generales en su país. Creemos que el Gobierno español no aguantará más de dos o tres golpes. Pero si aun así permanecieran, la victoria del PSOE estaría asegurada y en su programa electoral está la retirada de Irak como prioridad.*
>
> *Una vez retirada España, la presión la ejerceríamos sobre Tony Blair y el pueblo británico*[8].

Samuel levantó la vista de aquellos folios clasificados, se quitó la gafas que necesitaba ya para leer, restregó sus ojos cansados y repasó mentalmente

la charla que había mantenido por teléfono con su homologo J. Fernández.

—El comunicado de Bin Laden ha sido claro: «Es deber de todo musulmán matar a los estadounidenses y sus aliados».

—Están llevando la política a la Yihad —contestó el español—. Esto va mucho más allá de lo que era Al-Qaeda.

—En octubre pasado el agregado militar español fue tiroteado y muerto en Irak.

—Lo recuerdo —contestó Samuel.

—Pero lo más impactante en nuestro país fue ver por televisión los cadáveres de los siete agentes de inteligencia caídos en una emboscada.

Samuel tenía en el informe las fotos de los terroristas pisando los cadáveres.

—El mensaje era claro y lo dejaron por escrito.

—Volved a vuestro país y viviréis en paz.

—Bueno, nos vemos en Madrid —dijo Samuel con la intención de cortar la comunicación.

—Por cierto, Samuel, respecto al asunto que nos has pedido, mi Gobierno estará encantado de poder ayudar.

—No esperaba menos de vosotros —había contestado Samuel con la satisfacción de un niño.

—El Congreso de los Diputados ha aprobado el proyecto de ley que concede la nacionalidad española a los sefardíes descendientes de los judíos expulsados de España.

—¡Fantástico!

—No necesitarás residir en tu nuevo país, ni por supuesto renunciar a la nacionalidad anterior.

—Pero yo… —empezó a decir Samuel.

—Lo sabemos, no te preocupes. Tu caso es diferente y excepcional.

—Muchas gracias, José. Nos vemos mañana.



Llegaron a Madrid en un día de sol y de calor, y como siempre que estaba en aquella ciudad le impactó el ritmo de la gente.

La población española era alegre y hablaba a gritos, el ajetreo de ir y venir mantenía las arterias de las ciudades llenas de vida. Madrid era una ciudad

viva, alegre y llena de luz.

La calle Velázquez era residencial y rezumaba poder. Las grandes firmas se peleaban por estar expuestas al público en aquel barrio, llamado de Salamanca. En el numero 150 se encontraba la embajada de Israel y allí sin más preámbulo dejó Samuel a Hula.

La embajada de Israel estaba en la calle Velázquez. El destino tenía ganas de jugar con él.

Estaba inquieto y preocupado. Él sí veía la urgencia del asunto a tratar con los españoles. Como bien le había dicho Fernández, hasta ese momento todos los atentados contra España habían sido en territorio iraquí. Pero su olfato le ponía en alerta.

Y el olfato de Samuel estaba alimentado con muchos años de experiencia.

El coche oficial entró solemne en el Palacio de los Condes de Casa Valencia, situado en el Paseo de la Castellana, número 5. Samuel había admirado el corto paseo desde la plaza de Colón y se maravilló del ruido y del trafico. Sito en el barrio de Almagro, el ministerio era un palacete de planta cuadrada y tres alturas.

J. Fernández le esperaba a la entrada con una sonrisa.

Intentó volcar toda su preocupación en aquella entrevista, siempre con el recuerdo de Mc en la memoria.

—Es un dato revelador las formas diferentes de expresarse en el documento. Samuel estaba sentado en un cómodo sillón de oreja, tenía un refresco en la mano y observaba el gran mapamundi que ocupaba toda la pared frente a él.

—¿Por qué nos debe de preocupar eso? —preguntó Fernández.

—Porque mientras que el árabe usado para hablar de Tony Blair e Inglaterra es de la región de Arabia Saudita, todo lo relacionado con España está escrito con un dialecto marroquí.

Samuel intentó enseñárselo, con la dificultad que conllevaba hacerlo a alguien que no dominaba el árabe. Se puso en pie, se acercó a la gran mesa de madera de roble y señaló una parte del informe con el dedo.

—También es uso normal en Marruecos los números arábigos, al igual que en Occidente, mientras que de Egipto hasta el Golfo Pérsico es otro.

—Sigo sin ver dónde quieres ir a parar, amigo.

—Lo más seguro es que estas personas residan en España.

La tranquilidad con la que se tomaba Fernández todo empezaba a irritar a Samuel. Volvía a su memoria el pasado y cómo había tratado Estados Unidos a Al-Qaeda hasta el 11-S.

—Como recordaras, en nuestra conversación telefónica vimos claro el desarrollo que estaban teniendo los acontecimientos.

—Sí —contestó el español—. El terrorismo se estaba politizando.

—Exacto, por eso nos ha preocupado las inquietudes políticas marroquíes expresadas en el documento.

—¿Lo del Sahara Occidental?

—Sí, todo indica que tal vez los autores de esta parte del documento vivan en España —repitió.

J. Fernández arrugó la frente y subió los hombros en un gesto que era difícil de interpretar. Ofreció un cigarro a Samuel y este lo rechazo.

—Verás, Samuel, no tenemos ni un solo agente de inteligencia que hable árabe en España.

—¡Dios mío!

—Te digo esto porque simplemente no creemos que Al-Qaeda sea una amenaza para nosotros.

Otra vez la misma situación le arrinconaba en la posición más difícil. Miró a su alrededor y resignó su gesto.

—Era mi deber y el de mi país avisaros. Por mi parte solo os pido que reforcéis todas las precauciones.

—Creo que sabes que en menos de una semana tenemos elecciones generales. Todas las fuerzas de seguridad están movilizadas y sinceramente, amigo, nuestra principal preocupación es ETA.

Aquella reunión no daba para más. Él sentía su deber cumplido. Se marchaba preocupado e intranquilo, pero nada más podía hacer. Se levantó y alargó la mano ofreciéndosela a Fernández.

—Tengo dos cosas para ti, amigo —dijo José con una sonrisa abierta en el rostro, mientras alargaba un pequeño sobre a Samuel—. La primera de tus peticiones está resuelta y la segunda esta tarde.

Samuel recogió el pequeño sobre y lo abrió con cuidado. Sus ojos se nublaron de emoción cuando reconoció lo que tenía en sus manos. Estaba completando la misión de su familia, y aquel era el primer paso.

De color grana, el pasaporte que sujetaba en sus manos tenía el escudo de España y sobre él decía: Unión Europea España.

Lo abrió como si de un tesoro se tratara y vio la foto. La edad le había tratado bien, solo el escaso pelo le recordaba la lucha de los años.

—Es para nosotros un orgullo que tengas este pasaporte y seas un español más.

Un abrazo había sellado aquel momento mágico para Samuel. Todavía aturdido por la emoción y el recuerdo de su padre, se encaminó hacia la salida.

—En cuanto a la segunda petición —dijo Fernández—, esta tarde pasará un coche para llevarte. —José Fernández observó el brillo en los ojos de Samuel y sonrió—. La noticia como sabrás no ha salido a la luz pública. —El hebreo afirmó con su cabeza sin decir palabra—. Creo que tu historia será importante para la gente que está trabajando en el hallazgo.

—Gracias.

Fue todo lo que acertó a decir, abrumado y excitado ante la apasionante tarde que se le avecinaba.

—¿Puedo verla? —dijo José.

Samuel dudó un momento. No sabía bien por qué, pero se sentía inseguro sin la llave en su pecho.

—Por supuesto —contestó, sin embargo, y se sacó la cadena por encima de la cabeza.

José Fernández miró la llave con admiración y leyó:

—*Zajor*.

La luminosidad de la pieza, así como lo liviana que era, le atraparon. Pero ante la evidente incomodidad de Samuel, se la devolvió a su dueño.

—Desde que me explicaste tu historia y por lo que deseabas el pasaporte español me ha fascinado. Puedo asegurarte que te esperan con especial interés en el museo.

—¿Museo? —preguntó Samuel.

—A las cinco te esperan con expectación en el Museo Arqueológico.



Almorzó con Hula e intentó disfrutar de los sabores de la comida mediterránea, pero era incapaz de concentrarse en nada.

El tiempo pasaba demasiado lento. Su familia había esperado siglos, él solo tendría que esperar unas cuantas horas más.

Desestimó el coche de protocolo, era una buena tarde de sol y necesitaba estirar las piernas. La distancia era escasa y andar le relajaba los músculos. Varias veces sintió como si la llave tirara de él. Parecía que el símbolo que llevaba colgado al cuello era consciente de la proximidad del final del viaje.

Por vez primera desde que llevaba aquel peso sentía que la llave tenía vida propia.

Toledo estaba solo a 90 kilómetros.

Pero, antes del viaje final, tenía una ineludible visita que hacer.

«Desde que nos contaste tu historia estamos esperando expectantes tu llegada», habían sido las palabras.

Llegó a la Plaza de Colón y miró la enorme bandera. Recordó lo que había sentido la vez primera que vio el Muro y todo se fusionó dentro. Él iba a entrelazar siglos de historia.

Era sefardita y amaba a Israel.

Llegó al número 13 de la calle Serrano y admiró el edificio de nueva planta. El Palacio de Biblioteca y Museos Nacionales albergaba la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico. La fachada era sobria en las formas y con poca decoración. Dos esfinges de bronce franqueaban el acceso a la escalera.

Y allí, con un gesto relajado y sonriente, le esperaba José Fernández.

—¿Es tu primera vez en el museo? —le preguntó mientras le estrechaba la mano.

—Solo conozco el Prado —respondió Samuel, aunque no recordaba muy bien aquella visita hecha cuarenta años atrás con un grupo de jóvenes estudiantes.

—En este país se tuvo conciencia del patrimonio cultural cuando ya se habían producido demasiados espolios.

Samuel miró al final de la enorme sala en la que se encontraban y vio cómo un hombre joven se aproximaba a ellos.

—El museo fue fundado por Isabel II en 1867 para proteger nuestra historia de guerras, invasiones y desamortizaciones —siguió hablando José cuando llegó ante ellos el hombre que Samuel había visto.

—Te presento a Luis Martí, conservador jefe del museo.

Luis Martí era un joven con incipiente barba y gafas de pasta dura. Moreno y estatura media, sus ojos brillaban en un marrón oscuro donde se podía ver la luz de un hombre brillante.

Samuel estrechó la mano llena de durezas de Luis y siguió sus pasos por el pasillo central.

—Llevamos demasiados días esperándole. Desde que supimos su historia todo el equipo de conservadores del museo está intranquilo.

Luis Martí se paró en seco y miró a los ojos de Samuel con preocupación:

—¿La lleva con usted?

—Hace muchos años que me acompaña —respondió.

El conservador disipó su gesto preocupado y siguió andando con paso firme. Llegaron ante un gran portón de madera con los pomos dorados. Antes de abrir José Fernández agarró a Samuel diciendo:

—Bueno, mi trabajo llega hasta aquí. Ahora te espera un montón de gente deseosa de poder ayudar y mostrarte algo.

Sin más Luis Martí abrió la puerta de madera y Samuel se encontró con su destino.

Caminó despacio absorbido por el aura de la enorme sala. A la derecha una colección de monedas hablaba de los reinos de Castilla y Aragón. Samuel miraba todo embelesado un enorme cartel le indicaba que pasaban por la sala número 28.

—El último tramo de la sala está dedicado a la vida espiritual —le dijo Luis.

—Este sitio es un tesoro. —Giraba la cabeza de vitrina a vitrina cuando se paró impactado por el libro que aparecía abierto sobre un atril dorado.

—Es un corral de comedias del Siglo de Oro —le informó Luis—. Es la época en el que el Barroco predomina en el arte.

Samuel miró lo que le indicaba el conservador, pero su vista se había dirigido hacia un pequeño recuadro. En la parte inferior de la página derecha, un dibujo ilustraba un auto de fe de la Santa Inquisición.

Luis Martí comprendió el impacto que aquella pequeña pintura tenía sobre el hebreo.

—La Iglesia católica promovió la tradición religiosa como reacción a la Reforma protestante y persiguió la herejía.

Samuel llevó su mano a la llave y susurró: «*Zajor*».

Llegaron a una pequeña escalera de caracol metálica y empezaron a descender por ella. Los muros se estrechaban y la luz empezaba a escasear cuando una nueva sala se abrió a los ojos de Samuel.

La habitación estaba antinaturalmente iluminada. La luz dañaba sus ojos entre los focos de luz esparcidos por doquier.

—Lo siento —dijo Luis—, yo estoy acostumbrado a estos cambios.

Samuel miró a su alrededor y comprobó que ocho o diez personas estaban esperándoles.

—Estas personas son el Cuerpo de Ayudantes y Auxiliares de Museo. —Samuel saludo con un movimiento de su cabeza y notó que su visión se regularizaba al sitio—. Van a filmar y a fotografiar todo el proceso.

—¿Qué proceso? —preguntó intrigado.

—Usted nos habló numerosas veces de Velázquez y mencionó la llave.

—No entiendo —dijo Samuel.

Luis Martí agarró al judío por el brazo y lo encaminó al centro de la sala, donde apuntaban numerosos haces de luz. Un grueso sepulcro de piedra ocupaba el lugar. Todos esperaban la reacción de Samuel y este tardó en comprender. Rodeó el sepulcro acariciándolo con la mano y recitando para sí:

Padre misericordioso. Dador de la Torá, quiero agradecerte tus bondades, ensalzar tu Nombre Santo, pedir tu ayuda e implorar tu perdón. Bendice, oh Dios, el esfuerzo de este hombre.

—La tumba de Diego Velázquez es uno de los mayores misterios de la historia, sobre todo porque estaba documentada y sin embargo se había perdido en la neblina del paso del tiempo. —Luis Martí sacó un libro antiguo con la recreación en la portada del antiguo convento de La Latina en cuya portada se podía leer: «El antiguo Madrid»—. *Sus familiares y sus amigos le velaron en su propia casa durante la noche y a la mañana siguiente. Llegando la noche le condujeron a la parroquia de San Juan* —leyó Luis.

—Pero entonces, ¿por qué nunca han podido encontrar su tumba? —preguntó Samuel.

—Esta iglesia se levantaba en la actual plaza de Ramales. Existen pocas referencias que nos saquen de dudas. Su situación, cercana al Alcázar y a la calle Mayor, le daban importancia. Su época era romano-visigoda. Sin embargo, la iglesia desapareció y los restos fueron trasladados.

—¿Qué fue de esa iglesia? —preguntó intrigado Samuel.

—José Bonaparte la tiró. Era una de las iglesias más antiguas de Madrid —dijo Luis con gesto serio—. Ahora si vas a la plaza de Ramales y bajas los ojos al suelo verás dos pavimentos diferentes, uno de losas grises, otro empedrado. Lo recorre una especie de banco en forma de curva. Hay una zona cubierta de cristal en la que se pueden ver unas ruinas de ladrillo. —Luis hizo un gesto de fastidio—. Eso es todo lo que nos queda de la iglesia de San Juan.

A la señal de Luis varios auxiliares empezaron a correr el sepulcro de piedra, mientras otros se acercaban con una especie de grúa. La cubierta de piedra sonó seca y apagada cuando la depositaron en el suelo. Samuel y Luis dieron un paso hacia atrás para que los ayudantes pudieran colocar los brazos de la grúa alrededor del ataúd y así poder sacarlo fuera.

Poco a poco fue saliendo a la luz, con sumo cuidado y midiendo cada paso. El ataúd fue puesto sobre una gran mesa de madera anclada al suelo.

Se mascaba el silencio. Era solemne y consciente de su propia importancia. Un genio, un hombre, volvía a escribir en la historia.

El féretro era de una madera oscura y sencilla. Nada marcaba que allí dentro descansaba lo que quedara del cuerpo de uno de los más grandes artistas de la historia.

Solo algo llamaba la atención dentro de toda la sencillez, una enigmática cerradura se interponía entre ellos y lo que les esperara en el interior de la caja mortuoria.

Luis señaló con el dedo y Samuel dirigió su mirada al decorado cerramiento.

La cerradura mostraba la forma de una palabra hebrea y Samuel la leyó en alto sin dificultad y emocionado:

—*Zajor*.

—Por esta razón le hemos estado esperando todos estos días ilusionados y nerviosos. Creemos que usted porta encima la llave que abre esta parte de la historia de España. —Martí alargo una mascarilla de quirófano al judío.

Samuel descolgó la llave y se puso la protección en la boca. No pareció que casi cuatro siglos separaban la cerradura de la llave, y como si fuera ayer el último día que se juntaron, un ruido, un clic, retumbó en el silencio de la habitación.

Nadie parecía respirar. Todos dieron un pequeño paso a delante. Todos querían rendir honores al pintor, pero también estaban allí para trabajar. Eran el departamento de conservación, y por lo tanto responsables de la posible restauración. El edificio del Museo Arqueológico era racional y accesible y aquella sala estaba equipada con la tecnología necesaria para proteger y conservar. Desde el momento que Samuel había abierto el ataúd, se ponía en marcha el protocolo: minimizar daños —por eso habían esperado a la llave sin romper el féretro—, conservación preventiva, detener procesos de deterioro y si peligraba la integridad la restauración.

Como todos los grandes genios, se había echo esperar, pero ya estaba allí.

El maestro de *Las meninas* apareció ante ellos.

El registro en vídeo y el sonido de las cámaras fotográficas rompió el encanto. Samuel notó sus ojos llorosos y agradecido al hombre que allí reposaba. Miró dentro.

El ataúd estaba forrado de terciopelo negro y a cada lado había grandes pasamanos de oro. Samuel notó cada latido de su corazón y el peso de su propia historia encerrado en aquel sarcófago. Como brillante caballero de orden militar, Diego Velázquez portaba el manto capitular con la insignia roja

en el pecho. Un gran sombrero dejaba entrever su escueta calavera, donde las cuencas vacías parecían mirar con interés a los intrusos que osaban molestar su descanso. Una espada ancha y alargada le llegaba hasta las botas con espuelas que apenas lucían tras la capa blanca.

—Es su momento —le dijo Luis mientras le alargaba unos guantes.

Samuel notaba el ritmo de su corazón en el pecho. Era el momento de ver si la leyenda de su familia era verdad más allá de la llave.

«En uno de los frontales».

Aquella era la frase que se repetía a través del tiempo y de las generaciones. Repasó con sumo cuidado el terciopelo negro y notó el bolsillo. Era apenas una diminuta rendija por donde Samuel metió la mano con suavidad.

—¡Ohh! —La exclamación fue corta e instantánea.

En la mano del judío un pergamino enrollado mostraba el último de los misterios de aquel hallazgo.

Tenía miedo de hacerle el más mínimo daño, él no era un experto. Como si fuera un recién nacido, lo depositó con suavidad en la mesa. Una enorme lupa esperaba para ser utilizada y Luis Martí no demoró el momento.

Los desenrolló despacio y sujetó sus bordes para ponerlo debajo de la gran lente.

—Está en castellano antiguo, pero se conserva magníficamente bien.

Empezó a leer en alto:

> *Con esta fio a Samuel Ha Leví ministro de finanzas de posesión y amortiza del viejo baño y casas adyacentes para aplanar zona y así levantar monumento sinagogal. Damos permiso en poder de la propia comunidad, convirtiendo en lugar de culto, reunión y ayuntamiento.*
>
> *Firmando Pedro I rey*

Todos miraron con ojos brillantes a Samuel y este no pudo reprimir que las lágrimas gruesas rodaran cristalinas por sus mejillas.

Aquello era mucho más de lo que nunca podo imaginar. Siglos de cambios y generaciones de guardianes de la llave, para llegar hasta él.

Zajor.

Pero lo más emocionante de todo lo que ocurrió aquella tarde, en palabras de Luis Martí, fue ver a Samuel, arrodillado ante el féretro abierto y bajando la cabeza en señal de máximo respeto, exclamar:

—¡¡*Gracias, don Diego*!!

España, 11 de marzo de 2004

Hula y Samuel desayunaron a las siete de la mañana. Los dos estaban nerviosos y excitados, apenas si habían pegado ojo. Hula se había pasado toda la noche preguntando a su padre cosas sobre Velázquez y el pergamino. Samuel había criado a su hija transmitiéndole sus sentimientos y relatándole la historia de aquel Samuel que siglos atrás había vivido en Toledoth.

Un coche les esperaba a la entrada de la embajada. En menos de diez minutos ya habían dejado atrás Atocha y la plaza de Legazpi, y pasaban cerca de la pequeña ciudad de Getafe.

Samuel llevaba en un maletín el pergamino. Iba a entregarlo en el Museo Sefardí dedicado a la convivencia y la memoria de Sefarad.

Todos le habían dicho que la primera impresión de Toledo era impactante, pero la visión majestuosa de la ciudad escrita y esculpida en piedra señorial le dejó sin aliento.

Estaba ante la hermana de Jerusalén, almas gemelas en el camino de sus ocupantes y con historias de sueños perdidos.

Les llevaron a la balconada de la ermita de la Virgen del Valle e intentó imaginar la cultura visigoda, la árabe y la cristiana, y cómo los judíos convivieron con ellos tanto y tanto tiempo.

—¡Mira, papá —gritó emocionada Hula—, aquel es el famoso puente de Alcántara!

—Claro, cariño —suspiró lleno de paz Samuel—. Si miras con atención verás la silueta de torres, puentes y puertas. Todo rodeado por este magnífico río.

—Es tan cautivador como mirar Jerusalén desde el Huerto de los Olivos.

—La Judería se construyó al oeste de la zona por donde se extiende Toledo, con sinagogas, carnicerías, zocos, murallas, puentes, puertas de entrada, etc.

—Una ciudad dentro de otra ciudad —resumió Hula.

Samuel abrazó a su hija, degustó el momento y sintió paz. La ciudad era empinada y medieval, pero sobre todo parecía, al igual que Jerusalén,

encerrada en sí misma, con la tranquila vista de las murallas medievales sobre el meandro del río Tajo.

—Nuestras dos ciudades traspasan límites.

—Y sentimientos.

Hula inmortalizó con una foto aquella visión de luz y color ocre que ofrecía una ciudad principalmente confeccionada con argamasa y edificaciones de tierra y ladrillo.

Subieron al coche.

Aquel era un día especial en la vida de Samuel. Demasiado tiempo esperando para encontrarse cara a cara con aquella bonita realidad.

No quería que nadie les molestara por lo que, por vez primera en su vida, dejó su teléfono apagado dentro del coche.

Sentía que era uno de los cambios que necesitaba en la que iba a ser su nueva vida.

No recogió ninguna de las llamadas que empezó a recibir.

Varios números eran de Israel, otros tantos de España.

El coche que le llevaba a su destino entraba por la Puerta de la Bisagra.



Quedaban tres días para las elecciones generales de 2004 en España. La participación del país en la guerra de Irak estaba marcando la campaña de todos los partidos y los sondeos decían que el partido conservador liderado por José María Aznar llevaba cuatro puntos de ventaja sobre su rival más directo, el Partido Socialista.

El día amaneció soleado en Madrid. Eran las 7:30 de la mañana del 11 de marzo, justo cuando Samuel y Hula estaban llegando a Toledo. El tren 21 431, con seis vagones enganchados a su locomotora, salía de la estación de Alcalá de Henares con destino a San Sebastián de los Reyes.

Era una mañana normal, pero también era hora punta, por lo tanto aquel tren iba lleno de gente trabajadora inmersa en su rutina diaria. Los viajeros dormitaban, leían el periódico o simplemente miraban a su alrededor. El tren estaba haciendo su entrada en la vía dos de la estación de Atocha.

Los vagones eran de acero y sin embargo, como si fueran de cartón, las tres bombas destrozaron su interior. De los vagones números 6, 5 y 4 salieron

despedidos restos humanos. El tren estaba volando en pedazos y estaba convirtiendo el centro neurálgico de Madrid en el mismísimo infierno.

El cuarto artefacto, que había sido colocado en el vagón número 1, no estalló.



Samuel había propuesto a su hija continuar a pie, quería degustar el bonito paseo que le llevaría hasta su destino en el barrio judío.

—El Tajo es un aliado natural de esta preciosa ciudad —dijo Samuel, mirando desde la Puerta de Bisagra.

—La primera impresión del viajero es mágica —dijo Hula llevándose las manos a su frente mientras intentaba que el sol no le dificultara observar el gran escudo tallado en la piedra.

—Es el escudo del emperador —dijo Samuel—. Esta puerta se reconstruyó y se dedicó a Carlos V. Aquí se recibía a los visitantes ilustres.

—Veo que te has aprendido bien la lección —dijo Hula mientras sacaba otra foto más.

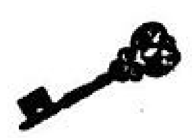
—Merece la pena el paseo —dijo Samuel—, pero tenemos que atravesar toda la ciudad para llegar al barrio judío, no nos demoremos.

Hula se llevó la mano a su cabeza, marcó una alegre sonrisa e hizo el saludo militar.

El bolso que colgaba de su hombro empezó a vibrar. Como siempre, llevaba el bolso lleno de cosas y el teléfono estaba al final del todo. Por fin consiguió cogerlo y descolgó.

—¿Sí? ¿Diga? —contestó Hula.

Quien fuera había colgado ya. Miró el numero y era desconocido para ella. No le dio importancia y siguió a su padre.



La estación de Atocha era un caos de confusión y de terror. Casi un centenar de cuerpos esparcidos por los andenes marcaban la tragedia. Todo era precipitación y horror. Los llantos se mezclaban con los gritos de agonía y

de dolor. España no conocía nada semejante en su corta historia de democracia.

Cuando la conmoción llegaba a su punto más alto, y cuando los equipos de emergencias corrían atónitos por la estación, otra bomba destrozó otro tren.

El tren 21 435 era de seis vagones y doble altura. Como todas las mañanas salió de la estación de Alcalá y su destino era Alcobendas. Estaba iniciando su marcha en la estación del Pozo del Tío Raimundo cuando a las 7:40 se produjeron dos explosiones en los coches 4 y 5. Quinientos gramos de explosivo plástico goma-2 ECO y metralla sembraron de cuerpos destrozados las vías.



Tomaron aliento en la plaza de San Antonio para entrar en la calle del Ángel. Su nombre se debe al pequeño ángel gótico que descansa en una hornacina de cemento. Pero Samuel sabía que allí se habían construido en el siglo XI los baños rituales de la Judería.

Pasó sus manos por las paredes y cerró los ojos. Podía sentir la vida en aquellos muros. Miles de judíos habían paseado y vivido entre aquellas estrechas calles, donde la luz se difumina y las sombras se adueñan de la escasa luz reflejo de los faroles.

Bajaron por una calleja abierta, admirados por las descendentes escaleras que les llevaban hasta el callejón de los Jacintos.

—¿Por qué me traes aquí, papa? —preguntó Hula al ver la soledad del sitio.

Samuel se sentó en un pequeño banco y levantó la cabeza para mirar a su hija.

—Hoy es un día de evocación, de leyendas y de reconciliaciones —explicó—. Quería venir aquí y dar mi tributo a Salomé.

Hula se sentó junto a su padre, que, a pesar del cansancio por la caminata, tenía un brillo de emoción en los ojos.

Apoyó la cabeza en su hombro y dejó que la voz de su padre se uniera a los sonidos de la mañana toledana.

—El caballero Diego de Sandoval estaba enamorado de la bella Salomé, judía que vivía en esta plaza, y que todas las mañanas adornaba esa ventana —dijo Samuel señalando un pequeño ventanuco adornado con medio arco—

con un puñado de jacintos blancos. El caballero cristiano no consiguió nunca los favores de la judía. Dice la historia que la mañana que la bella Salomé apareció muerta se vio a don Diego manchar las flores con el rojo de su sangre.

—Pero eso es una leyenda.

—Por eso te he traído aquí, hija. Hay mucha gente que a lo largo de este tiempo también nos han dicho que esto. —Sacó la llave de su pecho y se la mostró a Hula—. Es solo una leyenda sin fundamento alguno.

La joven le dio un beso a su padre y miró por última vez aquel ventanuco del que ahora le parecía ver sobresalían jacintos blancos.

—Tranquilo, papá, tu misión está a punto de terminar.

Entraron en la travesía del Arquillo, lo que les daba acceso a la Aqaba de la Judería. Hula insistió en hacer a su padre la foto bajo el gran arco de herradura.

Anduvieron despacio y atentos a cada rincón. Aquel paseo invitaba al recogimiento interno. Llegaron al corazón de la Judería toledana y Samuel arrebató de las manos la cámara de fotos a su hija.

—Esta es una de las fotos que yo te quiero hacer a ti —dijo señalando una casa de color ocre con el ladrillo desgastado—. Es la casa de Ishaq.

—Y me vas a contar quién era, ¿verdad?

—Cuanto más sepas de esta ciudad y de la gente que la habitó, mejor. Son tus antepasados y, al igual que yo, debes sentir orgullo por todo lo que vivieron.

Hula posó sonriente en el patio interior de tres alturas y en el umbral de la puerta adintelada con motivos florales hebraicos.

—¿Quién fue Ishaq? —preguntó Hula.

—Un personaje al que la historia ningunea. Sin embargo, gracias a su anónima participación Colón pudo realizar su viaje.

—¿Por qué? —preguntó interesada y sorprendida la joven.

—Ishaq fue el judío que le prestó el dinero a Isabel de Castilla para financiar el viaje del genovés a las Indias. Esta es la foto que quería hacerte hija —dijo Samuel señalando el texto sobre la puerta adornada.

Hula proyectó la mejor de sus sonrisas, orgullosa de todo lo que veía y sobre todo de su padre. Sobre su cabeza se podía leer el versículo 21 del salmo 18:

«Gracias te doy porque me has respondido».



Ni un minuto después de la explosión del segundo tren, lo hizo el tercero.

Eran las 7:38 de la mañana.

El tren numero 21 713 de seis vagones dejó la estación de Alcalá a las 7:15 horas y encaminó como de costumbre su rumbo hacía la estación de Príncipe Pío. Todo era normal, todavía nadie había dado la alarma de lo que estaba sucediendo en la vía ferroviaria de Madrid. Por eso cuando llegó a la parada de Santa Eugenia nadie bajo del tren ni se propagó el miedo.

Si todo hubiera pasado con los trenes en las estaciones, las víctimas hubieran sido miles.

ETA era la palabra más reproducida en ese momento, sin embargo el peor de los atentados de la banda vasca había acabado con la vida de veintiún personas en el supermercado Hipercor de Barcelona.

En el barrio residencial de Santa Eugenia tuvieron que usar los bancos de la sala de espera como improvisadas camillas. Demasiados heridos y demasiados muertos. Entre los muertos no había militares, políticos o periodistas. Todos eran estudiantes, trabajadores o emigrantes.

No era el *modus operandi* de la banda terrorista vasca.

España entera empezaba a conocer el horror, aquello era otra cosa.

El tren numero 17 305 salió a las 7:04 destino Chamartín y estaba a escasos 800 metros de la estación de Atocha. Iba frenando en la vía paralela a la calle de Téllez. Los pasajeros estaban inquietos, habían escuchado los potentes ruidos producidos por las anteriores explosiones, pero nadie sabía con certeza qué estaba pasando.

La estación era una meta al fondo y todos estaban deseando llegar. Podían oír el sonido incesante de centenares de sirenas.

El nerviosismo se mezclaba con la curiosidad por saber qué ocurría.

La primera explosión fue en el coche numero 6 y sin poder de reacción le siguieron otras en los vagones 5, 4 y 1.

La explosión del cuarto tren el terror dejaba más de 1600 heridos y 191 muertos.

Europa estaba avisada.



Samuel paseaba sumido en una marea de sentimientos. Al igual que la Jerusalén que tanto él amaba, Toledo, la Toledoth de sus antepasados, parecía estar suspendida en el tiempo, preparada para la vista del visitante.

Un verde y escueto paseo se presentó ante ellos. Aquel espacio verde dentro del suave color de la ciudad le daba vida le daba luz. Padre e hija caminaron hacia el mirador de los jardines del Tránsito. Cogidos de la mano admiraron el río Tajo y la frondosa extensión de cigarrales.

Era buen momento para la calma y la reflexión. Tenían la Judería a su espalda y la vista en la luz del sol que se reflejada en el río, la misma luz que parecía haber guiado su vida hasta ese momento.

Necesitaba aquel remanso de paz y se sintió feliz.

Hula cogió la cámara de fotos y aprovechó que su padre estaba de espaldas al Tajo para captar el tiempo. Había crecido con las dudas de su padre y su duro trabajo. Cada año que pasaba los problemas del Estado caían sobre él como una pesada losa. Sabía que aquel sería el último viaje, la familia dejaría atrás la pesada carga del destino.

—¿Preparado?

—Necesitaba recargar fuerzas. Ahora debo poner toda mi energía para dar el último paso.

Samuel se quitó la llave y caminó hacia la estatua de Samuel Ha Leví. No sabía muy bien cómo describir todo lo que sentía, pero la palma de la mano le quemaba con aquel símbolo de su lucha encerrado en ella.

—*Zajor*. La llave ha recorrido el camino y, como pediste al primer Samuel, tu hijo, con el orgullo intacto por volver a Toledoth.

Miró hacia delante y vio el milagro que aquella ciudad había ofrecido al mundo. La tolerancia para tratar los problemas de convivencia había sido norma en Toledo y prueba de ello fue su sinagoga.

El grupo mayoritario en cada momento (primero árabe, después cristiano) había tratado con naturalidad y asimilación a la población minoritaria.

—Los cristianos aprendieron a vivir con mezquitas y sinagogas.

—¿Por qué no usamos esa época como laboratorio de pruebas para la actualidad? —preguntó Hula, imaginando por dónde iban los pensamientos de su padre.

—Es curioso, pero Alfonso VII, cuando entró en esta ciudad allá por 1139, exigió entrar acompañado por juglares y músicos cristianos, sarracenos y judíos, para que luego cada uno cantara en su lengua las loas al soberano haciéndose llamar «emperador de las tres religiones».

Samuel siguió su camino hacia la sinagoga de Samuel Ha Leví. Su estilo era de la época en la que Castilla concebía el estilo mudéjar.

El teléfono de Hula volvió a sonar y esta vez descolgó.

—¿Hula Leví?

—Sí, soy yo. —Hacía muchos años que Samuel decidió cambiar su apellido por el de su primer padre sefardita.

—Señorita Leví, le llamamos de la embajada.

Samuel se encaminó hacia la sinagoga sin mirar atrás. Su atención se centraba en la imagen de aquel edificio que tantas y tantas veces había aparecido en sus sueños. Su antepasado lo había mandado construir más de 600 años atrás.

Para él y su familia, aquel lugar de recogimiento y entrega a Dios era el principio de todo.

—Bienvenido, señor Leví —dijo el hombre sonriente que con una chaqueta azul y un jersey subido de color negro se adelantó para darle la mano—. Soy Adolfo Higuera, el director del Museo Sefardí.

—Gracias por recibirme, señor Higuera —contestó Samuel mientras miraba admirado a su alrededor.

—Son bonitos, ¿verdad?

Adolfo Higuera señalaba los frisos de yeserías hispanoárabes policromados con motivos vegetales.

—Es increíble cómo los arcos filtran la luz y recrean un mundo interior lleno de alegría y dicha.

—Por favor, señor Leví, venga conmigo.

Llegaron a la cabecera del templo, donde tres espacios verticales tenían diferentes funciones ornamentales. Adolfo Higuera se colocó en el centro y señaló el hueco.

—Aquí estuvo colocado el púlpito en el que los diferentes rabinos leían la *Torá*. —Miró al judío con estudio—. Su antepasado Ha Leví fue el primero.

Samuel había visto en fotografía el friso que se extendía desde allí por toda la enorme estancia, pero solo ahora pudo apreciar el color y el lujo de la cenefa entre dos cintas labradas con flores, que se interrumpía en hebreo con las palabras «prosperidad y ventura».

Giró la cabeza y vio entrar a su hija. No había reparado en su ausencia junto a él. Hula se limpiaba las lágrimas e intentaba esbozar una sonrisa.

—¿Pasa algo. Hula? —preguntó Samuel viendo los ojos enrojecidos de su hija.

—Estoy emocionada, papá —contestó Hula, que se sentía mal por no decirle a su padre todo lo que estaba pasando, pero no dejaría que aquel mágico momento se rompiera—. ¿Te saco una foto con tu nuevo pasaporte?

—Perfecto —dijo extrayendo el documento del abrigo—. Aquí se produjo un hecho relevante: los habitantes del Toledoth fueron capaces de transformar las diferencias en un factor positivo y enriquecedor.

Samuel proyectó la mejor de sus sonrisas con el pasaporte que le declaraba ciudadano español. El abuelo de todos sus abuelos estaría orgulloso.

—Quiero que esta llave y este pergamino estén en el Museo Sefardí.

Adolfo admiró la llave y la recogió con dulzura.

—Aquí tenemos varias parecidas, pero no con el valor de esta. —Adolfo leyó el pergamino y asintió con la cabeza—. Es una donación importante y le damos las gracias. Estará en el lugar más relevante del museo. Pertenece al primer ocupante de esta sinagoga.

—Esta era la casa de mi antepasado, no me lo puedo creer.

—Bueno, esta misma no —dijo el director—. Será un placer para mí acompañarle hasta el museo del Greco, la auténtica casa de su tatatatarabuelo.



Los equipos de emergencia no daban abasto, a pesar de que toda la población civil se estaba volcando con la delicada situación. Los taxis llevaban a toda la gente que podía a los hospitales y los viandantes y pasajeros que estaban ilesos hacían de improvisados enfermeros.

Eran las 10:00 cuando la policía recibió una llamada de un testigo que decía haber visto a un hombre dejando una furgoneta blanca en la estación del tren de Alcalá de Henares.

La policía no daba crédito, pues la matrícula no se correspondía con el modelo de la furgoneta.

ETA no cometía ese tipo de errores.

A las 10:15 la banda terrorista vasca se apresuró a negar su participación en el atentado.

Los detectives examinaron la furgoneta blanca, recogieron huellas y siete detonadores iguales a los del atentado. En el reproductor una casete llevaba inscripciones en árabe de versículos coránicos.

El explosivo utilizado en los cuatro trenes había sido goma-2.

ETA hacia años que ya no lo empleaba.

Sin embargo, el presidente del Gobierno español Aznar, ante los directores de los periódicos españoles y ante la opinión pública, señaló a la banda vasca como máximo responsable de los atentados.



—Para muchos españoles, los judíos son algo desconocido, a la vez que para muchos judíos España es solo el país que causó una gran desgracia al pueblo judío.

Caminaban hacia una magnífica casa de ladrillo y Adolfo Higuera hablaba con pasión.

—La llegada de los árabes no fue un trauma para los judíos. Comenzaron una vida en común bajo el poder islámico. En aquel tiempo todo fue tolerancia con los otros pueblos del Libro.

La casa ocupaba la totalidad del museo del Greco y su tamaño junto a la sencillez de la argamasa con el ladrillo ocre le daban el aspecto de sueños pasados.

—Esta es la única mansión judía que está auténticamente documentada en toda la Europa medieval.

Samuel la admiró y se extrañó por la ausencia de ventanas, pero vio por el portón abierto el magnifico patio interior que les esperaba. Un jardín cuidado con mimo recorría y dejaba un ancho pasillo hasta la entrada principal. Las macetas y los bancos de piedra recogían la frescura que venía del Tajo. Pequeñas fuentes decoradas con yeserías y azulejos azules producían un sonido embriagador con sus chorros de agua.

Atravesaron el patio, dejando atrás cuatro columnas que les dejaba el pasillo para llegar a una entrada cerrada con una verja.

—Creo que esta será la parte de la casa que usted realmente querrá ver, señor Leví —dijo el director—. Son los sótanos de la casa y pertenecen a un

baño ritual judío.

—¡Los baños de Samuel Ha Leví! —exclamó.

—Cierto. Según las excavaciones realizadas en la zona y analizando los restos arqueológicos, se ha podido documentar que aquí estaba la *mikve* o baño ritual.

Se fueron adentrando por una serie de cuevas oscuras, tan solo iluminadas por puntos de luz que salían del suelo.

Tras un corto recorrido adornado por mosaicos con motivos vegetales, salieron a la luz de un patio interior.

El patio tenía dos alturas y rezumaba elegancia. Los azulejos de colores verdes y azules decoraban los bajos de los muros, mientras en los dinteles de las puertas se presentaban decoraciones florales.

—La llave que usted nos dona abría esta casa, señor Leví —dijo el director emocionado.

—Según la tradición oral de mi familia, abría ambas, señor Higuera, la casa y la sinagoga.

—Quiero que sepa, señor Leví, que el Museo Sefardí de Toledo tiene como objetivo conservar el legado hispanojudío y sefardí.

—Lo sé, amigo, por eso doy por finalizada mi misión. Este pasaporte dice que la familia Leví vuelve a ser española, sefardita, y aquí estoy volviendo a mi casa.

—Todo quedará integrado dentro del Patrimonio Histórico de España.

—Mi vida ha estado suspendida en el tiempo desde que mi padre me pasó el legado. Ahora descanso en paz. *Zajor*.

El teléfono de Hula volvió a sonar. La joven se distanció de su padre y respondió entre susurros. Colgó, le dio un beso en la mejilla a su padre y dijo:

—Papá, el coche nos espera fuera, debemos irnos. —Se volvió hacia Adolfo Higuera y le estrechó la mano—. Gracias por atendernos en un día como este, señor Higuera.

—Nunca mejor dicho. Aquí tienen su casa, vengan cuando quieran.

El tiempo que tardó el coche en bajar por las históricas calles y llegar a la glorieta de la Reconquista fue el que le llevó a Hula a explicarle a su padre la situación.

—¿Cómo te encuentras, papá?

—Tengo sensaciones extrañas, hija. Por un lado, he descansado el alma y el espíritu de generaciones de Levíes volviendo a Sefarad. —Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas mientras Hula le agarraba del brazo—. Por

otro lado, como sefardí, español e israelita, hoy es un día amargo y triste. ¡¡Dios mío!! ¿Es que nunca va a terminar esta locura?

Samuel se giró con el corazón roto en pedazos y observó el lienzo que dejaba a su espalda, mientras el coche enfilaba camino de Madrid. El río Tajo bordeaba con calma la península rocosa que la naturaleza había formado y el dibujo artístico que sobre ella el hombre había proyectado en la ciudad de Toledo. El brazo del agua abrazaba la ciudad llena de callejas, muros altos, iglesias y sinagogas, restos mudéjares que no entienden de las locuras religiosas ni raciales. Como ya demostró en el pasado, Toledo era ejemplo de convivencia, y esta estaba explotando en mil pedazos en Madrid.



Había conectado su teléfono y numerosas llamadas perdidas llenaron su pantalla. Se disponía a marcar el numero de Gabrielle cuando su dispositivo sonó.

—Esta siendo horroroso, Samuel. —J. Fernández sonaba abatido a través de la línea telefónica—. Hay más de cien muertos. Todo es un sinsentido amigo. ¿Quién es el autor de estos atentados?

—Creo que tú sabes la respuesta —contestó indignado Samuel.

—En uno de los trenes un policía ha encontrado una bolsa de deporte con 10 kilos de goma-2 y clavos y tornillos. ¡Es de locos! —Fernández resopló—. Dos cables ligaban todo a un móvil con detonador.

—¡Gracias a la providencia que no ha explotado! —le cortó Samuel—. Pero ahí tienes tu respuesta.

Samuel cortó la llamada y habló con su Gobierno justo cuando enfilaba la M-30 en dirección al aeropuerto de Madrid-Barajas.

—La policía de Madrid tiene ya todos los datos. Las llamadas telefónicas del teléfono encontrado han llevado a una red de jóvenes árabes.

—¿Habéis hablado con los responsables?

—Sí, no saben qué hacer. Creemos que deben decir la verdad, porque todo se va a filtrar a la opinión pública y perderán las elecciones del domingo.

—Y a nosotros no nos interesa que España salga de Irak, ¿verdad? —preguntó algo indignado Samuel, sabiendo ya la respuesta.

—No.

Samuel agarró la mano de su hija Hula y la besó. La Inquisición, las Cruzadas, el Holocausto, el problema palestino, el yihadismo… ¿Cuándo acabaría?

La radio era un continuo noticiario. Las nuevas se agolpaban minuto a minuto:

> *—La gente se está congregando frente a la estación de Atocha. Miles de carteles vinculan esta trágica mañana a la guerra de Irak —decía el locutor entre el ruido de la multitud.*
>
> *El ministro del Interior ha insistido en público que ETA es la principal sospechosa.*

—Pero lo saben, ¿verdad? —preguntó incrédula Hula—. La policía española ya sabe que es un atentado yihadista.



Samuel sentía la cabeza de su esposa Gabrielle sobre su pecho. Los dos miraban las noticias de la noche. El viaje de más de tres horas se le había hecho eterno. La confusión le mataba por dentro. Hula le había dejado en casa. Ahora el locutor narraba desde Madrid como más de diez millones de españoles habían salido a la calle para protestar contra la violencia.

Gabrielle notaba el corazón de su marido galopar desbocado en su pecho. Había soportado durante años la sinrazón del mundo y ahora todo le sobrepasaba. Las imágenes de televisión mostraban a la gente cubriéndose con paraguas. Aunque llovía fuerte en Madrid, el río de gente llena de furia partía desde el Prado y se extendía por toda la Castellana. La pregunta que todos lanzaban al aire era:

«¿Por qué nos están mintiendo?».

EPILOGO

Toledo, 2018

Hace catorce años que estuve aquí y, como aquella vez, noto cómo por los poros de mi piel se extiende su recuerdo. El color ocre de cada muro, la brisa fresca que llega desde el río y el canto apagado de los pájaros en el atardecer me recuerdan a él. Hoy me parece que los cigarrales están más lejos, por lo menos así lo siente mi corazón roto. Mi padre nació en el campo de concentración de Terezín, vivió en Israel y siempre se sintió sefardí. Pero sobre todo fue ciudadano del mundo.

Te prometí que no lloraría y me está siendo más difícil de lo que nunca habría imaginado. Ahora, con los rayos del sol toledano en mi espalda, noto tu presencia y el vacío en mi corazón.

Miro a mamá agarrada a tus restos, desolada en este trámite que te debemos, padre, y veo lo que es amar. El amor duele y aunque te rompa por dentro te recuerda que has vivido. ¡Y son tantas cosas las que hemos vivido!

Te añoro, papa, y aquí en la tierra de nuestros antepasados me siento orgullosa de ti.

Tengo en mi mano el folleto del Museo Sefardí y veo tu llave, nuestra llave, la llave de la familia Leví.

Somos hijos de Sefarad.

Hemos recorrido siglos de lucha, amores y odios. Hemos vivido.

Estoy aquí, padre, junto a las altas paredes que construyó Samuel Ha Leví y que han sobrevivido a tantas y tantas cosas.

Miro tus fotos y sonrío. Recuerdo cada instante que compartí contigo. La foto del Jardín del Tránsito te retrata cansado cargando un peso enorme sobre tus hombros. La de la sinagoga me hace llorar en un sentimiento raro. Ver en tu rostro la felicidad que da la paz, y el saber que ya es la ilusión de un recuerdo.

Y tú estás conmigo, en cada libro que veo, en cada pergamino, en los trajes rituales expuestos. Te siento, te oigo dentro de mí. La forma como me llamabas, la sonrisa al pronunciar mi nombre. Quiero leerte el libro que la sinagoga y el museo sefardita han dispuesto para las visitas:

> *A la ciudad de nuestros abuelos, con la bendición del Dios de Israel que nos sostuvo a través del tiempo, Sevilla, Madrid, desde Praga y de ahí a Jerusalén. Todo esto fue trasmitido por nuestros antepasados y no lo olvidamos. ZAJOR.*

Está firmado por ti, padre. Con lágrimas en los ojos admito mi imposibilidad de describir el amor que ahora siento.

Tu nieto esta junto a mí, papa. Recorre alegre las calles de esta eterna ciudad y pregunta. Yo espero que él viva en un mundo distinto donde no importe qué credo reces, donde seamos capaces de vivir juntos como nuestros antepasados hicieron aquí en Toledo.

Me enseñaste a valorar el momento, a no perderme en lo volátil del futuro y siempre me decías:

—Tú permanecerás después de mí, hija, y tus hijos detrás de ti. Guarda el recuerdo y entonces me verás retornando a la tierra que Dios dio a nuestros antepasados. Sigo alegre tus pasos por el camino que me enseñaste. Musulmán, cristiano o judío, lo importante es lo que hay dentro de ti.

Alguien me llama, papá. Abandono tu recuerdo con mi alma llena de ti.

—Mamá, mamá, ¿cuándo entramos a ver la llave del abuelo?

Miro a mi hijo y veo el futuro. Intento sonreír, le doy la mano y nos encaminamos a donde mi madre reposa su dolor. Agarra con fuerza la pequeña urna donde descansan las cenizas de mi padre. Allí abajo reposa el Tajo y desde lo más alto del meandro damos fin a la incesante búsqueda.

—¡¡Adiós, papá!! —susurro mientras beso a mi madre.

Toledo encerrada en su propia existencia acoge a uno de los suyos. Siempre fuente de inspiración de papá, su luz del instante.

—Vamos, mamá, cuéntame la historia de la llave —protesta mi niño.

Mi madre se seca las lágrimas y me hace un gesto afirmativo. Da la mano a mi hijo y se encamina hacia la antigua sinagoga de Ha Leví.

—¿Y salen niños en ese cuento?

—Muchos y muy valientes. Como tu abuelo, y como lo serás tú, Samuel.



PEPE MEL (Madrid, España, 1963). José Mel Pérez es un exfutbolista, entrenador de fútbol y escritor español. En el momento de la publicación de esta novela era entrenador de la Unión Deportiva Las Palmas de la Segunda División de España. Ha publicado cuatro novelas: El mentiroso (2011), El camino al más allá (2013), La prueba (2016), dirigida al público infantil y La llave sefardí (2018).

Notas

[1] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

[2] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

[3] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

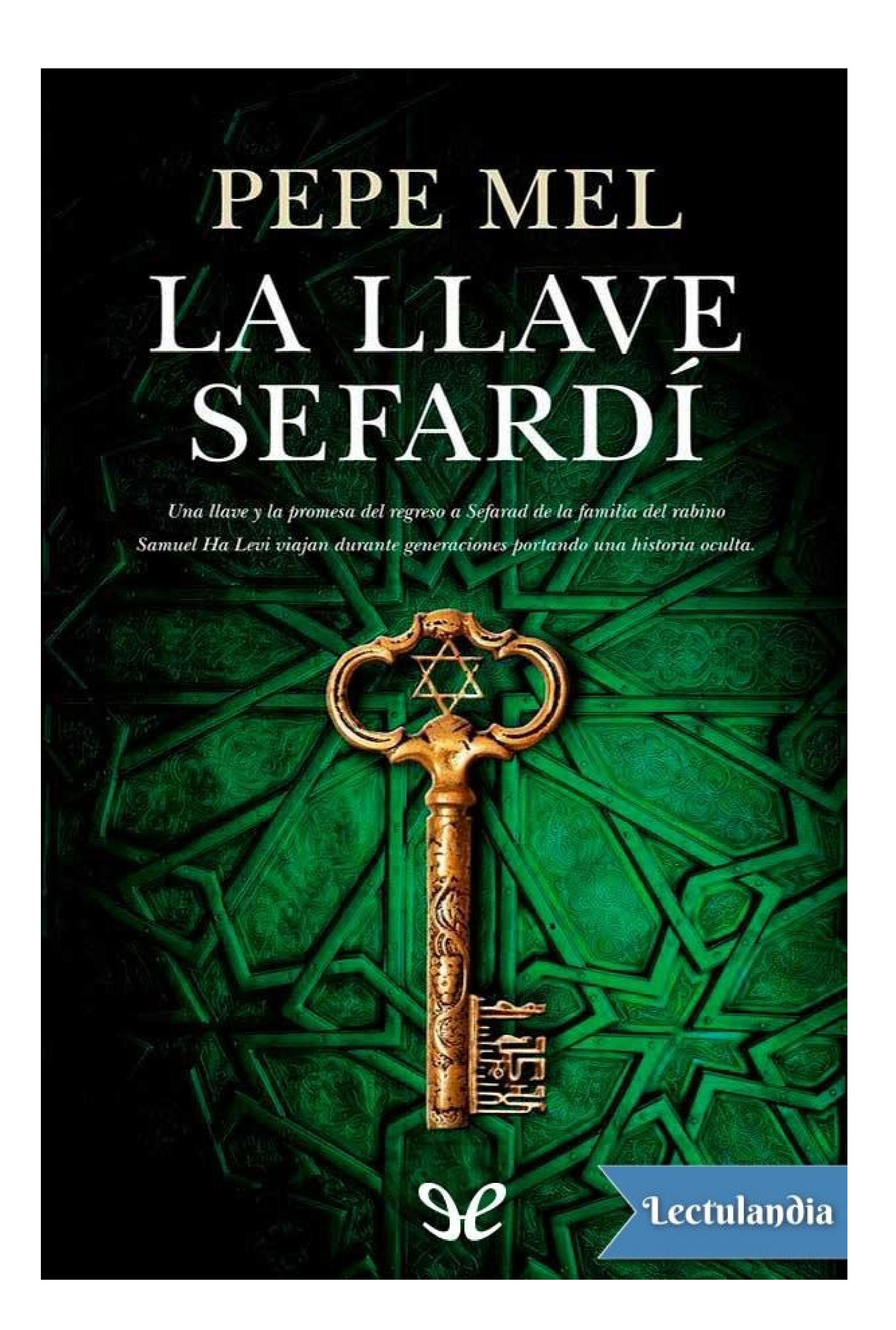
[4] *La ocupación: Israel y los territorios palestinos*. Bregman, Ahron. Editorial Crítica, 2014. <<

[5] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

[6] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

[7] *La Torre elevada*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2009. <<

[8] *Los años del terror: De Al-Qaeda al estado islámico*. Wright, Lawrence. Editorial Debate, 2017. **<<**


PEPE MEL
LA LLAVE SEFARDÍ
Una llave y la promesa del regreso a Sefarad de la familia del rabino
Samuel Ha Levi viajan durante generaciones portando una historia oculta.
Lectulandia